Primera edición

GUILLERMO CANO

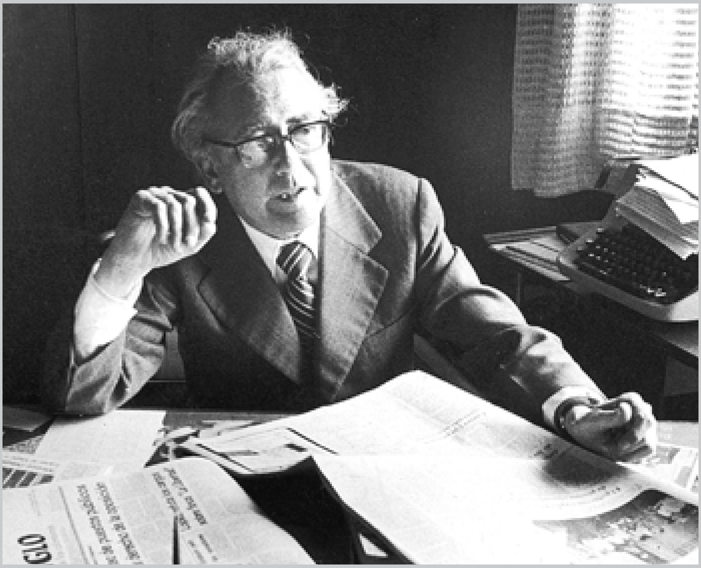
33 crónicas

EL PERIODISTA

ISBN: 978-628-7666-63-4

Colombia, agosto de 2025

290 páginas



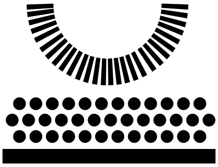
EL PAÍS DE GUILLERMO CANO

Esta colección es un homenaje a la vida y obra de uno de los más importantes defensores del periodismo y de la libertad de prensa de nuestro país. En los tres libros, la figura de Guillermo Cano se presenta desde distintos lugares: como redactor y director de *El Espectador* –con sus destacados aportes al periodismo nacional a través de sus columnas y editoriales–; como hombre de familia y amigo –a través en los testimonios de familiares y compañeros de los equipos de trabajo que lo acompañaron durante toda su vida profesional–, y como un humano sensible y crítico con la realidad de su tiempo.

El País de Guillermo Cano busca conectar a las nuevas generaciones con uno de los personajes centrales de nuestra historia reciente y su incansable trabajo durante más de cuarenta años dentro de *El Espectador*, a la vez que es tributo y homenaje para todos aquellos que tuvieron el placer de conocerlo.

Durante los 43 años en los que Guillermo Cano Isaza ejerció el periodismo, escribió mucho pero firmó poco. Desde su debut a finales de 1943 hasta su muerte en diciembre de 1986, fue revelando su estilo y sus influencias a la hora de escribir. La mayoría de los textos incluidos en esta antología fueron escritos en «Libreta de apuntes», con motivaciones y contextos específicos que ratifican la importancia de cada composición. El propósito es que los lectores tengan a su disposición la palabra de Guillermo Cano y, junto a ella, una visión de las situaciones que determinaron esos mismos escritos. Cada apartado de esta antología está antecedido por el recuento de cada una de las cuatro décadas durante las cuales el director de *El Espectador* fue protagonista. «Yo soy yo y mi circunstancia», manifestó el filósofo español José Ortega y Gasset para advertir que la vida de los seres humanos se entrelaza siempre con su entorno social y político. En el devenir de Guillermo Cano se demuestra que siempre se mantuvo en la primera línea de la defensa del país. Desde allí lideró un periódico que encontró respaldo desde los lugares más recónditos de la geografía nacional.

COMPILACIÓN, NOTAS Y PRESENTACIÓN DE JORGE CARDONA ALZATE



EL PAÍS DE
Guillermo Cano
1925 2025

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia
© El Espectador / Comunican S. A.
© Héctor Daniel Osuna Gil, por sus ilustraciones

MINISTERIO DE LAS CULTURAS, LAS ARTES Y LOS SABERES DE COLOMBIA
Yannai Kadamani Fonrodona
Ministra

Luisa Fernanda Trujillo Bernal
Secretaria General

Adriana Martínez-Villalba
Directora Biblioteca Nacional de Colombia

Diego Pérez Medina
Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional de Colombia

EL ESPECTADOR
Fidel Cano Correa
Director

Ofelia Muñoz Castillo
Jefe Centro de Documentación

COMITÉ DEL CENTENARIO GUILLERMO CANO
Daniel Montoya Aguillón
Luisa F. Acosta Guerrero
Valeria Baena Robledo
Fernando Cano Busquets
Marisol Cano Busquets
Jorge Cardona Alzate
Lina Castaño Cárdenas
María Jimena Duzán Sáenz
Ximena Gama Chirolla
Katia González Martínez
Adriana Martínez-Villalba
Diego Pérez Medina
Marta Ruiz Naranjo
Maryluz Vallejo Mejía

EQUIPO EDITORIAL
Jorge Cardona Alzate
Compilación, notas y presentación

Diego Pérez Medina
Coordinación editorial

Jesús Goyeneche Wilches
Edición de textos

Camila Cardeñosa Echeverri
Diseño de colección y dirección de arte

Fiorella Ferroni Polchlopek
Diagramación

Paula Martínez del Castillo
Fotografías archivo BNC

David Niño Moros
Asistencia editorial

Sergio Garnica
Amalia Hurtado Palacio
Camila Palomares Rodríguez
Andrés Velásquez López
Asistencia de investigación

***

Fotografías y textos
Centro de Documentación
El Espectador / Comunican S. A.

Primera edición: Bogotá, D. C., agosto de 2025

ISBN: 978-628-7666-63-4

El Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes y la Biblioteca Nacional de Colombia no son responsables de las opiniones recogidas en los presentes textos. Los autores asumen de manera plena y exclusiva toda responsabilidad sobre su contenido.

Primera edición

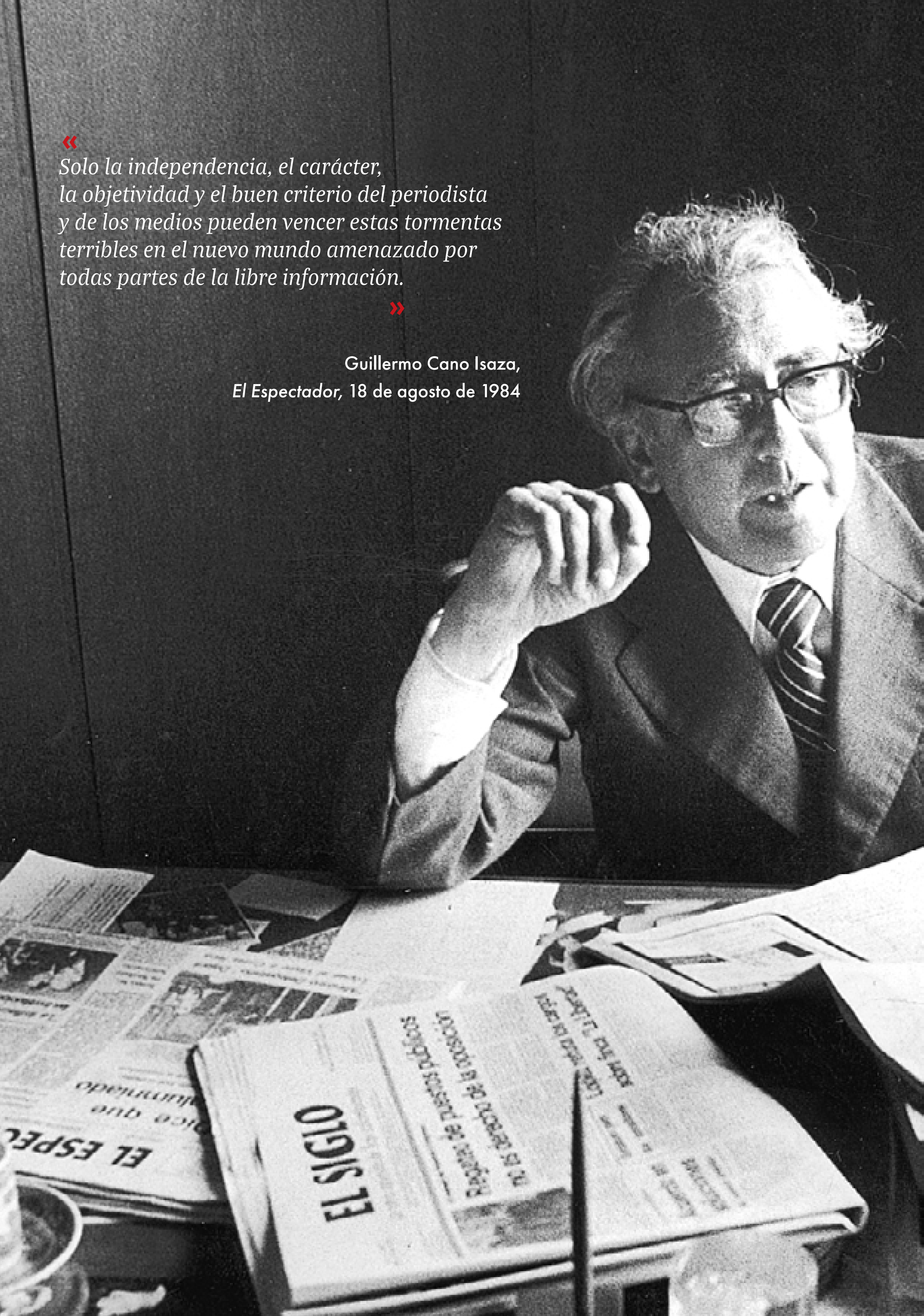
GUILLERMO CANO

33 columnas

EL PERIODISTA

ISBN: 978-628-7666-63-4
Colombia, agosto de 2025
290 páginas

Culturas
Biblioteca Nacional de Colombia
CENTENARIO
Guillermo Cano
1925 2025
EL ESPECTADOR



> «
> *Solo la independencia, el carácter,*
> *la objetividad y el buen criterio del periodista*
> *y de los medios pueden vencer estas tormentas*
> *terribles en el nuevo mundo amenazado por*
> *todas partes de la libre información.*
> »

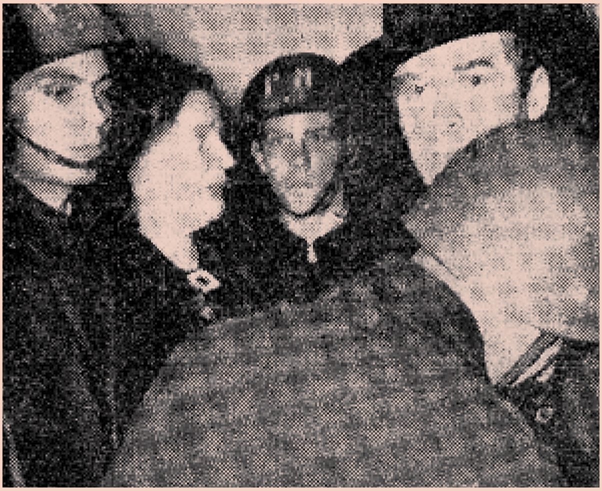
Guillermo Cano Isaza,
El Espectador, 18 de agosto de 1984

Fotografía publicada en la edición conmemorativa de los 20 años de muerte de Guillermo Cano. *El Espectador* / Comunican S. A., semana del 17 al 23 de diciembre de 2006.

Palabras iniciales
EL PAÍS DE GUILLERMO CANO
Pág. 15

Presentación
EL PERIODISTA
Pág. 19

40-50
TEXTOS PUBLICADOS EN 1949 - *Pág. 27*



Elecciones
CÓMO FUE EL ELECTOR A LAS URNAS
Pág. 29

Belleza
DESFILE SECRETO EN TRAJE DE BAÑO Y UN VOTO NEUTRAL DECIDIERON LA ELECCIÓN
Pág. 37

50-60

TEXTOS PUBLICADOS ENTRE 1953-1958 - *Pág. 49*

Semblanza
MI PERSONAJE INOLVIDABLE
Pág. 53

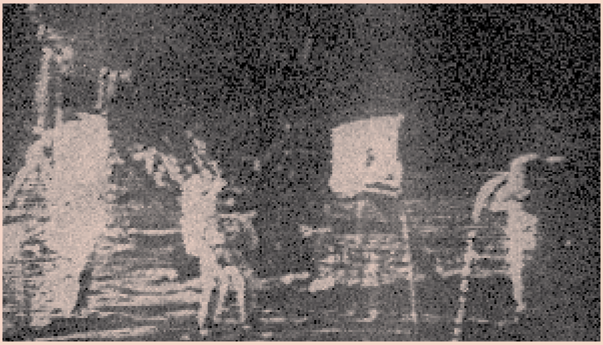
Conflicto
LA JORNADA DEL 6 DE SEPTIEMBRE
Pág. 67

Familia
EL ABUELO QUE NO CONOCÍ
Pág. 79

Censura
EL «PERIODISMO SITIADO»
Pág. 89

60-70

TEXTOS PUBLICADOS ENTRE 1965-1966 - *Pág. 97*



Música
PAÑUELOS BLANCOS EN LA MONUMENTAL
Pág. 101

Viajes
VIAJAR ES UN PLACER...
Pág. 107

70-80

TEXTOS PUBLICADOS ENTRE 1970-1979 - *Pág. 117*

Política
MEMORIAL SIN AGRAVIOS
Pág. 121

Deportes
LOS JUEGOS NO SON JUEGOS
Pág. 127

Deportes
LOS JUEGOS YA NO SON JUEGOS
Pág. 131

Familia
MA: LUZ Y GUÍA
Pág. 135

Semblanza
RECUERDOS MUY PERSONALES
Pág. 139

SPORT
NOT
WAR

80-86

TEXTOS PUBLICADOS ENTRE 1980-1986 - *Pág. 147*

Política
LO MISMO UNO QUE CIEN...
Pág. 151

Tauromaquia
UN DÍA PARA RECORDAR...
Pág. 157

Periodismo
DEFENSA DE LO DEFENSABLE...
Pág. 165

Semblanza
BREVE RECUERDO DE UN GRAN AMIGO Y COLEGA
Pág. 171

Deportes
UNA FINAL EQUIVOCADA
Pág. 177

Paz
«AMNISTÍA Y DERECHOS HUMANOS»
Pág. 183

Derechos humanos
DE UNA BRUTALIDAD INAUDITA...
Pág. 189

Narcotráfico
DEJAD A LOS NARCOTRAFICANTES...
Pág. 197

Economía
LA CREDIBILIDAD DE UN PERIÓDICO
Pág. 203

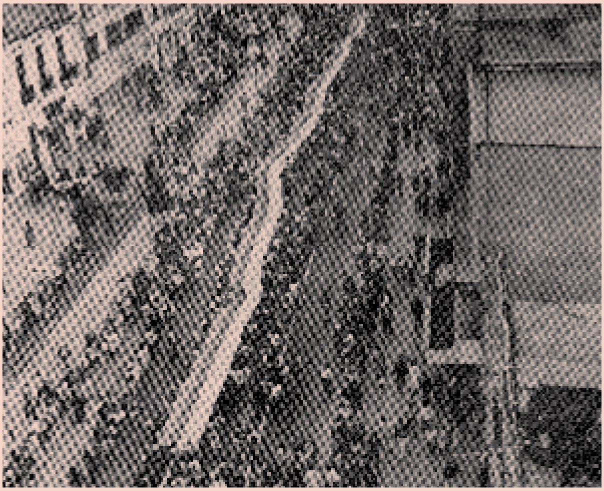
Política
LAS CINTAS DEL CONGRESO 86
Pág. 211

Narcotráfico
¿DÓNDE ESTÁN QUE NO LOS VEN?...
Pág. 219

Semblanza
PERFIL DE CORAJE
Pág. 227

Paz
DE LA BUENA FE Y DE LOS BUENOS PROPÓSITOS
Pág. 235

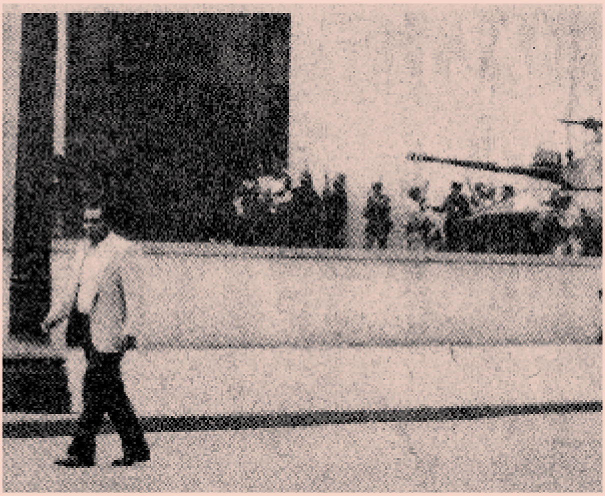
Periodismo
LA MANIPULACIÓN DE LOS PERIODISTAS
Pág. 243



Conflicto
EL CAUCA: ENTRE TODOS LOS FUEGOS
Pág. 251

Derechos humanos
EL ASESINATO DE OTRO JUEZ
Pág. 257

Conflicto
LA NEFANDA JORNADA NOVEMBRINA
Pág. 263



Política
UN BUEN PRESIDENTE BUENO
Pág. 271

Navidad
SI PUDIÉRAMOS DETENER EL TIEMPO
Pág. 277

Navidad
NAVIDADES NEGRAS
Pág. 281

Palabras iniciales

EL PAÍS DE GUILLERMO CANO

YANNAI KADAMANI FONRODONA

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE GUILLERMO CANO ISAZA, COLOMBIA vuelve los ojos hacia una figura fundamental de su historia reciente. En este homenaje, Guillermo Cano se convierte en el símbolo para que podamos conversar sobre aspectos esenciales de nuestra sociedad: la libertad de prensa, los derechos humanos, el acceso a la información, el compromiso ético con la verdad, la necesidad de visitar con mirada crítica nuestra historia, entre muchos otros temas.

La Biblioteca Nacional de Colombia y el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, en alianza con *El Espectador*, presenta la colección El País de Guillermo Cano, compuesta de tres libros que celebran el centenario de su nacimiento con una mirada plural, cercana y crítica: una biografía ilustrada en formato de cómic, una selección de sus textos periodísticos y un conjunto de perfiles escritos a partir de entrevistas, archivos y fuentes históricas. Tres libros que serán distribuidos gratuitamente en las bibliotecas de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, para llegar a todas las regiones del país y poner la palabra de Guillermo Cano al alcance de nuevas generaciones.

UN RECORRIDO POR LA COLECCIÓN

El primer volumen, titulado *Don Guillermo*, es una biografía ilustrada que reconstruye momentos clave de la vida de Guillermo Cano desde su ingreso a *El Espectador* hasta su asesinato en 1986. Dividido en seis capítulos y desarrollado por un equipo de ilustradores dirigidos por Pablo Guerra y Laura Valentina Álvarez, este libro ofrece una narrativa visual poderosa, que permite a los lectores conocer los hitos más representativos de su trayectoria personal y profesional. El relato culmina con la marcha del silencio, una manifestación ciudadana espontánea que siguió al magnicidio y que simbolizó el rechazo colectivo a la violencia contra el periodismo.

El segundo volumen, *El periodista*, presenta una selección de crónicas, columnas y editoriales escritos entre 1949 y 1986. Con curaduría y comentarios del periodista Jorge Cardona Alzate, esta antología ofrece una lectura directa de la voz de Guillermo Cano y permite recorrer una parte de la historia contemporánea del país a través de su mirada aguda. En estos textos se refleja su capacidad para interpretar los acontecimientos de su tiempo, cuestionar el poder, analizar con claridad los dilemas públicos y, sobre todo, defender sin ambigüedades el principio de libertad de expresión. Desde los primeros escritos hasta su última columna, mantuvo una posición ética coherente y una sensibilidad que equilibraba la opinión crítica con la observación precisa de la realidad.

El tercer libro, *El maestro*, fue escrito por la periodista Maryluz Vallejo y recoge siete perfiles que retratan las distintas facetas de Guillermo Cano: el editor riguroso, el reportero de calle, el formador de equipos, el sabueso judicial, el ecologista, el promotor deportivo, el defensor de la libertad de prensa, entre otras. Con base en entrevistas, archivos de prensa y documentos históricos, Vallejo construye un retrato coral que permite comprender la influencia de Cano en el periodismo colombiano. Este volumen cierra con un epílogo de María José Medellín, nieta de Guillermo Cano, quien desde la experiencia personal reflexiona sobre el legado de un abuelo al que no llegó a conocer, pero cuya presencia ha estado siempre viva en su memoria y en la historia del país.

UNA VIDA DEDICADA AL OFICIO

Guillermo Cano comenzó su carrera periodística a los dieciocho años, en la redacción de *El Espectador*. Aprendió el oficio desde sus bases: en la calle, buscando noticias; en el taller, armando páginas; en la redacción, acompañando y formando equipos. Nunca buscó el protagonismo personal. Por el contrario, escribió poco con su nombre, pero trabajó mucho en silencio, asegurando que el periódico fuera una plataforma de opinión libre y rigurosa.

Durante sus más de cuatro décadas en el periódico, Guillermo Cano dirigió con coherencia una redacción pluralista, en la que convergían diferentes voces y miradas. Formó generaciones de periodistas que lo recuerdan como un maestro exigente pero justo, capaz de identificar talentos y de promover una cultura del rigor y la independencia. En tiempos de censura, violencia y presión política, mantuvo la convicción de que el periodismo debía cumplir una función pública esencial.

En uno de sus editoriales más recordados, escrito en agosto de 1984, afirmó: «Solo la independencia, el carácter, la objetividad y el buen criterio del periodista y de los medios pueden vencer las tormentas terribles en el nuevo mundo amenazado por todas partes de la libre información». Esta declaración sigue vigente y constituye un principio rector para quienes creen en el periodismo como ejercicio de libertad.

UNA MEMORIA PARA EL PRESENTE

Esta colección no busca idealizar a su protagonista ni congelar su imagen en el bronce. Por el contrario, propone una lectura viva y crítica de su legado. Invita a conocer su trabajo, a comprender las circunstancias que enfrentó y a dialogar con su pensamiento desde las preguntas de hoy. En un país donde el periodismo independiente sigue siendo desafiado por intereses ilegítimos, desinformación, discursos de odio y nuevas formas de censura, el ejemplo de Guillermo Cano cobra relevancia.

También busca acercarse a nuevas generaciones de lectores, que quizá apenas conocen su nombre, pero que ahora tendrán la oportunidad de leerlo, verlo, imaginarlo y pensar el país a partir de su experiencia. En ese sentido, esta colección es una invitación a la reflexión crítica sobre la historia reciente de Colombia y sobre el rol del periodismo en la construcción de una sociedad democrática.

Guillermo Cano fue asesinado por decir la verdad. Hoy lo recordamos para que la libertad de expresión siga siendo posible. Este homenaje no repara lo irreparable, pero sí honra lo imprescindible: la vida de un periodista que no cedió ante la intimidación ni el poder; que creyó que el periodismo debía ser incómodo, crítico y valiente. Su legado nos obliga a seguir defendiendo el derecho de todos los colombianos a estar informados, a disentir, a expresar nuestras ideas, a construir colectivamente una democracia incluyente, participativa y pacífica.

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Presentación

EL PERIODISTA

DURANTE LOS 43 AÑOS EN LOS QUE GUILLERMO CANO ISAZA EJERCIÓ EL periodismo, escribió mucho pero firmó poco. Desde su debut a finales de 1943 hasta su muerte en diciembre de 1986, fue revelando su estilo y sus influencias a la hora de escribir. Debutó como columnista taurino con el seudónimo de Conchito, en la columna «Templando y mandando». Firmó así veintitrés columnas hasta que, en 1945, asumió con su nombre y apellido y, además de sus recurrentes escritos sobre la fiesta brava, incursionó en las crónicas urbanas y regionales, que le dieron el tono y las habilidades para asumir la estructura de un texto. Al mismo tiempo, su aprendizaje en la disciplina cotidiana de la opinión le permitió entender cómo encarar el lenguaje editorial entre las talanqueras de la censura de prensa.

Al asumir la dirección de la edición del *Dominical* a partir de febrero de 1948, incentivó su escritura de largo aliento con textos de antología que dejaron testimonio de su defensa de la libertad de expresión o las memorias del periódico, lo mismo que su pasión por las crónicas de viajero o la orfebrería de la cotidianidad. De esta época de juventud y liderazgo, al asumir la dirección del periódico a los veintisiete años, surgieron escritos como «La jornada del 6 de septiembre», «Cómo se exterminan la pulga y la rata», «Mi personaje inolvidable», «El abuelo que no conocí», «París de día y París de noche», «Grandeza y miseria de España» y «El español, lengua muerta», entre otros, que dejaron advertir agudeza en la observación, fuerza conceptual en la crítica y talento para armonizar los espacios y los tiempos.

La década de los sesenta fue en la que menos textos firmados dejó Guillermo Cano en las páginas de *El Espectador*. La mayoría de sus escritos aparecieron en su sección preferida, «Día a día», o como editoriales del periódico, pero quedaron múltiples testimonios de su intensa actividad editorial e informativa en distintos frentes noticiosos. Un silencio personal como autor que solo se vio interrumpido para insistir en su vocación como periodista deportivo, a partir de su amistad y colegaje con Mike Forero Nougués. Ambos fueron testigos de excepción del ataque terrorista durante los Juegos Olímpicos de Múnich en septiembre de 1972, y fue distintivo de la redacción verlos empeñados en la realización anual de la ceremonia del Deportista del Año, convertida desde 1961 en la gala social de *El Espectador*.

Por recomendación de su padre, Guillermo Cano volvió a firmar a partir de 1979, y lo hizo en una columna dominical que tituló «Libreta de apuntes», un espacio que entre septiembre de 1979 y diciembre de 1986 dejó un registro de siete años calibrando al país. En el momento en el que asumió esta disciplina profesional, el tema de discusión pública fue el Estatuto de Seguridad del Gobierno de Julio César Turbay, a quien dedicó varios editoriales de cuestionamiento. De igual modo abordó prejuiciosas temáticas como la publicidad política pagada o las inconsistencias del liberalismo, en medio de un país asediado por los flagelos de la insurgencia armada, el paramilitarismo, la corrupción y el narcotráfico. Leer cada «Libreta de apuntes» significó mirarse al espejo de una nación en crisis.

La crisis financiera de los años ochenta que puso al Grupo Grancolombiano en el foco mediático o los orígenes de la guerra contra el narcotráfico que hicieron sentir a Colombia la tragedia del terrorismo dejaron memoria de un periodista valiente que supo llamar las cosas por su nombre. Pero no solo de los grandes desafíos de la paz, el tráfico de estupefacientes o los derechos humanos se ocupó Guillermo Cano en su espacio: allí escribió de sus amigos, de sus recuerdos, de su familia, de sus preocupaciones simples y sus dificultades. Desde ese estrado lideró un periódico pluralista e incluyente que encontró el respaldo de miles de colombianos desde los lugares más recónditos de la geografía nacional. En esa bitácora personal sintetizó una vida dedicada al periodismo.

La mayoría de los textos incluidos en esta antología fueron escritos en «Libreta de apuntes», con motivaciones y contextos específicos que ratifican la importancia de cada composición. El propósito es que los lectores tengan a su disposición la palabra de Guillermo Cano y, junto a ella, una visión de las situaciones que determinaron esos mismos escritos. Cada apartado de esta antología está antecedido por el recuento de cada una de las cuatro décadas durante las cuales el director de *El Espectador* fue protagonista. «Yo soy yo y mi circunstancia», manifestó el filósofo español José Ortega y Gasset para advertir que la vida de los seres humanos se entrelaza siempre con su entorno social y político. En el devenir de Guillermo Cano se demuestra que siempre se mantuvo en la primera línea de la defensa del país.

NOTA DE LOS EDITORES

EN ESTE LIBRO SE REPRODUCEN CRÓNICAS, COLUMNAS Y EDITORIALES ESCRITOS por Guillermo Cano que aparecieron originalmente en *El Espectador* y su suplemento el *Magazín Dominical*. Para todos los textos se respetó la forma en que fueron escritos y publicados, ya que dan cuenta de las particularidades del estilo del autor y de los cambios en sus más de cuarenta años de ejercicio periodístico. Sin embargo, se modificaron erratas evidentes y se hicieron actualizaciones ortotipográficas mínimas que no afectan el sentido propuesto por Guillermo Cano y, por el contrario, le permiten al lector encontrar una unidad de lectura con los otros libros que componen la colección El País de Guillermo Cano.

Guillermo Cano Isaza en la redacción del periódico. *El Espectador* / Comunican S. A., semana del 17 al 23 de diciembre de 2006.

Primera edición GUILLERMO CANO **33 columnas**

EL PERIODISTA

ISBN: 978-628-7666-63-4 **Colombia, agosto de 2025** 290 páginas

COMPILACIÓN, NOTAS Y PRESENTACIÓN
JORGE CARDONA ALZATE

LIBERTADA PARIS: 50.000 Patriot Ocupan la Ciud

junio de 1940 las tropas alemanas entraron a París. Aquí se les ve marchando por los Campos Elíseos h del Triunfo. Hoy los alemanes salieron de la Ciudad Luz, derrotados por los patriotas de la capital francesa.

p. m. — CAYO MARSELLA

OMA, agosto 23. (UP.) — Oficialmente se anuncia que Marsella a conquistada.

Huyen los Nazis

Avance Sobre el Sarre

Cercadas 93.000 Nazis del 7º Ejército. Cuatro Días Duró la Lucha en París. La Táctica de Patton.

[illegible]

LOS DOS HEROES

[illegible]

De Gaulle se Prepara a Instalar su Gobierno. Koenig, Gobernador de París. Vigorosas Irrupciones

[illegible]

(Continúa en la página sexta)

* * *

EN ESPECTACULAR AVANCE, LOS ALIADOS OCUPAN A GRENOBLE

224 Kilómetros de Avance en el Sur

[illegible]

(Continúa en la página sexta)

[illegible]

Recuerdos de 19

HACE 4 AÑOS Y 70 D ALEMANES ENTRARON

El Pueblo Parisiense Repite las Escena mo fue Ocupada París por los

[illegible]

EL ESPECTADOR

8 Páginas — DIARIO DE LA TARDE — 5 Centavo

AÑO 56o. — Bogotá, Colombia — Registrado para Tarifa Reducida en el Servicio Postal Interior, Licencia No. 3 — N

e Estudia Alza del Café

[illegible]

Habrá Reunión Importante Hoy

Se Reúne la Directiva de los Exportadores de Café.

[illegible]

A COLONIA SONSONEÑA

idente en Bogotá, invita a acompañar al Rvdo. Padre

RNARDO BOTERO ALVAREZ

(Lazarista)

Obispo electo de Santa Marta,

la ceremonia de su solemne Consagración scopal que se efectuará mañana jueves, 24 agosto, a las 8 y 30 a. m. en la Basílica Prida.

Oficiará el Excmo señor Nuncio Apostólico

FONDO GANADERO DE CUNDINAMARCA, S. A.

convoca a los Accionistas del "Fondo Ganao de Cundinamarca, S. A.", a la reunión ordiia de la Asamblea General de Accionistas que celebrará el martes 29 del presente mes, a 3 de la tarde, en las oficinas de la Sociedad, ados en el número 301 del Edificio del Ban de los Andes.

l Gerente. JOSE ANTONIO CALDERON UMAÑA

Bogotá, Agosto 23 de 1944.

El señor

Anacleto Latorre

HA MUERTO

[illegible]

El señor

Anacleto Latorre

HA MUERTO

[illegible]

RECONSTRUCTORA DE LLANTAS

GRILON - Ltda.

GARANTIA Y CUMPLIMIENTO

Carrera 13, número 18-23. Teléfono 80-96. centro:

Se Aplazó la Decisión sobre Caicedo Lozano en el Tribunal

[illegible]

* * *

Homenaje del Club Rotario al Doctor Julio Garzón Nieto

[illegible]

* * *

[illegible]

CON MOTIVO DE LA MUERTE DEL EMINENTISIMO CARDENAL MAGLIONE

Secretario de Estado de Su Santidad, la Pontificia Universidad Católica Javeriana

AVISA

[illegible]

PINTURAS ARCO

Acabamos de recibir completo surtido de:

ESMALTES — MATES

BRILLANTES Y LACAS SINTETICAS

PRECIOS REBAJADOS

DESCUENTOS AL POR MAYOR

PELAEZ & CIA. LTDA.

Gran Discurso de L

Hoy en la Sociedad de Agricu

[illegible]

[illegible]

(Continúa en la página tercera)

LITTLEFORD BR

Equipos Moder construcción de

PIEZAS DE RE

Representante Exclusivo

Alfred P. Bergh

MARIA FERRO DE CLEVES VARGAS

[illegible]

LA SOCIEDA MAZZINI D COLOMBI

comunica a sus socios inscritos, qu 25 de los corrientes, a las 9 p. m., tend

ASAMBLEA ORDINARIA

en el local Nº 12-66 de la carrera 9

Textos publicados en 1949

LA DÉCADA DE LOS 40

CÓMO FUE EL ELECTOR A LAS URNAS 27 - DESFILE SECRETO EN TRAJE DE BAÑO Y UN VOTO NEUTRAL DECIDIERON LA ELECCIÓN 35

A FINALES DE 1943, A SUS DIECIOCHO AÑOS, GUILLERMO CANO ISAZA PASÓ DE ser el jefe de redacción del periódico de los estudiantes del Gimnasio Moderno, *El Aguilucho*, a debutante en la redacción de *El Espectador*. Mientras los periodistas curtidos corrían con los cables internacionales de la guerra en Europa o la ropa sucia de la crisis del segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo, Guillermo Cano comenzó su instrucción en el taller de los linotipos, descifrando el secreto de leer al revés. Al momento del encuentro con la noticia, lo hizo con la certeza de escribir mucho y publicar poco. Entre las crónicas callejeras y la exaltación de la fiesta brava, atendió el consejo del director Luis Cano al momento de la escritura: «Menos literatura y más periodismo». En esa época, la partida de Alberto Galindo a *El Liberal* dejó la redacción del periódico bajo la coordinación de José Salgar, Guillermo Lanao y Darío Bautista.

Durante esos años, el segundo gobierno de López Pumarejo no resultó como el primero, pródigo en reformas, y terminó anticipadamente el mismo año que concluyó la guerra en Europa, estalló la bomba atómica en Hiroshima (Japón) y se creó la Organización de Naciones Unidas (ONU). Al mismo tiempo, antes de ser nombrado secretario de Dirección y Redacción de *El Espectador*, con funciones de coordinación editorial junto a Eduardo Zalamea, el periodista Guillermo Cano fue el delegado de la dirección al Tercer Congreso Interamericano de Prensa en Caracas (Venezuela), que concretó los estatutos de la Sociedad Interamericana de Prensa. De ese congreso regresó con dudas de que Bogotá estuviera lista para desarrollar el cuarto encuentro y de que el liberalismo pudiera superar su división entre Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, que permitiría la victoria conservadora de Mariano Ospina Pérez.

Las ambigüedades de la política de unión nacional planteada por el Gobierno Ospina y concertada por los partidos para tratar de contener la violencia desbordada constituyeron el eje del debate en los periódicos y la radio. El 16 de marzo de 1947, el liberalismo gaitanista ratificó sus mayorías legislativas y el expresidente Eduardo Santos le entregó al caudillo las llaves del liberalismo para la reconquista del poder. En los campos de Colombia, la unión nacional representaba una utopía de contado y prevalecían los vientos de la muerte. A los deberes informativos y de opinión en estos recurrentes escenarios críticos, a partir de febrero de 1948, Guillermo Cano agregó la dirección de la edición del *Dominical*. Una publicación tipo norteamericana o europea que tuvo la inmediata colaboración de Álvaro Pachón de la Torre, versátil periodista bogotano formado en Estados Unidos.

Los reportes del médico español Félix Martí Ibáñez desde Nueva York; los textos literarios de Rogelio Echavarría; los ensayos de Gustavo Wills Ricaurte, en los que firmaba como Hamlet; las crónicas de Camilo Pardo Umaña sobre las haciendas de la Sabana o la minucia social de Elvira Salcedo Román mostraron a los lectores la solidez de un producto editorial que, como el resto del periodismo, se vio pronto alterado por la borrasca del 9 de abril. Un testigo estelar de los sucesos, Jorge Padilla, contó la «Historia de un disparo»; el fotorreportero Alberto Garrido mostró las evidencias del desastre; Elvira Salcedo Román entrevistó a la primera dama Bertha Hernández de Ospina, y Felipe González Toledo aportó su reportaje «El saqueo y la destrucción de Bogotá». En una hora crítica para Colombia, el cierre de los años cuarenta no podía ser distinto: con la chapa del estado de sitio y la abstención liberal.

6 de junio de 1949

CÓMO FUE EL ELECTOR A LAS URNAS

Este espectáculo de los ciegos y de los paralíticos y de los enfermos haciendo un esfuerzo ciudadano para cumplir con su deber y para reclamar su derecho fue realmente algo impresionante, en el impresionante día de elecciones.

EL DÍA FUE GRIS Y OSCURO. EL SOL APARECIÓ SOLAMENTE UNA O DOS VECES con timideces de adolescente, para cubrir rápidamente su rostro entre las nubes negras como un velo. Pero para aquel ciego que, con su lazarillo, se acerca paso a paso a la urna, con su cédula fuertemente agarrada en la diestra y sosteniendo la papeleta que contiene la lista de sus preferencias, el día puede ser gris o azul, que a él poco le importa el color. Él quiere sentir cuando su papeleta cae en el fondo de la urna y quiere sentir su dedo húmedo de tinta roja, blanca, negra, ¿qué importa, si ya ha votado? En cambio para aquel otro que tiene sus piernas deformadas, el color del día es tan importante, porque él hubiera querido que el sol brillara y que el andén por el cual se arrastra estuviera seco y no húmedo de barro y fango. Pero también, como el ciego, el lisiado se acerca lentamente a la urna, arrastrando su tronco, hasta que su mano, levantada caritativamente, deposita el voto, y hasta que su dedo índice queda rojo de tinta.

Este espectáculo de los ciegos y de los paralíticos y de los enfermos haciendo un esfuerzo ciudadano para cumplir con su deber y para reclamar su derecho fue realmente algo impresionante, en el impresionante día de elecciones. Este domingo de ayer –no importaba que estuviera gris y que lloviznara con insistencia cruel durante todas sus horas, porque a diferencia de otros domingos, en este no había ni futbol ni toros– se inició muy distinto a los otros domingos del año. Porque ayer Bogotá se despertó temprano, en su día de fiesta y de descanso, y los hombres salieron del hogar desacostumbradamente pronto. Desde las siete de la mañana grupos de cinco y más hombres por los andenes de las calles –por las centrales y por las apartadas– caminaban con apresuramiento de día de trabajo. No iban hoy a devengar un sueldo o un salario. Iban a votar. Y a su paso:

–¡Información liberal! Aquí le entregamos la papeleta con la lista oficial del partido... ¡Aquí le señalamos el sitio exacto donde debe votar!

Los gritos de quienes sirvieron ayer de lazarillos, no solo para los ciegos, sino para todos los votantes, atraían a decenas de hombres de todas las capas sociales, que sacando sus carteras enseñaban sus cédulas y seguían los movimientos de la mano del guía que en las largas y complicadas listas buscaban el número exacto:

–Mesa 330... Estación de la Sabana... El siguiente: Mesa tal, ¡plaza de toros...!

Los viejos, los que ya muchas veces han votado, miraban sarcásticamente a los informadores. A ellos no les costaba trabajo saber rápidamente, con una simple mirada al diario o a la lista, dónde debían votar. Pero aquel joven, de solo 21 años; o aquel campesino –tal vez un campesino llegado anoche a Bogotá tras fatigoso viaje desde las veredas cercanas; o tal vez un campesino llegado a Bogotá huyendo de la persecución política– o aquel anciano cuya vista declina no podían saber tan fácilmente dónde votar, y su timidez –como la del sol– los empequeñecía.

Porque ayer votaron en Bogotá los campesinos desterrados de sus tierras, que veían por vez primera esos asombrosos avisos de colores, con letras que se apagaban y se encendían. Vieron por primera vez las grandes y amplias avenidas, los grandes buses que suspiran tan profundamente cuando se detienen, los grandes edificios –monstruosas casas que si las construyeran cerca de su choza, la mantendría en obscuridad permanente como bajo una gran sombrilla que le tapara el sol.

Porque ayer votaron miles de personas por primera vez. Jóvenes que escondían tímidamente su cédula miraban en secreto los nombres de su lista –para que nadie pudiera descubrir sus inclinaciones políticas– y temían llegar frente al jurado y no saber qué hacer. Cuando el joven abría su cédula ante el serio señor sentado tras la urna, su cédula tan limpia lo hacía ruborizar, porque precisamente delante de él votó un anciano, cuya cédula tenía, como su rostro, la marca del tiempo.

Fueron ellos, los campesinos y los jóvenes, los que votaron por primera vez, los detalles humanos dentro de esa muchedumbre que se acercó a las mesas de votación para dejar caer en la urna la pequeña papeleta con su voto. ¡Fueron los tímidos de la jornada de ayer!

Desde las siete de la mañana camiones y buses pasaban por las calles cargados de hombres que gritaban vivas a sus partidos políticos.

–¡A la plaza de toros! Gritaba... desde lo alto el dirigente llamando a todo hombre que fuera a votar a la plaza.

–A la estación de la Sabana. Todavía caben muchos. Suban. Suban.

Y los camiones, con su cargamento de hombres, seguían por las calles cumpliendo su trabajo de facilitar el traslado de miles de bogotanos desde los barrios apartados hasta el centro de la ciudad.

Mientras tanto, por aquellas calles ya de todos tan conocidas, el ruido estridente y destemplante de los tranvías no se escuchaba desde las seis de la mañana. Porque ayer no hubo tranvías. La ciudad se movilizó en camiones, en buses y en las piernas de sus hombres.

Uno de estos camiones, cargado de obreros y trabajadores del campo, pasó por frente a la iglesia de Las Cruces. Los obreros iban gritando vivas al Partido Liberal, con el fervor de la victoria. Sus cabezas estaban cubiertas por sus sombreros de los domingos. Cuando el vehículo pasó frente a la puerta de la iglesia, cesaron los gritos, y todos llevaron sus manos a la cabeza, y se descubrieron con el respeto que se merece la casa de Dios, para luego seguir gritando vivas a su partido, con el fervor de sus convicciones.

***

Algunos bogotanos, a pesar de la ley seca, se pasaron ayer de tragos. Y esta mañana amanecieron grises como el cielo. La cabeza les dolía profundamente, y el cuerpo estaba pesado y cansado. La boca les sabía a amargura, y sus labios estaban secos de sed. No querían levantarse. Era tan absurdamente temprano para salir a la calle enguayabados, que quisieron permanecer en el lecho. Pero a todos ellos les debió pasar lo mismo que a un joven, el cual nos relató lo siguiente:

–Me acosté tarde, muy tarde. La cerveza estaba buena, aunque escasa. Esta mañana, sentía los horrores del guayabo, el remordimiento, la sed. Dije a mi madre: «No pienso levantarme. Que nadie me moleste. Y por favor, ¡tráigame un vaso grande de jugo de naranja con hielo!». Mi madre me miró y ella, tan buena otras veces, que en tantas ocasiones me trajo hasta mi lecho el vaso de jugo de naranja, exclamó, entre sorprendida y airada: «¿Cómo? ¿No vas a votar?... Inmediatamente te levantas, y por encima de todo vas a la estación donde está tu mesa. ¡No puedes traicionar a tu partido!».

***

De las elecciones que recordamos, las de hoy fueron las más nutridas. Los bogotanos que ya nos hemos acostumbrado a la dictadura de la «cola», formamos ayer largas, extensas «colas» de varias cuadras, y nos sometimos a la requisa y a la espera. En algunas partes todo fue muy ordenado, pero aquellos que tuvieron que votar en la plaza de toros se quejaban de las incomodidades que les había tocado sufrir. Primero la «cola». Luego devolverse, porque por esa puerta no se podía entrar. Luego dar la vuelta completa a la plaza. Otra «cola». Penetrar en las dependencias de la plaza y comenzar a sufrir por saber dónde quedaba el tendido ocho, el palco de la presidencia, la entrada de sol, la entrada de sol y sombra. Para los taurófilos esto fue fácil. Pero en la calle nos encontramos a un señor que con cara muy triste nos dijo:

–Por primera vez en mi vida, ¡siento no haber sido aficionado a los toros! ¡Ay! Si lo hubiera sido, en segundos habría llegado a la puerta de toriles, que era la guía para saber dónde estaba mi mesa... Pero calcule usted si yo iba a saber dónde quedaba la puerta de toriles... ¡Yo que nunca he ido a los toros!

***

El dedo rojo. El dedo entintado. El dedo manchado. Ese dedo fue el símbolo de las elecciones de ayer. Cuando en un día cualquiera va caminando uno por la calle, casi nunca se fija en los hombres que pasan a su lado. Ayer todos, unos a otros, inmediatamente, nos mirábamos la punta del dedo.

Los que la tenían roja, sonreían satisfechos. Los que aún no habían votado, se disculpaban a señas, como diciendo: ¡para allá vamos!

La tinta indeleble –a tres pesos el pote– manchó no solo el dedo, sino el vestido nuevo, la nueva ruana, el sobretodo, la camisa de muchos bogotanos.

Porque en las aglomeraciones cerca a la mesa de votación, la gente después de poner el dedo en la tinta, esta, aún fresca, servía para manchar al vecino. Algunos la escurrían, como hacen los carniceros después del desuello. Otros, la secaban con papeles. Otros dejaban que el viento, que fue impresionante y cortantemente frío, la secara.

Algunos intentaron borrarla, pero la señal roja, del voto cumplido, no desaparecía totalmente del dedo que, como un símbolo, atrajo la mirada de todo bogotano en el día de ayer.

***

El sábado las calles estuvieron inundadas de mujeres que reían. Y las mujeres iban vestidas con singular buen gusto. E iban por las calles guapas y hermosas. Era una policromía, en que la vista se deleitaba no solo un instante, sino largos minutos. Y eran tantas que llegaron prácticamente hasta inundar la ciudad con el insinuante aroma del perfume. Ayer, en cambio, las calles fueron de los hombres. Las calles eran secas. No tenían el colorido del sábado. Las mujeres permanecieron en sus casas. Algunas, muchas, salieron a la iglesia, pero, concluida la ceremonia, regresaron al hogar. Una que otra se aventuró por las calles, pero era un brochazo aislado en el lienzo de la ciudad.

Las mujeres esperaron en sus casas el regreso de todos los hombres que ayer salieron a votar. El regreso de aquel ciego que siente aún en su dedo la frescura de la tinta. El regreso del enfermo y del inválido. El regreso del hijo que votó por primera vez. En ese día maravilloso de ayer –en el que a última hora se asomó, otra vez tímido, el sol– se cumplió el emocionado llamamiento que en el histórico 27 de mayo hiciera el doctor Carlos Lleras Restrepo a todos los liberales de Colombia:

«Venciendo cualquier dificultad, todos los hombres del partido, iremos a las urnas, mientras las mujeres, las valientes mujeres del liberalismo, estarán aguardando, con el corazón agitado, la noticia de que hemos ganado para sus hijos una patria...».

El Espectador

Nota del compilador

El 5 de junio de 1949, catorce meses después del asesinato de Gaitán, se realizaron elecciones legislativas. Colombia vivía en llamas, ese día fue «gris y oscuro», y el sol apareció una o dos veces con timidez de adolescente. Así escribió Guillermo Cano sobre esa jornada electoral, con una invitación expresa extraída desde las voces de la calle: «¡Información Liberal! Aquí le entregamos la papeleta con la lista oficial del partido... ¡Aquí le señalamos el sitio exacto donde debe votar!». Los jóvenes, los obreros, el joven que desconoció la ley seca y estaba dispuesto a dormir el guayabo con jugo de naranja con hielo, pero su madre lo obligó a levantarse para no traicionar al partido. Fue una jornada en la que el dedo rojo, el dedo entintado, el dedo manchado, fue el símbolo de la victoria liberal con autoridad.

Ese triunfo anticipó la candidatura del exministro Darío Echandía, pero también el retorno del conservador Laureano Gómez, en un contexto de extrema censura de prensa oficial, mientras tronaba la violencia en Boyacá, Norte de Santander, Nariño, Santander, Valle, Cundinamarca, Caldas y Tolima. El liberalismo propuso adelantar las elecciones presidenciales para el último domingo de noviembre de 1949 y, desde los atriles de la política y la prensa, como un botafuegos, Laureano Gómez azuzó desde su disparatada definición para el liberalismo, el «basilisco»: «un monstruo con la cabeza de un animal que camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y violencia, con inmenso estómago oligárquico, pecho de ira, brazos masónicos y pequeña y diminuta cabeza comunista».

El jueves 25 de agosto hubo gresca entre liberales y conservadores en el Congreso, y el miércoles 7 de septiembre, el zafarrancho se salió de cauce cuando intervenía el conservador Carlos del Castillo y fue interrumpido a la brava por el liberal Gustavo Jiménez. Se oyeron disparos y, malherido Jiménez, murió minutos después junto a una de las curules, en medio de la estampida de los legisladores. El representante liberal Jorge Soto del Corral también salió herido y falleció días después. Las elecciones se adelantaron y la violencia se diseminó por Colombia. El 22 de octubre, un grupo de agentes secretos y policías asaltó la Casa Liberal en Cali y causó la muerte de veinticuatro personas. El registrador Eduardo Caballero Calderón advirtió que las elecciones presidenciales iban a convertirse en una «farsa sangrienta».

Desde la OEA, Alberto Lleras Camargo denunció la oleada criminal en Colombia y anticipó así la suerte del liberalismo: «Nada de lo que pueda seguir en el país podrá ser justo, limpio y respetable». Ante la agresividad verbal, el 6 de noviembre, el arzobispo primado de Colombia monseñor Ismael Perdomo intervino para conminar a los párrocos a cumplir con sus deberes religiosos y abstenerse de formular comentarios políticos. Al día siguiente, el candidato liberal Darío Echandía retiró su candidatura presidencial y ordenó la abstención electoral. «El orden legal ha desaparecido. No hay garantías oficiales para los electores del liberalismo». *El Espectador* resaltó en su edición: «Nadie puede equivocarse al creer que anoche se inició una nueva fase de la vida colombiana bajo los signos más inquietantes».

El país regresó al estado de sitio, esta vez con el cierre del Congreso, las asambleas y los concejos, y la imposición de una asfixiante censura de prensa a cargo de los ministerios de Gobierno y Guerra. La radio quedó en manos del Ministerio de Correos. Esas restricciones ocultaron otra grave noticia ocurrida a la sombra de la violencia partidista: el levantamiento militar del capitán Alfredo Silva Romero en la base aérea de Apiay en Villavicencio (Meta), con ocho agentes de Policía muertos y la liberación de los presos en la cárcel de la ciudad. En paralelo, el guerrillero Eliseo Velásquez atacó el municipio de Puerto López (Meta) y causó la muerte de veintitrés personas. Esa fue la génesis de la guerrilla en los Llanos Orientales, con réplicas de violencia sectaria en diversas zonas del país.

Una manifestación de liberales que acompañaba a Darío Echandía frente a la estatua del general José de San Martín, en la calle 32 con carrera Séptima en Bogotá, fue atacada súbitamente por la policía. Murieron cuatro personas, entre ellas Vicente Echandía, hermano del excandidato liberal. El sepelio se realizó el domingo 27 de noviembre, el mismo día de la elección presidencial de Laureano Gómez. *El Espectador* pasó de largo la noticia y, en vez del triunfo conservador, exaltó la memoria de las víctimas del ataque a Echandía y anunció el retiro de Luis Cano de la dirección. Asumió Gabriel Cano con la advertencia de hacerlo «mientras manos más jóvenes animadas por la misma sangre se preparan adecuadamente para recibir este honroso y comprometedor legado».

FIDEL CANO en 1887
— Gerente: GABRIEL CANO
[illegible] — Subgerente: LUIS GABRIEL CANO

-14 Páginas—10 Centavos

Distribución aérea en todo el país Vías AVIANCA y SAETA

EL ESPECTADOR

EDICION DE LA TARDE

Registrado como Tarifa Reducida del Servicio Postal Interior. Licencia Nº 8

Jefe de Redacción: JOSE SALGAR — Jefe de información: DARIO BAUTISTA
Secretario de Dirección y Redacción: GUILLERMO CANO
REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES: CALLE 15, NUMERO 4-34.

Bogotá, Colombia, Lunes 14 de Novbre. de 1949

a en la Dirección
Manifiesto al Partido

DOCTOR DARIO ECHANDIA

parlamentarios liberales de todo el país en la que fijan su posición ante los últimos acontecimientos y harán consideraciones políticas de diverso índole.

Esta edición de EL ESPECTADOR aparece bajo censura oficial.

Llegan a Bogotá tres Destacados Periodistas de los E. U. y Argentina

A las cinco de la tarde de hoy llegará por la vía aérea a Bogotá el señor [illegible], conocido periodista argentino y quien ha sido enviado especialmente por el gran diario "La Prensa" de Buenos Aires para permanecer algunos días en Bogotá y enviar informaciones a su periódico.

Asimismo, en el curso de dos o tres días llegarán a Bogotá, también por la vía aérea, los señores Milton Bracker, corresponsal especial del "New York Times", y Jules Dubois, corresponsal del "Chicago Tribune". Los distinguidos periodistas se proponen permanecer algún tiempo en Bogotá.

Medidas Económicas son Expedidas en el Perú

LIMA, noviembre 14. (UP). La junta de gobierno decretó la suspensión de la paridad para el sol de oro, abolió los controles de precios y de cambios y terminó los subsidios gubernamentales a todas las industrias, con excepción de los subsidios al trigo.

conómicas Extraordinarias

puestos", Afir- ciendo. ☆ El Decreto sobre Presupuesto Será Dictado Esta Semana. Contraloría.

[illegible]

próxima vigencia.

¿Aumento del presupuesto?

Preguntado el ministro si ese presupuesto iba a ser expedido por el monto fijado en el proyecto de ley que presentó a las cámaras legislativas, dijo que ese aspecto estaba siendo estudiado por el ministerio [illegible] era muy probable que con el aumento de algunas rentas como la de aduana, ese cálculo había de ser aumentado en el decreto-ley.

Sobre la contraloría

El cronista le preguntó si era verdad, como se seguía afirmando en los círculos callejeros, a pesar de la declaración del doctor Luis Ignacio Andrade, que el gobierno preparaba medidas relacionadas con la contraloría general de la república. El doctor Jaramillo Ocampo contestó enfáticamente:

—Ese rumor carece en absoluto de fundamento. No habrá medidas de tal naturaleza.

No habrá nuevos impuestos

—Quiero también, dijo finalmente el ministro de hacienda, que la opinión pública sepa que en las nuevas medidas que se están estudiando, no se contempla ningún nuevo impuesto.

Prohibición de
eres de la Capital

entes de Fenalco. Lista de los Pre- cios Hoy en Bogotá

[illegible] tierra templada. Al no permitirse la salida de víveres, los habitantes de tales municipios no podían aprovisionarse oportunamente y tendrían que buscar otros mercados, posiblemente con perjuicio de la misma capital.

En consecuencia, desde hoy se permite la salida libre de víveres de Bogotá.

Cambio de lista

Como se sabe, el precio de casi todos los víveres está por fuera de control, porque la producción es abundante y las cotizaciones han sido normales en las últimas semanas. Sin embargo, la policía y el ejército han recibido listas de los precios que rigen por cargas, por arrobas y por libras antes del estado de sitio, y que deben observar cuidadosamente para evitar que se presenten alzas injustificadas.

Tales precios son los siguientes:

"Delegado de precios de Cundina-

(Continúa en la página 11)

El Partido del Premier Oliveira Salazar Ganó la Elección en Portugal

LISBOA, 14 de noviembre. (UP). Todos los 120 candidatos del partido de unión nacional del premier Oliveira Salazar ganaron en las elecciones de ayer. El partido de Salazar, [illegible] en dos de las 36 circunscripciones electorales, y ganó por un cómodo margen. Los periódicos matinales declararon la victoria del partido de Salazar. Un titular en un periódico gobiernista decía que Portugal había ganado una vez más y continuaría ganando.

El Toque de Queda Sigue en Vigencia desde las 11 p. m.

Algunos colegas de la mañana informaron de la posibilidad de que, en el día de hoy, las autoridades militares suspendieran el toque de queda que se viene dando a las once de la noche, con prolongación hasta las cuatro de la madrugada.

Nada han decidido

A las once de esta mañana, uno de los reporteros de este diario indagó en el ministerio de guerra sobre el particular y, el ministro del ramo, por conducto de la señorita secretaria de su despacho, informó que hasta el momento no se había decidido ninguna disposición distinta a la vigente y que, en consecuencia, pues, el toque de queda sigue rigiendo desde las once de la noche hasta nueva orden.

Resuelve sobre
l Precio del "Tinto"

[illegible] cupando a todos los dueños de bares y cafés.

Será sólo para Bogotá

Informaciones de última hora obtenidas en círculos del control de precios, [illegible]

Medidas Fiscales Directas Tomará el Ejecutivo de Caldas

MANIZALES, 14 de noviembre. (Del corresponsal Alberto Vargas Mesa). Debido a la disolución de la asamblea departamental [illegible]

Arreglo entre Francia y Alemania Occidental Pide el Gral. De Gaulle

PARIS, noviembre 14. (UP). El general Charles de Gaulle pidió un arreglo directo entre Francia y la Alemania Occidental, como base para la total reconstrucción de Europa.

Los Derechos del Hombre

La Declaración Universal

"La Asamblea General de las Naciones Unidas proclama la presente Declaración Universal de Derechos del Hombre como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza, y la educación, el respeto a estos derechos y libertades.

Artículo 1. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos.

Artículo 2. Sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política u otra.

Artículo 3. Derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad personal.

Artículo 4o. Nadie será sometido a esclavitud.

Artículo 5. Ni a la tortura, pena o trato degradante.

Artículo 6. Derecho al reconocimiento de su personalidad jurídica.

Artículo 7. Derecho a la protección legal.

Artículo 8. Derecho al recurso efectivo contra actos que violen los derechos fundamentales.

Artículo 9. Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

Artículo 10. Derecho a ser oído públicamente.

Artículo 11. Toda persona es inocente mientras no se pruebe su culpabilidad.

Artículo 12. Inviolabilidad de domicilio y de correspondencia.

Artículo 13. Derecho a la libre circulación y elección de residencia.

Artículo 14. Derecho de asilo en cualquier país.

Artículo 15. Derecho a una nacionalidad.

Artículo 16. Derecho a contraer matrimonio y a constituir una familia.

Artículo 17. Derecho a la propiedad.

Artículo 18. Derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.

Artículo 19. Derecho a la libertad de opinión y de expresión.

Artículo 20. Libertad de reunión y de asociación.

Artículo 21. Derecho a participar en el gobierno del país y a ejercitar el sufragio.

Artículo 22. Derecho a la seguridad social.

Artículo 23. Derecho al trabajo y a la sindicación profesional.

Artículo 24. Derecho al descanso.

Artículo 25. Derecho a un nivel de vida adecuado.

Artículo 26. Derecho a la educación.

Artículo 27. Participación libre en la vida cultural de la comunidad.

Artículo 28. Derecho a un orden social e internacional adecuado.

Artículo 29. En el ejercicio de sus derechos, toda persona estará sujeta a las limitaciones establecidas por la ley.

Artículo 30. La presente Declaración no confiere derecho alguno al Estado, grupo o persona para realizar actos tendientes a la supresión de las libertades y derechos proclamados"

2 Muertos y 16 Heridos en el Accidente Férreo de Anoche

Uno de las Víctimas no ha Sido Identificada. Tres de los Heridos Están muy Graves

Dos kilómetros abajo de El Ocaso, entre esta estación y La Esperanza, ocurrió un accidente ferroviario, a consecuencia del cual perecieron dos personas y 16 más resultaron heridas, de ellas dos de suma gravedad. El accidente ocurrió anoche, a las 8.30, cuando se descarriló una locomotora que remolcaba el convoy de pasajeros que con destino a Girardot había salido de Bogotá en las primeras horas de la tarde.

El accidente

Hasta las doce y media de la mañana de hoy no se poseían mayores detalles sobre este accidente ferroviario, pero en todo caso a esa hora informaron el departamento de tráfico y la superintendencia del ferrocarril de Cundinamarca, que no reviste la gravedad ni la magnitud que le dieron las informaciones que sobre el particular publicaron hoy los diarios matinales.

No se conocían mayores detalles hasta la hora mencionada, debido al mal estado en que se encuentran las líneas telefónicas, lo que ha impedido tanto a los periodistas como al mismo consejo de los ferrocarriles inquirir información más amplia sobre este accidente ferroviario.

Por los datos suministrados en el consejo de los ferrocarriles se sabe que el accidente ocurrió anoche, a las 8.30, a uno o dos kilómetros abajo de la estación de El Ocaso. La locomotora número 48, conducida por el maquinista Fonseca, se descarriló, saliéndose de las vías y arrastrando cuatro vagones más.

Dos muertos

A pesar del gran número de gentes que transportaba el tren, sólo

(Continúa en la página [illegible])

Nombrados Administrador General y Gerente de Rentas de Cundinamarca

Por un decreto del gobernador Leiva y del secretario de hacienda del departamento, fue nombrado administrador general de rentas de Cundinamarca el señor Alvaro Vega Bernal, en reemplazo del señor Emilio González Ospina, a quien le fue concedida una licencia de sesenta días por enfermedad.

El señor González Ospina fue reemplazado en la administración de rentas después de más de dos años de servicio por don Alvaro Vega Bernal, quien venía desempeñando la secretaría general de ese mismo despacho.

Nuevo gerente de rentas

Por otro decreto del gobierno departamental fue nombrado administrador de la fábrica de licores y perfumes de Cundinamarca el señor Alfredo Borda, quien desempeñaba el cargo de jefe del resguardo, en reemplazo de don Hermógenes Vargas Lorenzana, quien lo sirvió por muchos años.

El señor Vargas Lorenzana está vinculado estrechamente al extraordinario incremento y progreso de la industria licorera de Cundinamarca, en la cual actuó con indudable acierto y competencia.

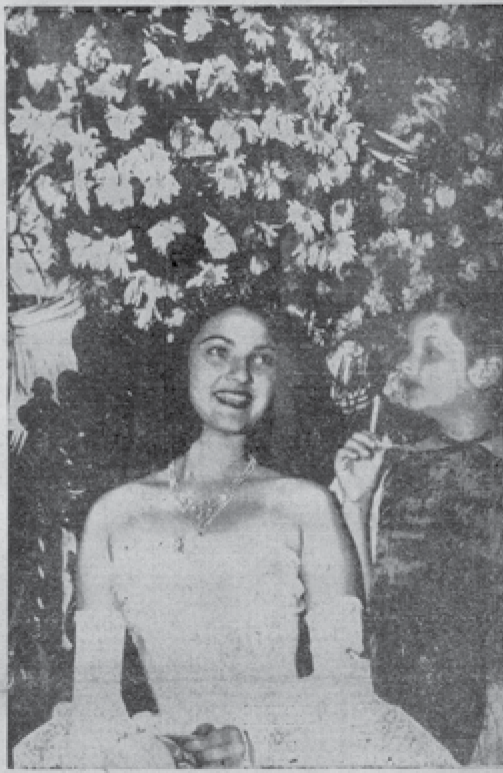
Jefe del resguardo

Para el cargo de jefe del resguardo de rentas de Cundinamarca, en reemplazo del señor Alfredo Borda, fue nombrado el teniente de la policía nacional, división de este departamento, señor García.

El Concurso Nacional de Belleza

Desfile Secreto en Traje de Baño y un Voto Neutral, Decidieron la Elecció

La Inmensa Sorpresa y el Regocijo por la Elección de la belleza barranquillera de 16 años para "Señorita Colombia" ☆ Antioquia y Valle Quisieron Retirarse del Concurso el Sábado. La Reñidísima Competencia en el Jurado Calificador



Doña MYRIAM SOJO ZAMBRANO de 16 años, proclamada "Señorita Colombia 1949", fotografiada en el Teatro Cartagena, con uno de sus pajes, instantes después de su proclamación, a la media noche del sábado. (Foto EL ESPECTADOR). - Garrido)

Por GUILLERMO CANO
Enviado especial de EL ESPECTADOR.

Cerca de cinco mil personas que se hallaban congregadas desde las cinco de la tarde del pasado doce de noviembre en la plaza situada frente al Teatro Cartagena, recibieron con murmullos de sorpresa la decisión del jurado calificador del segundo concurso nacional de belleza, que escogió el nombre de doña Myriam Sojo, de diez y seis años, para ceñir la corona de "Señorita Colombia 1949". Otro tanto sucedía en el interior del teatro, colmado hasta sus últimas localidades, donde más de dos mil personas vestidas en trajes de etiqueta, en medio de una atmósfera calurosa, esperaban conocer el nombre de la nueva reina de belleza. Cuando la señora Olga Salcedo de Medina, delegada por el Atlántico en el jurado, anunció que los jueces habían decidido finalmente, después de una hora y cuarenta y cinco minutos de discusión, escoger el nombre de Myriam Sojo como reina de belleza, la joven barranquillera no pudo menos que demostrar su emocionada sorpresa con un grito de admiración, y no pudiendo evitar que sus bellos y profundos ojos azules se inundaran en lágrimas.

La decisión del jurado obtenida después de producirse dos empates, y después de largas deliberaciones que hacían impacientar al público asistente al acto de la coronación, fue acogida generalmente con agrado, pero constituía para [illegible]

(Continúa en la última pá

Rusia Acusó hoy a E. U. e Inglaterra de Preparar 'Nueva Masacre Humana'

LAKE SUCCESS, noviembre 14. (UP). Vishinsky dijo que "una nueva masacre humana está siendo preparada por el bloque agresivo de países encabezados por los Estados Unidos y por la Gran Bretaña".

"Algo Grave Debe Estar Pasando Ahora en Rusia"

NUEVA YORK, noviembre 14. (UP). En el último número de la importante revista "United Nations News & World Report" se conjetura que "algo debe estar pasando en Rusia. El Kremlin aparece preocupado, hay signos de tormenta en los altos círculos... [illegible] Las conversaciones sobre la paz son más frecuentes que nunca; los despliegues militares en Moscú son más breves; los funcionarios soviéticos que visitan a Washington están diciendo "Seamos otra vez amigos". Por otra parte, la toma del ejército polaco por los rusos es una noticia de especial significación. El sucesor de Stalin se [illegible] en Moscú, mientras Stalin toma sus vacaciones".

El Papa Condena la "Falsa Ley" Impuesta por Estados Totalitari

CASTELGANDOLFO, noviembre 14. (UP). El Papa, Pío XII, atacó la "falsa ley" de los Estados totalitarios, diciendo que sus sistemas judiciales [illegible] crimen y aportaban desorden y esclavitud.

Dijo el Papa a la Sagrada Rota Romana, la corte suprema de la Iglesia Católica, que el conflicto entre las leyes verdaderas y falsas había causado una crisis a la administración de justicia. Y que este conflicto era causado por el "positivismo jurídico", en oposición a los sistemas jurídicos basados en la ley divina.

Agregó: "Ha sido preciso el advenimiento del Estado totalitario de orientación antirreligiosa, un Estado que —por principios, o al menos en la realidad— quebrantó todas las restricciones frente a la ley divina, [illegible] del positivismo jurídico, [illegible] "ley legal" en el sentido [illegible] ha hecho tambalear el [illegible] establecido por el Creador. [illegible] a la Iglesia, un crimen a la [illegible] del patriotismo, y ha anulado la libertad".

Capturado Kweiyang Capital de Kweich

CHUNGKING, noviembre 14 (UP). Oficialmente se confirmó la caída de Kweiyang, capital de la provincia de Kweichow.

a las 9 P. M.
Coltejer
TOCA A SU PUERTA
Premio HOY
$ 450.00
PRESENTA A

EL SEÑOR
CARLOS G. FRASER MARQUEZ
[illegible]

IMPORTANTE AVISO
a nuestros consumidores:
No bote las envolturas del CHOCOLATE "LA ESPECIAL"
Dentro de pocos meses, la fábrica de Chocolates "LA ESPECIAL" hará un concurso entre

HOY 8:30 p. m.
[illegible]

LOTES PEQUEÑOS CENTRALES
Con facilidades de pago
URBANIZACIONES SAMPER & CIA., S. A.
Calle 13, Nº 8-11, Oficina 416

El Consejo Administrativo de los
FERROCARRILES NACIONALES

14 de noviembre de 1949

DESFILE SECRETO EN TRAJE DE BAÑO Y UN VOTO NEUTRAL DECIDIERON LA ELECCIÓN

La inmensa sorpresa y el regocijo por la elección de la belleza barranquillera de 16 años para Señorita Colombia. Antioquia y Valle quisieron retirarse del concurso el sábado. La reñidísima competencia en el jurado calificador.

CERCA DE CINCO MIL PERSONAS QUE SE HALLABAN CONGREGADAS DESDE las cinco de la tarde del pasado doce de noviembre en la plaza situada frente al Teatro Cartagena, recibieron con murmullos de sorpresa la decisión del jurado calificador del segundo Concurso Nacional de Belleza que acogía el nombre de doña Myriam Sojo, de diez y seis años, para ceñir la corona de «Señorita Colombia 1949». Otro tanto sucedía en el interior del teatro, colmado hasta sus últimas localidades, donde más de dos mil personas vestidas en trajes de etiqueta, en medio de una atmósfera calurosa, esperaban conocer el nombre de la nueva reina de belleza. Cuando la señora Olga Salcedo de Medina, delegada por el Atlántico en el jurado, anunció que los jueces habían decidido finalmente, después de una hora y cuarenta y cinco minutos de discusión, acoger el nombre de Myriam Sojo como reina de belleza, la

Myriam Sojo Zambrano, Señorita Colombia 1949.
***El Espectador* / Comunican S. A., 14 de noviembre de 1949.**

joven barranquillera no pudo menos que demostrar su emocionada sorpresa con un gesto de admiración, y no pudo evitar que sus bellos y profundos ojos azules se inundaran en lágrimas.

La decisión del jurado obtenida después de producirse dos empates, y después de largas deliberaciones que hacían inquietar al público asistente al acto de la coronación, fue acogida generalmente con agrado, pero constituía para todos un verdadero «batatazo». Efectivamente hasta las nueve de la noche, cuando las candidatas abandonaban los salones del Hotel Caribe en medio de atronadoras ovaciones, los periodistas pudieron informarse de que en una quinta reunión, celebrada por el jurado en las horas de la tarde del sábado, se había decidido elegir a la reina entre Cundinamarca, Valle, Antioquia y Atlántico. Cundinamarca y Atlántico formaban un grupo. Antioquia y Valle, el otro. Se consideraba que el jurado estaba decididamente inclinado a escoger a la reina entre el grupo mencionado de primero, y también se consideraba que entre las dos candidatas que formaban dicho grupo, Lilia, de Cundinamarca, gozaba de más fuerza.

EL PROCESO DE LA ELECCIÓN

Tal vez en ninguna otra oportunidad vuelva a presentarse una competencia más enconada que la que le fue dado presenciar a Cartagena con motivo del segundo concurso nacional de belleza. Para poder dar al público una impresión de lo que fue la lucha entre las diferentes candidatas, debemos comenzar por hacer una breve historia de los hechos.

Cuando el miércoles llegó este cronista a Cartagena se encontraban ya en la Ciudad Heroica seis de las candidatas: Cundinamarca, Antioquia, Valle, Bolívar, Magdalena y el Chocó. Faltaba por llegar la Señorita Atlántico. Ese mismo día, miércoles, el cronista pudo saber de fuente muy autorizada que Bolívar no participaría en la competencia. Tal cosa la hicimos saber de nuestros lectores en crónica publicada el viernes pasado bajo el título de «Bolívar abdicará el trono». El sábado, día de la coronación, tales informaciones quedaron plenamente confirmadas.

UNA LUCHA ENTRE TRES

Sabiendo ya, como sabíamos, que Adalgiza, de Bolívar, en gesto que la honra, se abstendría de participar en la competencia, la situación creada por el jurado se limitaba a escoger entre tres de las candidatas llegadas a Cartagena. Eran Amparo, de Antioquia; Lilia, de Cundinamarca y Clarita, del Valle. Amparo tenía su fuerza en la simpatía. Lilia en la elegancia, la belleza y el porte. Clarita en la popularidad. Era pues notorio en toda reunión que Amparo despertaba en quienes la veían un irresistible sentimiento de simpatía. Lilia era admirada como cuando se mira una obra de arte. Clarita arrancaba del público, en las calles y en los centros, ovaciones desbordantes de entusiasmo.

Desde el miércoles, la competencia era reñidísima y adelantar un pronóstico, un poco peligroso.

LA LLEGADA DE MYRIAM

A una situación de hecho muy difícil vino a agregarse otro punto de equilibrio. La llegada de Myriam, del Atlántico, hacía subir a cuatro el número de candidatas que podrían alcanzar el título. Fue entonces cuando comenzó el movimiento ininterrumpido hasta el sábado a las doce y quince minutos de la madrugada de los delegados de los cuatro departamentos.

Cuando el viernes Myriam descendió a la playa breves instantes, la perfección de su cuerpo, unida a su juvenil e ingenua sonrisa, ocasionó que muchos, que consideraban favorita a otra de las candidatas, adhirieran al reinado a la Señorita Atlántico.

LA CONSTITUCIÓN DEL JURADO

El viernes por la mañana el comité organizador procedió a elegir el jurado calificador. El problema fue bastante espinoso. Sucedía que el Contralor General de la República había depositado su voto con anticipación en sobre cerrado y sellado. De hecho, el contralor era miembro del jurado. Sin embargo, el viaje inesperado del doctor Ordóñez Ceballos le impidió conocer a la candidata por el Atlántico. Cuando se reunió por primera vez el jurado, la delegada del Atlántico, doña Olga Salcedo Medina, solicitó que el voto del contralor no fuera aceptado por la circunstancia arriba mencionada. Otros miembros del jurado se oponían a tal determinación porque alegaban que el doctor Ordóñez Ceballos ya conocía a Myriam desde semanas antes cuando la visitó en Barranquilla. Fue este el primer *impasse* de una serie interminable que se presentaría para la elección de la Señorita Colombia. Ese día no se tomó una determinación definitiva sobre el voto del contralor.

SE PIDE QUE BOLÍVAR NOMBRE UN JURADO

En la tarde del viernes se reunió nuevamente el comité sin llegar a ningún acuerdo. Posteriormente, durante el *cocktail* bailable del Club La Popa, aproximadamente a las doce de la noche, el jurado solicitó que las candidatas desfilaran ante ellos. Así se hizo, y pudo comprobarse una vez más que el jurado se encontraba en aprietos para tomar una determinación. Surgió nuevamente la discusión sobre si el voto del contralor era o no válido. Finalmente se acordó que dicho voto no sería aceptado. La discusión se prolongó por varios minutos y el delegado por Cundinamarca, Enrique Gómez Campuzano, se retiró voluntariamente, entrando a reemplazarlo doña Sophy Pizano de Ortiz.

Anulado el voto del contralor, el jurado fue partidario de que esta agrupación tuviera un número impar de miembros y no par como hasta ese momento. Se solicitó entonces a Bolívar que designara un delegado. Vicente Martínez Martelo se opuso enérgicamente, hasta el extremo de retirarse del salón. Apresuradamente alguien anunció que el delegado por Bolívar en el jurado sería nombrado esa misma noche. Adalgiza Porto se opuso a tal nombramiento si no era escogido personalmente por ella.

Este era el segundo *impasse*. Su solución solo vino a lograrse en la mañana del sábado, cuando se conoció la determinación oficial de Adalgiza de no entrar en la competencia. (Sea dicho de paso, Adalgiza podría ser hoy la reina de la belleza.)

QUIEREN RETIRARSE ANTIOQUIA Y VALLE

Esa mañana del sábado fue verdaderamente agitada tanto para los miembros del jurado como para las candidatas. Amparo, de Antioquia, anunció su determinación de retirarse inmediatamente del concurso. No adujo razones, y se negó a dar declaraciones. Pocos momentos después, Clarita, del Valle, anunciaba también que se retiraría del concurso. Se creaba de esta manera otro *impasse*, este de características muy graves, pues podría acabar con el concurso.

Se convocó entonces a una reunión extraordinaria al jurado –que según tenemos entendido a esa hora ya había tomado una decisión definitiva de elegir a Lilia de la Torre– para las diez de la mañana en los salones del Hotel Caribe. Se logró después de cerca de hora y media de conversaciones con Amparo y Clarita que no retiraran sus nombres, pero entre los miembros del jurado se habían presentado rozamientos que posteriormente ocasionarían nuevas discusiones, nuevos debates prolongados. Durante esa reunión matinal, el jurado parece que nuevamente reiteró su decisión de elegir a la Señorita Cundinamarca, pero dicha decisión era informal y no alcanzaba por mayoría de votos.

DESFILE EN TRAJE DE BAÑO

El descontento, sin embargo, era general entre todas las candidatas. Indiscretamente escuchamos a Lilia de la Torre emitir algunas opiniones sobre el concurso mientras se sometía a la dictadura del peluquero que debía arreglarla para el acto de la coronación. Lilia se manifestaba francamente molesta por la intervención de intereses regionalistas en el jurado y dijo:

–Eso es una farsa... Todo se hace a base de politiquerías y regionalismo...

Esta frase de Lilia se confirmó posteriormente cuando el cronista escuchó en círculos allegados a cada una de las candidatas opiniones como estas:

–Si eligen a Clarita, es que los de Bolívar quieren sacar la «pata» y congraciarse con los caleños, que están muy bravos por lo del año antepasado.

–Si eligen a Amparo, es porque pesa mucho el poderío de Antioquia, y las influencias de toda índole.

–Si eligen a Lilia, de Cundinamarca, es porque todo tienen que dárselo a la capital.

En ese estado las cosas, era prácticamente imposible que el jurado lograra tomar una definitiva determinación, y era también notorio que las candidatas, a medida que se acercaba la hora de la elección, se mostraban más y más molestas. Por esto el comité resolvió reunirse nuevamente esta vez para que las candidatas desfilaran ante él en vestido de baño, lo que hasta ese momento no habían hecho.

El desfile tuvo lugar a las doce del día, en el más completo secreto. El jurado, reunido en cónclave, procedió nuevamente a votar nominal e informalmente. La situación después del desfile fue aún más delicada, porque Myriam, del Atlántico, que hasta ese momento, aunque gozaba de generales simpatías, no parecía contar con fuerza arrolladora, impresionó notablemente al jurado.

INCERTIDUMBRE

A partir de esta reunión la incertidumbre en todos los comités regionales era extraordinaria. Un fuerte sector de antioqueños, residentes como turistas en el hotel, organizó barras que se mantuvieron vivando a Amparo durante toda la tarde y cantando canciones típicamente antioqueñas. Esto impresionó al público, que creyó que Amparo había conquistado el título. Sin embargo, Cundinamarca, por su parte, sabía que nuevamente el jurado le había dado la mayoría.

NUEVA REUNIÓN DEL JURADO

Una nueva reunión extraoficial del jurado tuvo lugar a las nueve de la noche en el Teatro Cartagena. Se acordó entonces el sistema de votación. Cada miembro votaría una vez por su respectivo departamento. Luego votaría por una candidata diferente a la cual representaba. En esto el jurado se mostró de acuerdo, y fue entonces quemado el sobre que contenía el voto del contralor.

SALEN LAS REINAS

Aproximadamente a las nueve y media de la noche comenzaron a bajar de sus habitaciones las diferentes candidatas para tomar el coche hasta el teatro. La barra antioqueña nuevamente prorrumpió en gritos de vivas a Amparo y le tributaron prolongadas ovaciones. Los trajes de las candidatas quedan descritos en otra parte de esa edición.

LA ENTRADA AL TEATRO

Mientras tanto, desde las ocho de la noche la plaza localizada frente al Teatro Cartagena estaba congestionada de gentes. Y el teatro, lleno de espectadores en traje de etiqueta, presentaba un aspecto imponente. Las reinas entraron en medio de prolongadas ovaciones. Afuera, dando una muestra más de su popularidad, Clarita cosechó los más estruendosos aplausos del pueblo situado frente a la entrada.

El desfile se hizo por orden alfabético, y fue Lilia de la Torre, Señorita Cundinamarca, quien, con el porte exquisito con que sabe lucir su figura, despertó en el público murmullos de extraordinaria admiración, que se convirtieron luego en cerradas ovaciones prolongadas por varios minutos.

EL JURADO EN CÓNCLAVE

El jurado calificador se retiró al segundo piso del Teatro Cartagena a deliberar a puerta cerrada. Este cronista pudo enterarse posteriormente de interesantes aspectos de la prolongadísima y discutida reunión del jurado. Cuando se procedió a votar después de las deliberaciones del caso, y cada uno de los miembros depositó su voto según el sistema antes expuesto, pudo comprobarse que tres candidatas habían obtenido dos votos cada una. Eran ellas Cundinamarca, Antioquia y Valle.

Como este sistema de votación había dado por resultado un empate, el jurado discutió la aceptación de un nuevo sistema que consistía en formar dos grupos, uno integrado por el Atlántico y Cundinamarca, y otro, por

Antioquia y el Valle. Así se hizo, y el jurado votó favoreciendo la mayoría al grupo primero.

Se procedió entonces a votar para escoger entre Myriam y Lilia a la reina de Colombia. La votación resultó nuevamente empatada.

VOTO NEUTRAL

Ante una situación tan delicada –las deliberaciones se habían prolongado una hora y cuarenta y cinco minutos, y el público ya se mostraba cansado, pues vistiendo trajes de etiqueta de por sí calurosos en un local cerrado, el ambiente se estaba haciendo imposible–, el jurado acordó llamar al excelentísimo señor embajador de Chile en Colombia para que depositara su voto, como neutral a favor de una u otra candidata.

SALE ELECTA LA SEÑORITA ATLÁNTICO

El embajador de Chile, que hasta ese momento, al igual que el senador Pretelt, solo tenía voz pero no voto en las deliberaciones del jurado, solicitó un poco de tiempo para dar a conocer su voto.

La expectativa fue entonces extraordinaria. El embajador depositó su voto. Realizado el arqueo pudo comprobarse que cuatro votos eran por Myriam, del Atlántico, y tres por Cundinamarca.

EL ANUNCIO OFICIAL

Después de una hora y cuarenta y cinco minutos de discusiones, votaciones y nuevas discusiones, doña Olga Salcedo de Medina, autora en gran parte del triunfo de su candidata, pues trabajó como una verdadera electorera con grande habilidad e inteligencia, anunció al público, visiblemente emocionada:

–El jurado calificador ha elegido por mayoría de votos «Señorita Colombia 1949» a doña Myriam Sojo, del Atlántico.

La sorpresa, como queda dicho al iniciarse este comentario, fue general. El público permaneció en silencio durante breves instantes y luego ovacionó a la soberana.

LA REACCIÓN DE LAS CANDIDATAS

La juvenil reina de belleza fue tal vez la más sorprendida de todas las personas presentes en el acto. El dramático final del concurso, con triple empate, con discusiones larguísimas y con tanta igualdad de posibilidades de varias candidatas, hacía que la joven reina se mostrara visiblemente nerviosa.

Las lágrimas inundaron sus profundos y bellos ojos azules. Amparo, de Antioquia, la abrazó, y luego cada una de las candidatas la felicitó con cordialidad extraordinaria, gesto que fue muy aplaudido por el público.

Posteriormente la juvenil reina de diez y seis años brindaba en los salones del Cartagena por su gran triunfo. Y como es ingenua y es tímida, soñaba con el viaje que próximamente realizará en un barco de la Grace Line, como premio de su reinado, a los Estados Unidos.

Myriam, a los diez y seis años tiene un novio, abogado, que trabaja en Bogotá.

***

Y para terminar este resumen del dramático final del Segundo Concurso Nacional de Belleza, que tuvo características desacostumbradas de espectacularidad, solo nos resta decir que de las siete candidatas, solo una podía ser reina. Y escoger entre ellas, era problema bien difícil. Así por lo menos lo entenderá el lector después de conocer parte apenas de las intimidades que precedieron a la elección de Myriam Primera de Colombia.

«El Concurso Nacional de Belleza»

Nota del compilador

Al comienzo de la tarde del miércoles 9 de noviembre de 1949, *El Espectador* circuló con una noticia a seis columnas en primera página: «Será acusado el presidente Ospina». La nota informó la intención de un grupo de representantes liberales de radicar en la Comisión de Acusación una denuncia contra el primer mandatario y someterlo a juicio político. Sin embargo, el Gobierno Ospina se les adelantó a los liberales con la declaratoria del estado de sitio, el cierre del Congreso y la censura de prensa. Antes de las cuatro de la tarde, una unidad militar hizo presencia en el periódico y decomisó la edición. «Algunas copias ya habían sido vendidas en la Séptima y los agentes de la Policía Militar salieron a arrebatar la edición a los voceadores», reportó el periódico el jueves 10.

Esa misma edición incluyó los textos de los decretos de turbación del orden público, la suspensión de los cuerpos legislativos, la prohibición de las manifestaciones públicas, el toque de queda con patrullaje en las calles y la censura de prensa. En el caso de *El Espectador* fueron designados el capitán de corbeta Jorge Pardo y los civiles Pedro Nel Rueda Uribe, Enrique Vargas Orjuela, Diego Velasco Hoyos y Alfredo Camacho Ramírez, con la misión de echar bisturí hasta a los avisos clasificados. Los funcionarios se instalaron en medio de la redacción y, a partir de ese día, el periódico circuló con el visto bueno de su cerrojo. «En estas circunstancias, *El Espectador* ha creído necesario suspender la publicación de sus comentarios editoriales de carácter político», advirtió el diario para evitar confusiones.

Ese miércoles 9 de noviembre, en compañía del reportero gráfico Alberto Garrido y de la redactora de las páginas sociales, Elvira Salcedo Román, el periodista Guillermo Cano viajó a Cartagena a cubrir el Segundo Concurso Nacional de Belleza. Horas después de arribar a la Ciudad Heroica, los enviados especiales se enteraron de la declaratoria del estado de sitio y, afanado por recibir instrucciones, Guillermo Cano se comunicó con el jefe de redacción José Salgar para expresarle su disposición de regresar de inmediato a Bogotá. Salgar le dio una contraorden: «Por el contrario, los necesitamos allá, manden todo el material que puedan. Fotografías. Mucho reinado. Muchas fiestas novembrinas. Con la censura que tenemos instalada aquí, eso será de lo poco que podremos publicar».

Hasta el lunes 14 de noviembre, Guillermo Cano relató los pormenores del Segundo Concurso Nacional de Belleza, mientras su colega Alberto Garrido organizó varias series fotográficas con su cámara «fotón» de dispositivos especiales. Sin mayor neutralidad en los reportes, el periódico formalizó su favoritismo por la señorita Cundinamarca, Lilia de la Torre, a quien Guillermo Cano atribuyó un aspecto que la tornó más simpática: «Es santafereña». Relató que él ojeaba una revista en uno de los acogedores sillones del avión Douglas de Avianca que lo llevó a Cartagena cuando escuchó una voz femenina hablando de fútbol. «Hablaba de Santa Fe, que es mucho más que hablar de fútbol», comentó. Entonces advirtió la sonrisa de Lilia de la Torre, quien tuvo al día siguiente portada con cinco fotos.

Al tiempo que el Gobierno Ospina y las autoridades militares ordenaron el toque de queda en Bogotá a partir de las once de la noche, en la Ciudad Heroica proliferaron las actividades en el Hotel del Caribe, el Club La Popa y el Teatro Cartagena, con los enviados especiales del periódico atentos a los pormenores del concurso de belleza. En la nota de cierre titulada «Desfile secreto en traje de baño y un voto neutral decidieron la elección», Guillermo Cano contó las infidencias del reinado. Desde el miércoles 9 empezaron las suspicacias porque no llegó a Cartagena la candidata de Atlántico y la de Bolívar se abstuvo de continuar en la competencia. Además, uno de los jurados viajó antes y literalmente no conoció a la soberana de Atlántico, Myriam Sojo Zambrano, la favorita de todos.

El dilema se sostuvo porque otro de los jurados anticipó su voto en un sobre cerrado y sellado, y esa manifestación no fue aceptada por el comité calificador de la elección. El delegado de Cundinamarca se retiró voluntariamente y así amenazaron con hacerlo también los delegados del Valle y Antioquia, mientras que el comentario de la candidata Lilia de la Torre sintetizó las dudas imperantes: «Eso es una farsa… Todo se hace a base de politiquerías y regionalismo…». En medio de las conjeturas, el jurado calificador resolvió promover un desfile final en vestido de baño a puerta cerrada. Por un voto, la reina fue Myriam Sojo Zambrano y la virreina Lilia de la Torre. A sus dieciséis años, la ganadora resaltó la gratitud de su elección y su ilusión en el premio mayor del concurso: un viaje en barco a los Estados Unidos.

Rojas Sale del Paí

Dejó Constituída Junta Militar de 5 Miembr

ector: Guillermo Cano - Subdirector: Eduardo Zalamea
da - Jefe de Redacción: José Salazar - Jefe de Informa
: Darío Bautista - Gerente de Circulación: Alfonso Cano
Gerente de Publicidad: Fidel Cano.

EL INDEPENDIENT

Bogotá, D. E. - Viernes Mayo 10 - 1957 —Edición de las 11 A.M.— Año 2o. - No. 120 - 4 Páginas - 15

. INDEPENDIENTE

Se permite recomendar encarecidamente al pueblo bogotano guardar la más absoluta compostura en los actuales trascendentales momentos de la vida del país.

Bogotá, 10 de mayo de 1957.

Días en la Historia

Semana de Mayo

Nunca seis días fueron más fecundos —y acaso más glo sos— para Colombia, que los de esta primera semana de ma 1957: un movimiento inerme e incruento, pero decidido y , de las fuerzas desarmadas de la opinión pública, derribó en ciento cuarenta y cuatro horas, y sin que por sus me ni por culpa suya se hubiera derramado una sola gota de re, la temeraria empresa de la reelección presidencial del al Rojas Pinilla, esa sí escudada tras de un arsenal, que cía inexpugnable, de todas las armas de aire, mar y tierra, gada, esa sí, con un trágico caudal de sangre joven e ino .

El proceso de los acontecimientos políticos últimamente rrollados en Colombia, se remonta a tres años atrás, cuan e junio de 1954, un año después de lo que pudo ser una gloriosa del calendario histórico de la República, fueron dos por las balas oficiales una decena de estudiantes inermes y pacíficos. Desde entonces empezó la serie interminable errores políticos, administrativos y económicos, y de amenazas contra la integridad y contra la dignidad humanas, culminaron a fines de enero del año en curso con la insólita determinación de los altos jefes de las Fuerzas Armadas en ntido de imponerle al general Rojas Pinilla la obligación aceptar su reelección para un tercer período ejecutivo, el de a 1962, contraviniendo flagrantemente el espíritu y la letra Constitución nacional, que prohibe la continuación en el r de un ciudadano que lo haya ejercido a cualquier título durante un período inmediatamente anterior al de su mandato.

En realidad, el general Rojas Pinilla ya había sido una vez gido, porque el 7 de agosto de 1954 debió terminar el pe de un año largo, suficiente para que el ciudadano que el poder el 13 de junio de 1953, con el asentimiento casi ime del pueblo colombiano, cumpliera su promesa inicial establecer la paz y de acabar con el derramamiento de re colombiana y con las depredaciones y vindictas en nom de cualquier partido político, y en esa fecha hubiera sido ctamente posible devolverle al pueblo —como se lo ofre olemnemente— el derecho de darse sus legisladores, sus strados y sus jueces con pleno libertad. Por desgracia, la blea Nacional Constituyente tuvo la debilidad, primero, utorizar al presidente Rojas para aumentar su personal y garlo a su albedrío, y luego incurrió en la equivocación de rlo para un período de cuatro años más, que debería terminar el 7 de agosto de 1958.

Pero no saciado con la generosa ración de poder que le rcionaron temerariamente sus compatriotas, el general aspiraba a un largo hartazgo de cuatro años más, y apo en las armas cuya dirección suprema tenía en sus manos, las únicas manos, se aventuró en la empresa inaudita de hacerse reelegir para un nuevo período, y con tal fin disolvió la blea Constituyente y formó a su amaño una nueva, que a chas forzadas y casi militarmente lo reeligió, en efecto, en che del 8 de mayo pasado, ante la protesta obligadamente de la opinión pública y entre un nuevo torrente de lágri y sangre.

na vez más, sin embargo, el destino de Colombia habría de rla de una nueva catástrofe, y en la alborada del 10 de alumbró otra vez para ella el sol de la libertad. El gene Rojas Pinilla, que no supo aprovechar más de una oportuni histórica para restaurar el brillo perdido de su lema de , JUSTICIA y LIBERTAD, había dejado de ser el Presiden Colombia, y el pueblo se lanzó a las calles de las ciuda a las plazas de los pueblos y a las veredas de los campos, n un gran río humano desbordado de júbilo, de resolución y peranza.

No estamos en capacidad, desde luego, para conocer ni para prever las soluciones inmediatas de la situación polí que acaba de hacer crisis en la mañana de hoy, ni bajo la ción emocional que naturalmente nos domina podríamos en siquiera la interpretación de sucesos que se desarrollan rapidez de vértigo. Sólo una cosa podemos y queremos decir, que estamos dispuestos a prestar nuestro modesto pero pa ico concurso a cualesquiera resoluciones que para ahora o o para más tarde decidan tomar los directores legítimos s partidos liberal y conservador, a cuyo histórico acuerdo 20 de marzo adherimos consciente, leal y decididamente.

Alba de Libertad

Pueblo Victorioso

El pueblo colombiano, nuestro grande y glorioso pueblo, ha to fin a la tiranía que nos oprimía y que ante los pueblos es de la tierra nos mostraba en condición contraria a nuestra voluntad democrática, a nuestras tradiciones republicanas, uestra conciencia de hombres libres.

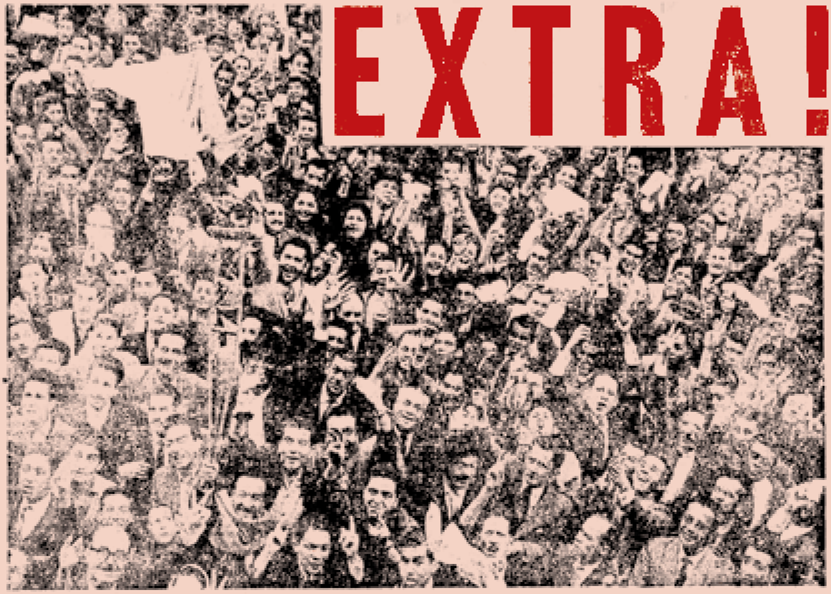
En esta jornada grandiosa, que es la más brillante acaso es la más meritoria de un largo y penoso proceso, nos reu s en las plazas, en las calles, en el ámbito abierto y sereno de la nación, con un vibrante sentimiento de gratitud por tos con clara inteligencia, con corazón intrépido, con acti ad sin pausa, contribuyeron decisivamente a que se de bara el despotismo. Ese despotismo daba las espaldas al blo, al verdadero pueblo, de imagen inconfundible cuando retendía ganarse su favor y su apoyo con una farsa y un ow demagógico de que no hay ejemplo en las páginas más uras que forman el texto histórico de los tiranos. Ese pue es todo el pueblo, un pueblo confundido en una sola clase, n solo partido, en un solo cuerpo que tiene una sola voz, un pensamiento, una aspiración no más: la restauración cabal del sistema representativo de gobierno, única capaz de garan la dignidad de la persona humana. Ese pueblo es un haz erso, invencible, en el cual se confunden la mujer y el estudiante, el joven y el anciano, el obrero y el sacerdote, el indus l y el empleado, todos los colombianos, en fin, encauzados dentro de los dos grandes partidos históricos, hoy más históricos que nunca, bajo la dirección insigne de Alberto Lleras y Guillermo León Valencia.

La mujer colombiana, fuerza de nuestro corazón; el estudiantado, luz del futuro; los periodistas, que reencontramos ahora nuestra voz con un acento de solemnidad en el que vibra el júbilo patriótico, todos, sin excepción, nos acercamos con fervor al altar de la patria para renovar ante la madre común el voto firmísimo e irrevocable de no recaer en errores, de burlas al engaño, de no permitir que la tiniebla que hoy se rompe ante nuestros ojos deslumbrados, en esta alba gloriosa, pueda volver a caer sobre la patria recuperada. La realidad recobrada de esa patria nuestra, de nuestros abuelos, de nuestros padres, de nuestros hijos, nos nubla los ojos, nos aprieta el corazón, nos llama con sus más hondas voces al cumplimiento del sagrado deber de contribuir todos a devolverle lo que perdió, lo que le fue arrebatado, lo que ahora, con la vibración de una nueva vida palpita en nuestras manos, en las fuertes manos del pueblo.

El estandarte ensangrentado de la tiranía ha sido abatido. Ahora, sobre todos los hijos de Colombia sola flota, con [illegible] tan apretados como las fibras [illegible], el [illegible] glorioso que anuncia la llegada de una nueva era, de una era de verdadera paz, que es la paz que se da el pueblo; de una auténtica justicia, que es la justicia que pide el pueblo; de una libertad bendecida, que es el [illegible] hecho de justicia y de paz, por ese mismo pueblo y sólo por él establecida.

Inmensos Desfiles en Todo el País Piden Gobierno Civil y Elecciones

EXTRA!



A las 6 de la mañana de hoy ya se había formado una gigantesca manifestación que agitaba pañuelos blancos y daba la atronadora señal de la victoria. Este era el aspecto parcial de la esquina de la carrera 7ª con la Avenida Jiménez de Quesada a esa hora. (Foto EL INDEPENDIENTE - Rodríguez)

Multitud de 100.000 Personas en Manifestación Ayer en Cali

Por [illegible]
(Corresponsal de EL INDEPENDIENTE en Cali)

CALI, mayo 10. (Vía telefónica). Cali acaba de dar la más grandiosa demostración de resistencia pasiva contra el gobierno de Rojas Pinilla. Esta ciudad varias veces martirizada en los últimos dos años, padeció durante la última semana nuevos sangrientos, pero resistió perfectamente su martirio unidas todas las fuerzas de la sociedad —obreros, estudiantes, comerciantes, industriales, mujeres, niños y ancianos— y el clero que mantuvo la serenidad de la gente y defendió los derechos de los ciudadanos.

Se calcula que por lo menos 30 personas perdieron la vida en los sucesos ocurridos en Cali el sábado pasado y que no menos de cien los heridos, algunos de ellos de mucha gravedad. [illegible]

LA MANIFESTACION DE AYER

La más grandiosa manifestación que recuerda la historia de Cali se desarrolló en el día de ayer a partir de las once de la mañana. La multitud se congregó frente al Palacio Arzobispal [illegible]

[illegible]

HACIA EL PALACIO DE LA GOBERNACION

[illegible]

MUERE EL HERMANO DE LUCIA ZAPATA YUSTI

[illegible]

ESTA MAÑANA

[illegible]

No Hay Queda

A las 10.30 de la mañana fue expedido el siguiente comunicado: Se hace saber que por disposición de la junta de gobierno que se acaba de constituir, no habrá toque de queda en Bogotá.

París Preside la Junta

A las 10.30 de la mañana se hizo el anuncio de el mayor general Gabriel París había sido designado general presidente de la junta de gobierno.

VALENCIA VA A PALACIO

A las 11 de la mañana de hoy el doctor Guillermo León Valencia se dirigió al Palacio de San Carlos acompañado del coronel Ruiz Novoa.

Llamamiento del Almirante Piedrahita

[illegible]

"Las fuerzas armadas hacen un llamamiento urgente al pueblo colombiano para que colabore en el mantenimiento de la paz y evite toda posibilidad de que estos momentos se tornen de confusión y de desorden. [illegible] armadas. [illegible]

[illegible]

Rojas Famili Jamai

NUEVA YORK, [illegible]

Ultim Mens de Ro

[illegible]

"El binomio pu[illegible] Armadas, [illegible]

Mayor general [illegible]

Mayor general [illegible] Fonseca.

Contraalmirante [illegible] drahita.

Brigadier general [illegible] vas Pardo.

Brigadier general [illegible] dónez.

Esta junta militar [illegible]

Los Primer Detalles de Caida de R

BOGOTA, mayo [illegible]

[illegible]

Textos publicados entre 1953-1958

LA DÉCADA DE LOS 50

MI PERSONAJE INOLVIDABLE 51 - **LA JORNADA DEL 6 DE SEPTIEMBRE** 65
EL ABUELO QUE NO CONOCÍ 77 - **EL «PERIODISMO SITIADO»** 89

EL MUNDO SE ASOMÓ A LA QUINTA DÉCADA DEL SIGLO XX CON LA PRIMERA confrontación armada de la Guerra Fría. Tropas del ejército de Corea del Norte desconocieron el paralelo 38 pactado en los acuerdos de Yalta entre las grandes potencias, y en la madrugada del 8 de junio de 1950 avanzaron hacia Corea del Sur. La reacción de Estados Unidos fue militar, con respaldo del Consejo de Seguridad de la ONU y la convocatoria al mundo para enfrentar al comunismo. El único país de América Latina que aportó pertrechos, armas y hombres a esa guerra ajena fue Colombia. El presidente Laureano Gómez promovió la creación del Batallón Colombia, que, luego de cuatro meses de entrenamiento, partió a combatir a Asia. En ese momento, muchos integrantes de las Fuerzas Militares preferían irse a la desconocida península que combatir con las guerrillas en los Llanos Orientales.

La violencia bipartidista no tuvo tregua real y el presidente Laureano Gómez no continuó su mandato por enfermedad. A partir de noviembre de

1951, asumió su exministro de Guerra, Roberto Urdaneta Arbeláez, quien les dio continuidad a las políticas de aniquilación de los bandoleros y las «hordas comunistas». Previa autorización del Ejecutivo, el expresidente López Pumarejo sorprendió al reunirse con los jefes de la guerrilla de los Llanos Orientales y evaluar los términos de su pacificación, previa solicitud de levantamiento del estado de sitio, la libertad de los presos políticos, el indulto a los guerrilleros y el ejercicio pleno de la libertad de prensa. La respuesta del Gobierno Urdaneta fue un portazo, y los alzados en armas anunciaron en breve la primera Ley del Llano. En ese clima de zozobra y violencia, el periodismo liberal y sus dirigentes llevaron la peor parte.

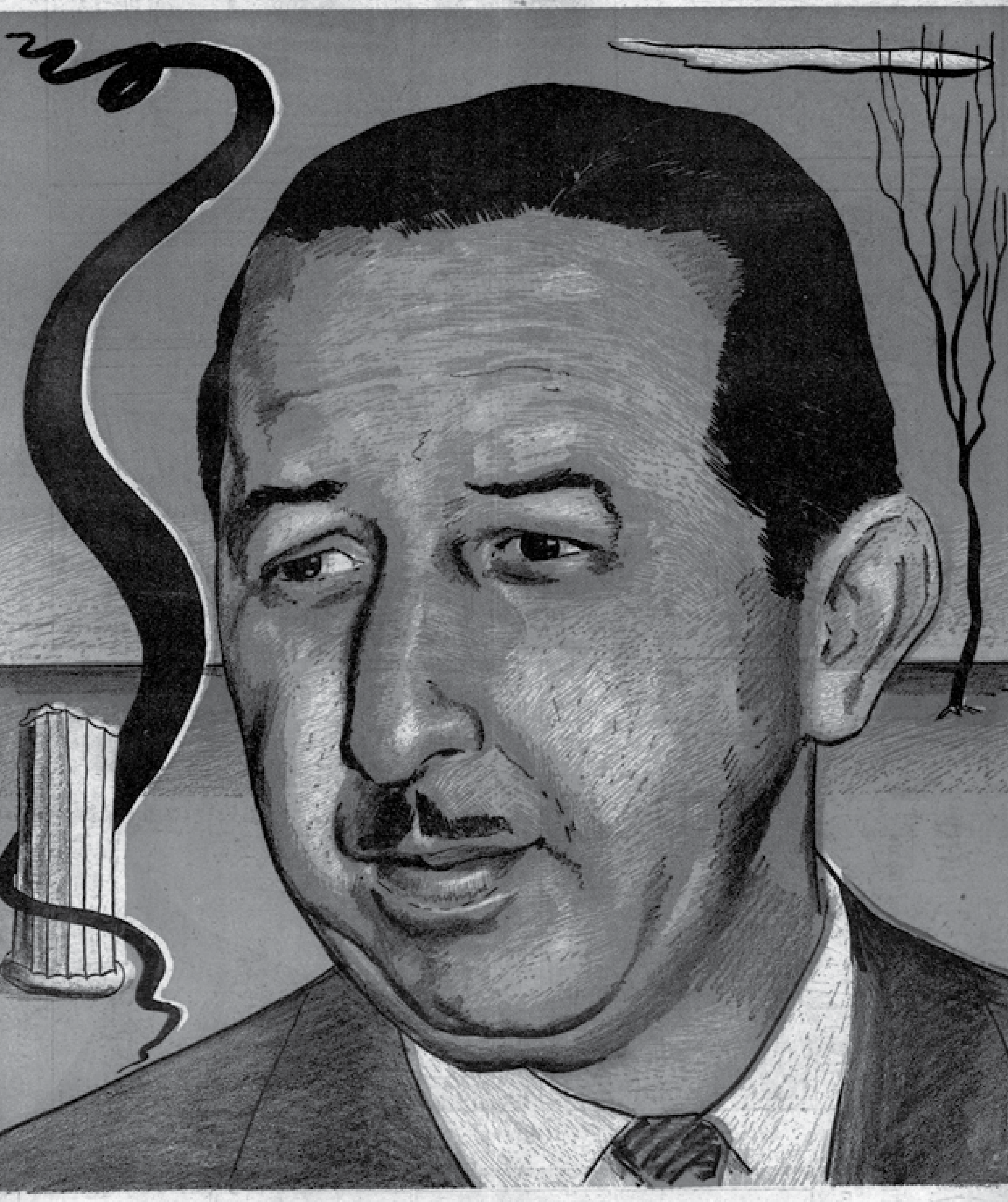
El sábado 6 de septiembre de 1952, al regreso del sepelio de cinco policías asesinados por guerrilleros liberales en el municipio de Rovira (Tolima), una turba conservadora apoyada por detectives y agentes del orden incendió los periódicos *El Tiempo* y *El Espectador*, lo mismo que la sede de la Dirección Liberal y las viviendas de los dirigentes del liberalismo Alfonso López Pumarejo y Carlos Lleras Restrepo. Diez días demoró el periódico en regresar y lo hizo el 17 de septiembre, con el anuncio de Guillermo Cano como el nuevo director: «En reunión de ayer, la junta directiva decidió aceptar la renuncia que del cargo de director del periódico presentó el señor Gabriel Cano y designar para reemplazarlo al señor Guillermo Cano Isaza». Asumió a sus veintisiete años, con la censura instalada en el diario y sin una debida explicación del Gobierno Urdaneta acerca de los graves sucesos.

Nueve meses después de los incendios, un proceso político amasado entre los conservadores Mariano Ospina Pérez y Gilberto Alzate Avendaño, con apoyo de los liberales, derivó en un incruento «golpe de opinión» que el sábado 13 de junio de 1953 puso en la presidencia al general Gustavo Rojas Pinilla. Ese mismo sábado, Guillermo Cano regresaba de su viaje de bodas por Europa con Ana María Busquets y, cuando partió de Madrid, tuvo la certeza de que Roberto Urdaneta seguía al frente del Gobierno. Durante una escala técnica en Panamá se enteró de que Laureano Gómez había recobrado el poder y, al aterrizar en el aeropuerto El Dorado, supo que el nuevo mandatario era Gustavo Rojas Pinilla. «Impresiones de un viaje al llegar a Colombia» tituló su periplo noticioso, antes de enfrentar las vicisitudes de un Gobierno que tampoco resultó defensor de la libertad de expresión.

Eso sí, emprendió un itinerario pacificador a través de un esperanzador suceso: la desmovilización de guerrilleros en Tolima, Cundinamarca, Antioquia y Meta, con capítulo aparte en la entrega de armas de los insurgentes del Llano, encabezada por Guadalupe Salcedo y Dumar Aljure. Pero las guerrillas comunistas no acogieron el desarme y el estado de sitio volvió a afincarse en el paisaje de Colombia. Desde *El Espectador*, Guillermo Cano lideró una campaña de diálogo permanente con el Gobierno para tratar de eliminar la censura, que llevó a la creación de la Comisión Nacional de Prensa en defensa de los periodistas. En mayo de 1954, ante actos arbitrarios promovidos desde la gobernación contra el periodista Primo Guerrero en Quibdó, a través del Fondo Pro Libertad, Guillermo Cano asumió la defensa de su corresponsal hasta que este recobró la libertad.

El divorcio entre el Gobierno Rojas y la prensa se produjo a raíz de la muerte de diez estudiantes universitarios durante dos jornadas de protesta el 7 y 8 de junio de 1954 en Bogotá. Primero murió por un balazo el joven Uriel Gutiérrez y, al día siguiente, las tropas del Batallón Colombia que combatieron en Corea les quitaron la vida a nueve estudiantes más en la calle 13 con carrera Séptima. Desde ese momento, el Gobierno Rojas y el periodismo quedaron situados en bandos contrarios: la opción del Ejecutivo fue fortalecer el binomio pueblo-Fuerzas Armadas, mientras que la de la sociedad civil fue sumar razones para defender la democracia. En agosto de 1955, el Gobierno Rojas cerró *El Tiempo* y, en enero de 1956, *El Espectador* tuvo que hacerlo voluntariamente ante una sanción confiscatoria de la administración de impuestos. En su reemplazo entraron en circulación *Intermedio* y *El Independiente*.

Las fuerzas políticas se acercaron y en Benidorm (España), Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez acordaron que Colombia debía ser una tierra estéril para la dictadura. En consecuencia se creó un bloque de resistencia civil que forzó la salida de Rojas Pinilla. El 10 de mayo de 1957 cayó y, desde ese mismo día, *El Espectador* empezó a revelar las persecuciones fiscales, los negociados de la familia presidencial, los eslabones autoritarios. Un segundo pacto en Sitges (España) impulsó el plebiscito de creación del Frente Nacional, un sistema de gobierno que dejó por fuera a las fuerzas distintas a los partidos tradicionales, sistema que tuvo el respaldo de *El Espectador*, cuyo retorno se produjo el 1 de junio de 1958. En el plebiscito, por primera vez las mujeres concurrieron a las urnas y el primer elegido del Frente Nacional fue Alberto Lleras Camargo, aliado estratégico del periódico durante los días de *El Independiente*.



Alvaro Pachón de la Torre

(Dibujo de HERNAN MERINO)

Mi Personaje Inolvidable

Por GUILLERMO CANO — Véase Página 5a.

29 de marzo de 1953

MI PERSONAJE INOLVIDABLE

La vida de «El Doctor Pachoncito» en *Dominical*. Un talento y una risa inconfundibles. El hombre se desvelaba por un título.

YO TENGO MUY POCA MEMORIA. UNA PÉSIMA MEMORIA, UNA MEMORIA torpe. Pero en cambio todo cuanto de inolvidable ha sucedido en mi vida ha ido a grabarse, para siempre, en el corazón. Por eso yo no podría decir una fecha exacta, una hora precisa, en qué lugar y en cuáles circunstancias conocí a Álvaro Pachón de la Torre, que habría de convertirse a la vuelta de unos cuantos años –tampoco puedo precisar, ni tampoco lo quiero, si fueron diez o cinco o tres– en uno de aquellos amigos entrañables e inolvidables que entran a formar parte del tesoro sentimental, que afortunadamente no tiene precio, ni límite, ni medida.

Álvaro Pachón de la Torre llegó un día al periódico. Venía con su paraguas negro –un paraguas inglés–, con su sombrero encocado y con un traje de imposible corte, con su profunda sonrisa, y con sus bigotes únicos. Yo no conocía a Pachón de la Torre. Había leído sí, durante la guerra, con la devoción que en mis años adolescentes despertaban la Francia vencida, la Inglaterra amenazada, la revista *Contra-Ataque*, y había encontrado en ella un mensaje emocionado y permanente que acrecentaba nuestra fe en la victoria final de las democracias. Pero yo ignoraba quién dirigía la revista. Había también

Ilustración de Álvaro Pachón de la Torre realizada por Hernán Merino para la portada del *Magazín Dominical*. *El Espectador* / Comunican S. A., 29 de marzo de 1953.

oído decir en mi casa, en la cual, es fácil suponerlo, se hablaba mucho de periodismo, de periodistas y de periódicos, que el día en que estalló la guerra mundial, Álvaro Pachón de la Torre, que trabajaba en ese entonces en *El Liberal*, había dado la «chiva» antes, mucho antes que todos los demás periódicos matinales. Más tarde supe que ese era, y con justificada razón, su más grande éxito periodístico. Aquella mañana en que estalló la guerra –lo contaban en mi casa–, Pachón de la Torre, escuchando radiodifusoras extranjeras hasta horas muy avanzadas de la madrugada, cuando ya en todos los periódicos reinaba ese silencio expectante, palpable, vivo de las salas de redacción, captó la noticia de que Inglaterra y Francia estaban en guerra con las naciones del eje. En cosa de media hora –así lo contaron en mi casa, y después volvió a referírnoslo Pachón de la Torre– la edición extraordinaria de *El Liberal* estaba en la calle.

Contra-Ataque y una «chiva» eran, en realidad, las dos referencias que yo tenía de Pachón de la Torre. Cuando él llegó al periódico, estábamos editando, en condiciones no muy fáciles, un magazine –*El Espectador-Dominical*– que por iniciativa de mi padre y con mi poquísima experiencia queríamos convertir en una gran revista al estilo de las mejores publicaciones norteamericanas. Nosotros preparábamos el material de *El Espectador-Dominical*, seleccionándolo de libros y revistas de éxito, y contábamos con la ayuda esporádica de uno que otro periodista de renombre.

Pachón de la Torre llegó un día al periódico a las nueve de la mañana –nunca después, y solo en muy raras oportunidades llegó a la oficina a una hora más temprana de la que lo reunió por primera vez conmigo en la sala de redacción de *El Espectador*–.

El magazine, por ese entonces, era un apéndice del periódico. No tenía oficina propia. Todo se preparaba en la punta de la mesa central de la sala de redacción, hasta ella llegó Pachón de la Torre y me entregó un original. Era, no puedo estar seguro, un folletín titulado «El retrato macabro». Era una adaptación suya de una vieja leyenda escuchada en una de sus muchas aventuras juveniles. Era, como lo fue siempre todo lo suyo, una página de apasionante interés.

No se trataba de que ese día, precisamente, hubiera escasez de material. Lo que sucedía era que el material no era bueno. Y «El retrato macabro», de Álvaro Pachón de la Torre, venía a darle a la entrega de *El Espectador-Dominical* –quinta o sexta de su vida– el interés que nosotros deseábamos. Ese día le pagamos quince pesos a Pachón de la Torre...

***

Después, cada semana volvió hasta mi mesa. Se sentaba y charlaba conmigo, comenzaba a abrirme su corazón y a prestarme una ayuda que siempre habré de considerar extraordinaria. Los títulos de sus artículos eran llamativos hasta el asombro. Pachón era no solamente un grande escritor y un fácil cronista y un ágil comentarista y un magnífico periodista, sino un titulador maestro. Y hacer un título, y hacerlo bueno, es algo que vale mucho: solo los que trabajamos en los periódicos sabemos cuán difícil es reunir en un lingote donde solo cabe determinado número de letras, una frase feliz que sea síntesis y expresión exacta del comentario o del artículo que se escribe.

Paulatinamente Pachón entró a formar parte inseparable de *El Espectador-Dominical*. Ya no lo era solamente con la crónica fantástica, con el toque dramático. Lo era con el artículo de fondo, con el reportaje de interés. Siempre la misma paga. Siempre quince pesos. Y siempre una extraordinaria historia.

Supe más tarde que muchas de las historias publicadas en *Dominical* habían sido antes preparadas para la radio por Pachón de la Torre, para un programa que nunca se efectúo. Esta era otra arista de su personalidad inigualable. Poseía Pachón todos los secretos –sin haberlos estudiado, debido solamente a su intuición excepcional– de la dramatización para radio. Como el programa se quedó escrito en papeles arrugados con anotaciones que decían: «Sonido, actor, locutor, música, efectos», etc., lo redactó nuevamente para revista y así aparecieron en *Dominical* durante un año.

***

En 1948, cuando se fundó *El Espectador-Dominical*, Pachón de la Torre ocupaba un alto cargo en la Contraloría General de la República. Al romperse la Unión Nacional, él, que fue siempre y hasta el último instante un liberal sin claudicaciones, abandonó su puesto y se retiró a su hogar, desde donde escribía semanalmente su artículo para el magazine. No llegó a faltarme una sola semana, y de pronto me sorprendía gratamente al entregarme una traducción de un artículo sensacional, a veces dos, buscando siempre ofrecer a los lectores, en lo que comenzaba a ser para él algo más que la revista en la cual publicaban sus escritos, lo mejor y más selecto de cuanto se escribía en las publicaciones de fuera del país. Cuando en 1950 *Dominical* resolvió dar su grito de independencia, con la aceptación paternal de *El Espectador*, que nos ofreció generosamente todas las armas para acometer la batalla, se resolvió que Álvaro Pachón de la Torre entrara a dirigir la revista en mi compañía.

Desde ese día Álvaro fue para mí en *Dominical* y para todos en *El Espectador*, el «Doctor Pachoncito», o el «Doctor Tocichonpa», como lo llamaba Darío Bautista, incansable en su tarea de hacer simpáticos los momentos, hasta los más difíciles, a quienes con él compartimos las tareas del periódico.

Y dejó de ser Álvaro Pachón de la Torre, para transformarse en el «Doctor Pachoncito», porque desde 1950 Pachón comenzó a llegar todos los días a las nueve de la mañana para no abandonarnos hasta cuando había caído la tarde.

***

Dominical puso pie aparte en 1950. En una pequeña oficina –que nos costó mucho trabajo conseguir, y por la cual Pachón de la Torre estuvo insistiendo durante varias semanas ante los gerentes del magazine y del periódico– se instalaron Álvaro y Hernán Merino. Y descubrimos una mañana, asombrados, a un nuevo Pachón de la Torre, a uno que permanecía inédito para nosotros, muy distinto a aquel que se presentara durante todas las semanas de 1948 y 1949 a entregarnos sus originales escritos en una máquina antigua, pulcramente presentados, sin tachaduras ni borrones.

La primera mañana que trabajó Pachón de la Torre en el mismo piso en que funcionan las oficinas de *El Espectador* [paralizó][1] todas las actividades. Había traído a una secretaria, Flor Romero, y paseándose como un león enjaulado dentro de la oficina, comenzó a dictarle mientras traducía un artículo del *Magazine Digest*. Pero no dictaba como todas las personas que hemos visto dictar: Pachón gritaba. Y frente a los vidrios de la oficina nos fuimos deteniendo uno a uno a escucharlo. Suponíamos que se trataba de la elaboración de una proclama patriótica, de un discurso sensacional, de un documento extraordinario. No: Pachón de la Torre estaba dictando las «Diez maneras de curar el cáncer». Desde esa vez, todos los días desde el lunes hasta el sábado por la mañana, la voz de Pachón de la Torre era como el micrófono que nos anunciaba a todos que *Dominical* estaba en elaboración.

***

De pronto, de la misma oficina de donde salían las palabras en tono muy alto, brotaba, inconfundible, fuerte, una carcajada, una carcajada que nos hizo reír siempre y que hoy al recordarla, por ser tan suya, por ser una carcajada única, nos arranca un pedazo de nuestro ser y nos hace brotar una lágrima.

---

[1] Los originales presentan un error de imprenta, lo que no hace posible tener certeza sobre la palabra que está entre paréntesis. [*Nota del editor*]

Pachón de la Torre se reía. Pero no se reía como todos, al igual que no dictaba como todos. Se reía como si su risa saliera de una caverna, con una risa que llenaba todo el espacio.

Una persona que se reía como él le tenía, sin embargo, un profundo horror al humor. Al organizarse el plan de trabajo de *Dominical*, Pachón de la Torre quedó encargado de elaborar semanalmente el siguiente material:

Un reportaje, un artículo o un folletín con su firma.
Una historia fantástica con el pseudónimo de «El narrador indiscreto».
Dos traducciones, una de tema científico y otra de interés general.
Un cuento.
La sección de humor.

Muchas semanas se estuvo riendo Pachón de la Torre mientras dictaba las cuatro cuartillas de humor. Pero con el pasar de los meses, el material se fue agotando y el escritor perdió el humor. Compraba todas las revistas inglesas y francesas donde pudiera aparecer un chiste publicable, porque él decía, con sobrada razón, que una página de humor en un periódico o revista es lo más difícil de hacer, y lo es más todavía en Colombia, porque no se pueden publicar «chistes verdes» ni chistes políticos, y el humor se nutre de «verdura» y de «politiquería». Lo encontrábamos en la oficina, nervioso, fumándose en menos de una hora más de diez cigarrillos –Kool últimamente porque la garganta ya no resistía el Marlboro, que fue su cigarrillo preferido hasta 1950–, revisando página por página a *Coronet*, *Woman S*, *Readers Digest*, *Paris Match*, etc. Y de pronto estallaba. El humor se le había ido al hígado.

–Yo prefiero –decía– escribir cuatro artículos que una columna de humor...

Pero como en las revistas tienen que salir las páginas de humor, esta aparecía en *Dominical*, llevándose cada semana un poco del sistema nervioso de nuestro Pachón de la Torre.

⁂

Generalmente comenzaba a preparar el número de *Dominical* los viernes de la semana anterior a su aparición. Entregaba en primer lugar el cuento y profesaba una marcada simpatía en este género por los cuentos macabros y de fantasmas.

–Eso es lo que le gusta a la gente –decía cuando yo me mostraba algo reservado en publicar un cuento en que se cometían más de dos crímenes, y en que una serpiente –para completarlo todo– picaba a un niño en el rostro.

El sábado traducía de una revista extranjera el artículo de medicina. Pachón de la Torre no hacía una traducción literal. Por el contrario, le imprimía al artículo algo de su estilo, creaba un artículo de donde ya existía otro. No consultaba el diccionario, sino en muy contadas ocasiones, y en los artículos de medicina –que escuchaba dictar Merino desde su mesa de dibujo con una mal contenida preocupación por las dificultades que el tema presentaba para ilustrar un hígado lleno de cálculos– a veces agregaba algo de lo que se había podido informar en otros ambientes.

El lunes estaban listas las dos traducciones. Y le tocaba el turno al «humor», y por eso el lunes y el martes eran los días del mal humor. Nunca un mal humor desagradable. Apenas un mal humor que se reflejaba en el cenicero más lleno de colillas que en los días corrientes.

El miércoles comenzaba su artículo, el artículo de fondo, el artículo firmado.

Entonces ocurría un fenómeno. Pachón de la Torre no podía comenzar a escribir antes de tener listo el título. Muchas veces, por las urgencias técnicas del periodismo, me tocaba solicitarle los miércoles por la mañana el título del artículo. Lo hacía por teléfono. No quería ver en su rostro la preocupación tremenda que le causaba tener que darme un título anticipado, un título que no lo hiciera feliz. De pronto dictaba: XXXX[2]. Y soltaba una de sus risas sensacionales, como diciéndome con ella: ¿Qué tal te parece?

Otras veces entraba a la oficina apresuradamente y se sentaba frente a la máquina, y por una vez hacía de mecanógrafo, y copiaba un título: «El viaje de la ostra hacía la perla».

Acababa de regresar de Cuba. Y me confesó que todo el viaje de regreso –cerca de ocho horas de avión– había estado pensando un título y que la noche anterior no había dormido. Pachón de la Torre era un hombre que se desvelaba por un título.

***

---

[2] Los originales presentan un error de imprenta, lo que hace imposible transcribir las palabras faltantes. [*Nota del editor*]

Nunca pude conseguir que me entregara su artículo a tiempo. *Dominical*, como cualquier periódico o revista, tiene una hora cero. La hora cero de *Dominical* son las doce del día jueves. Pachón de la Torre entregaba la última cuartilla, sacada con cuentagotas, a las cinco de la tarde.

Desde las ocho de la mañana de los jueves –únicos días en que llegaba antes de las nueve– comenzábamos a pedirle el artículo, primero yo, más tarde Agustín Rodríguez, jefe de armada, y finalmente Pulido, nuestro «malacate», quien insistía cada media hora, y XXXX[3] Pachón de la Torre acababa a las cinco de la tarde materialmente deshecho y bajaba sudoroso a la máquina, donde lo esperaban linotipistas, armadores y prensistas, y el mal humor de todos desaparecía como por encanto a su sola risa tímida de culpable. Entonces recorría los linotipos en busca de los originales. Le encantaba que fuera Maldonado el que levantara sus artículos. Y el secreto, según lo dijo mil veces, era que Maldonado le corregía los errores a la mecanotaquigrafía que, por la urgencia de las horas, copiaba apresuradamente. Si Pachón de la Torre encontraba en el original: Vurro, escrito así, exclamaba:

–Que muchachita tan burra... –pero no con dureza. Con cariño. Supo ser el patrón y el amigo, primero de Flor Romero, y ahora, hasta el sábado, de Ligia Romero. Ambas sabían que sus explosiones de nervios eran pasajeras y que su carácter, en el fondo, fue siempre cordial.

***

Un día varios empleados del periódico se sacaron la lotería. Pachón de la Torre, en cuanto se informó del golpe de suerte, nos reunió a todos los de *Dominical* en la oficina y nos contó que una noche se había soñado el número 2345 de la Lotería de Cundinamarca. Propuso que adquiriéramos ese billete semanalmente y para tal efecto obtuvimos de don Nazario Gómez la promesa de separarnos, cada lunes, el 2345.

Pasó la primera semana y nada. Y la segunda, y tampoco. Y la tercera, y la cuarta y la quinta. Escamados, todos sus compañeros le pedíamos el favor de que nos asegurara que ese número era realmente el que se había soñado. Él se mantenía firme. El cinco, como terminación de la Lotería, ha salido dos veces, en dos años que llevamos comprando el billete. Hace pocos días, otro lunes en que no ganamos nada, le dije:

–Pachón de la Torre: ¿No te has soñado otro número?

---

[3] Los originales presentan un error de imprenta, lo que hace imposible transcribir las palabras faltantes. [*Nota del editor*]

Y me respondió:

–Creo que me equivoqué. Ese número en verdad no me lo soñé yo.

Se lo soñó hace mucho tiempo mi madre. Y se lo soñó al revés...

***

En los periódicos se corre contra los relojes. Pachón de la Torre, sin embargo, no padecía, como nosotros, de esa esclavitud nerviosa de los horarios. Llegaba a las nueve de la mañana y cuando se le hacía ver que era muy tarde para entregar un original, respondía:

–No hay agua caliente en casa.

Pachón de la Torre no podía salir de su hogar si no se bañaba con agua caliente. Y no llegó a montar nunca en bus. Iba en taxi desde *El Espectador* hasta su casa, que quedaba situada, en 1950, en la calle 14 con la carrera Quinta. Cuando se pasó a Chapinero contrató un taxi que lo recogía siempre frente de su casa a las ocho y cuarenta y cinco minutos.

Nunca viajó en bus, pero nunca tampoco dejó en casa el paraguas y el sobretodo.

–Sí. Vivía y vestía como un oligarca. Pero cuando los jueves ya estaba cerrado *Dominical*, se quedaba charlando un rato en el taller de máquinas y entonces me contaba que él se había fugado de su casa y había ido a parar a Nueva York, donde lavó platos en un restaurante «automático».

Cuando me relataba esas cosas, yo le decía en son de broma que escribiera un artículo que se podría titular:

«YO CONOCÍ A ÁLVARO PACHÓN DE LA TORRE»,
por «El narrador indiscreto».

Y entonces se reía. Pero nunca quiso hacer esa biografía que hubiera sido hoy para nosotros un documento humano inestimable.

***

Pachón de la Torre tuvo siempre una dificultad insuperable para leer al revés. Y en los periódicos, en la armada, se necesita saber leer al revés. En los momentos angustiosos del cierre de edición, se volcaba sobre las platinas, en un intento desesperado por leer lo que decían títulos y textos. A veces yo ya me había ido del periódico, había dejado cerrada la edición de *Dominical*, y él quedaba aún en los talleres, manchando de tinta su vestido de paño inglés. Por la mañana, al día siguiente, me llamaba:

–Te salvé de una metida de pata. Habías puesto mal el lingote que señalaba la continuación de mi artículo en la página 33...

Había durado leyendo el lingote cerca de media hora. Pero en realidad me había salvado de «meter la pata». Y eso lo hacía gozar insospechadamente.

Pachón de la Torre conquistó en todo el personal del periódico una admiración, una amistad y una simpatía superiores a todo cuanto podríamos expresar con las palabras. Desde las altas esferas directivas hasta el más modesto de nuestros trabajadores, encontrábamos en Pachón de la Torre un oasis de bondad. Por eso, porque nunca llegó a negarle a nadie ni su palabra, ni su saludo, ni su consejo, a él íbamos todos unas veces en busca de ayuda, otras a hacerlo víctima de nuestras bromas. Nunca una persona recibió tantas ni nunca tampoco supo aceptarlas más gallardamente. Era que en Pachón de la Torre sobresalía la caballerosidad y con la infinita bondad de su corazón amable, sabía perdonar los errores de algunos y recoger los sentimientos nobles de los otros.

Y si Pachón de la Torre fue para D*ominical* una inyección de optimismo y de vitalidad, para todos sus compañeros de trabajo fue la barrera que contenía nuestra desesperación y nuestros desfallecimientos.

Y se preocupaba por las cosas grandes de la patria y por las cosas pequeñas. En el deporte fue siempre un «hincha radial» furibundo, que se sentaba los domingos en la sala de su casa, en bata y con pantuflas, a escuchar uno por uno todos los partidos de fútbol que se efectuaban en el país. No pudo nunca tener simpatía por Millonarios y, en cambio, admiraba la escuela brasileña hasta lo increíble. Cuando yo regresé de París, después de tres meses de ausencia, completamente desadaptado de lo que sucedía en el campo deportivo, fue a visitarme a mi casa el domingo por la tarde y sintonizamos la radio.

Los locutores decían nombres de jugadores que yo escuchaba por primera vez. Pachón de la Torre me iba diciendo:

–Ortega, del Sporting, alero izquierdo. Cerioni, del Sporting, interior, «Manco» Gutiérrez, del Pereira.

Sabía todos los nombres y los puestos de cada uno de los jugadores de los 16 equipos profesionales, y si un locutor decía, por ejemplo, que «Pibe» Ortega corría por el ala derecha, estallaba nervioso:

–No puede ser... el «Pibe» Ortega es izquierdo...

Siempre apostaba al fútbol y siempre perdía. Lógicamente. Porque siempre apostaba contra Millonarios...

* * *

Cuando ocurrieron los sucesos del seis de septiembre y yo tuve que abandonar la codirección de *Dominical*, Pachón de la Torre se quedó solo. Y entonces hube de asistir una vez más a otra de sus grandiosas transformaciones. Ahora ya no solamente escribía. Ahora armaba. Se lanzó con la misma valerosa impetuosidad de siempre al laberinto de la composición tipográfica, y sentía yo un profundo dolor cuando a las nueve de la noche de los días jueves lo veía subir de los talleres, manchada la cara de tinta y el vestido de grasa. Y entre los bolsillos, al lado de un paquete de cigarrillos Kool, prácticamente concluido, aparecían clisés, originales arrugados y hasta una interlínea, en mezcla exótica y risible. Pero Pachón de la Torre había cerrado una edición más de *Dominical*, aunque su temperamento nervioso hubiera sufrido el desgaste de varias horas inenarrables.

Porque Pachón de la Torre era un hombre desmedidamente nervioso. Su última semana de vida fue, por ejemplo, un martirio. Por cuestiones de organización interna y debido al día de fiesta incrustado en mitad de la semana, la edición hubo de ser adelantada y se debía editar el miércoles por la noche. A don Enrique Santos, «Calibán», le había solicitado Pachón de la Torre unas declaraciones que el gran periodista ofreció para el martes en la tarde. No pudieron estar listas y entonces a Pachón de la Torre le temblaba esa tarde hasta la risa. La mañana siguiente llegó desacostumbradamente temprano, a las siete de la mañana, y escribió en la máquina hasta cuando lo llamó la secretaria. Luego trabajó todo el día y llamó cien veces a la censura, y bajó a las máquinas y revisó las páginas y se quedó media hora leyendo el lingote que decía: «Continúa en la página 33». Y cuando estuvo concluido, finalmente, volvió a reír con amplitud, con su carcajada profunda. El reportaje con «Calibán» era el primero de una serie en la cual Pachón de la Torre había puesto todas sus ilusiones. Iba a seguir esta semana con la semblanza y reportaje de Eduardo Zalamea Borda. Y en la próxima con la de Lucas Caballero. Y después, la de Agustín Nieto, la de Manuel Mejía, etc. Se frotaba dichoso las manos. Como lo vi frotárselas cuando a su oficina llegó una vez un hombre desconocido que comenzó a contarle la historia de su vida. Antes, mucho antes de que terminara la entrevista, se había escapado un momento hasta donde mí y me había dicho:

–Tengo la «chiva». Una serie que se va a titular: «Yo serví a Stalin y perseguí a Mussolini».

La serie fue sensacional. Y esa vez, seguramente, Pachón durmió tranquilo porque el título estuvo listo muchos días antes de que escribiera el artículo.

Preparaba otra serie sobre las esmeraldas, llena de historias de fatalidad, de leyendas fantásticas, de asuntos trascendentales, de aspectos apasionantes. ¡Cabía tanto en su imaginación fecunda!

⁂

Pero esa imaginación fecunda y esa inteligencia especialísima, y esa capacidad de trabajo y esa adaptación rapidísima a todos los medios –escribía un artículo, una nota, un editorial, una necrología y una crónica social, con la misma buena voluntad y con el mismo acierto que planeaba tipográficamente una página del magazine– se han quedado fatalmente truncas. Y como si él hubiera tenido un trágico presentimiento de lo que le iba a ocurrir, en su serie «De Monserrate a Montparnasse», con título muy suyo, muy característico, se apresuró a denunciar a la muerte en estas palabras, que por una rara coincidencia, se grabaron indeleblemente en mi poca, en mi pésima, en mi torpe memoria:

«Dentro de los designios inescrutables que rigen el curso de la frágil vida, convirtiendo en ocasiones al hombre en un simple juguete de los caprichos del azar, ninguno tan extraordinario como ese que le depara a todo ser humano, por humilde que sea y en contraste con la mediocridad de la rutina o con los sinsabores de la lucha, su momento estelar; ese minuto de la cenicienta convertida en princesa bajo el golpe de la vara mágica; o el del paralítico que, sometido al tratamiento de la droga milagrosa, se levanta y camina; o mejor aún, el instante feliz en que el inexperto adolescente descubre deslumbrado todo el maravilloso misterio del amor.

»Esa sensación de deslumbramiento y de milagro al alcance de la mano fue la que me invadió, conmoviéndome y anonadándome, hace veinte días, cuando mi buen amigo don Juan Manuel Pradilla, jefe de relaciones públicas de la Air France en Colombia, me informó que la poderosa empresa de navegación aérea que representa había tenido la gentileza de incluir mi nombre en la lista de los invitados que habían de viajar a bordo de uno de sus ultramodernos Constellations, en el vuelo inaugural del servicio Bogotá-Caracas-París. A esa amable y, desde todo punto de vista inmerecida invitación, debo la más extraordinaria de las experiencias en mi agitada vida de periodista, y diez días de aventura incomparable en el miliunanochesco país de los sueños, de la belleza, del arte, de la gracia perfecta y el encanto infinito, y de dos mil años de civilización.

»Hasta ese momento la existencia proseguía su curso de arroyo manso, ensombrecida a veces por las nubes de la tormenta pero encerrada en el cauce de la faena diaria, y he aquí que de pronto topaba en su camino con la piedra de la fortuna que la proyectaba hacia lo alto, haciéndola saltar en surtidor iridiscente de espumas y cristales, penacho de arco iris bajo el beso del sol.

»En peregrinación atropellada y febril surgieron del subconsciente y me rondaron el cerebro los sueños de la juventud, las ilusiones tantas veces alentadas y frustradas que ahora iban a convertirse en realidad esplendorosa, y al escuchar las palabras del amigo no podía dar crédito a mis oídos. Esa patria espiritual a que pertenece todo el que ha leído un buen libro o ha admirado el rostro indefinible de la belleza copiado en el claroscuro de los lienzos o en los contornos delicados y perfectos de mármoles y bronces, me iba a recibir en su seno perfumado y dulce, colmando para siempre las inquietudes de mi espíritu. El hada madrina con la estrella en la frente me esperaba al otro lado del Atlántico, como espera la flor a la crisálida que abandona su cárcel para convertirse en mariposa.

»A la premonición del gozo por cumplirse aunábase en mí una sensación indefinible de zozobra y de temor. ¿Surgiría a último momento, como tantas otras veces en la vida, el inconveniente inesperado, la dificultad insuperable que hiciera estallar en la nada a la burbuja de la ilusión, que echara por tierra mi castillito de naipes? Recordaba entonces aquel apólogo que sirvió de argumento para una de las primeras películas de Carlitos Chaplin; el del niño huérfano que, recluido en un asilo y después de haber sufrido las burlas y los golpes de las celadoras todo el año, esperaba anhelante la distribución de dulces y juguetes la noche de Navidad, escogiendo entre todos esos obsequios una dorada y fragante manzana, y cuando ya la tenía en la temblorosa mano y la acercaba a sus hambrientos labios, escuchaba a su espalda la voz de la superiora que le decía: “Charlie, deja esa manzana; este año no hay regalo para ti porque te has portado muy mal!”. Pero a mí nada ni nadie podría quitarme la manzana de mi jardín de otoño, no obstante lo cual el proyecto del viaje continuaba siendo un sueño que solo vi convertido en realidad el viernes 16 de enero, cuando a bordo del Constellation de la Air France dejó atrás el familiar paisaje de la Sabana para remontarme hacia el espacio infinito, a la conquista de lo que hasta ayer parecía un imposible, mientras en el retardado reloj de mi vida vibraban gloriosas y profundas las 12 campanadas de la felicidad».

Pachón de la Torre nos estaba diciendo que París había colmado un nuevo capítulo en su vida. Casi, casi nos decía que ahora podría morir tranquilo. Ojalá ese viaje se hubiera retrasado para siempre y entonces tal vez el curso del destino se habría torcido, y en las oficinas de *Dominical* estaríamos escuchando otra vez la risa maravillosa de Álvaro Pachón de la Torre, mi personaje inolvidable...

Dominical

Nota del compilador

«Mi personaje inolvidable» fue publicado en el *Dominical* de *El Espectador* el 29 de marzo de 1953, en homenaje al periodista bogotano Álvaro Pachón de la Torre, fallecido en un accidente de tránsito junto a sus colegas Álvaro Umaña Forero y Gustavo Wills Ricaurte. El sábado 23 de marzo en la noche, al terminar la celebración de despedida de soltero que le habían preparado a Guillermo Cano en una cancha de tejo al sur de la ciudad, los tres periodistas abordaron de regreso el vehículo convertible gris de Wills Ricaurte rumbo al norte. Pero en el cruce del río Fucha, sin suficiente señalización, el carro se fue al abismo y los amigos no volvieron. Los tres fueron exaltados por el periódico y Guillermo Cano escribió sobre un periodista que hizo parte de los amigos «que no tienen precio, ni límite, ni medida».

Bogotano, bachiller del Instituto de La Salle, Álvaro Pachón de la Torre estudió Filosofía y Letras en Fordham University y se formó como periodista en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Fue corresponsal de *El Universal* de México y colaborador de *La Prensa*. Cuando regresó a Colombia, ejerció como jefe de los corresponsales y redactor de *El Liberal*, dirigido por Alberto Lleras Camargo en defensa de Alfonso López Pumarejo. En tres entregas de la serie «Vida, pasión y muerte de El Liberal», Pachón de la Torre condensó en diciembre de 1951 las memorias de este diario bogotano. Durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, orientó la revista *Contra-Ataque* y el semanario *Pro-Francia Libre*, en defensa de la democracia contra el régimen nazi de Adolfo Hitler.

Un día apareció en *El Espectador*, ataviado con un paraguas inglés, sombrero encocado y traje de imposible corte, a ofrecer un texto titulado «El retrato macabro», por el que le pagaron quince pesos. Desde entonces no volvió a faltar cada semana con un escrito y, cuando se creó el *Dominical* de *El Espectador* a partir de febrero de 1948, se multiplicaron sus crónicas y reportajes, unos publicados con su nombre y otros con el seudónimo el Narrador Indiscreto. A partir de enero de 1950 entró de lleno al *Dominical* con dos colaboradores de base: el caricaturista Hernán Merino y la periodista Flor Romero.

Cuando Guillermo Cano asumió la dirección del periódico en septiembre de 1952, el «Doctor Pachoncito» se hizo cargo del *Dominical* y fueron seis meses de versatilidad periodística, con suficientes evidencias de sus capacidades para redactar en una misma edición un reportaje, una historia fantástica, dos traducciones, un cuento y un escrito de humor. En octubre de 2006, la Universidad de Antioquia publicó una antología de sus textos bajo el título *Crónicas de un Narrador Indiscreto*, con sus dos últimos escritos: «De Monserrate a Montparnasse», recuento de su último viaje a París, con amanecer en el río Sena y catedrales en la penumbra, y «Una roca en el mar de la opinión», con perfil del columnista de «Danza de las horas», Enrique Santos Montejo, Calibán. En criterio de Guillermo Cano, su amigo Pachón de la Torre se fue en un momento estelar, «dentro de los designios inescrutables que rigen el curso de la frágil vida, convirtiendo en ocasiones al hombre en un simple juguete de los caprichos del azar».

6 de septiembre de 1953

LA JORNADA DEL 6 DE SEPTIEMBRE

Algunos hechos que antecedieron a los sucesos.
Una visión personal desde un décimo piso.

EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1952 COMENZÓ COMO OTRO DÍA CUALQUIERA DEL año. Para nosotros, en el periódico, con los mismos problemas de siempre: una lucha sin cuartel con la censura de prensa para poder entregar oportunamente la edición a nuestros lectores.

Para otros, aquellos pocos que estaban en el secreto, el 6 de septiembre no iba a ser como los demás días del año, y para otros, considerados generalmente bien informados, el 6 de septiembre habría de ser un día excepcional en el calendario colombiano.

Yo, ciertamente, no pertenecía ni a los unos ni a los otros. Para mí, como para todos los compañeros del periódico, el 6 de septiembre se presentaba como un día cualquiera.

Había causado –sin embargo– nuestra curiosidad periodística una serie de hechos aparentemente y en aquel momento sin una explicación posible:

Primero: Días antes, intempestivamente, fue destituido el jefe del Cuerpo de Bomberos, persona que desempeñó aquella delicada posición durante muchos años. Conocía, pues, al dedillo, todo el complicado sistema de hidrantes y dominaba cabalmente todos los complejos resortes de esta organización, cuya importancia en los sucesos del 6 de septiembre, posteriores a su destitución, habría de ser vital y definitiva.

Segundo: Los cadáveres de cinco policiales habían sido trasladados desde un remoto lugar del departamento del Tolima a la propia capital de la República. Se los había colocado en cámara ardiente en una división de policía.

Tercero: Aquellos cadáveres fueron preparados en sus féretros para ofrecer un espectáculo macabro. Casi podría decirse que el arreglo se había hecho de acuerdo con las leyes de un nuevo arte. Como si el que lo hizo o quienes lo hicieron se hubiera o hubieran deleitado produciendo un cuadro de horror perfecto.

Cuarto: Fotógrafos anónimos, de determinados periódicos, grabaron en sus placas aquella increíble escena. Y la fotografía fue publicada en la primera página de un periódico que voluntariamente y en muchas oportunidades se había abstenido de incluir en sus ediciones fotografías de los sucesos policíacos comunes en las grandes ciudades, indudablemente por el temor de herir los sentimientos de sus lectores. Esa fotografía, además, fue repartida a todos los diarios de la capital de la República, en forma que hacía creer a los empleados de la prensa que había un deseo oficial de que aquel dantesco espectáculo se conociera por medio de la prensa adicta al Gobierno.

Quinto: La mañana del 6 de septiembre, el mismo periódico que incluía la fotografía publicaba en primera página un aviso invitando a las exequias de los policiales muertos en el Tolima y que debían ser enterrados en Bogotá, después de un desfile fúnebre por la carrera Séptima –arteria vital de la ciudad– y con posterioridad a los discursos que oradores escogidos deberían pronunciar en el Cementerio Central. Al lado de aquel aviso aparecían otros, muchos, de la Presidencia de la República y del Ministro de Gobierno, por ejemplo.

Séptimo: Las divisiones de policía fueron obligadas a desfilar por frente a los féretros abiertos de sus compañeros en la cámara ardiente. El artista o los artistas que elaboraron el macabro cuadro logró o lograron sus inconfesables propósitos.

Para un observador menos ingenuo que nosotros, esta serie de coincidencias debería haber despertado dudas sobre el objetivo que se perseguía al hacer un tan ostentoso despliegue para el entierro de cinco víctimas aisladas de la violencia. Hasta esa fecha en los campos colombianos habían caído asesinados en cruenta lucha fratricida miles de colombianos, entre ellos policiales, soldados, campesinos. Aquellos sacrificados fueron sepultados generalmente con el solo silencioso dolor de sus deudos, sus compañeros y sus amigos. No se había registrado el caso de transportar lentamente cinco cadáveres a través de seiscientos kilómetros para enterrarlos en presencia del Presidente de la República y de sus más importantes colaboradores.

***

El 6 de septiembre de 1952 comenzó para nosotros como otro día cualquiera. Y se fue desarrollando con la perezosa monotonía de una mañana sabatina, aperitivo del descanso de fin de semana. Las tareas del periódico se cumplieron todas. La ciudadanía en general, como nosotros, al llegar la hora del mediodía, abandonó sus oficinas en esa corriente sin dirección que se desboca por todas las calles de la ciudad y por todas las carreteras que a ella conducen. Pero aquel sábado la ciudad no era la misma. Razones de familia me obligaron a descender por la avenida Jiménez de Quesada. Al llegar a la carrera Séptima, pasaba el desfile fúnebre. Un despliegue imponente de fuerzas de policía lo acompañaba, y realzaba el acontecimiento la presencia del presidente encargado, doctor Urdaneta Arbeláez, y algunos de sus ministros, entre ellos el de Obras Públicas, señor Leyva.

Todavía mi ingenuidad me mantenía en la ignorancia de lo que se había forjado en las sombras, de lo que estaba tomando forma, de lo que iba a ocurrir ineludiblemente.

En conversación amable de buenos amigos, fue transcurriendo el tiempo. En el décimo piso del edificio Monserrate, sobre las oficinas de *El Espectador* y de la Esso Colombiana, departimos cordialmente en la despedida a nuestra colaboradora María Inés Montaña Gutiérrez. Abajo, se escuchaba el rumor amortiguado de la rotativa en marcha, alumbrando en sus entrañas fértiles las noticias en sucesión interminable. La gran mayoría de los empleados del periódico estaba ya ausente. La redacción había quedado en su transitorio silencio finisemanal.

Pero pronto, de lo lejos, llegaron los primeros gritos y los primeros estampidos, anuncio inequívoco de una manifestación en marcha. Y luego los ruidos de cristales rotos, de maderas quebradas. Desde ese maravilloso periscopio sobre la ciudad que es el edificio Monserrate, en su parte más alta, sorprendidos todos por lo imprevisto de lo que acontecía, nos asomamos a las ventanas. Abajo, alrededor del edificio de *El Tiempo*, ochenta, noventa, posiblemente cien sujetos en cálculo optimista, arrojaban su carga de piedra sobre los ventanales y disparaban a lo alto sus revólveres de calibre conocido.

–¿Pero cómo puede estar sucediendo lo que nuestros ojos presencian? ¿Dónde está la policía? Vivimos bajo estado de sitio. Las manifestaciones, aunque minúsculas como aquella, están prohibidas. Está prohibido asimismo el atentado contra la propiedad ajena. ¿Dónde están las autoridades?

Estas y otras preguntas, estas y otras reflexiones nos hacíamos, cuando de aquel grupo un poco lejano se desprendió otro más pequeño, y fue subiendo hacia la carrera Quinta, hacia el edificio Monserrate, hacia nosotros.

Pronto el ruido de cristales rotos, de madera quebrada, se hizo inconfundiblemente cercano. Se producía en nuestras propias oficinas, a nuestros propios pies. *El Espectador* era atacado.

Distraído transitoriamente, viendo cómo aquel pequeñísimo grupo de iracundos descargaba su furia previa y meticulosamente encaminada hacia nosotros y hacia nuestros colegas, me olvidé del estado de sitio y de la protección, a la cual como ciudadanos y contribuyentes teníamos derecho, y entonces vi cómo esos hombres rompían nuestra edición, lista para ser distribuida. Cómo la incendiaban. Cómo la pisoteaban, cómo destruían las bicicletas de los repartidores y cómo hincaban sus navajas en las llantas de los vehículos estacionados a nuestras puertas.

Volví a mirar desde el periscopio, hacia abajo, hacia *El Tiempo*. Allá continuaba el grupo embriagado en su orgía de piedra y en su sinfonía de disparos. Y por toda la mitad de la avenida Jiménez de Quesada, entre nosotros atacados y *El Tiempo* atacado, marchaba al compás exacto: izquierdo, dos, tres, cuatro, un pelotón de más de veinte policiales. Sin perder el paso, con la disciplina exacta de los desfiles militares. No miraban ni para abajo –para *El Tiempo*– ni para arriba –*El Espectador*–. Miraban el cerro, al cielo bogotano, a la iglesia de Monserrate. Torcieron por la carrera Quinta y se perdieron. Solo se podía presentir la lenta marcha acompasada, rítmica.

El ataque duró media hora. Al cabo de la cual el grupo desapareció. A nuestras puertas quedaron algunos policiales. Parecía como si la situación, con su sola presencia, hubiera quedado dominada.

Dimos orden a todo el personal del periódico de salir inmediatamente para sus casas. Se cerraron las puertas de acero. Se bajaron las cortinas metálicas, para cubrir los esqueletos destrozados de las vidrieras. Reinó un silencio total. Podrían regresar aquellos pocos hombres. Era mejor prevenir. Solo quedó abajo, en el primer piso, detrás de la puerta de acero, el portero de *El Espectador*. Los ascensores del edificio Monserrate fueron bloqueados. Sobre la calle, ejemplares calcinados, piedras, algunas cápsulas de revólver. Y tres, cuatro policiales uniformados. ¡Nada más!

Nuestros invitados se despidieron. Feliz aprovechamiento de unos pocos minutos de tregua.

***

Una voz:

–¡Algo arde en el parque Santander!

Otra vez nos acercamos todos a los amplios ventanales de nuestro privilegiado y peligroso mirador. Una columna inmensa de humo negro se eleva, efectivamente, del costado norte de la plaza de Santander.

–¡La Dirección Liberal en llamas!

Sí. Por sobre el techo corren unas personas. De pronto, de entre el humo, surgen las llamas, voraces, impresionantes en la grandeza de sus lenguas multicolores.

–Están atacando los talleres de *El Tiempo* en el barrio Ricaurte –dice una voz por el teléfono.

Se van sucediendo los acontecimientos con una rapidez increíble, con una regularidad cronométrica. La ciudad de Bogotá ha quedado en manos de un grupo de hombres, enloquecidos. ¿Cuántos kilómetros en esos minutos angustiosos alcanzaron a marchar aquellos policiales que tan ordenadamente desfilaron frente a nosotros?

***

–Están incendiando los talleres de El Tiempo –vuelve a informar la voz telefónica.

–¿Y los bomberos?

–No han llegado...

Sí. Se alcanza a ver a lo lejos una columnita de humo. No cabe duda.

El incendio se ha producido. ¿Hasta dónde llegarán?

***

Ya no nos separamos de nuestro mirador. Tenemos los ojos muy alerta. Y esperamos. Allá suben los incendiarios, en plena libertad. Llegan frente a *El Tiempo*. Penetran al edificio. Hay todavía un fuerte reflejo solar que no deja precisar lo que ocurre. Pero el sol no es capaz de ocultar con su brillantez la negrura tétrica del humo. Por las ventanas de los pisos altos del edificio de nuestro colega empiezan a botar asientos, máquinas de escribir, archivadores, libros, papeles. Y se forma una hoguera en la avenida Jiménez de Quesada.

***

En un segundo, casi en un instante, el fuego aparece, con todo su dantesco horror, por entre los huecos de las puertas y ventanas de *El Tiempo*. Ya se ha caído el sol. Y hay oscuridad en la cual resalta, impresionante, la brillantez de las llamas. Dentro del edificio se mueven sombras, que se asoman de vez en cuando para arrojar un sillón, para disparar un revólver. Están borrachos de fuego. Son ochenta, noventa, quizá ciento si lo calculamos por lo alto.

–¿Nadie ha llamado a los bomberos?

–Estamos cansados de llamarlos...

Parece que se ha cumplido la primera parte de la misión con éxito completo. Una porción de hombres –como en el primer ataque– se desprende del grupo y sube por la avenida Jiménez. Vienen hacía *El Espectador*. Disparan revólveres. Arrojan piedra. Unos suben, con la ayuda de los otros, hasta las ventanas del segundo piso. Entran dentro del edificio y comienzan a arrojar a la calle muebles, archivos, libros, cuadros, papeles. Se prende la hoguera. Atacan furiosamente la puerta de acero, que no cede. Está blindada. Pero ya hay dentro del edificio algunos de los atacantes. Han llegado al primer piso. Escuchamos una explosión. Dinamita. Es dinamita. Están dinamitando la caja de caudales. El fuego ha hecho presa en la colección del periódico. Centenares de volúmenes de nuestro valioso e irreparable archivo –el tesoro más preciado del periódico– sirve de combustible al incendio.

Una voz grita:

–Allí no. Allí queda la Esso.

–A la Esso no... A la Esso no...

Pero otros no les hacen caso. Entran a las oficinas de la empresa petrolera en el primer piso, destruyen sus archivos, y sus muebles sirven para avivar el fuego. Los atacantes suben por las escaleras del edificio y llegan hasta el noveno piso. Están a veinte escalones de nosotros. Una de nuestras sirvientas, angustiada, nos avisa:

–Están en las oficinas de la Esso, en el noveno piso.

Nos reunimos todos en la más lejana habitación, en el mirador en la pura curva del edificio, con la convicción de que seríamos atacados por las hordas, pero no subieron. Esa noche no supimos por qué. Solo al día siguiente pudimos darnos cuenta de que algunos objetos de pequeño valor que yo tenía en mi habitación particular del noveno piso –un radio, parte de mi ajuar matrimonial, un reloj, vestidos y zapatos– habían despertado en los asaltantes más interés que lo que pudiera haber más arriba. Uno de aquellos asaltantes debió considerar que mis zapatos eran muy finos, muy elegantes o muy nuevos, y en mi propia alcoba dejó sus botas de inconfundible procedencia policial.

Mientras todo esto ocurría, el teléfono no dejaba de funcionar. Personas amigas, personas desconocidas, anónimos ciudadanos preguntaban por nuestra situación. Por el desarrollo de los acontecimientos. Nos informaban ellos por su parte, de sus llamadas al cuerpo de bomberos, sus gestiones ante las autoridades.

Mucho después de que ya ardían *El Tiempo* y *El Espectador*, uno de nuestros corresponsales telefónicos nos dio cuenta del incendio de la casa del doctor Alfonso López.

Y otro, ya muy tarde, más de seis horas después del ataque a *El Tiempo* y a *El Espectador*, nos informa:

–La casa del doctor Carlos Lleras Restrepo también está en llamas... Eran las diez de la noche...

El periódico llevaba ardiendo más de dos horas. Fue entonces cuando escuchamos la sirena del cuerpo de bomberos. Marchaba lentamente por la avenida Jiménez de Quesada. Pasó por frente a nosotros, dio una vuelta a la manzana, volvió a bajar, volvió a subir, volvió a dar otra vuelta a la manzana. Se detuvo. Esperó. Volvió a bajar. Volvió a subir. Dio una tercera vuelta a la manzana. Se volvió a parar. Quince, veinte minutos de ronda, como un perro en celo. Por fin, una manguera. Agua sobre las llamas. Materiales químicos. El fuego era difícilmente controlable. Le habían dado el justo tiempo suficiente para hacerse prácticamente incontrolable.

***

Entonces ocurrió lo increíble: Por las escaleras del edificio, muchas horas después del ataque, subió con un pañuelo en la boca, fatigado, casi asfixiado, el alcalde encargado de la ciudad, doctor Manuel Briceño Pardo:

–¡Vengo a ofrecerles –dijo– toda clase de garantías!

Nos pidió que abandonáramos el edificio y agregó que, si no lo hacíamos, ¡él no podía responder por nuestras vidas!

Habíamos permanecido ocho horas en peligro y nadie nos había ofrecido protección cuando realmente la necesitábamos. Ahora, y solo en ese momento, parecía que había llegado la hora de ofrecernos garantías...

No las aceptamos, no las podíamos aceptar, naturalmente.

***

El lunes siguiente, cuando queríamos comprobar, ante las ruinas, la magnitud del desastre, se nos quiso impedir el acceso al edificio del periódico, a nuestra propia casa.

–¡Nadie puede entrar aquí!

El sábado, durante más de diez horas, pudo entrar libremente todo el que quiso. Se permitió el acceso a la propiedad privada, para destruirla, a quienes ningún derecho tenían. A nosotros, los dueños, se nos quiso impedir autoritariamente que tomáramos posesión de lo que nos quedaba.

Al fin pasamos la «alambrada de garantías hostiles» y comenzó el terrible recorrido de las ruinas. Todas las cosas amables hechas cenizas. Un busto ilustre y querido reposaba –ultrajado– en una ventana calcinada…

***

Afuera, el pueblo silencioso desfilaba ante las ruinas. Muda protesta acusadora.

En las largas horas de aquellos espantosos sucesos, solo una voz se levantó en protesta. Fue una voz de mujer. Una voz que gritó en la noche:

–¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Cobardes!

Y en demostración de su cobardía, aquellos hombres, en gavilla, golpearon a la valiente e indefensa mujer, hasta que lograron acallar su tremendo calificativo:

–¡Cobardes! ¡Cobardes! ¡Cobardes!

***

¿Qué intenciones ocultas motivaron el 6 de septiembre?

¿Silenciar por el sistema del incendio y el saqueo la voz de la oposición?

¿Producir un levantamiento popular para extremar las medidas de orden público?

¿Prohibir por medio de la violencia y de la fuerza la libre competencia económica entre los periódicos?

¿Quiénes promovieron los disturbios?

¿Cómo los organizaron?

¿Quiénes fueron los autores materiales? ¿Quiénes los autores intelectuales?

Estos interrogantes solo podrá absolverlos la justicia colombiana, la nueva justicia colombiana.

¿Qué explicación se puede dar a la ausencia de los altos representantes de la autoridad en momento de tan extraordinaria gravedad?

¿Cómo es posible que aun después del regreso a la ciudad del presidente encargado, señor Urdaneta Arbeláez, el pequeño grupo que protagonizó los sucesos del 6 de septiembre hubiera podido actuar libremente para incendiar la casa del doctor Carlos Lleras Restrepo?

A estos interrogantes se les ha querido dar una respuesta que la opinión pública no considera en modo alguno clara y mucho menos satisfactoria.

⁂

Desde el 13 de junio el país vive un nuevo clima de paz y de concordia. No son, pues, oportunas las recriminaciones ni lo son el odio y el rencor.

No nos han movido, al escribir este relato de los sucesos del 6 de septiembre, ni el odio, ni el rencor, ni siquiera el dolor mismo, tan humanamente explicable en quienes como nosotros sufrieron bien de cerca su fatal consecuencia. Hemos querido tan solo ofrecer a los lectores –ya que no pudimos hacerlo hace un año, cuando la censura oficial prohibió mencionar el 6 de septiembre aun como una simple fecha de almanaque– nuestra doble, personal impresión de testigos presenciales y de víctimas inocentes, sobre un acontecimiento que infamó a Colombia ante Dios y ante los hombres.

Dominical

Nota del compilador

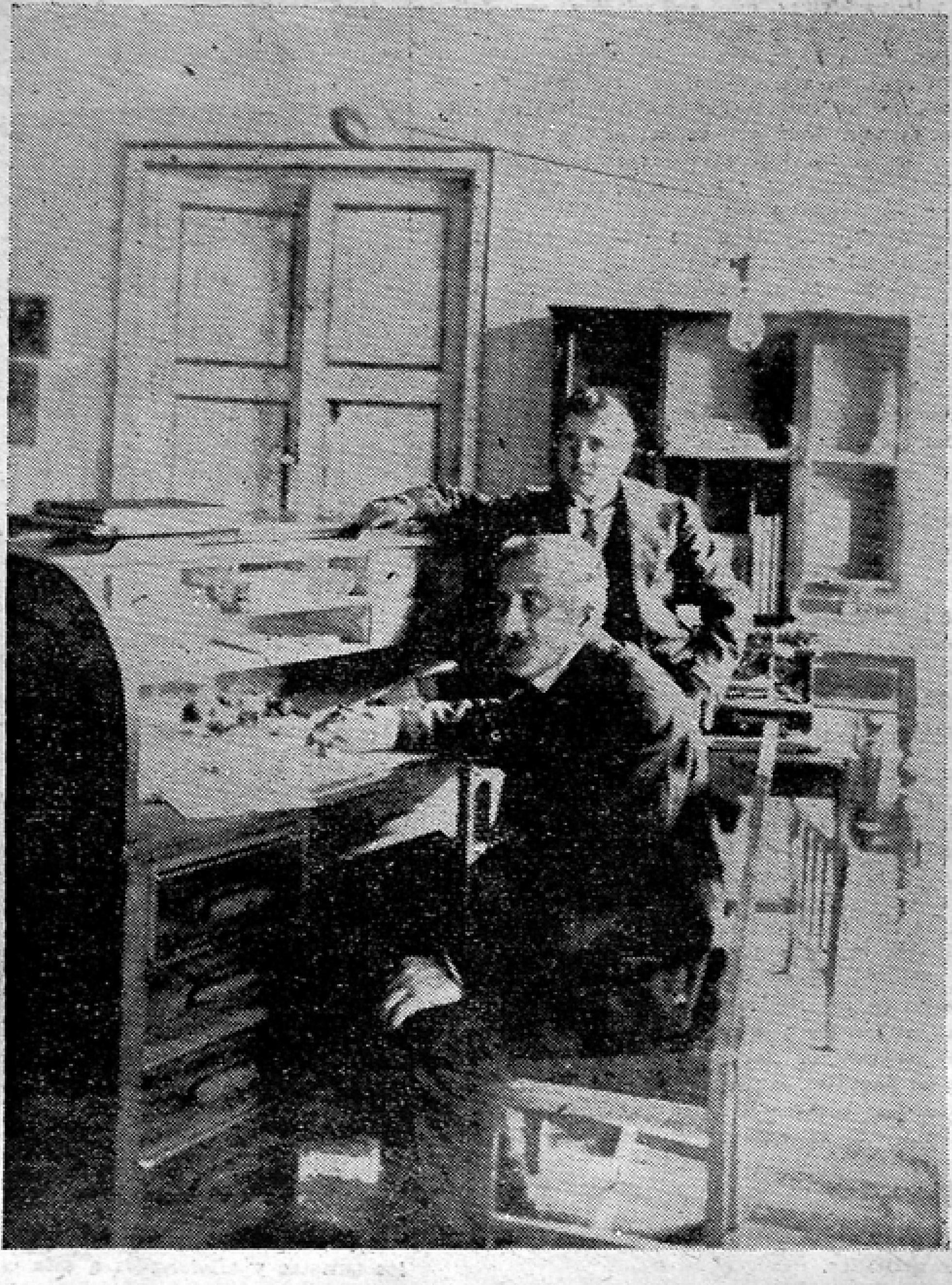
El martes 2 de septiembre de 1952, cinco agentes de Policía fueron asesinados por guerrilleros liberales en el municipio de Rovira (Tolima). Los cadáveres fueron trasladados a Bogotá y colocados en cámara ardiente en una división de la fuerza pública frente al Palacio presidencial. Las fotografías de los cuerpos mutilados fueron distribuidas por el Gobierno en diversos periódicos, y unidades de la institución armada fueron forzadas a desfilar ante los féretros abiertos de los uniformados caídos. Al mediodía del sábado 6 de septiembre arrancó el cortejo fúnebre en presencia del presidente encargado, Roberto Urdaneta, acompañado de ministros, empleados y personal uniformado. Después de las dos de la tarde, un grupo de detectives y policías regresó al centro de la ciudad y atacó los periódicos y a los dirigentes liberales.

El Espectador funcionaba en los primeros pisos del edificio Monserrate y en el noveno habitaba la familia Cano Isaza. Ese sábado se realizaba una reunión para la amiga Inés Gutiérrez de Montaña, quien se iba a radicar en Estados Unidos. El encuentro fue disuelto y la orden fue evacuar el periódico. La turba atacó primero la Dirección Liberal en el Parque Santander y luego arremetió contra el diario. La familia Cano Isaza albergó también a los periodistas José Salgar, Darío Bautista, Enrique Alvarado, Guillermo Aldana y el viejo amigo de la casa, el poeta Ciro Mendía. El ataque se concentró en el taller de fotograbado y el cuarto oscuro de fotografía. Los asaltantes no lograron acceder a la rotativa porque no pudieron activar el ascensor para mover los periódicos. Los saqueos llegaron hasta el noveno piso y allí los detuvo una puerta de acero.

Al caer la tarde, la violencia llegó a la casa del expresidente Alfonso López Pumarejo, ubicada en la calle 24 con carrera Quinta, junto a la capilla de los protestantes, y en la noche llegó a la residencia del dirigente liberal Carlos Lleras Restrepo, en la calle 70 con carrera Séptima. En las primeras horas del domingo 7 de septiembre, Lleras Restrepo y sus acompañantes huyeron por el techo hasta la Embajada de México, donde recibieron protección. Durante varias horas, *El Espectador* quedó a merced de los asaltantes. Cuando se pudo hacer el primer recorrido por los escombros, la primera sorpresa fue encontrar el cadáver de un hombre identificado como Luis Alberto Mira Vélez, aprisionado entre las ruinas de la sección de fotografía. Nadie supo si se ahogó por el humo porque se llevaron su cuerpo sin explicaciones.

Diez días le tomó al diario reanudar sus operaciones. Retornó el martes 16 de septiembre con una corta declaración de veinte líneas del entonces director Luis Cano y, en portada, la fotografía del busto ladeado del fundador Fidel Cano, al lado de una ventana con las rejas calcinadas. En la parte superior izquierda de la primera página, una nota con la correspondiente resolución suscrita por el encargado de la censura de prensa Hernando de Velasco Álvarez. Ese día, como la mayoría de los empleados del diario, Guillermo Cano se sumó a la penosa tarea de remover escombros. «Cada uno tuvo su particular montoncito de cenizas, su lote de llamas, su parte de humo», escribió el columnista Eduardo Zalamea Borda. La pérdida mayor fue la única colección completa del periódico consumida por el incendio.

«No es la primera vez que *El Espectador* ha tenido que interrumpir forzosamente su diálogo cotidiano con el público», aclaró el editorial recordando 75 años de resistencia en defensa de las ideas liberales. Al día siguiente, 17 de septiembre, en una pequeña nota insertada en la esquina superior izquierda, el periódico anunció a Guillermo Cano como nuevo director. Tenía apenas veintisiete años, y los primeros en saludar su designación fueron Eduardo Zalamea Borda y Álvaro Pachón de la Torre. Ambos reconocieron que se trataba del hombre predestinado a «ser el depositario de la limpia tradición de sus mayores». Sin embargo, pasó un año para que pudiera publicar lo sucedido durante los ataques del 6 de septiembre de 1952. El presidente Urdaneta continuó aferrado a la disculpa de que a él nadie le avisó y no tenía teléfono.



Don FIDEL CANO y don LUIS CANO en su escritorio de la dirección de EL ESPECTADOR en Bogotá, 1915.

17 de abril de 1954

EL ABUELO QUE NO CONOCÍ

En la actitud que asumí ese día estuvo presente mi abuelo, al que no conocí jamás físicamente, pero cuyo espíritu, que tanto conocía, permaneció a mi lado para no dejarme claudicar ante la fuerza y la opresión, una vez más desatadas contra *El Espectador*.

YO NO CONOCÍ A DON FIDEL. NO TUVE UN CONOCIMIENTO FÍSICO DE ÉL. PERO recuerdo que desde muy pequeño comencé a conocerlo espiritualmente. Fue una Nochebuena, en «Fidelena», mi primer contacto con mi abuelo. Apenas empezaba a tener el uso de la razón. Alrededor de un viejo árbol florecido, en esa Nochebuena, escuché leer a una de mis tías unos versos. Eran unos versos que hablaban del pan de cada día y de la pobreza de unos niños y del amor de un hombre por sus semejantes. Palabras ciertamente difíciles de comprender a tan corta edad, pero palabras que llegaban prontamente al corazón sin necesidad de entenderlas. El fenómeno era muy sencillo: alrededor del árbol florecido, cien caritas de niños –rostros de niños pobres, alegres por la primera vez– escuchaban, como yo, embelesados, las mismas palabras que sus padres habían oído, en el pasado, de labios de mi abuelo.

Fue entonces cuando supe que mi abuelo había amado a los pobres... Y que los pobres habían aprendido a amarlo, porque él no se acercaba a ellos

Fidel Cano en su oficina, acompañado de su hijo Luis Cano.
Fotografía publicada por primera vez el 27 de abril de 1953.
***El Espectador* / Comunican S. A.**

con la falsa caridad de los orgullosos, sino con la sincera amistad de quien entendía, comprendía y padecía sus mismas miserias y sus mismas angustias.

Esa Nochebuena jugamos juntos en los prados de «Fidelena», y recibieron los niños pobres idénticos regalos a los nuestros. ¡Inolvidable enseñanza de igualdad y de fraternidad humanas!

Así comencé a conocer a mi abuelo... Y fue así como aprendí a llamarlo, con la misma fervorosa y respetuosa admiración de aquellos niños pobres, «don Fidel». Así he seguido llamándolo siempre.

***

Más tarde supe otras cosas de mi abuelo. A los diez años me dijeron que había estado en la cárcel. No una vez, sino muchas veces. Me explicaron que había ido a la cárcel por defender la libertad de sus conciudadanos.

A los diez años –sobre todo cuando esos diez años los cumplía en un país donde entonces se respiraba libertad– resultaba increíble, incomprensible e injusto que un hombre hubiera ido a la cárcel por defender la libertad.

Me dijeron además que mi abuelo había ido a la cárcel por defender las ideas liberales, por defender su periódico, por defender a sus amigos pobres, a sus amigos políticos, a sus amigos liberales. También fue difícil entender, a los diez años, que un hombre pudiera ir a la cárcel porque había defendido unas ideas, un periódico, unos amigos.

En la ingenuidad de mi entendimiento comenzó a alumbrar una pequeña luz. Si mi abuelo no hubiera ido a la cárcel a consecuencia de su lucha por la libertad, por sus ideas, por su periódico y por sus amigos, tal vez yo no estaría gozando de los privilegios de una libertad absoluta, de unas ideas hermosas, de un periódico en desarrollo y de unos amigos leales y magníficos.

La cárcel no era entonces solamente –como lo creía– el local horrible donde pagaban sus crímenes los asesinos y los ladrones. La cárcel podía ser también un medio para alcanzar fines nobles.

Existen, lamentablemente, seres desgraciados que recibieron como herencia de sus abuelos el deshonor de la cárcel. La prisión de mi abuelo, de la que supe a los diez años, fue para mí antes que un motivo de vergüenza, un título de honor...

Más tarde pude comprender mejor –en la crisis de la patria– que cuando se defiende honradamente un principio de justicia, no importan ni el fuego, ni el terror, ni la cárcel.

Y así conocí otra faceta de mi abuelo. La del gran perseguido que puso por encima de la tranquilidad material sus ideas y su espíritu.

***

Fue un conocimiento lento el que tuve de mi abuelo. A los quince años recibí en mis manos una colección de sus editoriales, recortados y pegados en un viejo catálogo de tipos. Fue aquel un contacto conmovedor e inolvidable con su prosa limpia y pura y exacta. A los quince años, como cada vez que tomo en mis manos un pedazo de papel escrito por mi abuelo, sentí más profundamente mi debilidad intelectual.

Algo había, sobre todo, que me impresionaba. En dos cortas columnas de periódico –escritas en un estilo magistral– mi abuelo analizaba cada día un aspecto de la vida colombiana. No se escapó a su inteligencia arista alguna de las actividades ciudadanas, y trataba con la misma propiedad el tema político –que tan bien conocía– como el literario; tan correctamente un problema de límites, como la inconveniencia de la pena de muerte. No se olvidaba jamás de los necesitados, ni de los perseguidos, ni de los humildes, y opinaba también sobre los poderosos, los ricos y los orgullosos.

Luis Cano me dijo alguna vez que leyera los editoriales de don Fidel. He seguido su consejo, pero desgraciadamente creo que no alcancé los propósitos que él perseguía. Luis Cano creyó que podría yo escribir algún día en el periódico. Y quería, sin duda, que escribiera como don Fidel...

Si es cierto que la lectura de aquellos editoriales históricos no me enseñó a escribir bien, en cambio sí me permitió aprender la lección de *El Espectador*, lección de nobleza, de honradez y de valor.

Al poco tiempo de ocupar la dirección del periódico, con la tremenda responsabilidad que me legaban mi abuelo, mi tío y mi padre, fui llamado al despacho del Ministro de Obras Públicas, Jorge Leyva, por ese entonces uno de los hombres fuertes del régimen Gómez-Urdaneta. En presencia del jefe de la censura de prensa, señor De Velasco, Leyva me notificó una serie de órdenes impartidas por él, de obligatorio cumplimiento para *El Espectador*. Aunque comprendí que aquella inadmisible intromisión en la orientación del periódico resultaba inapelable, pues de testigo y ejecutor de la orden estaba el zar de la censura, manifesté terminantemente al ministro Leyva que el periódico no volvería a circular en esas circunstancias y me retiré del despacho. *El Espectador* sufrió durante varias horas la infame presión de Leyva. Su edición nacional fue decomisada por detectives, a las órdenes del ministro, en el aeropuerto de Techo. Censores, bajo el mando de De Velasco, invadieron nuestros talleres. Pero, finalmente, la firme posición del periódico triunfó, y pudo circular sin que las órdenes de Leyva se hubieran cumplido.

En la actitud que asumí ese día estuvo presente mi abuelo, al que no conocí jamás físicamente, pero cuyo espíritu, que tanto conocía, permaneció a mi lado para no dejarme claudicar ante la fuerza y la opresión, una vez más desatadas contra *El Espectador*.

***

En cierta ocasión, en los años negros que vivió la República en un reciente pasado, algún amigo muy querido, a quien los atropellos que contra la prensa se cometían entonces mantenían indignado, me dijo:

–Si estuviera vivo don Fidel, ¡preferiría la cárcel a la ignominia de la censura!

Seguramente que sí. Pero *El Espectador* prefirió el fuego y el saqueo, la destrucción y la suspensión, a la entrega; y padeció altivamente la censura, sin aceptarla jamás.

El Espectador es hoy una gran familia, una reunión de muchas familias; es una empresa que ha crecido sobre los cimientos inconmovibles que le pusieran el heroico sacrificio y el generoso desprendimiento de don Fidel. Aquel hombre no temió ni a la cárcel ni a la pobreza en su conquista de una Colombia mejor y más libre. Se privó a sí mismo y a su familia de la comodidad, de la riqueza y de la tranquilidad. Trabajó con sus hijos y con su esposa en un camino erizado de obstáculos, y cuando lo sorprendió la muerte en 1919, creyó dejar establecidos perdurablemente en Colombia ciertos principios elementales de libertad, y creyó ver en la historia de años de *El Espectador* un presente firme y un porvenir seguro. Sus hijos quedaban en la lucha.

Sin embargo, en unos pocos meses, todo lo que tan difícilmente se había conquistado se perdió. Y la nueva época de la censura de prensa, de la persecución oficial, del atropello incalificable, sorprendió a *El Espectador* con una carga enorme de compromisos aceptados, la cual no podía evadirse –como hubiera ocurrido en el pasado– por la voluntad de una sola familia. Éramos muchas familias dependientes de *El Espectador*. La clausura que en la época de don Fidel significaba cárcel y hambre para él y los suyos, en 1952 lo era para muchos. Todos la habrían aceptado valerosamente –tenemos el ejemplo del 6 de septiembre, cuando la familia de *El Espectador* se reunió para afrontar la catástrofe que manos oficiales habían desatado sobre la empresa–, pero era responsabilidad demasiado grande arrojar a un destino incierto al trabajador y a su familia. Tiempos distintos, dentro de distintas circunstancias.

Pero a pesar de los nuevos tiempos y de las nuevas circunstancias, *El Espectador* salió limpio y puro, como de las manos de don Fidel, de esta otra prueba, ¡que fue de fuego, de destrucción y de injusticia!

⁂

A los diez y ocho años ingresé a trabajar en el periódico. Fue cuando comencé a conocer mejor a mi abuelo. ¿Cómo? No podría explicar concretamente de qué manera. Tal vez porque su retrato –insomne vigilante de todos y de todo– era como una brújula que nos señalaba constantemente la orientación exacta del camino que él recorrió, para hacer de *El Espectador* un periódico que trabajara «en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico».

Tal vez lo conocí mejor en la prolongación de su sangre –que es prolongación de su espíritu–, en la actitud de mi tío y de mi padre, que no importaba en qué circunstancias –en las fáciles y en las difíciles– sabían indicar, sin órdenes, apenas con el ejemplo de sus propios actos, lo que habría hecho don Fidel en la crisis política, en la crisis económica, en la crisis moral.

Tal vez en la actitud de todos los trabajadores de la empresa, viejos muchos de ellos, tan viejos que trabajaron a las órdenes de mi abuelo, que observaban y observan, sin ordenárseles, los principios de honradez profesional que caracterizaron y caracterizan la historia de *El Espectador* desde cuando editó don Fidel el primer número en una vieja casa antioqueña y en una más vieja prensa plana, hace más de sesenta años.

Tal vez porque a *El Espectador* llegan muchas personas, sobre todo los grandes pobres, a hablar de don Fidel. A recordarlo con una frase, en un acto, durante un momento. Si en mi propio hogar no se guardara por su recuerdo una íntima admiración, un profundo respeto y un sincero cariño, habría sido suficiente esa avalancha colectiva de elogios para enseñarme a admirar, a respetar y a querer a mi abuelo. Pero especialmente a conocerlo. A comprender que su obra y sus sacrificios de muchas veces no fueron estériles. Legó a sus descendientes más que una herencia material, que tan frágil resulta en el trascurrir de la vida, el tesoro inalienable de una honra inmaculada y un nombre respetado.

⁂

Se habla hoy de *El Espectador* y de su desarrollo económico y técnico de manera muy elogiosa. En un grande edificio, sobre una de las más importantes avenidas de la capital de la República, trepida ensordecedoramente una rotativa moderna y murmullan su canto de metal los linotipos; infatigables obreros de la tipografía elaboran las páginas mientras en una mesa larga las máquinas de escribir jamás se detienen en su alumbramiento de noticias; ingresa a las cajas el dinero que pagan el anunciador rico y el pobre lector de los barrios apartados; hay una febril actividad de 24 horas. Todo eso en realidad es el tributo que le rinde cada día *El Espectador* a don Fidel.

De la prosperidad de hoy a la estrechez de ayer hay un largo recorrido de padecimientos y de ofensas. Unos y otras para él. Aun después de muerto. Su busto arrojado a la calle sobre los escombros de archivos, colecciones, libros y máquinas, el 6 de septiembre de 1952, lo está demostrando. Mientras nosotros resultábamos personalmente ilesos del monstruoso atentado, él se ofrecía como víctima en efigie a las hordas incendiarias. Si de don Fidel no conociera su noble ejemplo de patriota, su invariable amor por todos los que padecen el sufrimiento sublime de la pobreza, su valerosa resistencia a la tiranía, su irrenunciable fidelidad a la libertad, su inconmovible honradez de periodista, su purísimo estilo de escritor, su irreprochable comportamiento familiar, habría tenido de su vida y de su obra conocimiento cabal y completo al verlo sobre las ruinas de su periódico, con aquel gesto que –a pesar de la frialdad del bronce– nos estaba diciendo cálidamente que como íbamos, íbamos bien, y que allí estaba él para defendernos, para servir de blanco a los ataques injustos, para vigilar por la supervivencia de *El Espectador*.

***

Muchos nietos han tenido la fortuna de recibir el abrazo del abuelo, de gozar de su amor, de disfrutar sus caricias y sus besos y sus mimos, de oírle contar un cuento al borde de la cuna y sobre todo de conocerlo.

Yo no la he tenido. Yo nací años después de que murió mi abuelo. Para mí, el cuento de cuna fue un verso escuchado junto a un árbol cargado de juguetes. El abrazo, el de un viejo anciano menesteroso que quiso ser aquella noche inolvidable mi propio abuelo. El amor, el de quienes fueron amados por él. Las caricias y los besos y los mimos, de quienes heredaron su nobleza. Todo lo que un abuelo da a su nieto, lo recibí yo de tercera mano.

En cambio, su conocimiento espiritual me llegó desde los cinco años, en la alegría de un pobre, y más tarde en la historia de una cárcel, y luego en unos escritos memorables, y finalmente en la historia de un periódico.

De tan grande y fuerte tronco quedan las frágiles ramas agitadas por el huracán de las preocupaciones del mundo moderno. Pero el tronco distribuyó generosamente su savia para que las ramas resistieran la tormenta…

Ya el nieto que no conoció al abuelo en persona lo conoce perfectamente en espíritu.

Dominical

Nota del compilador

«El abuelo que no conocí» fue un texto escrito por Guillermo Cano a raíz del centenario de nacimiento de su abuelo Fidel Cano Gutiérrez, quien fundó *El Espectador* el 22 de marzo de 1887. No lo conoció personalmente, pero sí escuchó muchas veces a su familia hablar de sus memorias y recuerdos. De sus batallas al frente del periódico en los tiempos de la Regeneración de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro, y también de sus largas horas en familia alrededor del árbol florecido de la Nochebuena. Nació en el municipio de San Pedro de los Milagros (Antioquia), a veinticinco kilómetros de Medellín, en una vistosa casa situada a escasa distancia de la plaza principal, y en ese mismo ambiente creció junto a sus tres hermanos, antes de que la familia se asentara en el municipio de Anorí en busca de las vetas de oro.

A ese municipio de bonanza minera llegó también su primo hermano Rodolfo Cano, ocho años mayor, quien debutó en la plaza como maestro en la escuela de niños. Rodolfo Cano y Fidel Cano fueron inicialmente maestro y alumno, y después entrañables amigos, incluso después de 1869, cuando ambas familias retornaron a Medellín en busca de una mejor educación para sus hijos. Fidel Cano estudió en el Colegio de Jesús y en el Colegio del Estado, hoy conocido como la Universidad de Antioquia. Cuando se hizo bachiller, entró a dirigir un colegio en el municipio de Envigado y, en simultáneo, empezó a escribir en el periódico liberal *La Palestra* y en el semanario literario *El Iris*. Algunos de sus contertulios se transformaron después en escritores y poetas.

En 1876, Fidel Cano contrajo matrimonio con Elena Villegas, hija de Luis María Villegas, reconocido jefe conservador de Antioquia. El hogar se instaló en Rionegro, donde él ofició como maestro y visitador de instrucción pública para las escuelas de Oriente y adquirió una imprenta que permitió su primera publicación, el semanario *La Idea*. El tiempo le alcanzó para contar cómo un ejército de cuatro mil hombres entró triunfante a Medellín al mando del general Julián Trujillo y selló la victoria del Gobierno liberal de Aquileo Parra. De Antioquia se hizo cargo el general Tomás Rengifo y se derramó mucha sangre por cuenta de la política. Fidel Cano vivió en paz, educando y ejerciendo el periodismo hasta que fue elegido diputado a la Asamblea de Antioquia y puso en circulación la *Revista Industrial*.

Después probó con *La Consigna*, pero la reelección de Rafael Núñez generó una rebelión liberal en Santander que se regó por Cundinamarca, Boyacá y Tolima, y se transformó en la séptima guerra civil desde la gesta de la Independencia. En agosto de 1885, Rafael Núñez se asomó al balcón del Palacio para anunciar la muerte de la Constitución de Rionegro. A bordo de esta realidad sin retroceso, en los primeros días de 1887, Fidel Cano retornó a Medellín con una decisión tomada. A sus 33 años, en una «destartalada casucha de la calle de El Codo», a cuadra y media del actual parque de Berrío, el 22 de marzo fundó el periódico *El Espectador*, que salió a las calles como impreso «político, literario, noticioso e industrial», con un objetivo claro desde el primer editorial: la defensa de las ideas liberales.

El periódico empezó a circular dos veces a la semana y apenas llegaba al número 30 cuando afrontó el primer cierre por orden oficial. El detonante fue una severa ley de seguridad nacional que Fidel Cano bautizó «La Ley de los caballos» porque, con el pretexto de perseguir a unos degolladores de equinos en Palmira (Valle), se patentó la persecución de los liberales. A la reprimenda del Gobierno se sumó un baculazo del obispo de Medellín, Bernardo Herrera Restrepo, quien declaró pecado mortal «leer, comunicar, transmitir, conservar o de cualquier forma auxiliar a *El Espectador*». El decreto se fijó en todas las diócesis de Antioquia. El periódico volvió hasta 1891 con el número 99, pero dos años después volvió a sentir la censura, y esta vez Fidel Cano pasó dieciocho meses en un penal de Envigado.

Cuando volvió a la libertad, restituyó el periódico y lo mantuvo vigente hasta octubre de 1899, cuando estalló la guerra de los Mil Días. Ese día, montado en una mula enjalmada y disfrazado de arriero, huyó hacia las montañas. Volvió preso a Medellín y pasó en su casa los últimos días del conflicto. Reanudó *El Espectador* en octubre de 1903, en los umbrales del despojo de Panamá, pero meses después volvió a cerrar porque el Gobierno de Rafael Reyes no soportó sus editoriales. Entre 1911 y 1915 estuvo en el Congreso, aunque su prioridad fue el periódico. Volvió a ser voceado en enero de 1913, nueve años después de la mordaza más larga. El destino señaló hacia Bogotá y, en febrero de 1915, empacaron maletas. Al frente de sus deberes, Fidel Cano falleció el 15 de enero de 1919 en Medellín.

> Acabo de cerrar los ojos y de poner en la caja mortuoria el cuerpo de ese grande patricio, digno de desfilar por las páginas de Plutarco, que se llamó Fidel Cano. Mi alma llora la pérdida irreparable que hace la República, pero experimenta una sensación de vigor y consuelo. He asistido al extinguirse de la vida de un hombre honrado, y con eso está dicho todo.

Esas fueron las palabras escritas por el médico y amigo Alfonso Castro, quien, junto a otros colegas, lo acompañó en sus últimos momentos. En septiembre de 2005, la Universidad de Antioquia editó una completa biografía: *Fidel Cano: su vida, su obra y su tiempo*, escrita por su bisnieto Luis Fernando Múnera López.

4-33

30 de mayo de 1958

EL «PERIODISMO SITIADO»

Los lectores colombianos recibieron durante diez años un periódico que no era el periódico que quisimos darles cada día. Aunque parezca increíble, durante esos diez años de censura de prensa, se redactaron diariamente dos periódicos: uno que leían los tres o cuatro censores, otro que aparecía a la luz pública y que iba a las manos de miles de personas.

SI COMO A CIUDADANO ME HA CORRESPONDIDO, POR MANDATO DE LA EDAD, pertenecer a la generación llamada del «estado de sitio», como a periodista me ha tocado formar en las filas de la generación del «periodismo sitiado». Yo comencé a trabajar en *El Espectador* al día siguiente de obtener mi grado de bachiller en el Gimnasio Moderno. Me inicié en el periodismo, en ese entonces libre, como lo hiciera antes mi padre y como lo han hecho mis hermanos, por la base, es decir, aprendiendo la profesión entre el ruido de los linotipos y el olor de la tinta, y escuchando de los mayores una lección cotidiana de dignidad y de responsabilidad. Recorrí las calles como reportero; visité las oficinas públicas en busca de noticias; entrevisté a políticos, a artistas, a gentes de la calle; redacté mucho y me publicaron poco, como suele sucederle a todo periodista que comienza. A los dos años escasos de trabajo en la armada, en la administración y en la redacción, supe por primera vez

Tras la caída de Rojas Pinilla, abre de nuevo *El Espectador*, después de durar poco más de un año cerrado. Don Gabriel Cano es llevado en hombros por la multitud. *El Espectador* / Comunican S. A., 10 de mayo de 1957.

lo que era una censura de prensa, y esa de 1944 fue apenas un remedo de lo que es una censura.

Mi primer choque con el enemigo público número uno del periodismo fue leve. Por esos tiempos escribía pequeñas informaciones sin mayor importancia: movimiento cultural y artístico, reportajes humanos, crónicas callejeras. Ninguno de mis modestos escritos pasó por la censura, tan escasa importancia tenían. Pero porque era un material inofensivo a él apelaba la jefatura de redacción para reemplazar los artículos de fondo, las informaciones políticas, sometidos a la revisión previa de los censores y no siempre aprobados. El material de relleno, en tiempos de la censura, adquiere la categoría de información de primera necesidad.

En 1944 la censura estuvo limitada a las cuestiones meramente relacionadas con el orden público, y por ese motivo el periódico no murió por asfixia, como más tarde habría de suceder.

Después de 1944, tuvimos cuatro años de libertad de expresión, que terminó bruscamente el 9 de abril de 1948. Por esos días se instalaron en nuestras oficinas los censores: ni una línea pasaba a los linotipos sin la previa autorización de los encargados de revisar el material, cuyo lápiz implacable caía sobre los editoriales lo mismo que sobre la pequeña noticia policíaca. Antes, al comenzar, escribía y no se me publicaba porque lo que escribía no era importante o porque no estaba bien redactado.

Ahora escribía y no se me publicaba, porque el censor encontraba en las palabras y en las frases no sé qué ocultas consignas perturbadoras, aun en los más simples relatos de acontecimientos sin trascendencia.

Pero la censura de 1948 fue también breve y transitoria, como la de 1944. Otra vez, tranquilizado el país, después de la sangrienta tormenta de abril, la libertad volvió a los periódicos y se fueron los censores con los trastos de matar pensamientos a ocupar sus puestos burocráticos en la administración pública. No habrían de tardar mucho en regresar a su profesión de verdugos de la inteligencia, y en hacerlo con más conocimiento de causa, con más habilidad, con menos responsabilidad y con extraordinaria severidad.

Recuerdo que en noviembre de 1949 el periódico me envió a Cartagena con la misión de informar sobre los detalles del Concurso Nacional de Belleza. En la noche del 9 de noviembre me encontraba en los salones del Hotel Caribe, cuando se acercó un botones y me entregó un cable urgente que decía, si mal no recuerdo:

«Periódico decomisado en las calles por la autoridad. Implantado el estado de sitio. Urge envíe muchísimo material sobre concurso belleza, será único tema podremos publicar. Saludos. ESPECTADOR».

En ese día comenzó para la prensa de Colombia el calvario que habría de prolongarse por diez años, a través de los cuales sufriría las persecuciones más inauditas y se convertiría en la víctima predilecta de todos los ataques y de todas las infamias de los gobernantes de turno.

Los periodistas cambiaron de estilo. Se comenzó a escribir con frases de doble sentido, que el censor aprobaba un día y suprimía otro, según sus reacciones hepáticas o la de sus superiores, que un día lo reprendían y al siguiente lo felicitaban. Los lectores agudizaron su ingenio e iban a veces más allá de la intención del autor, encontrando significados imposibles a una palabra, a una fotografía, a un titular. Fue un combate de la inteligencia que no se conocerá en todas sus proporciones, porque se desarrolló entre las cuatro paredes de una sala de redacción, entre un ejército de periodistas que no sometían su independencia y una legión de censores empeñados en destruirla, utilizando los primeros la única arma que poseen, su pluma, y los segundos todas las del poder absoluto y las de la fuerza también absoluta. Un día cerraban un periódico. Al siguiente decomisaban la edición en las calles o en los aeropuertos. Al tercero retardaban intencionalmente la impresión del diario. Siempre entorpeciendo la labor mecánica, en un permanente asedio contra la paciencia y la serenidad de los trabajadores.

Los lectores colombianos recibieron durante diez años un periódico que no era el periódico que quisimos darles cada día. Aunque parezca increíble, durante esos diez años de censura de prensa, se redactaron diariamente dos periódicos: uno que leían los tres o cuatro censores, otro que aparecía a la luz pública y que iba a las manos de miles de personas. El periódico bueno, completo, informativo, orientador, se quedó en una mesa, escrito y sin imprimir. El otro, elaborado de emergencia, era muy variado y muy ameno, con muchas anécdotas y poca información, con muchas reinas en vestido de baño y ningún comentario de actualidad. En la batalla por la libertad no se sabe ciertamente qué admirar más, si la consagración y el valor de los periodistas, o la fidelidad y resignación de los lectores. Los primeros no abandonaron un solo día su misión de decir la verdad, o por lo menos de intentar decirla. Y los segundos no dejaron ni a la mañana ni a la tarde de demostrar su solidaridad con la prensa, adquiriéndola a sabiendas de que era nada o casi nada lo que podría decirles. Los periódicos bajo un régimen de censura suelen adquirir un aspecto inconfundible de magazine mal hecho y mal presentado, sin forma y sin fondo.

A pesar de todos los daños sufridos, los periódicos de la generación del periodismo sitiado tenemos, sin embargo, mucho que agradecerle a la censura. Gracias a ella, hoy sabemos mejor que nunca lo que vale la libertad, como instrumento de justicia y como freno a la arbitrariedad. Sabemos cuánto cuesta mantenerla y cuánto la odian los tiranos y los delincuentes. Si por tradición y por sangre hemos estado siempre al servicio de la libertad de expresión, ahora, como víctimas mil veces heridas por la opresión, reafirmamos nuestro propósito incancelable de defenderla, a costa de no importa cuántos sacrificios, y a su servicio, sin limitaciones y sin reservas, estarán mañana, como siempre, las columnas de *El Espectador*, listas para la defensa de los intereses de la patria y de los ideales del partido liberal.

El Espectador

Nota del compilador

El 30 de mayo de 1958, cuando Guillermo Cano escribió «El “periodismo sitiado”», su colega Alberto Lleras Camargo acababa de triunfar en las elecciones presidenciales que iniciaron el modelo político bipartidista del Frente Nacional. Dos días después, el editorial de *El Independiente* sintetizó el significado de esa transición política: «La brigada joven de *El Independiente* devuelve al viejo *El Espectador* las insignias de mando, y el honor y la responsabilidad de dirigir la nueva lucha, esta vez por la consolidación definitiva de la libertad reconquistada». Un momento de euforia tras una década de censura y persecución a la libertad de expresión. La expectativa quedó centrada en que el estado de sitio dejara de ser el escenario de las autoridades para resolver los dilemas de la guerra y la paz.

Al periódico le costó once días en reaparecer después de la jornada de los incendios del 6 de septiembre de 1952. El día 17, Guillermo Cano fue anunciado como director del diario y, al mes de asumir el cargo, un juez de turno se presentó en las oficinas y ordenó cerrar sus puertas para inspeccionar hasta la última cuartilla. El propósito del funcionario era encontrar la transcripción de una de las últimas sesiones de la Comisión de Estudios Constitucionales, señalando al periódico de haberla sustraído de una oficina pública. No fue más que otro pretexto para apretar la mordaza y ocultar la verdad. Nueve meses después se produjo el «golpe de opinión» que llevó a la presidencia a Gustavo Rojas Pinilla y, desde las páginas de *El Espectador*, Guillermo Cano planteó al nuevo mandatario la opción de ejercer el periodismo sin el sistema coercitivo de la censura y el asedio judicial.

El jefe de la Oficina de Información y Propaganda de Estado (ODIPE) Jorge Luis Arango respondió con el anuncio de que la censura de prensa pasaba al Comando General de las Fuerzas Armadas. En su condición de directores de *El Espectador* y *El Tiempo*, Guillermo Cano y Roberto García-Peña lideraron su condición de mediadores y esa gestión permitió la convocatoria de una asamblea de periodistas, que se reunió en Bogotá entre el 29 de octubre y el 4 de noviembre de 1953. Ciento treinta delegados con el mismo reclamo: no más censura. Una comisión integrada por Roberto García-Peña y Abdón Espinosa, por *El Tiempo*, y Guillermo Cano y Eduardo Zalamea Borda, por *El Espectador*, se reunió con el presidente Rojas Pinilla para buscar concertación, pero el gobierno militar decidió convertir el periodismo en su contradictor y la fórmula para contenerlo fue el estado de sitio.

A principios de 1954, a la dirección de *El Espectador* llegó una nueva notificación de la presidencia de prohibir toda información sobre la violencia política. Por esos mismos días, el Ejecutivo anunció la supresión de la Prefectura de Seguridad Nacional, para dar paso al Servicio de Inteligencia Colombiana (SIC). Cada día era más intensa la sensación del «periodismo sitiado», pero nunca faltó el ingenio para contar las verdades ocultas de la confrontación o los negociados del Estado. Después del cierre de *El Tiempo*, en agosto de 1955, era cuestión de semanas para que la confiscación llegara también a *El Espectador*. El 6 de enero de 1956, el periódico cerró sus puertas ante una injusta multa de la Dirección General de Impuestos. Tras cuarenta y cuatro días de silencio, apareció *El Independiente*, que recobró las banderas del periodismo contra los censores y su arsenal de prohibiciones del estado de sitio.

Esa larga década de talanqueras terminó cuando cayó Rojas Pinilla, en mayo de 1957, y el periódico recobró su libertad para revelar las arbitrariedades de la dictadura. Esos excesos impunes demostraron su poder dos semanas después, cuando las oficinas fueron blanco de un ataque con explosivos que rompió los vidrios del edificio, descarriló el ascensor de carga y abrió un enorme hueco junto a la ventanilla de los repartidores. El aviso de *El Espectador*, ubicado sobre la puerta principal de la avenida Jiménez, se desplomó y sus enormes letras quedaron desparramadas por el suelo como un visible testimonio de agresión. No se resignaron los partidarios de Rojas Pinilla en renunciar al poder y, en la antesala de las elecciones presidenciales de 1958, fracasaron en una intentona golpista. A la victoria en las urnas de Alberto Lleras Camargo se sumó el regreso de la libertad de expresión.

Cuando Guillermo Cano escribió «El "periodismo sitiado"», lejos estaba de imaginar lo que vendría después: ninguno de los presidentes entre Alberto Lleras Camargo y César Gaviria soltó la manija del estado de sitio. Hasta 1991, todos los Gobiernos aprobaron medidas que no pudieron evitar la multiplicación de la insurgencia ni el ascenso del paramilitarismo. Desde la tesis del enemigo interno y la doctrina de la Seguridad Nacional, la Justicia Penal Militar cobró protagonismo para juzgar civiles en cortes marciales. En los Gobiernos de Julio César Turbay, Virgilio Barco y César Gaviria se agregaron severos estatutos penales restrictivos de las libertades públicas. Quizás por esos antecedentes, el día en que se sancionó la Constitución de 1991, el titular de la primera página resumió el significado que seguramente también le habría dado Guillermo Cano: «Cesó el estado de sitio».

Fundador: FIDEL CANO (Medellín), 1887.
LUIS CANO (Bogotá), 1915.
Directores: GABRIEL CANO - GUILLERMO CANO.
Subdirector: DARIO BAUTISTA.
Jefes de Redacción: GUILLERMO LANAO - ENRIQUE ALVARADO.
Gerente General: LUIS GABRIEL CANO. Gerente de Circulación:
ALFONSO CANO. Gerente de Publicidad: FIDEL CANO.

Afiliado a la Oficina de Circulación Certificada (OCC)

Distribución Aérea Vía AVIANCA

Tarifa Postal Reducida — Licencia Nº 1. Administración Postal Nacional.

EL ESPECTADOR

DIARIO DE LA MAÑANA

Año LXXXII

Nº 22.405

EL ESPECTADOR trabajará en bien de la Pa
con criterio liberal, y en bien de los princi
liberales con criterio patriótico. - FIDEL CA

24 PAGINAS - 3 SECCIONES - 80 CENTAV

Bogotá, D. E. Lunes 21 de Julio de 1

LUNA! LUNA! LUNA!

A LAS 9.56 p.m. ARMSTRONG PISO LUNA

Por AL ROSSITER JR.

CENTRO ESPACIAL DE HOUSTON, julio 21 —lunes—. (UPI). Los astronautas Neil Armstrong y Edwin Aldrin coronaron hoy lunes con rotundo éxito la más audaz empresa espacial jamás intentada por el hombre, permaneciendo dos horas y diez minutos en la superficie de la Luna en un "gigantesco salto" hacia la conquista del universo.

Armstrong, un ingeniero civil de 38 años, fue el primer hombre en posar sus pies en la faz del satélite natural de la Tierra a las 9.56.20 (hora de Colombia), y regresó al interior de su módulo lunar a las 12.09.32 a.m., tras su portentosa hazaña.

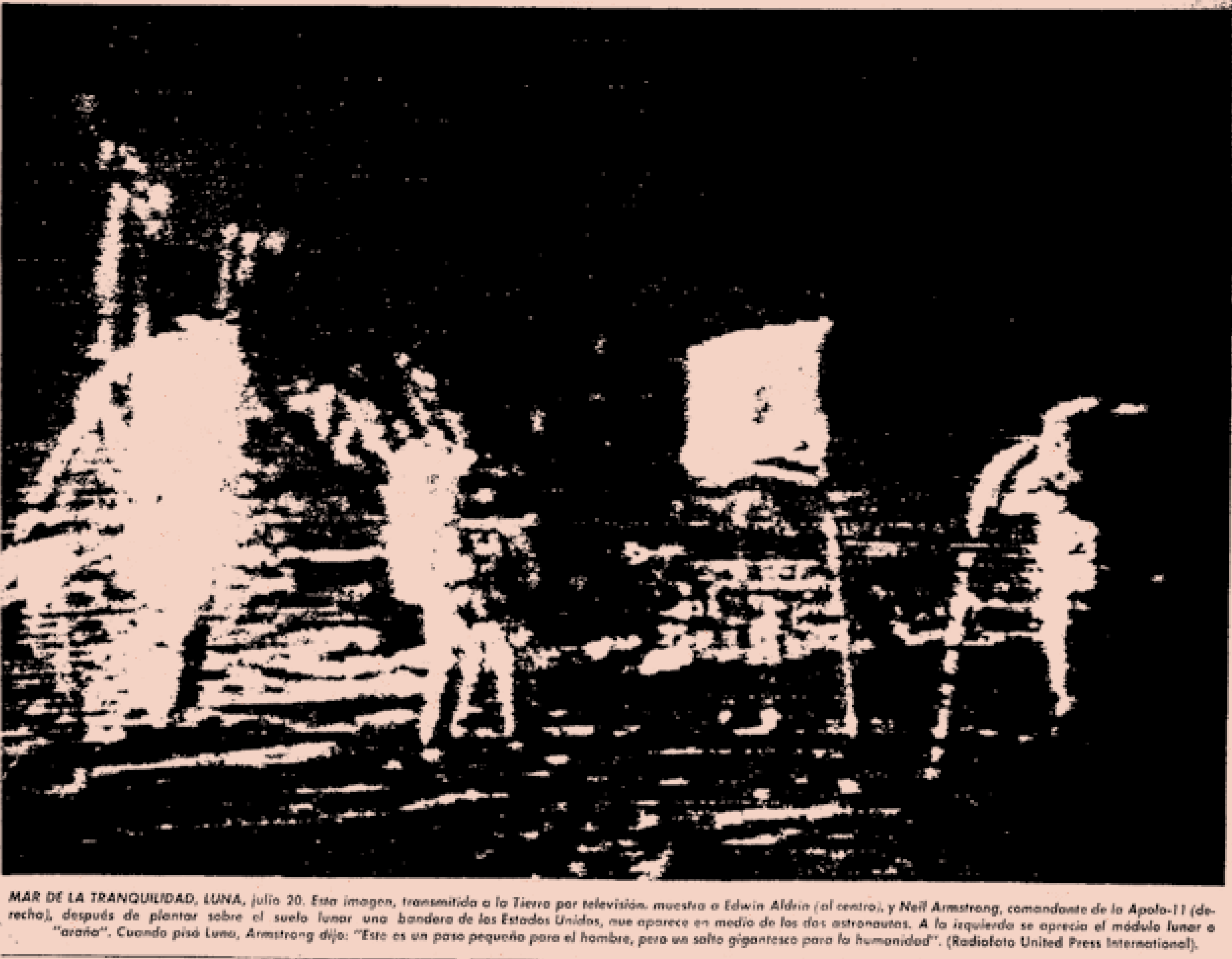
Aldrin lo había precedido en la marcha ascendente por la escala de aluminio hacia el módulo y tan pronto como el comandante de la expedición traspuso la escotilla, esta fue cerrada y comenzó a aumentarse la presión interna de la cabina para que los exploradores lunares pudieran quitarse los pesados uniformes espaciales que les habían permitido vivir en el hostil y prohibido ambiente del satélite durante aproximadamente 130 minutos.

Durante ese período, los dos hombres que se proclamaron representantes de toda la humanidad amante de la paz, caminaron y trabajaron casi sin interrupción, mientras millones de personas seguían sus movimientos, merced a una transmisión de televisión "en vivo".

Ambos "saltaron como canguros" para demostrar las maravillas de que son capaces los músculos humanos en la superficie del satélite, cuya gravedad es apenas un sexto de la terrestre; realizaron experimentos científicos, recogieron muestras del terreno lunar e izaron una bandera de los Estados Unidos y hablaron por teléfono con el presidente de su país, Richard M. Nixon, quien los aplaudió por haber compartido con todos los pueblos de la Tierra un "momento sin parangón".

Armstrong y Aldrin llegaron a la superficie lunar a bordo del vehículo de alunizaje "Aguila" a las 4.17.45 p.m. (20.17,45 GMT) del domingo, después de haber completado todas las maniobras de acceso a la meta con la misma perfección con que desarrollaron su impecable vuelo desde la Tierra.

"UN PASO PEQUEÑO PARA EL HOMBRE PERO UN SALTO GIGANTESCO PARA LA HUMANIDAD"



MAR DE LA TRANQUILIDAD, LUNA, julio 20. Esta imagen, transmitida a la Tierra por televisión, muestra a Edwin Aldrin (al centro), y Neil Armstrong, comandante de la Apolo-11 (derecho), después de plantar sobre el suelo lunar una bandera de los Estados Unidos, que aparece en medio de los dos astronautas. A la izquierda se aprecia el módulo lunar o "araña". Cuando pisó Luna, Armstrong dijo: "Este es un paso pequeño para el hombre, pero un salto gigantesco para la humanidad". (Radiofoto United Press International).

Lleras Instaló el Congreso

Anunció Vigoroso Impulso a la Transformación

[illegible]

5 Muertos al Desplomarse una Plaza de Toros Ayer en Buga

[illegible]

Diario de la Independencia : Patriotas Entran a Duitama

LA DÉCADA DE LOS 60

PAÑUELOS BLANCOS EN LA MONUMENTAL 99 - VIAJAR ES UN PLACER... 105

LA DÉCADA DE LOS AÑOS SESENTA LLEGÓ A COLOMBIA A BORDO DEL GObierno liberal de Alberto Lleras Camargo. Como jefe del liberalismo y director de *El Independiente*, fue líder de la resistencia contra el régimen, pero en calidad de presidente de la República constató pronto que la violencia no cesaría con la llegada del Frente Nacional. Tras el triunfo de la Revolución cubana, la insurgencia armada echó raíces en el país y el giro hacia la confrontación fue inevitable. En el plano internacional, John F. Kennedy ganó la presidencia de Estados Unidos y su programa Alianza para el Progreso, de concepción anticomunista, tuvo su plataforma de lanzamiento en Colombia. Por eso visitó Bogotá en diciembre de 1961, con el preámbulo de ruptura de las relaciones con el Gobierno de Fidel Castro en Cuba.

En las entrañas de *El Espectador* se puso en marcha una serie sobre los municipios olvidados del país y una campaña de alfabetización con arraigo en los territorios. En los planes de Guillermo Cano y el periódico se creó la gala del Deportista del Año, en 1961, para premiar a los mejores, y el primer elegido fue el ciclista Rubén Darío Gómez, el Tigrillo de Pereira.

El Espectador no ahorró fórmulas para que el país creciera bajo el cuatrienio Lleras Camargo. En cambio, marcó distancia con el Gobierno de Guillermo León Valencia. Entre los señalamientos del senador Álvaro Gómez Hurtado contra las «repúblicas independientes», a partir de 1964, las Fuerzas Armadas emprendieron una ruidosa operación militar en el sur del Tolima que derivó en la creación de las FARC. En enero de 1965 se sumó a la lucha armada el ELN.

El país entró en alarma ante la multiplicación de los secuestros y, aprovechando el atajo que les ofrecía el estado de sitio, surgió para las autoridades la opción de las autodefensas, patentadas estas a través del Decreto 3398 de 1965. La guerra de Vietnam y la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos le dieron al momento un contexto de transformación global, cuya dinámica afrontó el periódico desde su sede renovada sobre la avenida 68, al occidente de Bogotá. *El Vespertino*, en formato tabloide, fue creado para complementar en las tardes el ritmo incesante de las noticias en Bogotá, mientras *El Espectador* se consolidaba como diario matinal. En el gobierno liberal de Carlos Lleras Restrepo, a partir de 1966, *El Espectador* volvió a adoptar un tono frentenacionalista y de apoyo al Ejecutivo, aunque sin renunciar a su independencia crítica.

La columna vertebral del cuatrienio Lleras Restrepo fueron las reformas económicas, pero la resistencia a esas modificaciones y la disputa con las organizaciones sociales, los estudiantes universitarios y la insurgencia crearon una atmósfera de intenso debate social. La vinculación de sacerdotes a la lucha armada en medio del auge de la teología de la liberación, con el capítulo aparte del cura Camilo Torres en el ELN, marcó la época. La aparición de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, iluminó el universo literario de América, mientras que la guerra en Medio Oriente, la revolución de los estudiantes en mayo de 1968 en París, la invasión rusa en Checoslovaquia y la masacre en Tlatelolco (México), a diez días de los Juegos Olímpicos, cerraron una década palpitante.

A la misma hora en que los colombianos asistían por televisión al descenso de dos astronautas norteamericanos a la superficie lunar, estalló en el Congreso una pelea que acaparó los titulares de la prensa, la radio y la televisión: el *match* político entre el senador Ignacio Vives Echeverría y el entonces ministro de Agricultura Enrique Peñalosa Camargo, por irregularidades en la aplicación de la reforma agraria. Una ruidosa pelea que se transformó en el preámbulo de la disputa presidencial de 1970. Una elección en la que *El Espectador* se la jugó por el candidato oficialista Misael Pastrana, quien ganó unas elecciones que quedaron signadas por la sombra de un fraude. Los comicios del 19 de abril de 1970 terminaron en estado de sitio, toque de queda y la Vuelta a Colombia en bicicleta, con triunfo del primer novato.

"LOS BEATLES", el famoso conjunto británico de música moderna que actualmente se encuentra en Madrid en donde ha sido honrado permitiendo que sus nombres figuren al lado de los de Napoleón y el Duque de Wellington, en el museo de la Asociación de Productores de Jerez.

8 de julio de 1965

PAÑUELOS BLANCOS EN LA MONUMENTAL

Pero ¿qué actualidad pueden tener unos pañuelos blancos en la Plaza Monumental de Madrid? Pues la tienen: Los pañuelos blancos saludaban en una noche cálida a cuatro jóvenes ingleses de extrañas-atractivas figuras: Los cuatro Caballeros de la Orden del Mérito inglés: Los Beatles.

HEMOS PUESTO A GIRAR LA RULETA DEL MUNDO, PARA QUE NOS SEÑALARA por dónde comenzar a recordar esta vuelta –cuarenta días y cuarenta noches– de Bogotá a Bogotá pasando por San Francisco, Honolulú, Tokio, Kioto, Nara, Taipéi, Quemoy, Hong Kong, Bangkok, Teherán, Atenas, Roma, Barcelona, Madrid. Extrañamente se detuvo en Madrid. La última escala.

¿Por qué razón? Por actualidad, posiblemente. No por importancia, porque sucesos mundiales más trascendentales que unos pañuelos blancos flameando en una plaza de toros los vimos, los presentimos, los conocimos y tratamos de compenetrarnos con ellos.

***

Pero ¿qué actualidad pueden tener unos pañuelos blancos en la Plaza Monumental de Madrid? Pues la tienen: Los pañuelos blancos saludaban en una noche cálida a cuatro jóvenes ingleses de extrañas-atractivas figuras: Los cuatro Caballeros de la Orden del Mérito inglés: Los Beatles.

Los Beatles en Madrid. *El Espectador* / Comunican S. A., 3 de julio de 1965.

Una tarde, solo 24 horas antes, otros pañuelos blancos ondeaban en la Plaza Monumental de Madrid, pidiendo para Diego Puerta dos orejas en premio a un valor insospechable. Dos clases de fanatismos encerrados dentro de un mismo coliseo, dos públicos enceguecidos por dos pasiones diferentes. Y alrededor de los ídolos –tan diferentes también– discusiones universalizadas.

De si la «beatlemanía» es una enfermedad contagiosa durante la pubertad y adolescencia; de si es una prueba de decadencia del mundo occidental; de si atravesamos una era de infantilismo; de si se trata o no de un fenómeno sociológico importante o apenas de una explosión intrascendente de histerismo pasajero; de si la reina Isabel ha ofendido gravemente el honor británico y de si es despreciable o no lucir una condecoración antes reservada a los muy escogidos cuando ahora la llevan en sus pechos estos desmelenados del «ritmo de Liverpool».

De si el toreo es una fiesta bárbara, sangrienta y ofensiva a los sentimientos humanos; de si el Papa aceptará o no el ofrecimiento que le ha hecho «El Cordobés» –«beatle» del toreo–, de lidiar seis toros en Roma gratuitamente a beneficio de las misiones; de si Diego Puerta –millonario a costa de cornadas– es un producto esquizofrénico de la «nueva ola» taurina; de si el toreo va en decadencia, porque las plazas solo se llenan al embrujo de un nombre mientras en otras plazas los mejores y más puros toreros solo encienden las pasiones de los entendidos y de los iniciados.

⁂

Nosotros vimos a los Beatles en la Plaza Monumental de Madrid. Éramos parte de las doce mil personas, desde ancianos hasta niños, pero con una indiscutible mayoría de adolescentes entre los catorce y los veintiún años, fuertemente custodiados por más de mil policías bien armados –los temibles «grises» del generalísimo Franco–, encargados de impedir que se repitieran en los alrededores de la plaza los episodios casi sangrientos del salón «Prince», cuando los «gamberros» se trenzaron a palo y piedra con los guardias, en una explosión de «beatlemanía» a larga distancia.

En las barreras y en los tendidos, niñas de senos improbables y jóvenes alemanas de senos indiscutibles establecieron durante cuarenta y cinco minutos un corto circuito impresionante entre la batería de Ringo y las tres guitarras de Paul, John y George, y un público que aun sin quererlo participó de un extraño exorcismo.

Algunos fueron a la plaza «a ver qué es eso de los Beatles», otros con la intención de comprender a sus hijos y a sus hijas, y de penetrar en ese nuevo mundo en que vive la adolescencia, algunos con el decidido propósito de comprobar que «aquello» era una estafa.

Al concluir el espectáculo, los únicos que no bailaban eran los «grises». Estaban demasiado ocupados torciéndoles el brazo a los más exaltados o estableciendo una muralla de bolillos entre los fanáticos y los cuatro endebles Caballeros de la Orden del Mérito inglés que abandonaban el circo como los toreros en una tarde de gloria entre pañuelos blancos y ovaciones...

Porque dígase lo que se diga, los Beatles son cosa seria. Demasiado seria. Por algo constituyen para el declinante Imperio británico una de sus principales fuentes de divisas hoy en día.

Por 45 minutos de su música habrían cobrado 2.500.000 pesetas, que en dólares limpios significan algo más de 40.000 dólares.

***

Dos días después, Su Santidad el Papa Paulo VI amonestaba a la juventud y condenaba a los jóvenes que «gritan y patalean cuando oyen cantar a los ídolos del momento». Nosotros habíamos presenciado esa «agitación mimética y frenética ante espectáculos tontos» de que hablara Paulo VI, en la capital de un Estado eminentemente católico y policíaco, sin que la admonición de los pastores ni el temor a los «grises» pudieran controlar las explosiones de histeria de miles de jovencitos «embeatleizados», que no solo con gritos sino con pañuelos blancos pedían para Ringo y su cuadrilla las dos orejas y la vuelta al ruedo.

***

Hablar de los Beatles, cuando se acaba de rozar el Vietnam, o cuando se regresa al «caldero colombiano» en permanente ebullición, parece un anacronismo y casi una tontería. Posiblemente lo es. Pero ya hablaremos del Vietnam y de la bomba china y de la fortaleza de Quemoy y de la reforma agraria de Formosa y de una geografía de la pobreza y de la guerra... Este es un abrebocas, un entremés, una divagación sobre un tema de actualidad que inclusive preocupa hoy a Su Santidad Paulo VI...

«A vuelo de jet»

Nota del compilador

El 3 de julio de 1965, Guillermo Cano fue uno de los espectadores del concierto que dieron Los Beatles en la ciudad de Barcelona. El día anterior, los artistas estuvieron en la plaza de toros de Las Ventas en Madrid y sucedió lo que parecía imposible en una España regentada por el dictador Francisco Franco: la designación de los «cuatro melenudos» como miembros de la Orden del Imperio Británico por parte de la reina Isabel II y un dinero importante del cantante internacional Rafael permitieron que Francisco Bermúdez cumpliera los compromisos y fueran posibles dos presentaciones en España en la gira de diez conciertos por las capitales de Europa. A la medida del generalísimo Franco, pero la beatlemanía fue posible y Guillermo Cano anotó convencido: «Los Beatles son cosa seria».

A punto de presentar su quinto álbum, *Help*, Los Beatles ya marcaban una época. En Estados Unidos vendían millones de copias y Europa deliraba con los cuatro jóvenes de Liverpool (Inglaterra) que revolucionaron la música y afianzaron los movimientos de contracultura de los años sesenta que cambiaron el mundo. La historia cuenta que primero se encontraron John Lennon y Paul McCartney, y con otros músicos se llamaron The Quarrymen. En noviembre de 1961 los vio el promotor de discos Brian Epstein y surgió el primer sencillo «Love me do», que mostró el camino del éxito. El guitarrista George Harrison estuvo desde que era un menor de edad y el último en llegar fue el baterista Ringo Starr. El encuentro de los cuatro Beatles hizo posible una leyenda que se sigue escuchando.

En busca de sus raíces quedaron vivencias en los clubes de Liverpool y, a la hora de su identidad de grupo, la suya surgió del juego de palabras de homenaje a una generación de ruptura. Al modificar una e por a, los *beetles* –equivalente a Los Escarabajos– se convirtió en Los Beatles, exaltación al movimiento *beat* surgido en los años cincuenta como una corriente artística e intelectual de rechazo a la Guerra Fría, la segregación racial, la desigualdad social y la confrontación en Corea. También la génesis del movimiento *hippie* y de la poesía de Jack Kerouac y Allen Ginsberg, una visión cultural que supieron ensamblar en su propuesta los cuatro maravillosos de Liverpool. En enero de 1963, cuando salió a la venta su primer álbum *Please Please Me*, la beatlemanía se extendió por el planeta.

La mayoría de los temas de sus trece álbumes y veintidós sencillos fueron composiciones de John Lennon y Paul McCartney, aunque George Harrison aportó recordados éxitos. Con variaciones, John Lennon fue guitarrista rítmico, Paul McCartney estuvo en el bajo y George Harrison en el talento rítmico y el virtuosismo solista. Guillermo Cano fue una de las doce mil personas que los vieron en España y también a los «temibles “grises”» de Franco

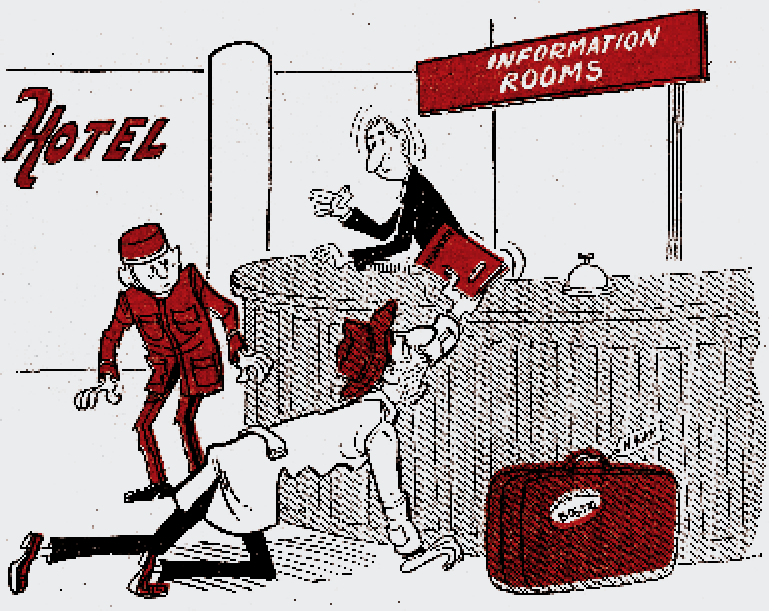
> [...] ocupados torciéndoles el brazo a los más exaltados o estableciendo una muralla de bolillos entre los fanáticos y los cuatro endebles Caballeros de la Orden del Mérito inglés que abandonaban el circo como los toreros en una tarde de gloria entre pañuelos blancos y ovaciones...

Cuarenta y cinco minutos de música histórica y extraordinaria por dos millones y medio de pesetas.

En Plena Era del Jet

Viajar es un Placer...

Por
GUILLERMO CANO
Para MAGAZINE DOMINICAL



Bogotá es todavía una de las pocas ciudades con algo más de un millón de habitantes de la cual se puede salir del centro o de los barrios residenciales hacia el aeropuerto internacional sin mayores [illegible] dificultades.

Sin embargo, veamos el tiempo que un viajero [illegible] B. que necesita salir de su casa, viajar al aeropuerto, cumplir los [illegible] y llegar por fin a su asiento en un avión jet.

De la casa al aeropuerto, a velocidad regular y con la suerte de que no se les haya ocurrido a los estudiantes de la Universidad Nacional organizar una de sus pedreas, problema que ocurre por [illegible]: 25 minutos.

Chequeo de equipajes, granja, pasaportes, certificados médicos, impuestos al turismo y al uso del aeropuerto, etc.: 30 minutos.

Período de salida —sala inquisitoria— en el segundo piso de Eldorado, donde diligentes pero recargados funcionarios revisan todos los papeles: 15 minutos.

Paso al avión jet con anticipación suficiente: 15 minutos.

Demora dentro del jet en espera de que todo el pasaje se acomode, [illegible] que la torre de control autorice el uso de la pista, carreteo hasta la zona de despegue, etc., entre 15 y 20 minutos.

Total de tiempo invertido, aproximadamente una hora con cincuenta minutos.

* * *

El jet despega por fin. Se cumple un tiempo de vuelo prodigiosamente corto, entre Bogotá y Nueva York de cinco horas.

Todo ocurre dentro del itinerario fijado. Los cálculos de los pilotos y de los ingenieros de vuelo, el buen viento de cola, la increíble potencia de las turbinas, todo hace que, en efecto, entre Bogotá y Nueva York se queden cinco horas y a veces menos.

Pero al entrar en la zona de Nueva York ocurre el fenómeno moderno de la congestión de espacio, al cual se han [illegible] todos los problemas de la congestión de tránsito terrestre.

—Lamentamos informar a nuestros pasajeros que debido al intenso tráfico, sólo podremos descender en el aeropuerto de Kennedy dentro de 60 minutos. Rogamos a los pasajeros ponerse cómodos, pueden fumar y se les atenderá con bebidas...

Es la voz de la azafata tranquilizando a los intranquilos que han [illegible] el itinerario de vuelo.

A los 30 minutos otra vez la voz de la azafata:

—Señores pasajeros: hemos obtenido ya nuestra orden de descenso, lo cual demorará todavía 30 minutos más. Pueden seguir fumando y cómodos a sus órdenes para atender sus pedidos de bebidas.

Al cabo de 30 minutos es el capitán piloto el que habla:

—Señores pasajeros: [illegible] y abróchense sus cinturones. Vamos a entrar en el período de descenso de los 35.000 pies hasta los 10.000, donde deberemos esperar otros quince minutos para que nos llegue el turno de aterrizar.

Pasan los quince minutos, el avión desciende en círculos y delante de él se ven dos, tres, cuatro aparatos que avanzan también hacia la pista. Aterrizan uno detrás de otro, mientras algunos se elevan. Es algo impresionante.

Por fin, en tierra. De pista de despegue en Bogotá a los cielos de Nueva York, los tres contaron cinco horas exactas. La pregunta, [illegible]. Entre el cielo de Nueva York y la pista del Aeropuerto Kennedy: ¡una hora y treinta minutos...!

* * *

El avión se detiene en su plataforma. Los pasajeros descienden. Comienzan a caminar por largos, interminables corredores hacia la primera etapa de los trámites de inmigración: 15 minutos.

Chequeo de la vacuna: 15 minutos con suerte en la "cola".

Chequeo de los pasaportes: 5 minutos con la misma suerte.

Chequeo de los equipajes en la aduana: 20 minutos si se tiene [illegible] de suerte en la cola.

Total: 55 minutos.

* * *

Búsqueda de taxi o "limousine": 10 minutos.

Viaje, a velocidades inquietantes que hacen temerle más al taxi que al jet, entre el Aeropuerto Kennedy y el hotel en Manhattan: 45 minutos.

Descenso del equipaje, pago del taxista, registro en el hotel —siempre con [illegible]—: 20 minutos.

¡El cuarto, por fin, del hotel...!

* * *

Tenemos, pues, que el vuelo, en la era maravillosa de las comunicaciones por el espacio a bordo de poderosos aviones jet, entre Bogotá y Nueva York, es de cinco horas o menos.

Pero en realidad el pasajero ha invertido entre su casa de Bogotá y el cuarto del hotel en Nueva York: ¡DIEZ HORAS! Cinco en vuelo efectivo y cinco en transportes terrestres, trámites aduaneros y operación aérea de descenso. Algo increíble, que demuestra sin embargo cómo la conquista de la velocidad espacial se ve contrarrestada por la saturación de tráfico aéreo y la tremenda congestión de los aeropuertos, las autopistas, los sistemas de emigración e inmigración, los registros hoteleros y demás consecuencias de un viaje en la era moderna.

Estos cálculos, lo más aproximados posible, pero que sólo difieren en la buena o mala suerte de un pasajero, prueba que hay ocasiones en que todas las demoras se disminuyen en favor del viajero, se pueden aplicar hoy para cualquiera de los vuelos intercontinentales.

Ya en un artículo magistral Art Buchwald nos relató lo que será un viaje en uno de los gigantescos aviones supersónicos que se están fabricando. El vuelo Nueva York-París en este tipo de avión será de aproximadamente tres horas. Pero el pasajero invertirá, por los problemas de traslado de la ciudad a los aeropuertos y luego por la congestión de tráfico sobre las pistas de descenso, cerca de cinco o de siete horas.

Lo que estamos ganando en tiempo al viajar por el aire lo estamos perdiendo en el mismo aire y en la tierra.

El problema de las compañías aéreas está, pues, ahora en la manera como puedan ofrecerle al pasajero las menores demoras posibles. Pero como no se ve de qué manera se va a disminuir el tráfico sobre Nueva York ni se le puede [illegible] por ahora, para las empresas aéreas el asunto está tomando serios perfiles.

Por ejemplo: se ha calculado en un vuelo a Nueva York, directo desde Bogotá, servir un aperitivo y una cena, o un almuerzo al pasajero. Todo iría bien si el avión descendiera al cabo de las cinco horas. Las azafatas corren para atender a los 108 pasajeros o más, servirles aperitivo, pasabocas y almuerzo. Luego los licores y el "pousse-café" en una tan breve sucesión de tiempo.

Pero resulta que al llegar a Nueva York el avión no desciende. Debe volar 30, 45, 60 minutos esperando turno. Y los pasajeros comienzan a pedir nuevamente bebida, cuando todo está ya "empacado".

Y hay que ver a las pobres azafatas empacando y desempacando copas, whisky, café, jugos, bebidas refrescantes en la cambiante hora del descenso.

Y este problema se repite cuando el avión llega a París, o a Londres, o a Hamburgo.

¡Es la congestión aérea en pleno desarrollo!

* * *

El otro aspecto de los vuelos en esta época [illegible] es el de los servicios de los aeropuertos. En algunos se ha solucionado la larga caminata a que se somete al pasajero que desciende o sube a un avión mediante servicios de buses del edificio hasta el avión, y en otros más modernos, se ha logrado que el avión llegue hasta la propia edificación del aeropuerto a la cual se conecta como [illegible]. Pero, a pesar de todo, hay aeropuertos que obligan al pasajero a recorrer [illegible] de metros por pasillos y escaleras hasta lograr salir del aeródromo.

Estos problemas, que se agudizan a medida que crece —formidablemente— el transporte aéreo, [illegible] reformas urbanísticas, aeroportuarias y técnicas en todas partes del mundo. Lo que se creyó ayer que era lo más moderno, lo más avanzado y lo más amplio, es hoy anticuado, incómodo y estrecho. En nuestro aeropuerto de Eldorado, que es una moderna construcción comparable con Orly, Kennedy, Londres, etcétera, se tienen el problema en ciertos días [illegible] a la misma hora varios vuelos internacionales.

El despacho de equipajes es lento, a pesar de que el personal humano quiere ayudar y trabaja duro. El chequeo de pasaportes es lento y estrecho también, a pesar de la excelente buena voluntad de nuestros funcionarios.

Eldorado se nos está quedando chiquito y en [illegible] 1968 con todos sus grandes problemas de congestión: ¡Todo un Congreso Eucarístico Internacional con Papa en persona!...

* * *

El fenómeno de la supervelocidad en las comunicaciones —más los nuevos retardos creados por el crecimiento [illegible] del transporte aéreo de pasajeros— ha creado, por otra parte, nuevas costumbres, nuevos estilos de turismo. Para bien o para mal.

Antes se viajaba lentamente entre un país y otro. Y el viajero conocía detenidamente cada ciudad [illegible] de su oficio. Hoy no. Hoy se procura cenar en [illegible] una ciudad, al siguiente en otra, por la noche en una tercera y a la madrugada en la cuarta.

Esto ha creado una clase turística que regresa a su hogar muy ufana:

...¡He estado en Nueva York, Francfort, Munich, Berlín, Hamburgo, Colonia,

(Continúa en la página 12, Col. [illegible])

4 de diciembre de 1966

VIAJAR ES UN PLACER...

Antes se viajaba lentamente entre un país y otro. Y el viajero escogía detenidamente cuál ciudad habría de ser la sede de su odisea. Hoy no. Hoy se procura estar un día en una ciudad, al siguiente en otra, por la noche en una tercera y a la madrugada en la cuarta.

BOGOTÁ ES TODAVÍA UNA DE LAS POCAS CIUDADES CON ALGO MÁS DE UN millón de habitantes de la cual se puede salir del centro o de los barrios residenciales hacia el aeropuerto internacional sin mayores dificultades. Sin embargo, veamos el tiempo que un viajero hacia Europa invierte en salir de su casa, viajar al aeropuerto, tramitar la emigración y llegar por fin a su asiento de un avión jet:

De la casa al aeropuerto, a velocidad regular y con la suerte de que no se les haya ocurrido a los estudiantes de la Universidad Nacional organizar una de sus pedreas –problema que parece por fortuna desaparecido–, 35 minutos.

Chequeo de equipajes, pasajes, pasaportes, certificados médicos, impuestos al turismo y al uso del aeropuerto, etc., 30 minutos.

Permiso de salida –cola larguísima– en el segundo piso de El Dorado, donde diligentes pero recargados funcionarios revisan todos los papeles, 15 minutos.

Paso al avión jet con anticipación suficiente, 15 minutos.

Guillermo Cano narra la travesía que debe vivir un viajero colombiano para llegar a su destino en Nueva York.
***El Espectador* / Comunican S. A., 4 de diciembre de 1966.**

Demora dentro del jet en espera de que todo el pasaje se encuentre ubicado, que la torre de control utilice el uso de la pista, carreteo hasta la zona de despegue, etc., entre 15 y 30 minutos.

Total de tiempo invertido, aproximadamente una hora con cincuenta minutos.

El jet despega por fin. Se anuncia un tiempo de vuelo, prodigiosamente corto, entre Bogotá y Nueva York, de cinco horas.

Todo ocurre dentro del itinerario fijado. Los cálculos de los pilotos y de los ingenieros de vuelo, el buen viento de cola, la increíble potencia de las turbinas, todo hace que, en efecto, entre Bogotá y Nueva York se gasten cinco horas y a veces menos.

Pero al entrar en la zona de Nueva York ocurre el fenómeno moderno de la congestión del espacio, al cual se han trasladado todos los problemas de la congestión de tránsito terrestre.

–Lamentamos informar a nuestros pasajeros que debido al intenso tráfico solo podremos descender en el aeropuerto de Kennedy dentro de 30 minutos. Rogamos a los pasajeros ponerse cómodos, pueden fumar y se les atenderá con bebidas...

Es la voz de la azafata tranquilizando a los intranquilos que han seguido reloj en mano el itinerario de vuelo.

A los 30 minutos otra vez la voz de la azafata:

–Señores pasajeros: hemos obtenido nuestra orden de descenso, la cual demorará todavía 30 minutos más. Pueden seguir fumando y estamos a sus órdenes para atender sus pedidos de bebidas.

Al cabo de 30 minutos es el capitán-piloto el que habla:

–Señores pasajeros: rogamos ahora sí no fumar y abrocharse sus cinturones. Vamos a entrar en el período de descenso de los 20.000 pies hasta los 10.000, donde deberemos esperar otros quince minutos para que nos llegue el turno de aterrizar.

Pasan los quince minutos, el avión desciende en círculos, y delante de él se ven dos, tres, cuatro aparatos que avanzan también hacia la pista. Aterrizan uno detrás de otro, mientras algunos se elevan. Es algo impresionante.

Por fin en tierra. De pista de despegue en Bogotá a los cielos de Nueva York, hemos gastado cinco horas exactas. Lo proyectado, lo anunciado. Entre el cielo de Nueva York y la pista del aeropuerto Kennedy, ¡una hora y treinta minutos...!

El avión se detiene en su plataforma. Los pasajeros descienden. Comienzan a caminar por largos, interminables corredores hasta la nueva etapa de los trámites de inmigración: 15 minutos.

Chequeo de la vacuna: 15 minutos, con suerte en la «cola». Chequeo de los pasaportes: 5 minutos, con la misma suerte. Chequeo de los equipajes en la aduana: 30 minutos si cogemos puesto de suerte en la cola. Total: 55 minutos.

Búsqueda de taxi o limousine: 10 minutos.

Viaje, a velocidades inquietantes que hacen temer más al taxi que al jet, entre el aeropuerto Kennedy y el hotel de Manhattan: 45 minutos.

Descenso del equipaje, pago del taxista, registro en el hotel –siempre con largas colas–: 20 minutos.

¡El cuarto, por fin, del hotel...!

Tenemos, pues, que el vuelo, en la era maravillosa de las comunicaciones por el espacio a bordo de poderosos aviones jet, entre Bogotá y Nueva York, es de cinco horas o menos.

Pero en realidad el pasajero ha invertido entre su casa de Bogotá y el cuarto de hotel en Nueva York ¡DIEZ HORAS! Cinco de vuelo efectivo y cinco en transportes terrestres, trámites aduaneros y operación aérea de descenso. Algo increíble, que demuestra, sin embargo, cómo la conquista de la velocidad espacial se ve contrarrestada por la explosión del tráfico aéreo y la tremenda congestión de los aeropuertos, las autopistas, los sistemas de emigración e inmigración, los registros hoteleros y demás consecuencias de un viaje en la era moderna.

Estos cálculos, lo más aproximados posible, pero que solo difieren en la buena o mala suerte de un pasajero, puesto que hay ocasiones en que todas las demoras se disminuyen en favor del viajero, se pueden aplicar hoy para cualquiera de los vuelos intercontinentales.

Ya en un artículo magistral Art Buchwald nos relató lo que será un viaje en uno de los gigantescos aviones supersónicos que se están fabricando. El vuelo Nueva York-París en este tipo de avión será de aproximadamente tres horas. Pero el pasajero invertirá, por los problemas de traslado de la ciudad a los aeropuertos y luego por la congestión de tráfico sobre las pistas de descenso, cerca de cinco o de siete horas.

Lo que estamos ganando en tiempo al viajar por el aire lo estamos perdiendo en el mismo aire y en la tierra.

El problema de las compañías aéreas está, pues, ahora, en la manera como puedan ofrecerle al pasajero las menores demoras posibles. Pero como no se ve de qué manera se va a disminuir el tráfico sobre Nueva York ni se le pueda agilizar por ahora, para las empresas aéreas el asunto está tomando otros perfiles.

Por ejemplo: Se ha calculado en un vuelo a Nueva York, directo desde Bogotá, servir un aperitivo y una cena o un almuerzo al pasajero. Todo iría bien si el avión descendiera al cabo de las cinco horas: Las cabineras corren para atender a los 108 pasajeros o más, servirles aperitivo, pasabocas y almuerzo, luego las frutas y el *pousse-café* en una tan breve ración de tiempo.

Pero resulta que al llegar a Nueva York el avión no desciende. Debe volar 30, 45, 60 minutos esperando turno. Y los pasajeros comienzan a pedir cosas: comida, bebida, cuando todo está ya «chequeado».

Y hay que ver a las pobres azafatas empacando y desempacando *cognac*, *whisky*, café, jugos, bebidas refrescantes en la cambiante hora del descenso.

Y este problema se repite cuando el avión llega a París, o a Londres o a Hamburgo.

¡Es la congestión aérea en pleno desarrollo!

El otro aspecto de los vuelos en esta época maravillosa es el de los servicios de los aeropuertos. En algunos se ha solucionado la larga caminata a la que se somete al pasajero que desciende o sube a un avión mediante servicios de buses del edificio hasta el avión, y en otros más modernos aún, se ha logrado que el avión llegue hasta la propia edificación del aeropuerto, a la cual se pega como chanchito a la chancha... Pero, a pesar de todo, hoy se somete al pasajero a recorrer centenares de metros por pasillos y salones hasta lograr salir del aeródromo.

Estos problemas, que se agudizan a medida que crece –formidablemente– el transporte aéreo, han de imponer serias reformas urbanísticas, arquitectónicas y técnicas en todas partes del mundo. Lo que se creyó ayer que era lo más moderno, lo más cómodo y lo más amplio, es hoy anticuado, incómodo y estrecho. En nuestro aeropuerto El Dorado, que es una modesta construcción comparada con Orly, Kennedy, Londres, etc., ya tenemos el problema en ciertos días cuando coinciden a la misma hora varios vuelos internacionales.

El despacho de equipajes es caótico, a pesar de que el personal quiere ayudar y trabaja duro. El chequeo de pasaportes es lento y estrecho también, a pesar de la excelente buena voluntad de nuestros funcionarios.

–El Dorado se nos está quedando chiquito y ya llega 1968 con todos sus grandes problemas de congestión: ¡Todo un Congreso Eucarístico Internacional, con Papa *ad portas*!...

El fenómeno de la supervelocidad en las comunicaciones –aun con los nuevos retardos creados por el crecimiento descomunal del transporte aéreo de pasajeros– ha creado, por otra parte, nuevas costumbres, nuevos estilos de turismo. Para bien o para mal.

Antes se viajaba lentamente entre un país y otro. Y el viajero escogía detenidamente cuál ciudad habría de ser la sede de su odisea. Hoy no. Hoy se procura estar un día en una ciudad, al siguiente en otra, por la noche en una tercera y a la madrugada en la cuarta.

Esto ha creado una clase turística que regresa a su hogar muy ufana:

–He visto a Nueva York, Fráncfort, Múnich, Berlín, Hamburgo, Colonia, Bonn, Dusseldorf, París, Londres, Madrid, Barcelona ¡y pueblos vecinos!...

Pero ¿en realidad las ha visitado? No. Ha pasado por ellas sin romperlas y ni mancharlas. Ha estado allí. Pero ha gastado horas y horas en los trámites a que nos referíamos en un principio, y en el tiempo sobrante ha tratado de visitar todas las «pinacotecas» del lugar, los paseos, las avenidas, los barrios góticos, las exposiciones de pintura contemporánea y antigua, los mejores restaurantes, las cervecerías, las cavas, las discotecas, las tascas, los *pubs* e inclusive los parlamentos.

Todo lo ve como en un cinematógrafo...

Y con unos pies fatigados, una mente cansada por falta de sueño y un organismo afectado por los cambios de comidas, de bebidas y sobre todo de agua –cada ciudad tiene su agua–, lo que modifica todos los ciclos fisiológicos, creando un increíble y doloroso ciclo de estreñimientos y soltura...

Este turismo nuevo, de velocidades supersónicas, ha multiplicado –cosa curiosa– las ventas de callicidas...

Las farmacias y droguerías de las grandes capitales europeas tienen ahora sus vitrinas totalmente destinadas a exhibir productos que garantizan la desaparición de callos en minutos, ungüentos para descansar los pies, pomadas para hinchazones de los extremos y fórmulas mágicas para garantizar marchas a pie de ocho, diez y doce horas sin sentir cansancio...

Y mucho nos tememos que los hoteleros europeos se hayan negado a ofrecer a los turistas los beneficios de la ducha, sencillamente porque el baño de tina es una milagrosa curación para la fatiga del turista del siglo XX... Aunque sigo creyendo que la ducha es el único sistema de baño que garantiza la absoluta higiene y limpieza del cuerpo, cosa de la que no son, por lo general, muy amantes nuestros amigos europeos...

El turismo del siglo XX –segunda mitad– permite identificar, en cualquier parte del mundo, quién es turista y quién no lo es. Nada más sencillo. En los aeropuertos, por ejemplo, cuando usted ve a una señora o a un señor que lleva en ambas manos maletas que pesan una enormidad, que parecen a punto de perder los brazos, puede estar seguro de que es un turista «ocultando» equipaje para no pagar exceso de peso en los aviones...

Cuando usted ve a una persona que se quita los zapatos en un parque, frente a un monumento, en un museo, puede estar seguro de que es un turista que lleva caminando, sin parar, cinco horas...

En las droguerías y farmacias, como antes lo anotábamos, usted descubrirá al turista por el mayor número de medicamentos para descansar el cuerpo y curar los callos que adquiera el cliente...

Y en los museos... ¡Ah!... En los museos... Persona que mira cuadros a velocidades supersónicas, que pasa de sala en sala, que solo se detiene breves instantes frente a la Mona Lisa, o a la versión de Guernica, por Picasso, o ante un Rembrandt, será un turista que regresará a su casa y buscará a sus amistades para decirles:

–Vi el Louvre... Y la Mona Lisa..., ¡vaya una sonrisa!... Y a Picasso que, aunque no lo entiendo, ¡me deja maravillado...! Vi el Prado... ¡Y vi la gran pinacoteca de Múnich!...

Sí, la vio. ¿Pero en verdad, la vio...?

En cuanto a la vida nocturna y las aventuras amorosas con que suelen matizar sus relatos turísticos los viajeros de hoy, hay tanta mentira y tanta fantasía a la que se sienten obligados los fatigados conocedores de ciudades en unas horas, que resulta hasta risible... Porque la verdad es que en los *cabarets*, en los lugares *non sanctos*, todo aquel a quien se le cierran los ojos porque no puede tenerlos abiertos –tal es su cansancio–, es el turista que paga fortunas para poder decir a su regreso:

–Estuve en *strip-tease*, y vi unas «viejas» del otro mundo... Las vio entre sueños, pero nada más.

Es que ahora viajar se ha vuelto una complicada, terrible carrera contra las manecillas de los relojes que cambian su posición, convirtiendo días en noches, o a la inversa; recortando horas de sueño y horarios de comidas, a tal extremo que el cuerpo se desconoce y pide angustiosamente la cama del hogar, la comida casera, el agua pura y se resiste ante la muelle comodidad de los hoteles, los platos supercondimentados y el buen vino del Mosela, del Rhin o de Valdepeñas...

Viajar es un placer... ¡Pero qué raro placer en que lo estamos convirtiendo!

Magazine Dominical

Nota del compilador

A sus veintiséis años, en la primavera de 1951, Guillermo Cano viajó por primera vez a Europa. Lo hizo en compañía de su amigo Hernando Santos Castillo, Helena Calderón, esposa de este, y el cronista taurino del periódico Jorge Forero Vélez, Ro-Zeta. En París se sumó al periplo Jaime Cortés, otro gomoso de la tauromaquia. Desde su primera escala en las islas Bermudas solo escucharon hablar en inglés, y él escribió el texto «El español, lengua muerta», para testificar que en las islas Azores (Portugal), Lisboa (Portugal), Roma (Italia) o París (Francia), el idioma perdió frente al expansionismo yanqui. En ese viaje asistió a las ferias de Sevilla, en Andalucía, y de San Isidro, en Madrid, y fue en consecuencia una experiencia española entre gente de toros hasta atreverse a la lidia de una becerra pequeñita en un tentadero.

Dos meses de ventana al mundo también a través de la escritura. De esa gira por Europa surgieron una veintena de crónicas con sus memorias de reincidente viajero: «París de día y París de noche», «La tragedia del baño», «Grandeza y miseria de España», «Una explosión en Gibraltar», «Sueño y realidad de Marruecos», «Guía de lo que no debe hacer el turista», «Huelgas en serie en España» y «Au revoir a París», con el recuento de las maravillas de cada ciudad y su situación política. Eduardo Zalamea Borda escribió que esos textos serían exitosos y le permitirían volver a extasiarse con «el esmaltado cielo de Cataluña frente al mar de olas altas». Ana María Busquets, quien ya le quitaba el sueño al cronista, recibió cartas a diario en las que constató que, además de escribir sobre cuestiones serias, a Guillermo Cano también le sobraban las palabras para declarar su amor.

Como lo vaticinó Zalamea Borda, antes de lo pensado volvió a Europa en luna de miel con Ana María Busquets. Él viajó con una bronconeumonía en declive que tuvo su dosis de penicilina en Barranquilla. La primera estación fue Nueva York, con los encantos y misterios de la Quinta Avenida, y después fue la travesía a París, donde compraron un vehículo Citroën en el que continuaron el viaje. El destino central fue España, donde ella fue copiloto y guía turística en el recorrido por Barcelona, Valencia, Granada, Sevilla, Madrid y San Sebastián. El retorno fue por Nueva York, con estadía en Cuernavaca (México), y, después de dos meses, el 13 de junio de 1953, el viaje de regreso con escala técnica en Panamá y una buena historia por contar en el periplo final: tres presidentes en pocas horas, que motivaron su texto «Impresiones de un viajero al llegar a Colombia».

Al margen de estos paseos a Europa, el inventario viajero de Guillermo Cano no fue muy profuso. A pesar de que el periódico nació en Antioquia y buena parte de las familias Cano e Isaza se quedaron en Medellín, poco a poco se impuso el desarraigo y, por iniciativa de Gabriel Cano, el primer destino recurrente fue Villaluz, una finca en el veraniego municipio de Villeta (Cundinamarca), en la que los hermanos Luis Gabriel, Guillermo, Alfonso y Fidel reinaron en el universo de la adolescencia. Tras el asesinato del perro guardián, por consejo del amigo pediatra Darío Gutiérrez Laserna, el destino de las vacaciones familiares se trasladó a una casa de campo en la vereda Quebradagrande, del municipio de San Antonio del Tequendama (Cundinamarca), un terreno de tres fanegadas enmarcado entre ceibas y tulipanes que no podía tener otro nombre: Fidelena.

Desde entonces, ese fue el destino favorito de Guillermo Cano: el sitio del encuentro familiar para compensar los días difíciles, con la vendimia de la vida desdoblada en los hogares; el ritual del Nissan azul de la casa con cupo lleno y parada obligatoria en El Triángulo a desayunar con chicharrón antes de la llegada; el segundo hogar en tierra caliente, multiplicado por las alegrías de los hijos y los sobrinos, que no opacó la búsqueda de rumbos como el mar Caribe, al hotel de Pradomar, entre Puerto Colombia y Barranquilla, o al Irotama, en Santa Marta, la ruta predilecta; en los desplazamientos hasta la bahía de Taganga, los recorridos por Arrecifes o el asomo a la desembocadura de los ríos limpios de la Sierra Nevada, además de sus hijos y algunos amigos, con el compañero que fue siempre su consejero náutico, Francisco Ospina Navia, más conocido como el Capi.

Santa Marta y su Sierra Nevada no dejaron de ser para él y su familia el paraíso esperado para despedir el año. Sin embargo, las gratitudes del periodismo que nunca faltan y no se niegan también le permitieron viajar a destinos impensados, desde los cuales demostró sus cualidades de cronista viajero. En «Las ciudades satélite», en 1960, compartió sus experiencias de viajero en Londres; en «Pañuelos blancos de la Monumental», en 1965, constató «la cosa seria» de Los Beatles, y en «Este Japón increíble» conoció Tokio y sus encantos de ciudad que describió como «inmensa, fabulosa, impresionante, aterradora». El 4 de diciembre de 1966, en su crónica «Viajar es un placer», resumió el significado de ser turista, a pesar de las carreras contra las manecillas de los relojes o el recorte de las horas de sueño, con la satisfacción de conocer con los pies fatigados.

En la mayoría de esos viajes su compañera fue Ana María Busquets, quien constató entre mundos desconocidos cómo el paisaje ajeno activó la vocación de Guillermo Cano por la escritura. Los servicios en los aeropuertos, la velocidad de las comunicaciones, las vitrinas de las farmacias, las manías de los turistas en los museos, nada se quedó por fuera del ojo avizor de un periodista que mantuvo en los viajes el corazón abierto a las interminables seducciones del mundo. En cobertura de periodista deportivo, a Múnich (Alemania) viajó para ser testigo de cómo el terrorismo acabó con la honorabilidad del deporte y en Madrid (España), a constatar cómo en el fútbol no siempre ganan los mejores. En cada territorio visitado o conocido de Colombia o el resto del mundo, siempre quedó una memoria, un recuerdo o un amigo.

Fundador: FIDEL CANO (Medellín) 1887
LUIS CANO (Bogotá) 1915
Directores: GABRIEL CANO - GUILLERMO CANO
[illegible]
Afiliado a la Oficina de Circulación Certificada (OCC)
[illegible]

EL ESPECTADOR

AÑO LXXXVI
DIARIO DE LA MAÑANA
No. 23.687
Bogotá, Miércoles 12 de Septiembre de 1973
16 PAGINAS-3 SECCIONES-$ 1.50

EL ESPECTADOR *trabajará en bien de la Patria con criterio liberal, y en bien de los principios liberales con criterio patriótico.* - FIDEL CANO.

TRAGICA MUERTE DE ALLENDE

DERROCADO POR JUNTA MILITAR

BOMBARDEOS EN SANTIAGO

El presidente chileno Salvador Allende pereció ayer en un golpe militar que lo derrocó del poder poco antes de cumplir 3 años de su gobierno.

El Palacio de La Moneda, sede del gobierno, fue violentamente bombardeado cuando aún se encontraba en el interior el presidente Allende.

Un intenso tiroteo fue reportado por periodistas de Santiago en la zona cercana al palacio presidencial.

El nuevo gobierno chileno quedó integrado por el comandante el jefe de la marina, Almirante José Toribio Merino Castro, quien fue elegido presidente de la junta militar, el jefe del ejército, Augusto Pinochet Ugarte, el comandante en jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh Guzmán y el comandante de Carabineros, César Mendoza Frank.

Las autoridades habían dispuesto anoche implantar el toque de queda en toda la ciudad, que era patrullada por fuerzas militares, mientras se anunciaba la realización de marchas de obreros y campesinos de varias provincias de Chile que amenazaban sumir al país en una [illegible].

(Véanse las Páginas 6-A, 5-A y 7-A)

Un policía monta guardia con un lanza-gases en la Avenida Alameda de Santiago de Chile, durante los desarrollos del cruento golpe militar que destituyó ayer al presidente Salvador Allende. (Radiofoto UPI).

"SE SUICIDO DE UN TIRO"

SANTIAGO (Chile), septiembre 11. (UPI). Periodistas chilenos a quienes se permitió esta noche acceso al Palacio Presidencial de la Moneda afirmaron que el presidente Salvador Allende se suicidó disparándose un tiro de fusil en la boca.

Los periodistas pertenecen al diario "El Mercurio" y fueron los únicos a quienes las autoridades militares permitieron ingresar al palacio presidencial luego que cesara desde el mismo la resistencia de los defensores de Allende, al cabo de varias horas de encarnizado bombardeo aéreo y cañoneo de tanques.

Otras Versiones

Otras versiones sin confirmar, especulaban sobre la posibilidad de que el presidente Allende hubiese perecido como consecuencia del bombardeo a que fue sometido el Palacio Presidencial de la Moneda.

También se indicó que el secretario de prensa y amigo personal de Allende se había suicidado junto con el presidente.

A las 8 de noche (hora de Colombia), densas columnas de humo se levantaban del palacio de La Moneda y los bomberos eran alertados para que acudieran a combatir el fuego.

SALVADOR ALLENDE cuando visitó a Bogotá, como presidente de Chile, en 1971.

Reacciones en Colombia

Minutos de Silencio Ayer en el Congreso

Por CARLOS MURCIA

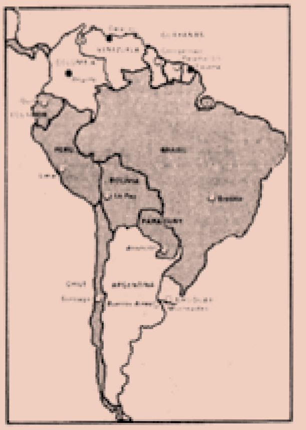
Diversas reacciones produjo en Colombia el golpe militar y la muerte trágica del presidente socialista Salvador Allende. El Gobierno guardó absoluto silencio frente a los hechos pero ordenó que se establecieran especiales medidas de seguridad en todo el territorio nacional ante posibles disturbios. Destacamentos de tropa comenzaron a realizar un intenso patrullaje acompañado de requisas a vehículos y personas.

El presidente de la República, Misael Pastrana Borrero, sostuvo una conferencia con los altos mandos, pero un vocero de la Casa de Bolívar dijo que no creía que se pudiera producir un pronunciamiento oficial antes de 24 horas.

En los medios gubernamentales y políticos, como entre el pueblo en general, se advertía un sentimiento de pesar y de preocupación por el funesto desenlace que tuvieron los acontecimientos chilenos.

Los dirigentes de los distintos grupos liberales, conservadores y de oposición comentaron los hechos y coincidieron en señalar que "éste ha sido un

(Continúa en la Pág. 7-A, Col. 4ª)



La Nueva América del Sur

En este mapa de la América del Sur aparecen demarcadas las cuatro formas de Gobierno que rigen al continente en estos momentos. En rojo, aparecen los países gobernados por militares. Con rayas, los gobiernos civiles, pero que están volviendo a tener gobierno militar: Argentina por intermedio de Perón, quien ya fue dictador de su país y Uruguay, donde el presidente civil, con ayuda del Ejército, dio un golpe y cerró el Congreso. En gris, están las Guayanas Holandesa e Inglesa, que aún dependen de ultramar, en blanco, los países que son gobernados democráticamente.

Testimonio de un Periodista *6 Horas de Terror*

El autor del siguiente artículo ejerce funciones gerenciales de UPI en Chile, y fue uno de los testigos directos de los acontecimientos ocurridos en torno al palacio presidencial de La Moneda, desde las oficinas de la United Press International (UPI), situadas a muy corta distancia de la casa de gobierno.

Por STEVE YOLEN

SANTIAGO, septiembre 11 (UPI). Acabo de pasar las seis horas más largas de mi vida. Hubo momentos en que pensé que serían las últimas.

Estoy dictando este despacho bajo un escritorio, yaciendo sobre mi estómago.

La oficina ha sido prácticamente destruida por los impactos de por lo menos 400 balas de todos los calibres.

En un punto las balas eran tantas, que la oficina estaba llena de polvo y pedazos de mampostería, que no podíamos ver de un lado al otro de la redacción.

Eso, sin embargo, no fue nada comparado con los 15 minutos de bombardeo del palacio presidencial, que está a poco más de una cuadra de nuestras oficinas. Los aviones de combate de la fuerza aérea pasaban justo encima de nosotros y dejaban caer sus bombas. Yo conté hasta 20 bombas de alto poder explosivo. Todos rogamos por que los aviones no cometieran errores, debido a que nosotros estábamos en el último piso.

Cada vez que uno de nosotros se atrevía a echar una mirada al exterior, los soldados le disparaban.

El edificio se estremeció repetidamente con explosiones provocadas por el fuego de tanques, directamente debajo de nosotros.

El piso de las oficinas está ahora cubierto de vidrios rotos, pedazos de cemento y centenares de casquillos de balas.

Nuestro receptor de radiofotos fue blanco directo de un disparo y todas las ventanas de la oficina quedaron destrozadas.

Milagrosamente, ninguno de nosotros resultó herido, aunque hay perforaciones de balas por todas partes.

El tiroteo de los soldados en la calle parecía el fin del mundo. Nosotros no podíamos hacer nada, excepto yacer sobre nuestro estómago y rezar que los proyectiles no nos alcanzaran.

Mujeres que Protestaron contra Allende

Esta fue una de las últimas demostraciones durante la semana pasada contra el gobierno de Allende, cuando una marcha de mujeres esposas de camioneros pidió al presidente chileno renunciar del cargo. La manifestación fue disuelta por la policía presentándose algunos incidentes. (Radiofoto UPI).

"De Aquí Solo Me Sacarán Muerto"

Vida y Tragedia del Médico-Político

SANTIAGO (Chile), septiembre 11. (UPI). "Desde este momento consagro mi vida a la lucha social", prometió el joven estudiante de medicina ante la tumba de su padre, 41 años atrás.

El doctor Salvador Allende, quien en 1970 se convirtió en el presidente marxista de Chile, había obtenido ese día de 1932 una hora de permiso para abandonar la prisión a fin de asistir al funeral de su padre.

Allende había sido arrestado en conexión con desórdenes estudiantiles cometidos por un grupo que posteriormente fundaría el Partido Socialista, doctrinariamente un partido marxista.

Allende nació en el puerto de Valparaíso en 1908, vástago de una distinguida familia chilena.

Su Familia

Su padre, llamado también Salvador, fue un abogado que representó a Chile en un litigio fronterizo con Perú, el cual terminó con un plebiscito en la zona en disputa. Miembro de la alta clase media, su padre fue dirigente del Partido Radical.

El abuelo de Allende, don Ramón Allende Padín, había sido un senador radical. Su bisabuelo, el doctor Vicente Allende, había sido el segundo

(Continúa en la Pág. 7-A, Col. 1ª)

Congeladas Cuentas Bancarias en Chile

SANTIAGO (Chile), septiembre 11. (UPI). La junta militar de gobierno dispuso esta tarde la congelación de todas las cuentas bancarias tanto oficiales como particulares.

La junta, según informó la radio controlada por las fuerzas armadas, ordenó que todas las instituciones bancarias debían abstenerse de efectuar pagos y advirtió que la violación de esa norma sería castigada con penas de prisión y multas que podrían llegar a 5 veces las sumas involucradas.

Parcial el Paro de los Maestros

Parcialmente se cumplió ayer en el país el paro ordenado por las organizaciones sindicales del magisterio para exigir el reajuste de salarios.

En Bogotá se produjeron leves enfrentamientos entre maestros opositores y partidarios del paro, pero fueron rápidamente conjurados por la fuerza pública.

La situación en el país fue ayer la siguiente:

En Quindío, 1.800 maestros asistieron normalmente a clases, y el movimiento fracasó. En Santander del Norte, la mayoría asistió a clases, pero no fueron dictadas a los alumnos. En Huila, pararon los profesores del INEM. En Córdoba hubo paro casi total, pero se ignora el

Restablecida Venta de Leche

Por JAIME SOTOMAYOR

Para poder reanudar el diálogo con el Gobierno y "buscar fórmulas de arreglo que eviten en cuanto sea posible los perjuicios al consumidor", la Asociación Nacional de Productores Lácteos, ANALAC, dispuso ayer, mediante un comunicado que fue firmado por el gerente encargado, Manuel Gómez Rueda, "la suspensión de la retención de la leche a partir del miércoles 12 de septiembre, a fin de estudiar la justa remuneración del producto y las demás soluciones dentro del diálogo recientemente propuesto por el señor ministro de Agricultura, doctor Hernán Vallejo Mejía".

En esta forma, a partir de las primeras horas de la madrugada de hoy se reanudarán las ventas en los hatos y a través de vehículos especiales para los consumidores, por cuanto según aclaró el doctor Hernando Garzón, miembro de la directiva de ANALAC, "no hay aún ningún acuerdo con los procesadores sobre el precio a como deberán pagar la leche en los hatos".

Solo el 50 por Ciento

Sobre el suministro de leche ayer en Bogotá, Raúl Vásquez Vélez, de la Asociación de Procesadores de leche grado "A", dijo que de acuerdo con los informes que se tenían de

(Continúa en la Pág. 6-A, Col. 4ª)

PASTAS
DORIA
En la celebración de sus

Corchera Colombiana S.A.
Tapón Corona de Colombia S.A.
Tienen el gusto de informar que

Precio del café US$ 0.73
Precio del dólar $ 23.96
SHARP CALCULADORAS ELECTRONICAS
Bogotá Tels. 421859 - 429373
Medellín Tels. 363266 - 426908

Textos publicados entre 1970-1979

LA DÉCADA DE LOS 70

MEMORIAL SIN AGRAVIOS 119 - **LOS JUEGOS NO SON JUEGOS** 125 - **LOS JUEGOS YA NO SON JUEGOS** 129 - **MA: LUZ Y GUÍA. [DE LA VIDA Y DE LA MUERTE...]** 133 - **RECUERDOS MUY PERSONALES** 137

LAS ELECCIONES DEL 19 DE ABRIL DE 1970 MARCARON UNA ÉPOCA DE DIficultades para el Gobierno que fue declarado ganador. Las guerrillas encontraron un argumento más para su acción armada y la administración de Misael Pastrana fue llevada a un clima permanente de disturbios y protestas. La alternativa volvió a ser la misma de sus antecesores: el estado de sitio, esta vez justificado por los enfrentamientos con los estudiantes de la Universidad del Valle, la Universidad Industrial de Santander, la Universidad de Barranquilla, la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional. Al ministro de Educación Luis Carlos Galán le quemaron su vehículo oficial y tuvo que refugiarse en la rectoría de la Universidad Nacional. El Gobierno Pastrana cargó con el peso histórico del Frente Nacional y, a pesar de su vitrina en los Juegos Panamericanos de Cali de 1971, nada de cuanto pasó dejó de contarse.

Aquella fue una época fecunda en héroes deportivos como Martín Emilio «Cochise» Rodríguez; Antonio Cervantes, o Kid Pambelé; Rodrigo Valdez, y los medallistas olímpicos Helmut Bellingrodt, Clemente Rojas y Alfonso Pérez. Pero también fue un tiempo de definiciones, como la firma del Pacto de Chicoral, que dio marcha atrás a los planes de reforma agraria, o la adopción del sistema de Unidad de Poder Adquisitivo Constante (UPAC), que impuso el crédito hipotecario. Dilemas económicos mientras el narcotráfico amplió su incidencia a todos los frentes limpios y sucios del país, y la guerra contra las guerrillas derivó en una larga batalla contra el ELN en el Magdalena Medio, a través de la operación Anorí, una insípida victoria militar porque el presidente Alfonso López Michelsen creyó en anuncios de paz de guerrilleros en retirada, detuvo el cerco y casó pelea con los militares.

El asunto terminó en un ruido de sables y no demoró el estado de sitio de la era López Michelsen. Además de las FARC, el ELN y el EPL, en 1974 apareció el M-19, y la acción urbana a través del secuestro, la extorsión y el asalto bancario se perfeccionó como una industria. Desde la clandestinidad, la fórmula del poder para enfrentar el dominio insurgente fueron los grupos de autodefensa y, en esa disyuntiva, el narcotráfico encontró acomodo entre los unos y los otros. En las grandes urbes, el ocaso de la era López Michelsen en la deliberación pública tomó forma a través de una cadena de escándalos revelados por el periodismo en modo de unidades investigativas y una protesta popular interpretada como una revancha: le cobraron a López Michelsen la alta votación que tuvo sobre las promesas de un mandato claro. Nunca se supo cuántos manifestantes murieron durante el paro cívico del 14 de septiembre de 1977.

En ese escenario de exigencia de mano dura, la presidencia de Colombia fue para Julio César Turbay, quien al mes de gobierno, elevó el estado de sitio a la categoría de Estatuto de Seguridad. No se conformó con un cúmulo de decretos, sino que expidió un severo régimen penal con amplias facultades a las Fuerzas Armadas y juzgamiento de civiles en tribunales castrenses. No muy distinto a la cotidianidad en varios países de América Latina, donde gobernaban las dictaduras militares patrocinadas desde Estados Unidos. La acción del Estatuto de Seguridad provocó una crisis nacional por el uso de las torturas en los procedimientos de las capturas y los allanamientos judiciales, mientras el M-19, a través de publicitadas acciones como el robo de armas en el Cantón Norte de Usaquén, agregó un ambiente de discusión pública permanente en torno a la guerra y la paz en Colombia.

En 1979, por insistencia de su padre, Guillermo Cano empezó a firmar su columna de opinión «Libreta de apuntes». A partir de entonces, sus escritos mostraron desde el implacable detractor del Estatuto de Seguridad hasta el crítico sin tregua del accionar insurgente y su saña contra la población civil no combatiente. El 14 de septiembre de 1979, los Gobiernos de Colombia y Estados Unidos firmaron un tratado de extradición que se convirtió en el detonante de una guerra. Esa decisión provocó un intenso debate político que puso a los narcotraficantes en la arena electoral. Fue notorio que los Gobiernos no querían iniciar una guerra directa, pero la fuerza de los hechos precipitó la colisión. Ese disimulo respecto al narcotráfico determinó dos lesivas negaciones: las dimensiones del paramilitarismo y el fenómeno de la narcoguerrilla más allá de los cobros a la cocaína.

Fundadores: FIDEL CANO (Medellín), 1887. LUIS CANO (Bogotá), 1913.
Directores: GABRIEL CANO - GUILLERMO CANO.
Subdirector: DARIO BAUTISTA.
Jefes de Redacción: GUILLERMO LANAO - ENRIQUE ALVARADO.
Gerente General: LUIS GABRIEL CANO. Gerente de Circulación:
ALFONSO CANO. Gerente de Publicidad: FIDEL CANO.

Afiliado a la Oficina de Circulación Certificada (OCC)
Transporte aéreo vía AVIANCA
Tarifa Postal Reducida - Licencia Nº 1 Administración Postal Nacional

EL ESPECTADOR

Año LXXXIII DIARIO DE LA MAÑANA Nº 22.476

EL ESPECTADOR trabajará en bien de la Patria con criterio liberal, y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. - FIDEL CANO

20 PAGINAS - 3 SECCIONES - $ 1.oo
Bogotá, D. E. Viernes 24 de Abril de 1970

"Voto-Finish": Pastrana 1.612.467; Rojas 1.546.449

99% del Escrutinio Da Ventaja de 66.018

Mayoría de 66.018 votos alcanzó ayer el doctor Misael Pastrana Borrero sobre Gustavo Rojas Pinilla, faltando aún seis lugares del país, informó la Registraduría Nacional del Estado Civil. Ha sido escrutado un 99 por ciento.

Hugo Leviani, asesor de Métodos y Sistemas de la Registraduría, manifestó que se está trabajando activamente en los cómputos de la elección de congresistas, diputados y concejales. Ayer se terminaba de elaborar el primer boletín sobre los resultados.

En el día de hoy se entregará otro comunicado, aunque se estima que [illegible] para los escrutinios de presidente y corporaciones públicas, será difícil que se llegue a un informe del ciento por ciento, antes de los escrutinios oficiales del domingo, para los cuales nombró la Corte Electoral sus delegados.

Los Escrutinios Finales

La Registraduría anunció que los escrutinios se iniciarán el domingo a las ocho de la mañana en todos los municipios. Se procederá legalmente a la apertura del arca triclave en cada lugar, en la cual reposan los votos y documentos del proceso electoral. Con base en el conteo definitivo y verificación de los sufragios por cada candidato, la Corte Electoral entregará el cinco de mayo las correspondientes credenciales. Sólo entonces se confirmará quién es el triunfador para la presidencia de la República en el período 1970-1974.

Las Cifras

Las cifras globales en los resultados de las elecciones para la jefatura del Estado, son las siguientes:

Por Misael Pastrana: 1.612.467 votos.

Por Gustavo Rojas Pinilla: 1.546.449 votos.

Por Belisario Betancur: 466.211 votos.

Por Evaristo Sourdis: 222.093 votos.

Por Rafael Corredor Pardo: 27 votos.

En blanco: 29.486 votos.

Votos nulos: 3.533.

Total de la votación en Colombia, faltando el uno por ciento: 3.883.220.

Completos el Domingo

El Gobierno Nacional, a propósito de los escrutinios del domingo, que tal vez se prolonguen hasta el lunes, anunció que se ejercerán muy severas medidas trazadas por la Brigada de

(Continúa en la Pág. 4-A, Col. 2ª)

"Soy Presidente Elegido, pero Aún no Electo"

LLEGA PASTRANA

Durante su campaña aparece el doctor Misael Pastrana Borrero, candidato del Frente Nacional, a quien el 99% de los datos escrutados por la Registraduría del Estado Civil da una ventaja de 66.018 votos sobre la votación registrada por el general Rojas Pinilla. El mismo doctor Pastrana declaró al día siguiente de las votaciones: "Soy el presidente elegido por los colombianos, pero aún no electo", refiriéndose a la referendación legal que darán los escrutinios finales.

El Arzobispo Preside Comité Cívico para Vigilar Escrutinios

Por medio de decreto de ayer, el Gobierno designó un comité cívico presidido por el arzobispo Aníbal Muñoz Duque, Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Bogotá, e integrado por las siguientes personas:

Doctores Juan Uribe Holguín, Adán Arriaga Andrade, Augusto Ramírez Moreno, Gonzalo Vargas Rubiano, Jorge Enrique Gutiérrez Anzola, Rafael Delgado Barreneche, Alvaro Ortiz Lozano y Carlos María Londoño.

Objetivos del Comité

Este comité examinará la forma como se han recibido y computado las informaciones sobre los resultados electorales; vigilará el recibo de cualquier dato adicional; informará al público sobre aquellos sitios de los cuales no hubieren llegado aún los correspondientes datos; estudiará la forma como se van a recibir y contabilizar los resultados de los escrutinios municipales del próximo domingo; solicitará del presidente de la República el nombramiento de delegados especiales para aquellos en que se pueda temer cualquier clase de irregularidades y le hará las sugerencias que considere convenientes; pondrá en conocimiento de los escrutadores departamentales las quejas que le lleguen sobre irregularidades en los escrutinios municipales y también en el de la corte electoral las que se refieran a la actuación de los escrutadores departamentales; asistirá a los escrutinios que celebre la corte electoral para hacer ante ella las observaciones que crea del caso; y podrá dirigirse a cualquier funcionario del orden nacional, departamental, municipal o dependiente de la Registraduría Nacional del Estado Civil, para solicitar informaciones o aclaraciones.

El comité también podrá promover por conducto del procurador, investigaciones sobre cualquier denuncia relativa a delitos electorales.

Monseñor Muñoz Duque

Juan Uribe Holguín

Adán Arriaga Andrade

Augusto Ramírez Moreno

Gonzalo Vargas Rubiano

Jorge E. Gutiérrez Anzola

Rafael Delgado Barreneche

Alvaro Ortiz Lozano

Carlos María Londoño

Plena Normalidad Económica Anuncia el Min-Hacienda

El ministro de Hacienda, Abdón Espinosa Valderrama, reportó ayer plena normalidad económica en las actividades generales del país, aunque acepta que en los primeros días de la semana se observaron algunos trastornos en el mercado bursátil y en el comercio.

Espinosa Valderrama ha presidido en los dos últimos días tres de las más importantes juntas de dirección económica gubernamental, en las cuales se ha hecho una detenida revisión de la situación, en forma especial de los efectos causados por los resultados electorales y la nueva legalidad del país en estado de sitio.

El ministro ha participado en la reunión de la Junta Monetaria, el miércoles en las horas de la tarde; el Comité Nacional de Cafeteros a las 9 de la mañana de ayer, y la Junta directiva del Banco de la República —máxima autoridad de bancos— ayer a las 11 de la mañana.

El titular de las finanzas nacionales se mostró confiado y seguro de la normalización total de la actividad económica y explicó la situación de los distintos sectores.

El ministro de Hacienda, observa la situación actual así:

BANCOS.—"Normalidad general. No hay descensos considerables ni retiro masivo de depósitos. La jornada continúa de atención al público autorizada por el Gobierno, aunque en forma limitada, según entiendo, en un principio en forma satisfactoria".

CAFE.—"Se sostiene el buen precio internacional, con las fluctuaciones normales del mercado. Los precios internos del grano no han sufrido variación y la cosecha intarnacional

(Continúa en la Pág. 1-A, Col. 7ª)

Arrestados Cuatro Oficiales de la Base de Tolemaida

El comandante general de las Fuerzas Militares expidió ayer el siguiente comunicado:

"Comunicado número 005. El comandante general de las Fuerzas Militares se permite informar a la ciudadanía que por hechos contemplados en nuestra legislación militar vigente se encuentran arrestados en las dependencias del Batallón Militar de Bogotá los siguientes oficiales pertenecientes al cuartel general de la Décima Brigada: Mayor Gonzalo Hernández Rossi, mayor Félix Rueda Fajardo, capitán

(Continúa en la Pág. 1-A, Col. 7ª)

Mensaje del Presidente a las FF.AA.

El presidente Carlos Lleras Restrepo envió ayer el siguiente mensaje a las Fuerzas Armadas:

"El Gobierno Nacional, haciéndose portavoz del júbilo reconocimiento de todos los colombianos a las Fuerzas Armadas por su actitud republicana durante las elecciones y en los difíciles momentos en que ha vivido el país en la presente semana, por la prudencia, energía y eficacia con que supieron manejar las más difíciles situaciones en las ciudades y en los pueblos, desea expresar a todos y por su digno conducto a los señores comandantes, of-

(Continúa en la Pág. 6-A, Col. 4ª)

FALLECIMIENTOS EN BOGOTA

Señor DARIO MONTOYA GIRALDO. • Velación: Salón Julio Arboleda del diario La República. Exequias: iglesia de San Diego, hoy a la 1 p.m. Sepelio: Cementerio Central. (Funeraria Francisco Garzón).

(Continúa en la pág. 10-A, Col. 3ª)

EN PAGINAS INTERIORES

Sección A

6-A—El Papa Viaja Hoy a Cerdeña
Gestionan Solución en Trinidad
Condena Terrorismo y Guerrillas la OEA
Argandoñ Viajó Exiliado a México
8-A—CEPAL Pinta Imagen Socio-Económica
10-A—Ultimo Boletín de la Registraduría

Sección B

1-B—Claudia y Trudy, las Marías de la Semana
Comodidad

ENCUESTA DEL DIA

Por ALVARO GARCIA

LA OPINION POPULAR ANTE LA EMERGENCIA

La clase popular —que sufrió los rigores de los disturbios del lunes y martes— reaccionó para dar un espontáneo respaldo al Gobierno y las Fuerzas Militares por las medidas adoptadas para garantizar la paz.

Esos "marginados" —choferes, vivanderas, comerciantes, empleados, lustrabotas, mecánicos y vendedores ambulantes— aceptaron que si el Gobierno "no se amarra los pantalones" a estas horas "viviríamos en un infierno".

En una consulta popular, se pudo comprobar, inclusive, que quienes que votaron por Gustavo Rojas Pinilla están arrepentidos, porque "con violencia lo que nos va a traer es más hambre".

Al sector popular, al mismo tiempo, le bastaron dos días de pobreza y de amenaza de violencia para que vieran reducidos sus escasos ingresos económicos, buscados de manera independiente.

"Ahora podemos trabajar en paz y llevar el "diario" para el pan de los hijos", fue la respuesta que más abundó entre las gentes de la clase media y popular en una encuesta adelantada ayer.

La encuesta se hizo en diferentes sitios de Bogotá, y con personas de diversos ingresos económicos. Desde el lustrabotas y la ven-

(Continúa en la Pág. 4-A, Col. 6ª)

Sigue Toque de Queda a las 8 p.m. y Ley Seca Permanente, en Bogotá

La ley seca y el toque de queda se mantendrán hasta nueva orden como medidas complementarias para salvaguardar el orden público.

El gobierno distrital comunicó en la tarde de ayer que el toque de queda seguirá operando desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la madrugada, con la vigencia de todas las sanciones previstas para los infractores a esta norma.

Ley Seca

El alcalde Emilio Urrea Del-

(Continúa en la Pág. 4-A, Col. 2ª)

La Corte Estudiará los Decretos sobre el Estado de Sitio

Los primeros decretos dictados por el Gobierno Nacional dentro del estado de sitio, inclusive el que declaró turbado el orden público en el país, serán fijados desde hoy en la Corte Suprema

(Continúa en la Pág. 4-A, Col. 1ª)

HABLA EL REGISTRADOR

Por GUILLERMO GARCIA

"NADIE HA PODIDO DEMOSTRAR FRAUDE"

"No hay 'fraude monstruoso' y es total la independencia del organismo electoral, que garantiza plenamente la pureza del sufragio", declaró ayer tarde el señor registrador nacional del Estado Civil, doctor Ricardo Jordán Jiménez.

Ricardo Jordán Jiménez

La oficina del registrador, el ex-magistrado de la Suprema Corte de Justicia, es de una sencillez absoluta. En escritorio tiene un pequeño reloj de arena; en las paredes hay dos o tres cuadros del mundano santanderano Segundo Agelvis, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús y los más elementales útiles de escritorio.

Debajo de un Cristo aparece una especie de escudo de armas con una leyenda en latín que traduce: "Por la cédula se conoce al ciudadano".

Por una extraña coincidencia el doctor Jordán Jiménez el 10 de abril de 1948, hace 22 años, inició la investigación por la muerte de su amigo, el doctor Jorge Eliécer Gaitán.

En este escenario, el austero despacho del registrador, el funcionario empieza diciendo:

"Como hace 22 años, a estas horas también se me han hecho amenazas. Y tengo la sospecha de que no se cumplirán. Pero empecemos ahora diciendo que la organización electoral no depende del Gobierno, ni de la rama ejecutiva, ni de la rama legislativa. Posiblemente la Corte Electoral tiene su origen en la rama jurisdiccional. La vinculación con el Ministerio de Gobierno es simplemente la del presupuesto".

La Mecánica Electoral

Los empleados del aparato electoral son nombrados por los registradores. Los jurados de votación son elegidos por los registradores, escogidos libremente por ellos de acuerdo con su filiación política. La primera etapa después de realizados los comicios es el conteo de papeletas que lo hacen esos jurados de votación. El registrador municipal o un delegado de éste, concluidas las ocho horas de votación, llama a Bogotá y da cuenta de los resultados. Es posible que se cometan errores en las comunicaciones telegráficas o errores al tomar el llamado telefónico. Los votos de cada municipio van al arca trila-

(Continúa en la Pág. 10-A, Col. 6ª)

"No Hay Peligro para Venezuela por la Crisis Colombiana" Dice Caldera

CARACAS, abril 23 (UPI). El presidente Rafael Caldera dijo hoy que no cree que Venezuela sufra "ningún peligro al expresar" por el desarrollo de la crisis política postelectoral que vive el vecino país de Colombia.

Durante su conferencia de prensa semanal el mandatario trató el problema suscitado en Trinidad-Tobago con el poder negro pero no la cuestión colombiana. Sólo se refirió a este tema al ser interrogado por los periodistas.

Dijo que Venezuela "sigue con el mayor interés con espíritu fraternal los acontecimientos actuales en la hermana República de Colombia con una cuidadosa actitud de neutralidad absoluta en no inmiscuirse en las cuestiones internas que son privativas exclusivamente de los colombianos".

"No creo que Venezuela confronte ningún peligro al momento por el desarrollo de las circunstancias actuales de la vida colombiana. Como es de rigor, nuestros contingentes fronterizos, las autoridades civiles y militares han estado especialmente atentas a cuidar la extensa frontera, que más puede decir nos une que nos separa", afirmó.

Obreros y Policía Chocaron Ayer en Córdoba, Argentina

CORDOBA (Argentina), 23 de abril (UPI). Grupos de obreros chocaron esta tarde con la policía en batallas callejeras registradas en esta ciudad del centro de la Argentina, desatando la violencia en una jornada de huelga general contra la política económica del gobierno del presidente Juan Carlos Onganía.

Hasta cuando se iniciaron los disturbios en Córdoba, el día había transcurrido casi pacíficamente, mientras el movimiento sindical organizado del país llevaba a cabo la huelga de 24 horas con éxito limitado.

Periodistas que presenciaron los incidentes dijeron que grupos de varios centenares de obreros, en algunos casos respaldados por estudiantes, levantaron barricadas en el centro de esta ciudad industrial de 650.000 habitantes.

Los revoltosos arrojaron también piedras y pedazos de ladrillos contra la policía, que trataba de dispersarlos con gases lacrimógenos.

Una banda de obreros irrumpió en las oficinas locales de la empresa Xerox, destrozando las ventanas y el mobiliario, según las mismas fuentes.

(Véase página 6-A).

US$ 455 Millones Ha Perdido Perot en E.U.

DALLAS (Texas), abril 2. (UPI). H. Ross Perot, el industrial que trató infructuosamente de liberar a los norteamericanos cautivos en Vietnam del Norte, ha perdido 445 millones de dólares, por la merma momentánea.

Las acciones ordinarias de la [illegible]

CRONICA DEL DIA

Por JUAN GOSSAIN

LA MANZANA DE LA DISCORDIA

El dos de mayo de 1946, el Liberalismo ganó, pero perdió.

En las urnas, con los votos obtenidos por Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, ganó las elecciones. En la práctica, por un abismo irreconciliable que separó a los dos candidatos, perdió el poder.

Aquella noche de mayo, victoriosa la candidatura única conservadora de Mariano Ospina Pérez, Turbay se reunió con algunos pocos amigos en su residencia. Decepcionado, derrotado, frustrado, lanzó a la voracidad de las llamas de la chimenea sus más importantes documentos políticos, sus cartas más íntimas, sus mejores notas. Es uno de los momentos de mayor dramatismo en la historia contemporánea de la política colombiana.

Hoy, en aquel mismo sitio —que antes perteneció al doctor Fabio Lozano Torrijos— funciona la Embajada de México en Bogotá. El domicilio forma parte de uno de los sectores urbanos más curiosos del país, la que podría llamarse "La Manzana de la Discordia", porque en ella —comprendida de las calles treinta y seis a la treinta y nueve, entre la Avenida Caracas y la carrera quince— se han suce-

3 de diciembre de 1970

MEMORIAL SIN AGRAVIOS

No sobra, acaso, recordar que en circunstancias un poco semejantes a las actuales, los directivos de *El Espectador* publicaron espontáneamente sus declaraciones de renta y patrimonio, e invitaron a hacer lo mismo con las suyas a todos los altos funcionarios oficiales, presidente, ministros, gerentes o directivos de instituciones oficiales o semioficiales, senadores, representantes, y en general, todas aquellas personas que, como nosotros los periodistas, viven en permanente contacto con los asuntos públicos y con la opinión nacional.

SEÑOR PRESIDENTE DEL SENADO:
En la sesión de anoche del Senado de la República, y durante el discurso de fondo pronunciado por el señor senador Hugo Escobar Sierra para justificar el alza de las dietas y censuras a la prensa colombiana por haberse opuesto –solidariamente con la opinión pública nacional– a la aprobación del respectivo proyecto de ley, se manifestó la explicable curiosidad de conocer el sueldo de que disfruta el actual director de *El Espectador*.

Me permito ofrecer al respecto las siguientes informaciones:

Portada de la victoria electoral de Misael Pastrana Borrero.
***El Espectador* / Comunican S. A., 24 de abril de 1970.**

Me llamo Guillermo Cano Isaza. Tengo 45 años de edad. Voy a completar 26 años como trabajador de tiempo completo en *El Espectador*, en diversas ocupaciones y posiciones. Actualmente, soy director ejecutivo del periódico.

Tengo un sueldo mensual de $ 15.000.00 (quince mil pesos), de los cuales la Dirección Nacional de Impuestos recibe, cada mes, por concepto de retención en la fuente, la suma de $ 1.565.00.

Durante los once meses corridos del presente año de 1970, se me han cancelado, por parte de *El Espectador*, gastos de representación por $ 3.646.95 (tres mil seiscientos cuarenta y seis pesos con noventa y cinco centavos), causados estrictamente en relación con obligaciones del periódico y con la dignidad que ejerzo dentro de él.

Trabajo todos los días de la semana, incluyendo la mayoría de los domingos y días feriados. Mi jornada diaria de trabajo, aunque ni puede tener límite, suele ser de ocho horas, y de algo más. (Estas informaciones, acaso innecesarias, podrían satisfacer otras de las inquietudes y curiosidades expresadas por el Senado en su sesión de anoche).

Soy socio de la compañía que edita *El Espectador* y recibo, como tal, utilidades buenas, regulares, malas o nulas.

Comparto, obvia y obligatoriamente, las pérdidas que pueda tener la sociedad, pequeñas, medianas o enormes, como ya las tuvo, a raíz del criminal incendio del 6 de septiembre de 1952 y durante su larga clausura bajo el régimen dictatorial de Rojas Pinilla, así como durante el complejo, duro y difícil periodo de recuperación después de esos dos atropellos oficiales, semioficiales o particulares que se agregan a la gloriosa cadena, casi centenaria, de persecuciones, con las cuales se ha pretendido menoscabar la libertad del periódico y destruir su propia existencia.

Todo mi patrimonio –así el espiritual como el material– está íntegramente vinculado a la empresa que 'edita *El Espectador*' y en un modesto fondo familiar de ahorro, en cuyo manejo no tengo intervención directa alguna. No poseo ingresos diferentes a los que dejo enumerados.

Todo lo anterior consta en mis declaraciones de renta y patrimonio, como podría comprobarlo el Senado y para ello autorizo expresamente, por medio de esta nota, a la Dirección Nacional de Impuestos, para levantar la reserva que pueda ampararme –como al resto de los contribuyentes colombianos–, con el objeto de satisfacer la curiosidad sana o insana de mis compatriotas. No sobra, acaso, recordar que en circunstancias un poco semejantes a las actuales, los directivos de *El Espectador* publicaron espontáneamente sus declaraciones de renta y patrimonio, e invitaron a hacer lo mismo con las suyas a todos los altos funcionarios oficiales, presidente, ministros, gerentes o directivos de instituciones oficiales o semioficiales, senadores, representantes, y en general, todas aquellas personas que, como nosotros los periodistas, viven en permanente contacto con los asuntos públicos y con la opinión nacional. Yo me permito reiterar hoy aquella misma invitación, aunque mucho me temo que, en esta oportunidad, como en la anterior, sea el silencio la única respuesta a nuestra patriótica inquietud.

De igual manera le agradecería expresar al señor senador Hugo Escobar Sierra o a cualquiera de sus colegas, que pueden hacer de esta carta el uso o el abuso que a bien tengan.

Yo, por mi parte, la haré publicar mañana en *El Espectador*.

El Espectador

Nota del compilador

Desde la instalación de las sesiones ordinarias del Congreso en julio de 1970, quedó claro que, sin asumir el gobierno, el cuatrienio de Misael Pastrana se iba a convertir en una caldera política. Ese día, la presencia del presidente Carlos Lleras Restrepo se vio alterada por los reclamos de los partidarios de la Alianza Nacional Popular (ANAPO), encabezados por la congresista María Eugenia Rojas, quien terminó siendo sacada del Capitolio Nacional por agentes del DAS. Misael Pastrana se posesionó en agosto sin la asistencia de la bancada de la ANAPO. Ante la enfermedad del expresidente Gustavo Rojas Pinilla, su hija María Eugenia asumió la dirección del partido, aunque algunos de los legisladores del movimiento, como Carlos Toledo e Israel Santamaría, ya pensaban más en la configuración de un grupo armado.

«Me valdré de aquellos instrumentos que son el brazo ejecutivo del Gobierno, la prolongación natural de su acción y de los jueces», anunció el presidente Pastrana en su discurso de posesión, para advertir, sin mencionarlo, el uso del estado de sitio para enfrentar la ola insurgente y el escenario de las protestas. La inflación económica se hizo sentir en las alzas en el costo de vida, y, en distintas capitales, los estudiantes y las centrales obreras mantuvieron una acción de rechazo a las políticas del Ejecutivo. La victoria electoral de Salvador Allende en Chile, que permitió el primer Gobierno socialista en América por la vía de las urnas, provocó también un clima de militancia de los sectores de la izquierda democrática en Colombia, con réplica en el Congreso de los sectores opositores al modelo del Frente Nacional.

En ese ambiente de agitación permanente, *El Espectador* intervino para cuestionar algunas prácticas en el Congreso de impedir el desarrollo de los programas de gobierno. Desde el Senado, la reacción fue la votación de una moción de censura contra el periódico y la realización de un debate en el que salieron a relucir los reclamos a sus directivos por sus posturas económicas. No faltó quien planteara presuntos favorecimientos del Estado en favor del periódico para consolidar su sede en la avenida 68. La respuesta de Guillermo Cano, de su puño y letra, fue una carta a la presidencia del Senado publicada a título de editorial como un «Memorial sin agravios», y la explicación de sus ingresos personales, con detalles específicos sobre sus horarios de trabajo y sus deberes con el periodismo.

En un apartado adicional en la sección «Día a día», el periódico agregó las cartas de dos lectores que remitieron sus opiniones sobre la confrontación entre un sector del Congreso y los directivos del diario. Los ciudadanos Luis González Herazo, desde Cartagena, y Nehemías Maestre, desde Medellín, escribieron para ratificar a quienes representaban de una manera más contundente la defensa de los intereses de la nación frente a los comportamientos ambiciosos de algunos congresistas contra el ejercicio de la buena prensa. «Todo mi patrimonio –así el espiritual como el material– está íntegramente vinculado a la empresa que 'edita *El Espectador*' y en un modesto fondo familiar de ahorro, en cuyo manejo no tengo intervención directa alguna», resaltó Guillermo Cano en su escrito en defensa del diario.

El año 1970 terminó con la certeza de que la administración de Misael Pastrana iba a cargar con el peso histórico del Frente Nacional y que, antes de lo presupuestado, el país iba a regresar a los contornos del estado de sitio, con los debidos controles a la prensa y la radio, la prohibición de las manifestaciones públicas y la reanudación de las cortes marciales de juzgamiento de civiles a cargo de los militares. Concretamente a través del Decreto 255 de febrero de 1971, se prohibió la divulgación de noticias y comentarios que pudieran causar alarma, lo mismo que la publicación de noticias de orden público o relativas a la seguridad nacional. Ante las declaraciones de respaldo al restablecimiento de la paz pública, no faltaron los insultos, las amenazas y las agresiones a piedra contra las oficinas del periódico.

El 13 de junio de 1971 en Villa de Leyva (Boyacá), la ANAPO se definió como un partido «nacionalista, revolucionario y popular» con el objetivo de resolver un dilema histórico: «En Colombia no hay sino dos clases sociales:

explotadores y explotados». La postura de *El Espectador*, reflejada en el editorial «Memorial sin agravios», preservó la defensa de la libertad de expresión ante el recrudecimiento de las vías de hecho, en especial en las zonas rurales. Paradójicamente, semanas después, el diario tuvo su rifirrafe con el presidente Pastrana porque no le gustaron los balances del periódico sobre su gestión. A través del editorial «El presidente y la prensa», recordó que así como fue el único diario que sugirió su candidatura, eso no significaba renunciar al derecho y el deber de disentir.

[illegible]

Afiliado a la Oficina de Circulación Certificada (OCC)
Transporte aéreo vía AVIANCA
Tarifa Postal Reducida. Licencia Nº 1. Administración Postal Nacional.

EL ESPECTADOR

AÑO LXXXV — DIARIO DE LA MAÑANA — Nº 23.331

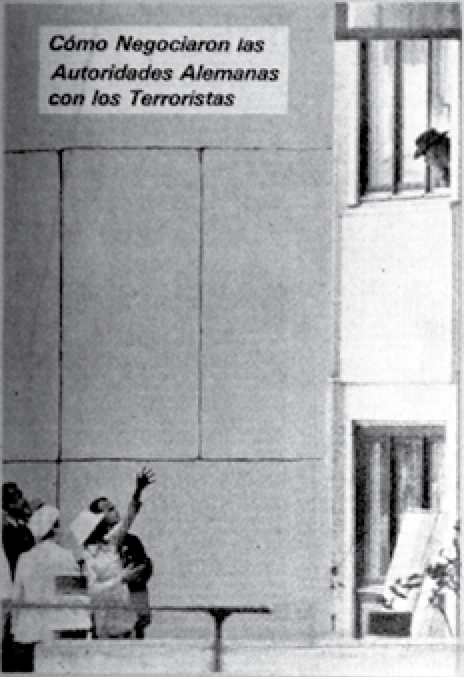
EL ESPECTADOR trabajará en bien de la Patria con criterio liberal, y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. - FIDEL CANO

20 PAGINAS - 3 SECCIONES - $ 1.30
Bogotá, Miércoles 6 de Septiembre de 1972

Martes Sangriento en Munich

Muertos Diez Atletas Israelíes y Cuatro Guerrilleros Palestinos

Cómo Negociaron las Autoridades Alemanas con los Terroristas



Un guerrillero palestino —arriba, derecha, de sombrero— se asoma a una ventana donde mantenían rehenes a los atletas israelíes, durante las gestiones para su liberación en la Villa Olímpica en Munich encabezadas por el ministro del Interior germano-occidental, Hans Dietrich Genscher quien aparece abajo, a la izquierda. (Radiofoto UPI).

Abaleo en la Villa y en el Aeropuerto

MUNICH, septiembre 5. (UPI). Ocho atletas israelíes murieron esta noche en un aeropuerto cercano a Munich, cuando alemanes intentaron liberarlos de un grupo guerrillero árabe que los tenía prisioneros.

La información precisando en ocho el número de víctimas entre los rehenes en el aeropuerto fue proporcionada por el ministro bávaro del Interior Otton Merk, quien dijo que los terroristas árabes los mataron con una granada de mano cuando descubrieron que habían caído en una trampa. Horas antes las autoridades habían dicho que todos los rehenes habían sido rescatados sanos y salvos.

10 Atletas Muertos

Ocho integrantes del grupo Septiembre Negro se abrieron paso a sangre y fuego en la Villa Olímpica por la mañana y entraron en las habitaciones de los atletas de Israel. Dos israelíes fueron muertos entonces. El entrenador de lucha Moise Weinber fue muerto a tiros cuando interceptó a los atacantes frente al edificio israelí. Los árabes dispararon a través de la puerta y al parecer hirieron al levantador de pesas Joseph Romano, cuya muerte fue informada más entrado el día.

Total de Víctimas

Sumando las bajas en el aeropuerto a las dos primeras, el total de muertos israelíes llegó a diez en el día, alrededor de la tercera parte del grupo enviado a competir en los XX Juegos Olímpicos.

Una suma de las víctimas del sangriento día, desde que los guerrilleros árabes irrumpieron en los dormitorios de la delegación israelí en la Villa Olímpica totalizó 15 muertos — 10 israelíes, cuatro guerrilleros y el piloto de uno de los helicópteros, según dijo el ministro Merk.

El ministro no hizo mención de un policía alemán que, según otras fuentes, también murió durante los incidentes.

Merk agregó que tres guerrilleros fueron apresados y uno seguía prófugo.

Hans-Jochen Vogel, exalcalde de Munich, dijo que el número de víctimas eleva nuevamente la cuestión de si los juegos olímpicos, programados para finalizar el 10 de este mes, serían ahora cancelados.

Los juegos fueron suspendidos hoy durante 24 horas, cuando después de la toma de los rehenes israelíes la primera ministra israelí Golda Meir se comunicó telefónicamente con Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico.

Vogel dijo que Brundage y su comité no tenían conocimiento del número de víctimas cuando más temprano anunciaron hoy que los juegos se reanudarían mañana.

(Véase la página 5-A)

Moshe Weinberg, de 33 años, entrenador de lucha de Israel, muerto.

Los Juegos Ya No Son Juegos

La Medalla de Hierro la Ganó la Violencia

Por GUILLERMO CANO
Director de EL ESPECTADOR

MUNICH, Septiembre 5 (Vía UPI)

La XX Olimpiada mundial fue "tocada" de muerte esta madrugada cuando un acto terrorista político manchó de sangre la bandera de la paz deportiva en su propio corazón: la ciudad de los 10.000 atletas.

El dramático y horrísono paréntesis que obligó a cancelar la programación de todos los actos correspondientes a la tarde y la noche del noveno día de los Juegos Munich 72, no se ha cerrado todavía. Pasarán años antes de que pueda ser posible cerrarlo...

No hace muchos días habíamos escrito que estos Juegos ya no eran juegos. Por lo menos no eran puros juegos deportivos. La irrupción de la violencia, con toda su roja estela de muerte, ha inyectado a las olimpiadas una nueva y ominosa droga letal mucho más peligrosa que otras drogas que ya estaban minando su organismo: el doping y la publicidad.

Hasta ayer los escándalos al rededor de los Juegos parecían cuestiones casi infantiles. Se conmocionaba el ambiente porque un múltiple campeón exhibía descaradamente unos zapatos "viejos" a manera de propaganda a una marca comercial. Al día siguiente se conocían los resultados positivos en otros atletas bañados de oro que previamente a su gloria conquistada habían ingerido drogas prohibidas o sustancias derivadas.

Madrugada Sangrienta

De pronto, en la madrugada, los disparos de fogueo que le dieron gloria a un campeón colombiano, se escucharon de otra manera. No rompían figuras de papel ni se clavaban en los círculos dibujados. Eran tiros de verdad. Que herían y mataban. De ese instante en adelante la olimpiada de Munich entró en una dolorosa, prolongada, terrible agonía.

Acaso sobreviva hasta el domingo, mediante las transfusiones de urgencia que se le comienzan a aplicar con más desesperación que eficacia.

Final con Funeral

Una olimpiada mundial que se acerca a su clausura con un funeral en los estadios es una olimpiada muerta. Como en los circos, el espectáculo debe seguir.

Pero es evidente que ni por las venas de los atletas ni por las arterias de los espectadores, circula la misma sangre alegre, emotiva, apasionada. A unos y a otros también los ha herido el comando palestino que asesinó al israelí en su propia casa.

Nosotros estuvimos por la Villa Olímpica casi a la media noche de ayer. Había a su alrededor una paz bellísima. Los nadadores acababan de cumplir su programa y muchos de ellos salían de sus concentraciones a conocer Munich de noche por la primera vez. En otras partes de la enorme ciudad, todo era silencio, el que precede a la mañana de las competiciones. Nada hacía augurar una madrugada roja. Inclusive ciertos controles muy rígidos de los primeros días, parecían dormidos.

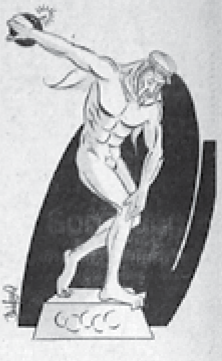
Todo Cambió

Pocas horas después todo era diferente. Dentro de la Villa, ambulancias, policías, detectives. Horror. Indignación. Incredulidad. Algunos atletas salían por entre los cordones de vigilancia a cumplir sus obligaciones del día. Pero ciertamente sin ánimo, con temor, psíquicamente afectados. Eran los actores del día compelidos a correr, a saltar, a jugar cuando su mente y sus músculos ya no estaban para eso.

Y en todo Munich, a pesar de su esfuerzo, un hilo de emoción mal contenida, silenciaba lo que antes fue una explosión de entusiasmo y de felicidad.

Munich está triste. Los estadios están cerrados.

En la imagen de televisión, un terrorista palestino fuma un cigarrillo en la ventana del apartamento donde asesinaron a un deportista israelí. Los Juegos de Munich ya no son juegos... La medalla de hierro la ganó la violencia...



El Discóbolo de la Muerte
(Por Humberto de la Torre, dibujante de EL ESPECTADOR)

Secuestrado Industrial Argentino

BUENOS AIRES, septiembre 5. (UPI). Un comando armado, aparentemente formado por terroristas, se apoderó hoy del director holandés de la compañía Philips, tras interceptar el automóvil en que dejaba su lujosa residencia.

El secuestro de Jan J. van de Panne, de 54 años de edad y sobreviviente de los campamentos de prisioneros japoneses de

(Continúa en la Pág. 4-A Col. 8ª)

EN PAGINAS INTERIORES

Con motivo de los trágicos acontecimientos de Munich, a los cuales dedicamos integramente las páginas 1-A, 5-A, 6-A y 1-D, las noticias sobre otros hechos de importancia en Colombia y el exterior aparecen en diferentes páginas, así:

4-A Nuevo Director de "Inravisión"

8-A Informe Semestral Entregó "[illegible]"

10-A Loterías, Rifas

12-A Reunión Liberal Conjunta Habrá Hoy

Fórmulas para un Arreglo en Avianca

Concepto Adverso a Demanda del ICT

SECCION B

1-B Brigitte Bardot, Está como Siempre

2-B Abren en Bogotá, Galería Macondo

Peligran los XX Juegos Olímpicos

Los trágicos sucesos registrados ayer en Munich hacían peligrar la continuación de los XX Juegos Olímpicos, considerados como los más fastuosos de la historia.

Avery Brundage, presidente del Comité Olímpico Internacional, informó sobre la suspensión de los Juegos Olímpicos durante 24 horas, cuando solamente se conocía la muerte de dos atletas israelíes ocurrida en la Villa Olímpica, por parte de guerrilleros palestinos.

Posteriormente, se conoció que en el aeropuerto de Munich a donde habían sido llevados por los guerrilleros, habían muerto los ocho rehenes israelíes, lo que ponía en duda la continuación de los Juegos Olímpicos.

En un principio, se había previsto la reanudación de los juegos para hoy a las ocho de la mañana, hora de Colombia, y se esperaba un pronunciamiento del Comité Olímpico Internacional sobre la suerte de las Olimpiadas.

Latinos a Salvo

MUNICH, septiembre 5. (UPI). Con excepción de los uruguayos, ya puestos a salvo, las delegaciones latinoamericanas a los XX Juegos Olímpicos permanecían ajenas a los dramáticos sucesos.

(Véase la Sección C).

El embajador de Israel en Colombia, Víctor Eliachar, cuando comentaba ayer los sucesos de Munich. (Foto de Jairo Gómez).

"Son Dementes", Dice Embajador de Israel

Por JAIRO GOMEZ

"Septiembre Negro", un grupo de guerrilleros árabes protagonizó la madrugada más espantosa ocurrida en unos juegos olímpicos, cuando hombres provistos de armas ligeras irrumpieron en la edificación donde descansaban tranquilamente los integrantes de la delegación deportiva de Israel, causando la muerte de dos de sus miembros y dejando a varios como rehenes para iniciar una serie de peticiones al gobierno israelí y a las autoridades alemanas.

La noticia se conoció en

(Continúa en la Pág. 5-A, Col. 3.

La Villa Olímpica: Mucho Control y Poca Seguridad

Por MIKE FORERO NOUGUÉS
(Enviado Especial de EL ESPECTADOR)

MUNICH, septiembre 5 (Vía UPI)

Seis terroristas palestinos atraparon a ocho deportistas judíos, en calidad de rehenes, para buscar la libertad de 200 guerrilleros palestinos que están presos en Israel.

Los seis hombres bien armados penetraron a la villa olímpica misteriosamente sin que hasta ahora el gobierno alemán haya podido explicar cómo lograron hacerlo, antes de las seis de la mañana.

Sin embargo, y de manera exclusiva, podemos decir que este periodista logró entrar en la tarde a la Villa, sin tener credencial especial y sin poseer pase alguno distinto del que tienen todos los demás periodistas. Nosotros llegamos a la villa y al lugar donde fueron sitiados los terroristas y sus prisioneros, después de haber logrado atravesar una puerta que está ubicada en unos parqueaderos. Como quien no quiere la cosa, pudimos llegar hasta el sitio de los hechos. Esto solo lo podían hacer los deportistas.

Fácil Acceso

Un remero inglés, que dejó olvidados sus documentos, no pudo entrar.

En una palabra, aquí había mucho control para todo el mundo y en especial para los periodistas, pero así como entramos nosotros pudieron hacerlo otros tantos, con propósitos protervos. Lo primero que debemos establecer es que no hay un buen control en la Villa, no obstante el consenso de las computadoras. La segunda cosa que hay que establecer es que gentes, de piel morena, pero sin ser negros exactamente, solamente amorenados, estaban hace algunos días utilizando las copiadoras automáticas para imprimir sus credenciales. Nada tiene de raro que estas copias, pegadas a una cartulina, hayan servido para aparecer como acreditados y así haber entrado libremente.

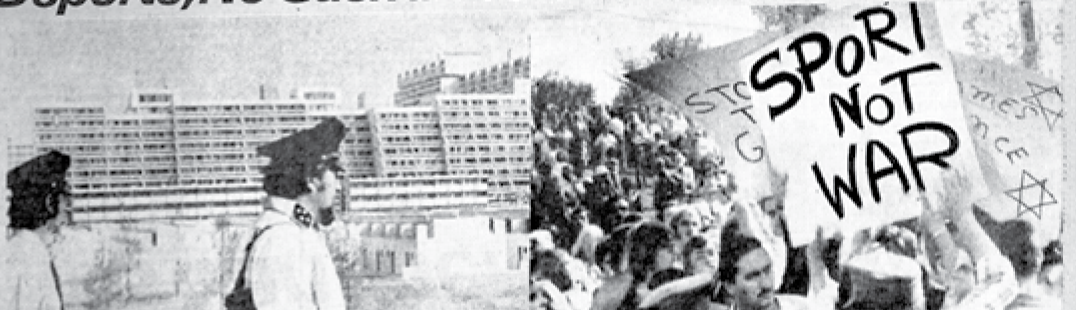
Dudosa Versión

De tal manera que es dudosa la versión según

(Continúa en la Pág. 5-A, Col. 5ª)

Mike Forero Nougués

Deporte, No Guerra: Protesta en la Villa Olímpica



1 de septiembre de 1972

LOS JUEGOS NO SON JUEGOS

Pero además los Juegos ya no son juegos… Acaso jamás lo fueron. Los Juegos Olímpicos, cuyo espíritu y esencia es la competición pacífica por unos triunfos del músculo y de la inteligencia, de la disciplina y de la preparación, han perdido por completo su más admirable característica.

MÚNICH, AGOSTO DE 1972

Los Juegos Olímpicos Múnich 72 han comenzado. La vieja ciudad alemana ha dejado de ser una sola ciudad. En realidad, desde comienzos de agosto Múnich es cuatro ciudades en una:

Múnich, la ciudad de siempre, con toda su historia a cuestas, una historia que se recuerda con admiración y con horror. La cervecería del *Putsch* de Hitler recuerda el horror. El carillón de la antiquísima y hermosa catedral en Marienplatz en cambio encanta, hipnotiza, deslumbra. Múnich, la ciudad olímpica. Más de diez mil personas concertadas dentro de la Villa olímpica constituyen una Babel de los tiempos modernos. Dentro de esa ciudad se hablan y se entienden mujeres y hombres de cinco continentes. Es una ciudad suigéneris donde se convierte, se coexiste pacífica, alegremente. Diríase que dentro de esos enormes bloques de cemento y alrededor de sus parques y campos, se ha logrado el prodigio de vivir en paz.

Múnich: la ciudad de la prensa. Cuatro mil, cinco mil periodistas, fotógrafos, camarógrafos, técnicos especializados, informan al mundo, al

El grupo terrorista Septiembre Negro realiza un atentado en los Juegos Olímpicos de Múnich, donde secuestra y asesina a once miembros del equipo olímpico israelí. *El Espectador* / Comunican S. A., 6 de septiembre de 1972.

segundo, los grandes y pequeños hechos de la edición veinte de los Juegos Olímpicos modernos.

Dentro de esa gran multitud de profesionales de la prensa, no todos han llegado hasta esta ciudad dentro de la gran ciudad a escribir sobre deportes o a presenciar unas competencias deportivas. Han caído también, como abejas sobre miel, sobre los problemas positivos del mundo que trasladaron de un momento a otro a Múnich con todas sus grandezas y todas sus miserias que encierran en su trasfondo.

Múnich: la ciudad turística. Decenas de miles de gentes de todo el mundo han copado los hoteles, las pensiones y hasta las casas de los muniquenses, que como suele suceder cuando se programan acontecimientos de esta naturaleza, «huyeron» de su ciudad hacia las montañas y hacía los campos aprovechando una doble excusa: las vacaciones escolares de verano y su «espíritu cívico», que les «aconsejó» sacrificar su casa para acomodar a un turista. Esta otra ciudad, la que ha sido invadida por los extranjeros y por los alemanes de otras regiones, tiene iguales características a las dos anteriores: la multinacionalidad de sus habitantes, que se mueven por las salas, bares y *grills* de los hoteles de gran lujo, o que colman las cervecerías, o salen de cacería pornográfica –curiosamente los más asiduos cazadores suelen ser latinoamericanos–, o que compran localidades que en taquilla tuvieron un precio máximo de treinta marcos y que ahora valen en el mercado negro, si se consiguen, cuatrocientos o quinientos francos (cerca o más de dos mil pesos).

Son cuatro ciudades distintas dentro de una sola ciudad verdadera. Este milagro se ha venido repitiendo en las últimas décadas bajo el pretexto de los Juegos Olímpicos mundiales. México hace cuatro años también fue una ciudad que se volvió cuatro ciudades...

Lo que ahora debe uno preguntarse es si este colosal gigantismo que afecta las competencias olímpicas las hace practicables en el futuro. Montreal, en Canadá, es la próxima sede. ¿Podrá repetir lo que acaban de hacer México y Múnich? Posiblemente lo logren. Al fin de cuentas Canadá no es un país subdesarrollado ni pobre. Es un país también rico. Pero lo que resulta absolutamente claro es que los Juegos Olímpicos modernos se han vuelto un artículo de lujo, totalmente dominado por las urgencias del gran consumo, plataforma para inversionistas tan colosales que, comparadas con el presupuesto colombiano, significan diez, quince, veinte, treinta veces nuestra más alta cifra de inversión jamás proyectada.

EL VIRUS POLÍTICO

Pero además los Juegos ya no son juegos... Acaso jamás lo fueron. Los Juegos Olímpicos, cuyo espíritu y esencia es la competición pacífica por unos triunfos del músculo y de la inteligencia, de la disciplina y de la preparación, han perdido por completo su más admirable característica. En las pistas y en los estadios y en las piscinas, es cierto, se sigue compitiendo con ardentía por la victoria. Pero alrededor de las piernas de un atleta, de los puños de un boxeador, de los brazos del nadador, del movimiento rítmico de los gimnastas, está el virus político invadiendo, cancerosamente, todo el espectáculo.

Aquí en Múnich, ocho días antes de su soberbia inauguración, los Juegos estuvieron a punto de fracasar. Porque se jugó a la política. El caso de Rodesia provocó una revuelta africana y una toma de posiciones y de conciencia no solo de países sino de hombres, colectiva e individualmente.

El problema se resolvió poco decorosamente. Como poco decorosamente había sido planteado. La expulsión, que no otra cosa es la fórmula disfrazada para evitar su participación, de Rodesia no resolvió, en el fondo, absolutamente nada. El virus quedó latente. La operación fue mal hecha, y peor tratado el periodo ante y posoperatorio.

En México, hace cuatro años, asistimos asombrados y electrizados a la rebelión del poder negro en los Juegos Olímpicos. El puño negro cerrado en alto y tres grandes campeones imbatibles desafiando a los símbolos nacionales de su país marcaron indeleblemente la insurgencia de un programa político-racial dentro de las competencias olímpicas. Entonces también fue mal tratado el problema y el virus está aquí en Múnich a la vista de todos, aflorando de manera sintomática, con impredecibles desarrollos en momentos de escribir lo que estamos comentando.

OTROS JUEGOS POLÍTICOS

Pero el problema de los Juegos Olímpicos convertidos en juego político no es cosa de los últimos y más recientes tiempos. En Múnich, valga el ejemplo, se está borrando la jugarreta política que Adolf Hitler planificó en 1936 en Berlín. La raza pura, blanca, que el Führer quería exhibir al mundo como superior y única, cayó vencida varias veces por un campeón de color, el inolvidable Jesse Owens. Tal ofensa jamás la perdonó Hitler. No la perdonó dentro del propio estadio donde fue testigo de la derrota. No la olvidó después. Había en esos juegos de Berlín más política que juegos. Y Hitler lo sabía...

Ahora se quiere borrar lo que Hitler ejecutó con el codo. Eso es evidente. Múnich desea que los juegos políticos de Berlín pasen al olvido.

Lamentablemente los de 1972 también son otros juegos políticos aunque con otras dimensiones y otras causas.

Acaso no deberíamos lamentar que los Juegos Olímpicos no sean tan solo Juegos Olímpicos. Debemos recordar que el origen matriz de estas competencias viene desde Grecia y que no en vano su principal y más hermosa y más difícil competencia, la carrera de maratón, fue copiada de la gran marcha de un guerrero para salvar a Grecia en un momento crítico de su vida. Esa marcha fue una jugada guerrera y un juego político. Dentro de cada una de las cuatro ciudades diferentes que es hoy Múnich, setenta y dos ondean banderas de todo el mundo; se ríe, se canta, se conversa y se emborrachan los hombres y las mujeres en un gran escenario de reconciliación y de amistad universal...

Pero entre telones están las guerras y están las luchas por el poder y están las diferencias políticas moviendo sus fichas, desuniendo a los pueblos, dividiendo a las razas, separando a los países.

No... Los Juegos Olímpicos ya no son Juegos Olímpicos... Tal vez nunca lo fueron... Seguramente jamás lo serán...

El Espectador

6 de septiembre de 1972

LOS JUEGOS YA NO SON JUEGOS

La medalla de hierro la ganó la violencia.

MÚNICH, SEPTIEMBRE 5 (VÍA UPI)

La XX Olimpiada mundial fue «tocada» de muerte esta madrugada cuando un acto terrorista político manchó de sangre la bandera de la paz deportiva en su propio corazón: la ciudad de los 10.000 atletas.

El dramático y luctuoso paréntesis, que obligó a cancelar la programación de todos los actos correspondientes a la tarde y la noche del noveno día de los Juegos Múnich 72, no se ha cerrado todavía. Pasarán años antes de que pueda ser posible cerrarlo...

No hace muchos días habíamos escrito que estos Juegos ya no eran juegos. Por lo menos no eran puros juegos deportivos. La irrupción de la violencia, con toda su roja estela de muerte, ha inyectado a las olimpiadas una nueva y ominosa droga letal mucho más peligrosa que otras drogas que ya estaban minando su organismo: el *doping* y la publicidad. Hasta ayer los escándalos alrededor de los Juegos parecían cuestiones casi infantiles. Se conmocionaba el ambiente porque un múltiple campeón exhibía descaradamente unos zapatos «viejos» a manera de propaganda a una marca comercial. Al día siguiente se conocían los resultados positivos en otros atletas bañados de oro que previamente a su gloria conquistada habían ingerido drogas prohibidas o sustancias derivadas.

MADRUGADA SANGRIENTA

De pronto, en la madrugada, los disparos de fogueo que le dieran gloria a un campeón colombiano se escucharon de otra manera. No rompían figuras de papel ni se clavaban en los círculos dibujados. Eran tiros de verdad. Que herían y mataban. De ese instante en adelante la Olimpiada de Múnich entró en una dolorosa, prolongada, terrible agonía.

Acaso sobreviva hasta el domingo, mediante las transfusiones de urgencia que se le comienzan a aplicar con más desesperación que eficacia.

FINAL CON FUNERAL

Una Olimpiada mundial que se acerca a su clausura con un funeral en los estadios es una olimpíada muerta. Como en los circos, el espectáculo debe seguir.

Pero es evidente que ni por las venas de los atletas ni por las arterias de los espectadores circula la misma sangre alegre, emotiva, apasionada. A unos y a otros también los ha herido el comando palestino que asesinó al israelí en su propia casa.

Nosotros estuvimos por la Villa Olímpica casi a la media noche de ayer. Había a su alrededor una paz bulliciosa. Los nadadores acababan de cumplir su programa y muchos de ellos salían de sus concentraciones a conocer Múnich de noche por la primera vez. En otras partes de la enorme ciudad, todo era silencio, el que precede a la mañana de las competencias. Nada hacía augurar una madrugada roja. Inclusive ciertos controles muy rígidos de los primeros días parecían dormidos.

TODO CAMBIÓ

Pocas horas después todo era diferente. Dentro de la Villa, ambulancias, policías, detectives. Horror. Indignación. Incredulidad. Algunos atletas salían por entre los cordones de vigilancia a cumplir sus obligaciones del día. Pero ciertamente sin ánimo, con temor, psíquicamente afectados. Eran los actores del día compelidos a correr, a saltar, a jugar cuando su mente y sus músculos ya no estaban para eso.

Y en todo Múnich, a pesar de su esfuerzo, un hilo de emoción mal contenida silenciaba lo que antes fue una explosión de entusiasmo y de felicidad.

Múnich está triste. Los estadios están cerrados.

En la imagen de televisión, un terrorista palestino fuma un cigarrillo en la ventana del apartamento donde asesinaron a un deportista israelí. Los Juegos de Múnich ya no son juegos... La medalla de hierro la ganó la violencia...

Nota del compilador

A las cuatro y cuarenta de la mañana del martes 5 de septiembre de 1972, un comando terrorista autodenominado Septiembre Negro irrumpió en la Villa Olímpica en la que se alojaban deportistas de los Juegos Olímpicos de Múnich (Alemania) y tomó rehenes en los apartamentos en los que pernoctaban los miembros de la delegación de Israel. Nueve deportistas lograron escapar, pero otros nueve fueron secuestrados. En la acción fueron asesinados el entrenador del equipo de lucha Moshe Weinberg y el pesista Yossef Romano. Los terroristas plantearon como condición para entregar a sus rehenes la liberación de 236 palestinos presos en cárceles de Israel. El Gobierno israelí no accedió a negociar con el grupo Septiembre Negro, que acordó partir a Egipto con los deportistas.

En coordinación con el Ministerio del Interior de Alemania, los terroristas y sus rehenes se trasladaron en tres helicópteros hasta el aeródromo militar de Fürstenfeldbruck. Los pilotos de los helicópteros permanecieron encañonados por los secuestradores. Hacia las diez y media de la noche se iluminaron las pistas del aeródromo y francotiradores de la Policía alemana dieron de baja a dos de los terroristas. En la confusión, los demás respondieron con fuego de ametralladoras y explosivos contra los deportistas israelíes. La Policía alemana abatió a cinco terroristas y tres fueron capturados, pero murieron asesinados nueve deportistas: David Berger, Ze'ev Friedman, Yossef Gutfreund, Eliezer Halfin, Andrei Spitzer, Amitzur Shapira, Kehat Schor, Mark Slavin y Yakov Springer.

Pese a la gravedad de lo sucedido, los Juegos Olímpicos de Múnich no fueron suspendidos y el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI) Avery Brundage anunció su continuidad. *El Espectador* tituló su edición del miércoles 6 como «Martes sangriento en Múnich», con detalles de la tragedia en la Villa Olímpica. Desde el primer día de los Juegos, el 26 de agosto, la agenda periodística estuvo nutrida por los reportes de los enviados del periódico: el director de *El Espectador*, Guillermo Cano, y el jefe de deportes del impreso, Mike Forero Nougués. En calidad de reportera gráfica, los acompañó Ana María Busquets. Desde la redacción en Bogotá complementaron la cobertura los periodistas Rufino Acosta, Carlos Flórez, Óscar Restrepo, Antonio Andraus y Ernesto Muñoz.

Guillermo Cano tituló su primer reporte el 1 de septiembre «Los Juegos no son juegos», con semblanza de Múnich y los recordatorios de anteriores convocatorias olímpicas cruzadas por los intereses de la política. En esa misma línea continuaron sus escritos con los contextos adecuados para entender el más allá de la competencia deportiva. En paralelo, su colega Mike Forero Nougués tuvo el privilegio de escribir sobre el momento de la primera medalla olímpica para Colombia en cuarenta años de participación: la presea de plata obtenida por Helmut Bellingrodt en la disciplina de tiro al jabalí, con 565 puntos, cuatro menos que el ganador de la medalla de oro, el soviético Lakov Shelezniak. Para obtener su victoria, el estudiante barranquillero utilizó una carabina calibre 22 de última generación.

Después del ataque terrorista a la Villa Olímpica, Guillermo Cano, parafraseando el titular de su primer reporte desde Múnich, escribió «Los Juegos ya no son juegos», con el registro del hecho sangriento que enlutó la bandera de la paz deportiva. «Los Juegos de Múnich ya no son juegos... La medalla de hierro la ganó la violencia», concluyó sobre las grandezas y miserias que dejaron los Juegos Olímpicos de 1972. La misión de Mike Forero Nougués resultó más amable, pues el jueves 7 de septiembre Colombia ganó su segunda medalla olímpica, esta vez de bronce, con el boxeador cartagenero Clemente Rojas, en la categoría de peso pluma. El pugilista Alfonso Pérez también obtuvo la medalla de bronce en la categoría división ligero y fueron tres preseas para Colombia en los vigésimos Juegos Olímpicos.

El Espectador

08 de febrero de 1977

MA: LUZ Y GUÍA [DE LA VIDA Y DE LA MUERTE...]

Con la misma velocidad y con la misma lentitud que transcurre el tiempo de la vida y la muerte, el miedo, el gran miedo a la muerte de mi madre, fue pasando...

UN DÍA NO MUY LEJANO, UN INTERROGADOR INQUIETO INDAGABA SOBRE mis experiencias periodísticas y me preguntó, entre otras cosas sin importancia, la única importante: cuál, en mi concepto, había sido o era el tema más difícil de enfrentar profesionalmente. Sin vacilación le respondí:

«La muerte... Sobre todo escribir sobre la muerte de aquellos que más hemos conocido y a los cuales se ha querido y admirado tanto...».

No creí entonces, cuando di esa respuesta espontánea y por lo tanto en cierto modo impensada, que a la vuelta de pocos días dolorosamente cargados de tantas muertes indeseadas, tendría que enfrentarme a una nueva e inapelable decisión del destino que interrumpía el maravilloso viaje por la vida de una mujer admirable a la que quería como a nadie y que como nadie me quiso.

¿Cómo, pues, escribir sobre su vida y sobre su muerte? ¿Cómo hacerlo?

Enfrentando el hecho ineludible de su muerte con mucho mayor valor de aquel que ya me había permitido afrontar, en un cortísimo lapso, el dolor inmenso por la muerte de otros seres que habían estado tan cerca de mis afectos más antiguos, más permanentes y más inmensos.

Recuerdo ahora que cuando cumplí los siete años dijeron que yo había llegado al uso de la razón. Y la razón me dijo entonces –y que me perdonen quienes crean en otras razones– que mi madre era la razón de mi vida.

Y sentí miedo.

¡Fue una sensación inaguantable!

Era el miedo a que mi madre muriera antes de que muriera yo. Y ese miedo frío me fue acompañando por cierto tiempo hasta que de pronto fue disminuyendo en su intensidad agobiadora y fue cada día menos, cada hora menos, cada segundo que pasaba menos...

Con la misma velocidad y con la misma lentitud que transcurre el tiempo de la vida y la muerte, el miedo, el gran miedo a la muerte de mi madre, fue pasando...

Fue ella, con su constante presencia, siempre audible, visible, sensible, la que rompió la gran barrera que el uso de la débil razón de todo ser humano –en su comienzo– construye contra el miedo. No siempre se logra derrumbarla.

Por eso, cuando su muerte llegó, cuando era inevitable que llegara, ya no tuve miedo. Ya no lo tenía hacía años...

Es la consecuencia de la órbita perfecta de su vida y de su muerte. Haberme preparado –habernos preparado– tan bien para que su ausencia fuera permanencia...

¿Y por qué lo es? Porque como lo dijo un gran amigo de tiempo completo: «Doña Luz vivió para sufrir y disfrutar con ustedes las buenas y las malas. En consecuencia, lo que deben es dar las gracias, en estos momentos irreversibles, por haberla tenido al lado como insustituible compañera, por tantos años, por tan largo tiempo». ¡Es exacto!

Como lo ideal no suele ser posible, aceptemos el veredicto del más alto tribunal que la ha declarado muerta. Lo acepto sin miedo, alegremente –si se me perdona y aunque no me lo perdonen– porque ella vivió para alegrar la vida de los demás aun en su muerte.

«Día a día»

Nota del compilador

Hasta la cúspide de los cincuenta años, Guillermo Cano tuvo el privilegio de contar con la vida de sus padres Luz Isaza Restrepo y Gabriel Cano Villegas.

Ella falleció el 4 de febrero de 1977, a sus 78 años, y él cuatro años después, el 23 de febrero de 1981, a sus 89 años. En ambos momentos los evocó con amor y escribió en su memoria. «Fue una mujer admirable a la que quería como a nadie y que como nadie me quiso», resaltó sobre ella. De él destacó su «línea insobornable de independencia para escribir sobre los hombres y sobre los hechos sin temor alguno». Con el aliento de los amigos y los colegas, a ambos los despidió con honores. Alrededor de sus recuerdos y sus enseñanzas quedaron registros de instantes eternos y de frases imborrables de dos seres que iluminan los caminos de la familia Cano Isaza.

Luz Isaza Restrepo nació en Medellín el 12 de enero de 1899, quinta hija en el hogar de Miguel Isaza y Clara Restrepo. Una familia de nueve hermanos (Fernando, Miguel, Luz, Ángela, Clara, Inés, Gabriela y Anita) que disfrutó a su padre poco tiempo; la viuda se encargó de la familia preparando viandas y cosiendo mantillas mientras sus hijos empacaban fósforos en pequeñas cajas. Al filo de la adolescencia, Luz Isaza se estrenó como operadora telefónica y así conoció a Gabriel Cano Villegas, en ese momento el fiel colaborador de Fidel Cano en el periódico *El Espectador*. El joven tuvo la aprobación de Clara Restrepo, que supo del esfuerzo de una familia a pesar de la persecución de los Gobiernos, con una imprenta que publicaba las novenas de los santos y las estampas de las oraciones.

Se casaron una madrugada de 1922 y como el rumbo del periódico marcaba Bogotá, con su primer hijo Luis Gabriel en brazos, hacia allá marcharon y los recibieron Agustín Nieto Caballero y Adelaida Cano, en su casa Villa Adelaida. Encontraron vivienda en el mismo sector y el 12 de agosto de 1925 llegó al hogar Guillermo. Dos hijos más, Alfonso y Fidel, completaron la familia y, entre los trajines de *El Espectador*, la infancia quedó fortalecida en las memorias de Villa Luz, en Villeta, y después de Fidelena, en San Antonio del Tequendama (Cundinamarca). Esos eran los cuatro ases de Gabriel Cano, con él en el alto llamado el Nido del Águila, para alejarse de los hijos y los nietos y marcar su canon: ninguna visita superior a diez minutos. «Activo en el trabajo, pero pasivo en la soledad», como lo describió la periodista Lucy Nieto.

El abogado Fernando Isaza fue, junto a Jesús Restrepo Olarte y Ciro Mendía, el combo de los amigos incondicionales de Gabriel Cano. Así escribió sobre su cuñado Fernando Isaza: «El timbre de sus apellidos se juntó un día al de los míos y pasamos de la amistad fraternal a la hermandad afectiva». Esas memorias dejaron momentos de luz en Antioquia, antes y después del trasteo a Bogotá, donde hubo familia que continuó la historia.

Luz Isaza «vivió para alegrar la vida de los demás», escribió Guillermo Cano en su texto «Ma: luz y guía», con el recuerdo de su notoria preocupación por el bienestar de los trabajadores del periódico, en especial por el jardín infantil que construyó junto a la cancha de fútbol, donde tuvieron primeras aulas muchas niñas y niños de la familia extendida de *El Espectador*. «El gran miedo a la muerte de mi madre fue pasando», admitió Guillermo Cano en su texto de homenaje a ella, y el consuelo provino de un amigo:

> Doña Luz vivió para sufrir y disfrutar con ustedes las buenas y las malas. En consecuencia, lo que deben es dar las gracias, en estos momentos irreversibles, por haberla tenido al lado como insustituible compañera, por tantos años, por tan largo tiempo.

Pero en palabras de la periodista Patricia Lozano, para Gabriel Cano la muerte de Luz Isaza significó perder «el calor de la perfecta compañía». Apenas cuatro años sobrevivió a su muerte. La suya llegó el 23 de febrero de 1981, acompañada de gratitud. Guillermo Cano ya había escrito y publicado el texto «Don Gabriel Cano, don Gabriel D'Anuncio, don Gabriel Quijote», para agradecer el Premio de Periodismo Simón Bolívar al patriarca.

El día de su muerte, Guillermo Cano admitió recibir una «abrumadora herencia de dignidad, de valor y de compromiso con Colombia», y en el espacio de «Día a día», sin comentario previo, incluyó el poema de Ciro Mendía, «Epitafios futuros», escrito para Gabriel Cano. «Era de humo, y de agua, y de tristeza, ese varón de frágil estatura. Todo en él era blanco, la blancura de su alma era exacta a su cabeza». Gerente, cajero, cobrador, pagador, abogado sin título, periodista, un hombre incansable que edificó una familia y consolidó un periódico.

> No nos avergonzamos, como no se ha avergonzado don Gabriel D'Anuncio, en seguir mirando los balances y comprobando los ingresos y los egresos, porque la libertad plena de la prensa también se defiende con la solidez limpia de su economía.

14 de octubre de 1979

RECUERDOS MUY PERSONALES

Al Poeta, mi Poeta, creo que lo conocí cuando tuve lo que suele decirse la capacidad humana de conocer a los semejantes. Es decir cuando uno es apenas cosa nada.

YO LE LLAMABA POETA. ÉL ME LLAMABA NEGRO. CREO QUE LO CONOCÍ DE siempre y él de siempre me conoció. Para mí fue un segundo padre, tan bueno como el verdadero que vive, gracias a Dios; un hermano, tan comprensivo como los de la sangre que viven, gracias a Dios; un amigo, mejor que mis más escogidos amigos que viven, gracias a Dios. Por todo eso y por mucho más me atrevo a escribir ciertos episodios personales de su vida que son parte de mi vida, cuando Ciro Mendía, mi Poeta, ha muerto.

No los traigo a la memoria ni a la cuartilla con la amargura de un dolor que me abre heridas donde más suelen mortificar, sino con la cierta agridulce alegría con que compartimos –yo por lo menos compartí y creo que también él las compartió– las circunstancias más contradictorias, pero siempre rodeadas del hálito maravilloso de la comprensión.

Al Poeta, mi Poeta, creo que lo conocí cuando tuve lo que suele decirse la capacidad humana de conocer a los semejantes. Es decir cuando uno es apenas cosa nada. Y desde entonces ingresó por la puerta grande de mis querencias afectivas, sin reservas ni mucho menos con exigencias: simplemente el Poeta, mi Poeta, comenzó a formar parte de la vida mía. Aquí en Bogotá, más tarde en Medellín, luego en el medio trópico de Villeta, más tarde en la costa Caribe y en sucesión interminable donde él estuviera y yo estuviera y aun donde ni él ni yo estábamos coincidiendo físicamente. Nos ligaba, si no los lazos de la sangre, sí el maravilloso conducto de la identificación en las alegrías y en los dolores, pero sobre todo y por siempre, un no sé qué coincidente criterio sobre el eterno e indescifrable misterio de la vida y de la muerte, de sus alegrías y de sus frustraciones, de cómo manejarlas con cierta medida dolencia y una siempre abierta expectativa ante las sorpresas con que nos desafía.

***

Lo veía, lo oía, lo sentía reír y llorar cuando yo apenas intuía lo que era llorar y reír. Pero más tarde, al crecer, el Poeta, mi Poeta, se hacía más y más figura real y humana para mí, y a la poca edad de los siete años ya declamaba versos de sus versos. Su presencia, con sus ausencias –nosotros aquí, él en Medellín–, se fueron marcando por el signo de una admiración y de un afecto indeclinables, por quien se asemejaba a mi padre y era igual a mis hermanos y se identificaba con mis amigos.

Ya más tarde, todo se fue estructurando como un gigantesco e indestructible y maravilloso edificio –de amistad y cariño– que lo es para toda la vida y lo será para la eternidad mía, si es que la merezco. A tal punto lo admiro que no me tiembla la mano, ni la inteligencia, ni mucho menos el corazón, al declarar de manera pública el culto a su personalidad.

Pero ¿cómo no declararla, si la merece? Por lo menos así lo creo.

***

CONTEMOS HISTORIAS... Durante muchos años, desde que escribió su primer poema, hasta ayer en que su creación se quedó callada para siempre, y sobre todo en estos últimos días, sobre la obra poética del Poeta, mi Poeta, se han escrito admirables comentarios de lo que significa en su contenido, en su mensaje, en su forma y en su fondo la poesía de Ciro Mendía. Ciertamente no contribuyo yo, no podría contribuir, con un nuevo aporte a todo lo que se dijo, se dice y se dirá del Poeta y de su poesía.

Prefiero hablarles a mis gentes de cómo, por ejemplo, en las vacaciones anuales de fin de año emigrábamos la familia Cano con el Poeta a bordo hacia Pradomar a disfrutar de unos días de descanso que se convirtieron para todos en inolvidable recuerdo de lo que podríamos llamar los «mejores días del pasado», aunque en el presente aún tengamos, inclusive con la ausencia material del Poeta, los «mejores días del presente» y nos esperen todavía –si Dios lo quiere y el Poeta nos ayuda desde lo alto– los «mejores días por venir».

Digamos, por ejemplo, que cuando yo tenía quince años y él me triplicaba la edad, alquilábamos una pequeña barca para que nos acercara hasta un débil muelle flotante, utilizado entonces por los pescadores, pero sobre todo por turistas de físico incansable que, luego de larga lucha con el mar y con sus olas, llegaban hasta él para extenderse sobre las tablas sin pulir a recibir el sol y descansar. Siempre, día a día, sobre las maderas, reposaba de mañana y tarde una hermosa, atractiva, sexy-irresistible morena, cuyo cuerpo estaba cubierto por un estrechísimo traje de baño color blanco jabonado. El Poeta, mi Poeta, se enamoró de ella. Y me llevaba en sus viajes de observación para regresar a la playa de Pradomar habiendo visto mucho sin tocar nada. Entonces subía a la caseta en la pequeña montaña y exclamaba:

–«Esa "popa enjamonada" es más peligrosa que una barracuda...».

Pero, a pesar del temor físico que les tenía a las barracudas, que por allí rondaban cerca del muellecito, don Ciro salía todos los días a desafiar a la Barracuda, que mal ocultaba su popa con un traje blanco enjabonado, pero cuando ya al atardecer la «barracuda de la popa enjamonada» se retiraba a quién sabe qué misterioso descanso de sol para recibir brisa y luna, entonces el Poeta, mi Poeta, se encerraba en un elocuente silencio y creaba, sin escribirlos, sus poemas nuevos. A la madrugada se despertaba y me los decía, antes de que a la playa, por el mar y hacia el muelle, apareciera la «popa enjamonada...».

***

Fue entonces cuando me di cuenta de una extraña verdad: las arrugas en el rostro ajado del Poeta, mi Poeta, no eran marca alguna del transcurso de los días. No. Cada arruga, desde la más pequeña e identificable, surgía cuando creaba un verso. No por dolor, como en los partos. Sino de tranquilidad. Yo me atrevería a decir que si se contaran hoy los versos y poemas del Poeta, mi Poeta, nos encontraríamos con que la cifra coincide, como lo podría certificar moderna calculadora, con el número de arrugas que su propia creación dejó de herencia para siempre. Y si encontráramos una arruga inconclusa en su rostro, podríamos estar ciertos de que inconcluso quedó uno de sus poemas. Él no se arrugaba por viejo. Sus arrugas tienen el nombre propio de poesías, de poemas, de versos... Yo sé que hay arrugas no terminadas, cuando la muerte se lo ha llevado. La última vez que lo vi aquí en Bogotá, en mi hogar, comenzó a decirnos versos que él había estado creando alrededor de mi madre, Luz Isaza de Cano, a quien llamaba tan amorosa y bellamente «Ma». De pronto agregó, inspirado, una cuarteta. Y entonces, para mi asombro y mi comprobación, comenzó a extenderse en su rostro tan bellamente arrugado de inspiración, una arruga más. No sé si ese poema quedó inconcluso. Pero de lo que tengo certeza es que quedó grabado en el bronce arrugado del poeta para siempre...

***

VOLVIENDO A PRADOMAR. Regresemos de nuevo por un momento a Pradomar. Fue costumbre que en esas vacaciones de fin de año jugáramos al «póker» familiarmente. Sobre esto ya Gonzalo Mallarino escribió en su «Ventana al mundo» algunos apuntes. Pero habría que agregar que a la orilla del mar, los Canos y el Poeta, mi Poeta, y accidentalmente algunos amigos, jugábamos, no el dinero ni la vida sino la distracción que nos permitía pasar la última noche del año con las cartas del naipe en las manos.

No sé por qué razones inescrutables, el Poeta y yo siempre perdíamos. Y además de perder unos pocos billetes, los pocos que teníamos, agotábamos nuestra existencia de cigarrillos, fumador él, como yo, incurable. Al amanecer del nuevo día nos fumábamos las colillas. Teníamos que iniciar el viaje de regreso. Un taxi, increíblemente cumplido, nos esperaba a la puerta. Nos conducía, implacablemente, al aeropuerto de Soledad. Atrás quedaban los que, por diversas razones, se podían quedar. El Poeta, mi Poeta y yo, volvíamos a la vida de siempre. La alucinación del descanso de la «popa enjamonada» quedaban atrás...

Llegábamos al aeropuerto de Soledad, de Barranquilla, muy de madrugada fría, pero cálidamente húmeda. Sin una colilla. Sin cinco. La soledad de dos en compañía. Su avión salía para «el Medellín de sus entretelas», un poco antes que el mío. Yo volaba luego hacia «el Bogotá de mi trabajo».

Nos despedíamos silenciosamente con un abrazo, sin palabras inútiles, «hasta diciembre, cuando les ganaremos a esos Canos todo lo que nos han quitado» y entonces «pediremos champaña a las cinco de la mañana en el aeropuerto de Soledad...», cosa que jamás pudimos hacer... Si alguna vez lo puedo hacer, de ahora en adelante, habrá una copa servida y el brindis será por el Poeta, mi Poeta...

***

LA LLUVIA EN MEDIO DE LA NOCHE. Pero el Poeta, mi Poeta, no siempre perdía el juego. Pradomar y los Canos eran como una advertencia permanente de que en el juego ordenado puede no haber desquite pero no hay pérdida mayor, y que en cambio el juego licencioso a veces da mucho pero quita más. Viene el recuerdo porque el Poeta, mi Poeta, había estado jugando más de lo prudente en la ruleta del casino, tolerado o acaso legalizado, de «Moisés», al norte de Bogotá, cerca de Usaquén, donde había perdido sus buenos pesos. Y «Ma» –su «Ma»– le había llamado sutilmente la atención.

Cierta noche, sin embargo, y para mí, apenas un adolescente, fue una imagen imborrable ver y sentir al Poeta y a mi madre regresar a casa después de haberlo pasado «bomba» donde «Moisés». La ruleta reventó en 17 y el poeta ganó un pleno bien alimentado y condimentado. El Poeta, sin quitarse su boina, puso a llover de los cielos rasos de nuestra casa billetes y más billetes. Esa noche dejó sobre el lecho mío y el de mis hermanos, un billete nuevo de cien pesos de entonces.

Había ganado. Al día siguiente no le quedaba ni un centavo de su ganancia en el bolsillo.

Siempre le gustó jugar con la vida para ganar o para perder. Y jamás podría decirse si ganó claramente o perdió. El suyo fue un empate permanente. Y aunque la muerte tenía que ganar a la postre. Fueron muchas las veces que jugando a la carta de la muerte la ganó con la de la vida...

***

PUNTO FINAL. El Poeta, mi Poeta, no murió de mal de arrugas. Murió lleno de arrugas, es cierto, pero sin un centavo, a diferencia de la Pobre Viejecita...

Murió cargado de pensamientos y de poemas. Y murió cuando ya en su cuerpo físico visible no cabía una arruga más y fue entonces cuando el volcán en permanente erupción creativa se quedó mudo, silencioso, como una gran cumbre nevada que congeló para siempre su inspiración, para desgracia de la inteligencia y de Colombia.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

El 5 de octubre de 1979, en las residencias San Juan de Dios, ciego, sin un centavo y en una clínica de reposo situada en La Ceja (Antioquia), murió Carlos Edmundo Mejía Ángel, conocido en el mundo de las letras como Ciro

Mendía. «A los 87 años, cinco meses y cuatro días, muy bien bebidos y mejor vividos», como escribió Saúl Aguirre usando palabras de Antioquia. Un amigo incondicional de *El Espectador* y de la familia Cano desde que el periódico publicó sus primeros poemas por insistencia de otro baluarte de la casa, el periodista y abogado Horacio Franco. Desde esos lejanos días de 1919, Ciro Mendía fue «un compañero fraterno e inolvidable» y «uno de los más asiduos y luminosos tripulantes del "barco de papel"» que describió Lino Gil Jaramillo en su obra clásica sobre las remembranzas del periódico.

En su «Libreta de apuntes», Guillermo Cano lo reconoció como su «segundo padre» y escribió que supo de su cercanía a la familia desde cuando tuvo capacidad humana de conocer a los semejantes. En muchos momentos de su vida en Bogotá, Medellín, Villeta o la costa Caribe, el poeta Ciro Mendía lo vio llorar y reír al declamar sus versos o contar historias. Ambos perdieron siempre con las cartas del póker en los paseos en Pradomar, pero de esas frecuentes victorias y derrotas en los caminos de la vida surgió un editorial del periódico y un escrito aparte de Guillermo Cano para despedir a su poeta de cabecera. Un homenaje desde el corazón para un entrañable de la familia que a él lo llamaba Negro, y que después de muerto continuó provocando risas compartidas desde el recuerdo de su espíritu burlón.

Nacido en Caldas (Antioquia) en mayo de 1892, primero se hizo famoso como fabricante y volador de cometas en los campos y las veredas de su terruño y de Yarumal, y después empezó a deslumbrar con sus versos, atendiendo siempre el consejo del maestro Tomás Carrasquilla: «Fuera de los clásicos no hay salvación». Los suyos fueron los españoles del Siglo de Oro con Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Francisco de Quevedo y Miguel de Cervantes. De esa disciplina despuntaron más de seiscientos sonetos. «Te recomiendo, amor de mis temblores, / que cuando tú mi tumba tengas lista, / esté provista, pero bien provista, / de teléfono, baño y ascensores», escribió para ser leído «Después de muerto», con la cadencia y los recursos fónicos que hicieron de su literatura un legado que se sigue leyendo.

Inicialmente fue empleado de la Junta de Cambios de Antioquia, pero después montó su propio negocio: la tipografía Fotoclub, situada en la carrera Bolívar, entre Boyacá y Calibío, en Medellín, en un primer piso que engalanó después de ganarse el premio mayor de la lotería de la ciudad. Su vecino del segundo piso resultó ser el abogado y escritor Fernando González Ochoa, el filósofo de Otraparte, en Envigado, también del círculo de los Cano de *El Espectador*. Durante buen tiempo, al menos cinco veces al día, se detuvieron para fumar y compartir conversaciones desde sus mentes iluminadas.

El escritor Felipe de Barajas elaboró un escrito publicado en el periódico *Impresiones*, de Medellín, titulado «Confesiones de dos viejos niños», que se convirtió en una pieza de antología del acervo cultural de Antioquia. «Un ángel con malas palabras y un demonio con arrugas».

Como relató Saúl Aguirre en su «Memorial en blanco y negro sobre Ciro Mendía», uno de sus clientes resultó ser el poeta Porfirio Barba Jacob, a quien le editó quinientos ejemplares sin recibir un peso. Larguezas de la vida bohemia en Medellín que dejaron libros de poesía y siete de teatro con memorias de barras llenas en las representaciones de sus comedias en el Teatro Bolívar. P*rometea desencadenada*, *Arrayanes y mortiños* y *La dulce mentira*, un repertorio siempre acompañado de buenos aguardientes con cáscaras de limón y amenas secuencias de su dramaturgia enmarcada en la gracia para abordar la cotidianidad de la vida campesina y luego urbana. Un tiempo de dramas y comedias mientras él paseaba las calles de la capital de Antioquia con capa española y sombrero de alas anchas.

Un día emigró a Bogotá y fue jefe de personal de *El Espectador.* En otro tiempo también fue jefe de relaciones públicas del periódico. En contacto con la familia Cano, desarrolló una intensa vida cultural que lo llevó a ser rector de la Biblioteca Nacional y luego agregado cultural de la Embajada de Colombia en España, regentada por su amigo Alberto Jaramillo Sánchez. A su retorno al país, ofició como promotor de extensión cultural en la Secretaría de Educación de Antioquia, cargo desde el cual divulgó a muchos autores de la región, sin declinar en su propia obra, que continuó creciendo desde la genialidad, desde «el espíritu que no se doblega, de la rebeldía que no sucumbe –y acaso se expresa mejor– al traducirse en una sonrisa», como concluyó el periódico desde el editorial «El poeta ha muerto».

> Yo no quiero morirme ni de broma, me gusta más la pera que el fibroma,
> más la luz que los largos apagones. Me gusta más la risa que el lumbago,
> por un responso que me den un trago, y el cielo se lo dejo a los gorriones.

Así advirtió Ciro Mendía desde su poema «Nada de misereres». Pero un día de octubre de 1979, con cataratas en los dos ojos y la misma alegría con la que vivió escuchando música o escribiendo versos, se apagó su luz y dejó su desenfadado legado. «El cielo debe ser muy bello, Ciro, muy bello», le comentó Fernando González sobre el miedo a la muerte. «Y además no hay que pagar arrendamiento», agregó Ciro Mendía. Murió como vivió, y se lo había advertido a una enfermera que le indagó inquieta sobre qué debía hacer si lo encontraba muerto. «Pues haga el favor y no me despierte».

EL ESPECTADOR trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico.
FIDEL CANO

EL ESPECTADOR

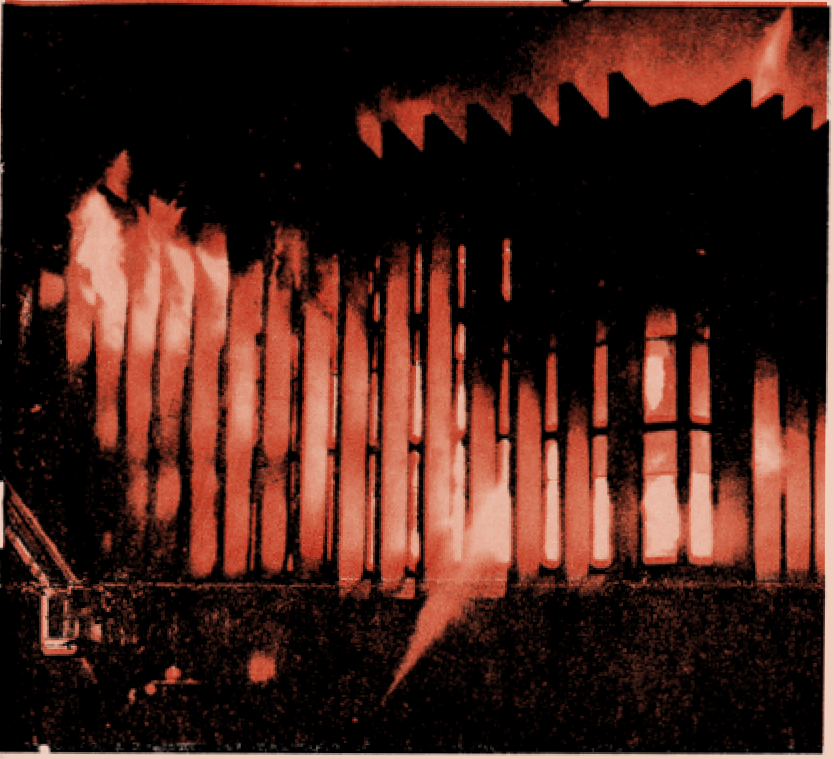
Bogotá, viernes, 8 de noviembre de 1985

[illegible] PÁGINAS [illegible] CUADERNILLOS [illegible] INSERTO
$40.00 Bogotá, Cundinamarca, Boyacá, Tolima, Meta y Huila
$45.00 Resto del país

AÑO [illegible]

HOLOCAUSTO EN LA JUSTICIA

Asesinados 8 magistrados de la Corte



El Palacio de Justicia, envuelto en llamas en las últimas horas del miércoles 6 de noviembre.

Doctor Alfonso Reyes Echandía, presidente de la Corte Suprema.

Almarales mató a Reyes Echandía

[illegible] Alfonso Reyes Echandía [illegible] Palacio de Justicia de Colombia, por un comando del M-19 [illegible]

[illegible]

[illegible] Andrés Almarales [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] M-19

Continúa en páginas [illegible]

Esta edición incluye:

[illegible] El Espectador [illegible]

Respaldo a actitud firme del Gobierno

Por CARLOS MURCIA

[illegible] M-19 [illegible] Palacio de Justicia [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] El Espectador [illegible]

500 atrapados entre las balas

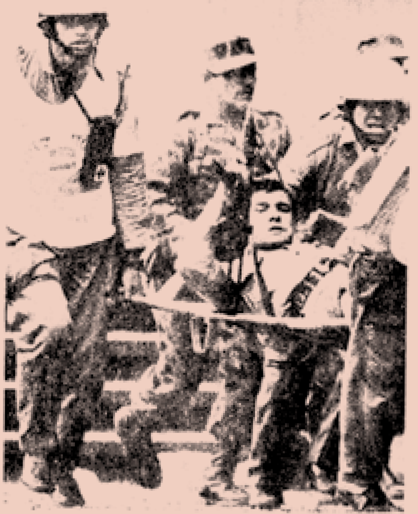
Por FABIO CASTILLO

"[illegible]".

[illegible] Palacio de Justicia [illegible] M-19 [illegible]

[illegible] Corte [illegible]

[illegible] "Ejército de Liberación Nacional" [illegible]



Operación rescate

Gremios piden revisión al proceso de paz

[illegible] Palacio de Justicia [illegible] Belisario Betancur [illegible] proceso de paz [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] M-19 [illegible]

Textos publicados entre 1980-1986

LA DÉCADA DE LOS 80

LO MISMO UNO QUE CIEN... 149 - UN DÍA PARA RECORDAR... 155 - DEFENSA DE LO DEFENSABLE... 163 - BREVE RECUERDO DE UN GRAN AMIGO Y COLEGA 169 - UNA FINAL EQUIVOCADA 175 - «AMNISTÍA Y DERECHOS HUMANOS» 181 - DE UNA BRUTALIDAD INAUDITA... 187 - DEJAD A LOS NARCOTRAFICANTES... 195 - LA CREDIBILIDAD DE UN PERIÓDICO 201 - LAS CINTAS DEL CONGRESO 86 209 - ¿DÓNDE ESTÁN QUE NO LOS VEN?... 217 - PERFIL DE CORAJE 225 - DE LA BUENA FE Y DE LOS BUENOS PROPÓSITOS 233 - LA MANIPULACIÓN DE LOS PERIODISTAS 241 - EL CAUCA: ENTRE TODOS LOS FUEGOS 249 - EL ASESINATO DE OTRO JUEZ 255 - LA NEFANDA JORNADA NOVEMBRINA 261 - UN BUEN PRESIDENTE BUENO 269 - SI PUDIÉRAMOS DETENER EL TIEMPO 275 - NAVIDADES NEGRAS 279

EL MUNDO LLEGÓ CONMOCIONADO A LOS AÑOS OCHENTA POR EL ATAQUE DE tres columnas blindadas del Ejército Rojo de la Unión Soviética al territorio de Afganistán. Esa invasión provocó la reacción de Estados Unidos con un boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú, que tuvo el respaldo de 58 países. En Colombia, la década también empezó agitada. El 27 de febrero de 1980, un comando del M-19 interrumpió en un acto social en la sede de la Embajada de la República Dominicana, y desarrolló una toma guerrillera de dos meses que terminó con la salida de los insurgentes y doce embajadores rehenes hacia Cuba. No lograron liberar de las cárceles a los presos políticos como fue su propósito, pero sí se llevaron consigo una millonaria suma como un añadido económico en la solución pactada con el Gobierno Turbay.

El capítulo de la Embajada de la República Dominicana terminó como abrebocas de la idea que puso en marcha el Gobierno Turbay para contener el protagonismo político de las guerrillas, en especial el M-19. En marzo de 1981, el Congreso aprobó una ley de amnistía para los alzados en armas no incursos en delitos comunes. Los grupos insurgentes rechazaron la iniciativa y continuó la guerra. Un desembarco fallido de combatientes del M-19 en las costas de Chocó y Nariño tras un curso de instrucción militar en Cuba fue el pretexto del Gobierno nacional para romper relaciones con el de Fidel Castro. En medio de la crisis, el escritor Gabriel García Márquez salió protegido a México y la promesa de no volver hasta no ver aclarados los señalamientos en su contra desde los cuarteles militares.

Retornó como premio nobel de literatura en 1982, con los rostros cambiados en los estrados del poder. Ante la división del liberalismo entre las candidaturas de Alfonso López Michelsen y Luis Carlos Galán, la victoria fue para Belisario Betancur, y su llegada a la Casa de Nariño cambió los referentes. Del Estatuto de Seguridad de Turbay se pasó a la prisa por la paz: en cuatro meses se aprobó en el Congreso una ley amplia de amnistía, y los presos del último cuatrienio salieron libres. Los sectores adversos a la política de paz levantaron sus voces y el presidente Betancur se comprometió a desenmascarar al grupo asesino que desplegaba la guerra sucia: el movimiento Muerte a Secuestradores (MAS), que se volvió un pretexto para asesinar dirigentes de derechos humanos y líderes sociales. Cuando el procurador Carlos Jiménez reveló sus entrañas, la paz mostró sus verdaderos obstáculos.

Tres meses después renunció el alto comisionado de paz, Otto Morales Benítez. El exministro John Agudelo Ríos retomó las alicaídas banderas, y entre mayo y agosto de 1984 logró la firma de acuerdos de cese al fuego con las FARC, el M-19 y el EPL. La paradoja es que al mismo tiempo sucedió el destape del narcotráfico, que promovió una guerra inesperada en un cuatrienio jugado en todas sus cartas por la paz. En agosto de 1983 llegó al Gobierno, en calidad de ministro de Justicia, el dirigente del Nuevo Liberalismo Rodrigo Lara Bonilla, quien destapó la olla podrida. Ocho meses después, el 30 de abril de 1984, fue asesinado al norte de Bogotá y, en defensa de la sociedad y del Estado, al día siguiente el presidente Betancur anunció la aplicación del

Tratado de Extradición. La fachada de Los Extraditables selló el comienzo de su barbarie y su chantaje.

En el entorno crítico de una tregua sin verificación convincente y la arremetida del paramilitarismo y el narcotráfico, con acciones conjuntas o separadas, pero funcionales al negocio de la violencia armada, llegó el año de 1985, de difícil tránsito. Los magistrados de la Corte Suprema de Justicia comenzaron a recibir graves amenazas si no tumbaban la ley aprobatoria del Tratado de Extradición. El asunto se volvió una bomba de tiempo y, el 6 de noviembre de 1985, un comando del M-19 tomó por asalto el Palacio de Justicia. En breve, las Fuerzas Armadas reaccionaron y se generó una batalla de dos días que dejó un centenar de víctimas mortales, la mayoría funcionarios judiciales, once magistrados de la Corte Suprema de Justicia muertos y doce personas en calidad de desaparecidos.

En medio de la zozobra, los señalamientos y la impunidad, una semana después del holocausto del Palacio de Justicia, una avalancha causada por un deshielo en el Nevado del Ruiz arrasó con la población de Armero y dejó al menos veinticinco mil víctimas mortales. En un entorno de pesadumbre gubernamental, la última bandera de paz del Gobierno Betancur fue su aval para la creación del grupo político Unión Patriótica, producto de los acuerdos de paz con las FARC-EP. El desenlace del cuatrienio Betancur y el empalme con el Gobierno de Virgilio Barco mostró los rostros de una guerra generalizada no resuelta. Las masacres aumentaron sus víctimas y los magnicidios se volvieron normales. El 17 de diciembre de 1986, un sicario acabó con la vida del director de *El Espectador*, Guillermo Cano.

MIS

13 de abril de 1980

LO MISMO UNO QUE CIEN…

Lo más importante, en esto como en todo, es prevenir antes que curar. Que no haya torturas para que no sea necesario investigar y sancionar a los torturadores.

TESIS DEL GOBIERNO COLOMBIANO EN LOS DIÁLOGOS CON LOS GUERRILLEROS terroristas que ocuparon la Embajada de la República Dominicana y tomaron como rehenes a dos decenas de altos diplomáticos acreditados en nuestro país, a más de varios civiles y entre ellos algún calificado lagarto de embajada, es la de que lo mismo es liberar un preso que siete, veinte, cien o trescientos once. Es una tajante respuesta a las exigencias de los terroristas quienes piden, entre otras cosas, desde un principio, la libertad de 311 presos políticos, cifra que han llegado a disminuir a siete en los últimos días.

El largo proceso de las discusiones precisamente ha encontrado en el punto de la libertad o de la no libertad de los presos, que los guerrilleros llaman «políticos» y el Gobierno «delincuentes comunes», el principal escollo para una acuerdo, puesto que otros puntos tienen varias vías de solución y otros del «pliego de peticiones» de los terroristas ya se han obtenido.

¿Podrá encontrarse algún camino nuevo para superar el real *impasse* de las negociaciones?

Difícil creerlo. Las posiciones al respecto son sumamente verticales y en ellas están encasilladas las dos partes. La frase infortunada del presidente

Alias la Chiki en las negociaciones luego de la toma de la Embajada de la República Dominicana por parte del M-19. *El Espectador* / Comunican S. A., 13 de abril de 1980.

Turbay en su promocional periplo europeo de que él era «el único preso político en Colombia» –frase llena de ironía y muy del estilo Turbay– vino a convertirse, con el pasar de los días, en bandera de las exigencias terroristas. Y para mal del Gobierno han ocurrido hechos en los últimos días que colocan al presidente y a su equipo de gobierno en posición contradictoria. La libertad de la señora Salazar de Fals Borda, de Tony López y de otra persona vinculada al proceso del M-19 hace pensar en que el doctor Turbay no era el único preso político en Colombia. Esos tres ciudadanos permanecieron en la cárcel por más de un año para ser puestos luego en libertad incondicional. Y ¿cuántos de los detenidos durante la ola represiva del año pasado lo fueron por sospechas infundadas? Se los mantuvo en hora de tinieblas –vendados– para luego ser puestos en libertad. Sus ideologías eran, ciertamente, de izquierda, pero nada tenía que ver con delitos comunes o atroces. El caso Luis Vidales es suficientemente ilustrado de los excesos cometidos que no se limpian con borrar con el codo lo que se escribió con la mano.

Tenemos, pues, que la tesis oficial de que lo mismo da libertar un preso que 311 es muy sólida, pero solo en las apariencias. ¿Cuántos más de los actuales procesados que siguen pagando cárcel son inocentes de delitos comunes y atroces? Pasarán semanas y hasta meses antes de saberlo. ¡Si es que se logra saberlo...!

¡Porque que hay presos políticos, como que hubo torturas, los hay! No cabe duda, como diría Hefestos.

LO MISMO DA UNA TORTURA...

... que cien o 311. Es conveniente seguir diciendo verdades y no mentiras en asuntos tan delicados como los de los presos políticos y las torturas. Respecto de las últimas, parodiando la tesis del Gobierno, lo mismo de grave es un solo caso de torturas que cinco, veinte, cien o 311. Precisamente, al producirse el artículo de Hefestos, que refleja el pensamiento y el criterio del expresidente Carlos Lleras Restrepo, ha tenido que ser el propio Gobierno el que le informara al país, por voz del ministro de Justicia, el alvarista Hugo Escobar Sierra, que en el caso de la extraña y cruel muerte del señor Marcos Zambrano están detenidos dos miembros de las fuerzas del orden sindicados de presuntas torturas. Debemos celebrar que este asunto se esté investigando «exhaustivamente» y esperamos confiados en que esta investigación no correrá la suerte de otras muchas que se han quedado en conceptos vagos de desmentidos no plenamente satisfactorios. Quedan, además, flotando otros casos por esclarecer, como la muerte de un ciudadano en la zona de

Palanquero, atribuida por las autoridades a un «ataque cardíaco» cuando hay muchos testimonios de que antes de que el corazón dejara de funcionar, el detenido había sido sometido a atroces torturas.

Una sola tortura mancha un régimen democrático de presidencia liberal. Fácil es insistir, con la terquedad sectaria del ministro de Justicia, Escobar Sierra, que toda denuncia de torturas, se va a investigar. Pero el más alto funcionario de la Rama Jurisdiccional agrega a renglón seguido que en Colombia no ha habido y no hay torturas. Y cínicamente le dice al país que si las hubo o las hay, son cosas de subalternos que abusan de su autoridad. La tesis de Pilatos, para trasladarnos a los tiempos bíblicos. Lavarse y lavar las manos de los altos mandos, para hacer recaer la culpabilidad en los mandos medios y bajos.

«Las torturas leves, las torturas crueles, las torturas mortales» de que hablara el expresidente Lleras, ya tienen informe de respetables organismos internacionales, que obligan a algunos voceros oficiales y oficiosos a ser más serios y responsables cuando se ocupan de estas materias. La cabeza caliente del señor ministro de Justicia, cada vez que se toca el absceso inflamado de las torturas cometidas, no hace sino agravar lo que sucedió para asombro e indignación de aquellos colombianos que no tienen otro compromiso que la defensa de los derechos humanos allí donde sean vulnerados.

Para nosotros, también, como lo es para el Gobierno, liberar un preso o liberar 311, una tortura o 311 torturas, es igualmente delicado. Sobre todo porque al incurrir en el delito atroz de la tortura en un solo caso se abre el camino para que sean 100 o 311.

POSICIÓN INTRANSIGENTE

Cuando este periódico, enfrentado a la insolidaridad en que lo dejaron la casi totalidad de los otros medios de comunicación –que ahora, un año después, reconocen a regañadientes y algo arrepentidos que algo andaba podrido en Colombia–, denunció y comentó críticamente los sistemas represivos y lesivos de la dignidad humana que las autoridades estaban aplicando bajo la «protección» del Estatuto de Seguridad, nos proponíamos inermes a lograr que se detuviera la escalada de las torturas, se disminuyera la persecución ideológica, se humanizaran los procedimientos y se atajara una incipiente orgía de arbitrariedades y de injusticias. Creemos que en parte o en mucho se alcanzó ese propósito, que nos retribuye generosamente por todos los momentos ingratos que tuvimos que padecer por las incomprensiones y las mal intencionadas interpretaciones que algunos periódicos y algunos periodistas, en coro con los voceros del Gobierno de todas las categorías, le quisieron dar a nuestra limpia, reflexiva y responsable posición. Lo que de manera alguna quiere decir que nosotros quedemos satisfechos con lo que se logró. No debemos, ni deben quienes tienen algún conducto para influir poco o mucho en la defensa de los derechos humanos, bajar la guardia. El pasado tiene que afectar la conciencia de los responsables. No se puede ni se debe cubrir con el manto del olvido. Porque la tortura tiene el poder de reproducirse como el cáncer, aun después de extirpado. El peligro agudo parece haber pasado. Pero ¿cómo evitarlo en el futuro? Manteniendo una intransigente vigilancia y denunciando, cada vez que sea necesario, aquellas voces enceguecidas que proclaman la vigencia del «ojo por ojo y diente por diente», es decir, la tesis que hizo posible que se incurriera en «torturas leves, torturas crueles, torturas mortales» en Colombia bajo la justificación de que los torturados habían sido torturadores. Si se defiende el Estado de Derecho y la Justicia ciega –la única que debe estar vendada siempre–, pues a los Derechos Humanos hay que defenderlos integralmente y no solo cuando convenga a un gobierno, a un gobernante, a un militar, a un ciudadano.

La Constitución y las leyes también se violan cuando se tortura a una persona, delincuente o inocente. Lavar la sangre de la tortura con el castigo sin tortura de los torturadores es lo liberal, lo cristiano y lo justo. Pero es apenas una parte del problema. Lo más importante, en esto como en todo, es prevenir antes que curar. Que no haya torturas para que no sea necesario investigar y sancionar a los torturadores.

Así, por lo menos, lo entendemos nosotros. Otros prefieren engañarse engañando a los demás, negando lo que ha resultado innegable. En un caso, que por sí solo bastaría, o en cien o en 311 o en mil...

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

El 6 de septiembre de 1978, un mes después de asumir la presidencia de Colombia, al amparo del estado de sitio, el Gobierno de Julio César Turbay expidió el Decreto 1923 o Estatuto de Seguridad, un drástico articulado de naturaleza penal para enfrentar la insurgencia, el crimen organizado y las acciones terroristas. Su inmediata aplicación provocó una controversia pública por las denuncias de abusos contra los derechos humanos y los señalamientos apuntaron a la Brigada de Institutos Militares (BIM), encargada de las detenciones y los interrogatorios. El Gobierno Turbay justificó las facultades concedidas a las Fuerzas Armadas por la arremetida de los grupos guerrilleros y el asesinato del exministro Rafael Pardo Buelvas, cometido en su propia casa al norte de Bogotá en ese mismo mes de septiembre.

En la madrugada que daba paso a 1979, el M-19 sustrajo más de cinco mil armas de un depósito militar situado en el Cantón Norte de Usaquén. Lo hizo a través de un túnel de 75 metros de largo con instalaciones eléctricas, iniciado desde una casa a corta distancia de la unidad militar. En aplicación del Estatuto de Seguridad, el Ejército desplegó una vasta redada judicial en varias ciudades que permitieron recuperar parte del arsenal en Bogotá y Cali. Sin embargo, desde las primeras acciones aparecieron denuncias por la aplicación de torturas a los detenidos. En marzo de ese mismo año, deliberó en la capital el primer Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Colombia y se incentivaron los reclamos por allanamientos ilegales, detenciones masivas y torturas en guarniciones militares.

La ola de detenciones por cuenta del Estatuto de Seguridad incluyó a personalidades de la cultura y la intelectualidad, como la pianista Teresita Gómez, el poeta Luis Vidales, el sociólogo Orlando Fals Borda y María Cristina Salazar. El hijo del poeta León de Greiff, el ajedrecista Boris de Greiff, fue conducido por cinco agentes secretos hasta el despacho del general Miguel Vega Uribe, para que revelara el sitio donde el M-19 tenía escondida la espada del Libertador Simón Bolívar. A Luis Vidales, de 75 años, lo tuvieron con los ojos vendados durante quince horas en la Escuela de Caballería, y el general Vega comentó que no sabía que era un poeta de fama internacional. Él solo necesitaba una explicación. Este tipo de situaciones creó en el país una polarización respecto a la defensa de los derechos humanos.

En momentos cruciales de esta polémica, Guillermo Cano intervino desde su «Libreta de apuntes» para fijar una posición inequívoca. «Preferimos hacernos presentes de inmediato y cuantas veces sea necesario, aun a riesgo de pecar de ingenuos, si llegan a nosotros advertencias de que por ahí anda suelto en predios colombianos el lobo torturador», comentó el 4 de marzo de 1979 desde el editorial «¡Que viene el lobo...!». El caricaturista Héctor Osuna acompañó con ingeniosos diálogos entre los equinos en las caballerizas y, desde los escritos «Nos trataron muy bien...» y «Si eso es oposición...», el director de *El Espectador* volvió a advertir los excesos, defectos y peligros del Estatuto de Seguridad de Turbay para el ejercicio de la democracia y la libertad en Colombia.

La reacción del M-19 se presentó el miércoles 27 de febrero de 1980, cuando un comando de doce guerrilleros se tomó por asalto la Embajada de la República Dominicana en Bogotá, donde se celebraba un nuevo aniversario de la independencia de esa nación, y tomó como rehenes a catorce embajadores, entre ellos el nuncio apostólico Angelo Acerbi y el diplomático norteamericano Diego Ascencio. La toma de la embajada dio lugar a una negociación política de dos meses, en medio de la expectativa del periodismo nacional e internacional. Los comunicadores levantaron carpas en un parque contiguo a la sede de la embajada y así surgió Villa Chiva, que hasta el 27 de abril mantuvo el interés mediático por el desenlace de la toma guerrillera. En este contexto de dificultades y dudas, el 13 de abril de 1980, Guillermo Cano escribió «Lo mismo uno que cien».

Los guerrilleros del M-19 no lograron su cometido de liberar a los presos políticos, pero sí una millonaria recompensa. Además partieron con sus rehenes hacia Cuba. En criterio del Gobierno Turbay, fue un triunfo de Colombia por la solución incruenta. Para el M-19 fue una nueva opción de poner en la vitrina del mundo la causa de los derechos humanos en Colombia. En opinión de Guillermo Cano, lo primordial fue concluir que «La Constitución y las leyes también se violan cuando se tortura a una persona, delincuente o inocente». En julio de 1985, el Consejo de Estado condenó al Ministerio de Defensa por torturar a la médica Olga López Jaramillo durante el Estatuto de Seguridad. Guillermo Cano escribió el texto «Una novela de horror», para testificar esos días que no permitieron dudar en la defensa de la vida.

8 de febrero de 1981

UN DÍA PARA RECORDAR...

Gracias a todos por las horas tan gratísimas vividas juntos, y sobre todo por la amistad que nació en una vieja plaza que alguna vez quisieron tumbar pero que está ahora en medio de monstruos de concreto y ladrillo, como una verdadera joya preciosa de valor incalculable.

CONFIESO QUE ME HE RETIRADO DE LA FIESTA DE LOS TOROS. PERO HOY hago un paréntesis a mi retiro aficionado de tiempo completo por más de treinta años, para concurrir a la corrida goyesca de esta tarde con la cual se conmemoran los cincuenta años de la inauguración de la bellísima Plaza de Santamaría.

Cuando se dio la primera corrida, el 8 de febrero de 1931, apenas tenía yo cinco años y medio de edad. Poco, mejor dicho nada, conocía de la fiesta brava. Apenas litografías vistas a la ligera en periódicos y revistas. No soy, pues, aficionado de tanta antigüedad como los doctores Forero Vélez y Piquero que, por entonces, no solo eran espectadores sino críticos de los acontecimientos taurinos.

Habría de ser siete, ocho o nueve años después de las fiestas celebradas al abrir sus puertas la Santamaría, que el gusanillo taurino apareció en mi sangre, curiosamente en una sangre sin antecedentes de tal naturaleza ni por padre ni por madre. Ni por abuelos ni bisabuelos. Creo haber sido el primer Cano que se aficionó a la fiesta de los toros, con tanta fiebre que no me contentaba con presenciar las corridas y escaparme a los «mentideros taurinos» a escuchar impertinentemente a los «pontífices» que en cafés y cafetines discutían de día y de noche sobre un pase, un muletazo, una estocada, la mansedumbre o la bravura, la nobleza o el sentido de un toro, sino que poco a poco me hice –lo que algunos llaman pomposamente– aficionado práctico. Y todo por culpa de los amigos que nacieron alrededor de la fiesta de los toros y de la Plaza de Santamaría... Y a esos amigos es a quienes quiero referirme brevísimamente hoy, en microrrecuerdos, en una fecha para recordar...

Los mejores amigos que he tenido y tengo –con excepción de algunos de los tiempos escolares– están o estuvieron vinculados a mis aficiones taurinas y nacieron, podría decirse, en la arena o en la gradería de la plaza que hoy cumple cincuenta años de existencia. Se me escaparán nombres, involuntariamente, pero mencionaré más adelante algunos, entre ellos los que me apadrinaron y me condujeron de sus manos y conocimientos a disfrutar durante treinta años o más de un espectáculo hermoso, varonil, artístico, profundamente humano en su misma crueldad, tecnicolor de pasiones, de alegrías y de frustraciones.

***

Comenzando por Hernando Santos, Jorge Forero Vélez, Camilo y Emilia Pardo Umaña, Manuel Piquero, Antonio Rueda «Camborio», Retana –el gran vasco, ¿dónde estás hoy?–, unos muy mayores que yo, otros, como Hernando, aparejados en la edad. Todos ellos formaban parte de lo que se ha llamado y se sigue llamando el «politburó taurino» de Colombia, y aunque ciertamente sus criterios eran muchas veces, generalmente, encontrados, se confundían en la defensa de la fiesta y en la tarea más importante de hacer proselitismo. Apenas imberbe me permitieron «colarme» al sanctasanctórum de sus charlas y, lo que en principio fue una afinidad de aficiones, se convirtió en poco tiempo, para mi fortuna, en amistad con nubarrones inevitables, como existen en todas las amistades verdaderas.

***

Y fue por ellos como fui «ampliando el círculo» de mis amistades taurinas entrañables. Ingresé al «clan Dominguín» –¡gracias a Dios!, por la puerta grande–, en donde don Domingo y doña Gracia, personajes inolvidables; «Pochola» y «Carmiña», dulces, bellas y suaves; Domingo, genio hasta la sepultura; «Pepe», formidable compañero; Luis Miguel, el astro entronizado, solo humano en la intimidad de sus afectos, me tendieron su mano para guiar, aconsejar, distraer y compartir. Con ellos y por ellos conocí a tantas grandes figuras del toreo, muchas de ellas importantes más por su propia personalidad humana que por sus excelsitudes artísticas. Domingo Ortega, valga un ejemplo. Y muchos otros que alcanzaron mediana gloria, pero que eran estupendas muestras de sensibilidad humana: «Chalmeta», «Rafaelillo» –cosido por las cornadas–, Pericás, Ritoré, ¡cuántos Dios mío! Y no poderlos recordar a todos aunque los tengo dentro de mí… Antonio Reyes «Nacional», empresario sin avaricias y amigo sin debilidades…

Capítulo aparte, el clan Bienvenida con Antonio y sobre todo con Ángel Luis, el de la Vergüenza de Ávila, que se quedó a vivir en Colombia varios años, en su selva impenetrable en tiempos de violencia que es mejor no recordar.

Apareció «Conchita» Cintrón con Ruy Camará, el caballero portugués y su gentilísima esposa. ¡Qué épocas aquellas, señor don Guillermo!… Corridas, becerradas, zarzuela, cenas, almuerzos, viajes. Y esa mujer admirable, más valiente que el hombre más valiente, y más suave que la más delicada de las mujeres, realizó el prodigio de engendrar una gran generación de aficionados taurinos que siguen siéndolo hoy. A la semilla fertilísima sembrada por los Dominguines y a las que ya venían un poco débiles de los tiempos de la inauguración de la Plaza de Santamaría, llegó con «Conchita» Cintrón la gran cosecha que puso a Bogotá y a Colombia a la cabeza de la fiesta de los toros en América, abajo de México. Hablando de los mexicanos, recordamos a Luis Procuna, el mechudo, con sus espantadas. Y con él y por ellas se nos viene a la memoria «Gitanillo de Triana», tan gitano y auténtico en todo. Y «Cagancho».

***

¿Y cómo olvidar a «Manolete»? Disfruté de su confianza y me hice a su amistad. Gracias a don José Flórez Camará, gentilhombre si los hubo y si los hay. Modestia aparte, fui muchas veces confidente del genio de Córdoba. Lo que me contaba me lo contó para mí. Para nadie más.

***

De la era post Manolete, desfilan por mis reminiscencias taurinas Antonio Ordóñez, Pedro «Perico» Pedres, compañeros de juegos en el «Picacho Antioqueño», Julio Aparicio, «Parrita» y el gran maestro «Paco» Camino.

Más tarde Santiago Martín «El Viti», cuyo retiro explica mi retiro. Idos los que más quería y más admiraba, quedaba Santiago. Y se retiró. Tuve una tarde –la última en que fui a toros– la sensación de que la tauromaquia había terminado para mí como aficionado normal; porque como aficionado práctico la coleta me la corté cuando me rompí un codo por presumido, al darle la espalda a una vaquilla dizque para recibir la ovación y me enredé en la muleta, caí grotescamente y el brazo me quedó al revés... La becerra ni siquiera me tocó.

No sé si me equivoqué al retirarme o si lo hice a tiempo. Si lo de hoy es mejor que lo de ayer. «Palomo» Linares me sigue haciendo «tilín» cuando lo veo torear. Como «Pepe» Cáceres, torero cuya amistad me honra y a quien profeso una admiración inmensa. Pero hay algo que creo que también sintió en su momento el gran Luis Castro cuando se fueron los Bienvenidas: la soledad taurina por carencia de grandeza...

***

Reunir treinta años es imposible en tan breve espacio. Queda la memoria de Santiago Iriarte, crítico insobornable como Ro-Zeta, asesor de la presidencia. Implacable y controvertido. Gran señor. Y un sacrificado de la fiesta don Eugenio de Gamboa. Y los compañeros de travesuras en el matadero de Bogotá con enormes toros cebúes que no nos mataron a todos Dios sabrá por qué. «El Chiquito» Pérez, «Bogotanito», «Pinocho», «El Bizco», «Nito» Ortega, ¡cuántos más, Dios mío, y no mencionarlos!... «Joselillo de Colombia» y su hermano «Manolo».

Y Carlos I. Mollina, por sobre todos, quien como Silverio –y que se me perdone la ridiculez– estará esta tarde viendo desde el Cielo la corrida de las Bodas de Oro de la Plaza de Santamaría.

***

Fue creciendo, siempre florecido y al mismo tiempo en producción de dulces y jugosas frutas maduras, el sólido árbol de las amistades sembrado en las arenas de la Plaza de Santamaría. Surgieron ramificaciones maravillosas e inimaginadas: «Conchita» Piquer, digamos, señora magnífica de los escenarios y especialmente fuera de ellos. A su lado, taurina y humanamente, Antonio Márquez, tan maduro en la tauromaquia y en la vida, que su contacto tuvo y su recuerdo tiene sabor a sabiduría de toros y de espíritu. Carmen Amaya, y su «tropa», cocinando gitanamente en las *suites* de uno de los mejores hoteles de la ciudad, al tiempo que invadía a la ciudad de genio con el espectáculo de su baile. Toda alma y toda inspiración. José Cebrián y Ana María Campoy, fabulosa pareja en los escenarios del teatro más clásico y de la comedia más picante y, a su lado, Carmen, la pequeña bella, amor platónico públicamente declarado. Una «Cabalgata Española» con su «cuerpo de baile» que nos hizo subir al escenario a los más tímidos para servir de comparsas. Lo más grande del baile, del canto y de la escena de su tiempo, todos cogidos de la mano por una mutua simpatía y una incancelable amistad.

***

En otra gran rama florecida del gran árbol, el señorío de los ganaderos. Doña Clara Sierra, personalidad fuerte, recia, inimitable, como sus hijas, en el trato y en el comportamiento. Francisco García, Anita, sus hijos, todos confundidos por los más sinceros sentimientos de mutua comprensión. Don José y Fermín Sanz de Santamaría, tan difíciles de entender para muchos, pero tan fáciles de entenderlos cuando se lograba el acceso desprendido de prevenciones a sus personas.

***

Por sobre todos ellos, la gran flor del amor de mi vida floreció también en ese árbol. La esposa de hoy y de siempre, se sentó un día cerca de mí en la gradería y desde entonces hemos sido el uno para el otro.

¿Cómo, pues, no recordar en este día de aniversario de la Plaza de Toros de Santamaría, que lo mejor, lo más bello, lo más alegre, lo más interesante, lo más perdurable, lo más digno y hermoso de mi vida está ineludible e incancelablemente ligado a esa plaza a la que vuelvo hoy para acaso no volver jamás?

***

Gracias a todos por las horas tan gratísimas vividas juntos, y sobre todo por la amistad que nació en una vieja plaza que alguna vez quisieron tumbar pero que está ahora en medio de monstruos de concreto y ladrillo, como una verdadera joya preciosa de valor incalculable. Que Dios y las autoridades permitan conservarla para Bogotá por los años de los años...

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Sin prejuicios, Guillermo Cano admitió que fue el primero de su familia en aficionarse a los toros. No solo como asistente a las corridas sino escuchando a los pontífices de los mentideros taurinos en los cafetines. «Era un aprendiz de periodismo con alma de novillero», comentó José Salgar al ratificar esa pasión de sus primeros escritos. Desde el 27 de junio de 1944 empezó a firmar su columna «Temblando y mandando», primero con el seudónimo de Conchito y después como Cano, a secas. El primer nombre surgió como un homenaje a la rejoneadora y torera chilena, pero criada en Perú, Concepción Cintrón Verill, más conocida como Conchita Cintrón, quien visitó Colombia, y a quien desde el Tendido Seis y en una comida en el restaurante Embajador él tuvo la oportunidad de admirar.

Hasta finales de ese 1944 firmó veintitrés columnas como Conchito, tomando posición en los debates de la época en la tauromaquia. Defendió a los toreros mexicanos criticados por sus colegas, resaltó el estilo de Juan Belmonte sobre la audacia de su admirado Manuel Rodríguez, Manolete, y calificó como un diamante en bruto al novillero colombiano Luis Ospina, el Bizco. En la última semana del año, sorprendió a los lectores con un anuncio: «Conchito ha muerto. Pero a este mundillo taurino falta, con el mismo brío con que llega el año de 1945, un sucesor que en nada puede envidiarle: Guillermo Cano». Con su nombre de pila, insistió en exaltar al diestro mexicano Carlos Arruza y en pedir confianza de los aficionados para las toreritas colombianas Marielita Abello y Teresita Montañez.

Sus colegas habituales fueron Jorge Forero Vélez, Ro-Zeta; Antonio Rueda, Camborio; Manuel Piquero, Picas; Ciro Retana; los hermanos Camilo y Emilia Pardo Umaña, y Hernando Santos Castillo. Él mismo reconoció en su texto «Un día para recordar» de 1981, que, «con excepción de algunos de los tiempos escolares», sus mejores amigos fueron aficionados a la fiesta brava. Esta red de comunicadores amistosos, junto a ganaderos, matadores y empresarios, asumieron una consigna colectiva: «Manolete o nada», el desafío de llevar a la Plaza de Toros La Santamaría en Bogotá al torero más importante de la posguerra española. Se hizo realidad en abril de 1946 y Guillermo Cano lo entrevistó en el hotel Granada. El domingo 7, con toros de la ganadería de Mondoñedo, Manolete redondeó una «Faena monstruosa».

«Tal vez cuando sea demasiado tarde, esa masa se dará cuenta de la enorme injusticia cometida y entronizará, ahora sí como a su verdadero héroe, a aquel que hacía mucho tiempo despreciaba», escribió para apartarse de los críticos del torero español que murió dieciséis meses después, el 28 de agosto de 1947, tras ser embestido por el toro Islero, de casi quinientos kilos de peso en la Plaza de Linares (España). En su memoria, Guillermo Cano escribió la nota «Manolete murió como Joselito», con el recuento de lo sucedido y los planes truncos del matador por adquirir cinco fincas. Con una breve historia sobre su vida, resaltó que cuando estaba moribundo le llevaron a su lecho de muerte las dos orejas y el rabo del toro para animarlo en la crisis, en un gesto que el cronista bautizó como «Un extraño premio a la muerte».

Los deberes de Guillermo Cano en el periódico pusieron en un segundo plano la redacción taurina, pero ese tiempo de luces tuvo su hito de remembranza en 1951, durante su primer viaje a Europa, en compañía de Jorge Forero, Hernando Santos y Helena Calderón; entre la cuerda de Carmen Amaya y sus gitanos, Lola Flores cantando y bailando en un tablao o en compañía del diestro Luis Miguel Dominguín y su familia. Cuando contrajo matrimonio con Ana María Busquets, se afianzaron esos lazos con el clan Dominguín, «por la puerta grande en donde don Domingo y doña Gracia, personajes inolvidables; "Pocho Pepe", formidable compañero; Luis Miguel, el astro entronizado, solo humano en la intimidad de sus afectos, me tendieron su mano para guiar, aconsejar, distraer y compartir».

Esa amistad se prolongó en el tiempo y se extendió a una red de toreros amigos españoles y colombianos que incluyó a Antonio Ordóñez, Domingo Ortega y José Chalmeta. «Un día para recordar...» refrendó esos nombres y los de muchos otros de sus reminiscencias taurinas. «El sólido árbol de las amistades sembrado en las arenas de la Plaza de Santamaría», con palabras de gratitud por igual para empresarios como Antonio Reyes, Nacional, y artistas como José Cebrián y Ana María Campoy del teatro clásico, y obviamente para «el señorío de los ganaderos», Clara Sierra, Francisco García, don José y Fermín Sanz de Santamaría, «tan difíciles de entender para muchos, pero tan fáciles de entenderlos cuando se lograba el acceso desprendido de prevenciones a sus personas».

La otra gran rama florecida de ese árbol de amistades sembrado en las arenas de la Plaza La Santamaría fue su propia esposa Ana María Busquets. «¿Cómo, pues, no recordar en este día de aniversario de la Plaza de Toros de Santamaría, que lo mejor, lo más bello, lo más alegre, lo más interesante, lo más perdurable, lo más digno y hermoso de mi vida está ineludible e incansablemente ligado a esa plaza a la que vuelvo hoy para acaso no volver jamás?». Un largo interrogante con suficientes razones para agradecer. Con el pasar de los años, Guillermo Cano se retiró de la fiesta de los toros. Nunca explicó el porqué de su decisión. Aquel febrero de 1981 volvió a los tendidos del coliseo taurino y escribió sobre sus mejores amigos, cuya amistad nació en las graderías o en la arena de la plaza.

29 de marzo de 1981

DEFENSA DE LO DEFENSABLE…

No huyó por miedo. Existía contra él algún tipo de amenaza, probable o incierta, de quién vaya a saber qué inspiración, pero amenaza al fin. Y su vida, y sobre todo su integridad intelectual, patrimonio imposible de hipotecar e intocable frente a la falacia, la calumnia, la infamia, en fin, a la maledicencia, solo él podía defender.

COMO PERIODISTAS SUELEN PRESENTÁRSENOS SERIOS DILEMAS SOBRE SI DEBEMOS o no debemos comentar ciertos acontecimientos que golpean de momento a la opinión pública colombiana; si merece la pena o no la merece hacer precisiones o claridades frente a las tergiversaciones, acomodamientos, amañamientos, manipulaciones de algunos hechos por parte de los pomposamente llamados «comunicadores sociales» –simplemente, si realmente correspondieran en calidad y profesionalismo, periodistas– cuando uno dispone de elementos de juicio y de la serenidad suficiente para más bien guardar silencio y dejar que sea el transcurso del tiempo el que decante la verdad.

En tal caso me encuentro, por ejemplo, frente a la que durante la semana que acaba de pasar fue la noticia más comentada, más discutida, más desfigurada y hasta más infamemente tratada como la del viaje de Gabriel García Márquez a México, precedida de acontecimientos que se exageraron, que se tergiversaron y que temerariamente se juzgaron sin pleno conocimiento

Exilio de Gabriel García Márquez a México, rodeado de periodistas en el aeropuerto El Dorado de Bogotá. *El Espectador* / Comunican S. A., 1981.

de causa y, mucho menos, sin pleno sentido de justicia, para emitir fallos desde calumniosos hasta ridículos sobre la decisión personal tomada por el escritor genial que le ha dado gloria y fama a las letras colombianas alrededor del mundo.

***

Me sucede, entonces, que el silencio sobre lo que pienso responsablemente y considero una defensa de lo defensible, no debo ni puedo guardarlo para mí mismo, para mis propias convicciones, sino que debo expresar algunas palabras y fijar algunas opiniones pertinentes para hacer claridad cuando se está tratando, infamemente por muchos medios, de hacer oscuridad sobre lo sucedido.

Me precio y lo digo sin soberbia, pero sin modestia, de conocer bastante bien a Gabriel García Márquez como hombre, como periodista, como creador de la maravillosa fantasía de la realidad, de su posición ideológica, de su sentido personal sobre la realidad colombiana y de su amor a su patria, como para poder afirmar, sin ninguna vacilación, que el autor de *Cien años de soledad* y otras prodigiosas novelas jamás buscaría publicidad bastarda para su obra por venir, como lo afirmaron no pocos «comunicadores sociales» con inaudita ligereza. Ni que García Márquez hubiera tomado la decisión de montar un espectáculo nacional e internacional para desprestigiar el buen nombre de Colombia, dentro o fuera de ella, como también lo han dicho funcionarios oficiales que modifican sus tesis de un minuto al siguiente y lo han dicho editorial y tipográficamente varios medios de comunicación, con imperdonable malignidad. Ni que el escritor colombiano sufra de un síndrome de cobardía porque sus actos y su vida demuestran terminantemente lo contrario, aunque se declare públicamente un paciente incurable del miedo de volar.

***

La noche anterior a los acontecimientos que tanto han dado para hablar mal a los que malquieren a García Márquez, tuve con él una conversación íntima de más de cuatro horas sobre todos los problemas que nos afectan interna y externamente. De esas conversaciones tuve la convicción plena de que García Márquez, como tal vez en muchísimos años no lo había sentido, estaba viviendo en Colombia en la plenitud de su satisfacción –permítanme que lo diga con una frase muy común entre nosotros–, gozando como un enano de su residencia ya decidida en su tierra con olores de guayaba. Tengo entendido, por lo que he conversado después, que esa misma impresión tuvieron sus amigos y aun sus enemigos, con los cuales García Márquez repartió casi cada minuto de su permanencia entre nosotros. Se proponía hablar con altos funcionarios del Gobierno, entre ellos el canciller Lemos Simmonds, con quien tenía cita prevista para mañana lunes, para exponerles con toda claridad su pensamiento y sobre todo su valiosa información personal sobre asuntos que al Gobierno no le deberían ser indiferentes. Hasta el propio subdirector de *El Tiempo*, don Hernando Santos, había interpuesto su vieja amistad para que García Márquez le concediera a su periódico, que lo ha hecho objeto de tan mal trato antes y después de los sucesos de esta semana, un «reportaje exclusivo» a su redactor estrella, Germán Santamaría, a lo cual había accedido el novelista, como lo anunció ese matutino, que lo publicará en la parte que pudo desarrollarse abiertamente.

¿Cómo, entonces, explicarse con serena reflexión, el cambio que sufrió García Márquez en tan breves horas? No ciertamente por miedo, porque el miedo lo tiene reservado precisamente al avión, en el que tuvo que subir apresuradamente para trasladarse de Bogotá a Ciudad de México.

***

García Márquez tuvo que tener información seria, porque él no suele tratar las cosas graves con el «mamagallismo» de su conversación iluminada, para temer no solo por su integridad personal y la de su esposa, sino por el eventual sometimiento a tratamientos degradantes que de alguna manera lo hicieran parecer vinculado al terrorismo –que detesta y desprecia–, a la subversión que jamás ha practicado, al tráfico de armas –cuando su única arma como bien lo dice es su máquina de escribir–, al entrenamiento guerrillero, a todo el tejemaneje de los procesos guerrilleros colombianos. García Márquez habla de todo ello, en público, sin ninguna reticencia, para expresar sus puntos de vista. Y estoy convencido de que con la misma claridad con que hubiera hablado al canciller Lemos Simmonds, lo ha hecho y lo haría con los ideólogos o practicantes de los movimientos que perturben el orden público nacional, o el de El Salvador o el de Guatemala o el de Nicaragua.

Aunque ahora se afirma, cuando se ha superado el momento crítico, que contra García Márquez no había absolutamente nada, y se diga que a quien lo dice hay que creerle, persiste la duda mortificante de que algo había en el fondo que afortunadamente no se concretó. A García Márquez le creo y más, porque bien lo conozco. No huyó; no tenía motivos comerciales para promover una novela próxima a aparecer y cuya venta mundial está asegurada; no tiene intenciones de lesionar el nombre de su patria, a la que ama y a la que quisiera ver transformada; allá él con sus ideas. No huyó por miedo. Existía contra él algún tipo de amenaza, probable o incierta, de quién vaya a saber qué inspiración, pero amenaza al fin. Y su vida, y sobre todo su integridad intelectual, patrimonio imposible de hipotecar e intocable frente a la falacia, la calumnia, la infamia, en fin, a la maledicencia, solo él podía defender.

Pero la defensa de la actitud de Gabriel García Márquez es una causa defensable...

Pensándolo mejor, García Márquez no necesita defensor de oficio...

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

El 26 de marzo de 1981, advertido de que iba a ser requerido por las autoridades civiles o militares en relación con las actividades del M-19, el escritor Gabriel García Márquez y su esposa Mercedes Barcha viajaron a México con el acompañamiento de la embajadora mexicana en Colombia, Antonia Sánchez. «Tenía la decisión de quedarme en Colombia, después de veinticinco años de no vivir continuamente aquí. Ahora, como ayer, me voy con la nostalgia y el olor a la guayaba. Volveré cuando se compruebe que contra mí no había nada», declaró el escritor antes de dejar el país. Aunque el comando del Ejército, el DAS y la Policía aseguraron que no había ni siquiera una citación contra el escritor, García Márquez justificó su viaje desde una conclusión personal inobjetable: «En Colombia se está presentando una dualidad: que los militares guardan secretos que los civiles no conocemos».

Tres días antes del viaje de García Márquez a México, el presidente Julio César Turbay anunció la suspensión de las relaciones diplomáticas con el Gobierno de Fidel Castro en Cuba y le atribuyó una actitud intervencionista en favor del M-19. Los días previos, el Ejército neutralizó el desembarco de dos destacamentos de la guerrilla en las costas del Chocó y en la frontera con Ecuador. En criterio del Gobierno Turbay, esas incursiones armadas tuvieron el patrocinio de Cuba, razón de peso para cuestionar el desconocimiento del Gobierno de Fidel Castro de los formalismos democráticos del sistema interamericano. Sin embargo, el primer mandatario aprovechó la ruptura con Cuba para sancionar la ley de amnistía que se tramitó en el Congreso, pero quelos grupos guerrilleros desestimaron como insuficiente para sus pretensiones.

Desde la revista *Alternativa*, García Márquez fue uno de los principales críticos del Gobierno Turbay y su modelo del Estatuto de Seguridad. En los momentos de mayor controversia por su aplicación, los militares no hicieron distinción entre miembros de la guerrilla o simpatizantes de la izquierda. Esa circunstancia puso al escritor en la mira de las autoridades. Su versión de lo sucedido la condensó en dos columnas en *El Espectador*: «Breve nota de adiós al olor de la guayaba», publicada el 29 de marzo de 1981, y «Punto final a un incidente ingrato», del 5 de abril. Además de sus explicaciones, Gabo planteó en pocas palabras una lección de ética periodística: «Cuando uno se expone a la contemplación pública a través de sus libros y sus actos, como yo lo he hecho, los lectores deben disfrutar el privilegio de decir lo que piensan, aunque sean pensamientos infames».

Ese mismo 29 de marzo, Guillermo Cano escribió en su «Libreta de apuntes» el texto «Defensa de lo defensable», en el que fijó su posición en la polémica desatada por el viaje de García Márquez, de quien afirmó que realmente no necesitaba un defensor de oficio. En su escrito, «sin modestia», se preció de conocerlo «como hombre, como periodista y como creador de la maravillosa fantasía de la realidad», al margen de su posición ideológica, su sentido personal de Colombia y el amor a su patria. Desde septiembre de 1980, Gabriel García Márquez había retornado a las páginas del periódico a través de una columna dominical que mantuvo hasta marzo de 1984. Fueron 173 artículos en medio de su intensa actividad como escritor. Un año después de los sucesos de marzo de 1981, la Academia Sueca anunció el Premio Nobel de Literatura para el escritor de Aracataca (Magdalena).

Los vínculos de García Márquez con *El Espectador* comenzaron el 13 de septiembre de 1947, cuando Eduardo Zalamea Borda publicó su primer cuento, «La tercera resignación», con ilustración del dibujante de origen antioqueño Hernán Merino. El mismo Zalamea y después Guillermo Cano, al frente del *Magazín Dominical*, le publicaron dos cuentos más, «Eva está dentro de su gato», con ilustraciones del pintor cartagenero Enrique Grau, que vio la luz el 25 de octubre de 1947, y «Tubal-Caín forja una estrella», publicado el 17 de enero de 1948. Después vinieron los sucesos del 9 de abril de 1948, que obligaron a Gabo a dejar sus estudios de Derecho en Bogotá y viajar, primero a Barranquilla y luego a Cartagena, donde terminó de pulir su talento como escritor y periodista. En la primera materia, su maestro fue el editor del diario *El Universal* de Cartagena, Clemente Manuel Zabala.

En 1954, García Márquez regresó a *El Espectador* y en julio se presentó en Medellín el deslizamiento de un cerro en un terreno de invasión. En tres entregas de la serie «Hace 60 años comenzó la tragedia», Gabo documentó la realidad social de esos pueblos inventados entre la miseria. También escribió «El Chocó que Colombia desconoce» y la pieza maestra fue la serie de catorce entregas «Relato de un náufrago», con la historia del marinero Luis Alejandro Velasco, que sobrevivió en una balsa y durante diez días al hundimiento del destructor ARC Caldas, el 28 de febrero de 1955, y apareció en una playa de Turbo (Antioquia). La historia salió en todos los periódicos, pero Guillermo Cano compró los derechos al marinero para que fuera escrita por Gabriel García Márquez. Gabo no quería escribirla porque «ya no era un pescado muerto sino podrido», pero nació esta obra maestra del periodismo narrativo.

Tuvo tanto éxito que el 28 de abril de 1955 se publicó el relato completo en una separata especial que se vendió al instante. En julio de 1955, García Márquez viajó a Europa en su proyecto de vida de hacerse escritor, y *El Espectador* empezó a vivir los días difíciles de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla. En esos años, la correspondencia entre Guillermo Cano y Gabriel García Márquez fue abundante. Esa relación epistolar hace parte del Harry Ransom Center de la Universidad de Texas, y permite reconocer los apremios del escritor en espera de los cheques del periódico y la respuesta generosa del director de *El Espectador* para que pudiera desarrollar otras series de periodismo, tanto en las páginas del diario como en *El Independiente*. En noviembre de 1957, Gabo se trasladó por un tiempo a Londres y después se fue a Venezuela, donde terminó de forjar su trayectoria como periodista y escritor. En cada paso de esa misión tuvo presente al periódico.

En cada una de sus novelas o incluso cuentos, el diario estuvo atento a su divulgación. El primer capítulo de su obra cumbre, *Cien años de soledad*, se publicó en primicia mundial el 30 de mayo de 1966, un año antes de la primera versión de la Editorial Sudamericana de Buenos Aires. Entre 1980 y 1984, fue columnista de la casa y en sus memorias siempre exaltó su gratitud con *El Espectador*. A raíz del asesinato de Guillermo Cano, y para hacerse presente en la edición centenaria del 22 de marzo de 1987, Gabo publicó el texto «De mis memorias: Guillermo Cano», con una semblanza de sus relaciones personales y profesionales. García Márquez recordó que cuando se enteró del asesinato, «ofuscado por la conmoción», lo único que se le ocurrió fue llamar por teléfono a Guillermo Cano para que le contara la noticia completa y «compartir con él la rabia y el dolor de su muerte».

1 de noviembre de 1981

BREVE RECUERDO DE UN GRAN AMIGO Y COLEGA

Ha muerto un buen hombre, un magnífico ejemplar de la buena especie, de la pura sangre humana.

NO RECUERDO CUÁNDO, NI POR QUÉ, NI CÓMO APARECIÓ UN DÍA EN LA SALA de redacción de *El Espectador*, sentado frente a una máquina de escribir, don Mariano San Ildefonso. Pero sí recuerdo que un espontáneo sentimiento de simpatía hacia su persona y hacia su personalidad nació de inmediato.

Don Mariano, que en su patria y en su Madrid del alma era un escritor cotizado de obras teatrales en verso y en prosa, de cuentos cortos y de pequeñas novelas antes de la atroz guerra civil española, había llegado hacía poco tiempo a Colombia y para fortuna de este periódico, pero sobre todo de su personal, ingresó a la redacción como redactor hípico en momentos en que comenzaba a florecer la pasión por las carreras de caballos de pura sangre. Sus cualidades humanas, mucho más que su estilo como escritor hípico ciertamente bastante extraño en nuestro medio porque recurría – como lo hizo hasta su muerte a principios de octubre de este año– a un lenguaje marcadamente barroco, excesivamente florido y hasta enrevesado, le permitieron en medios tan celosos y difíciles como las salas de redacción de los periódicos hacerse amigo de todos y que todos se hicieran amigos de él y de su señora doña Elisa y de su mascota Laika, una bella perrita fox-terrier, que lo acompañaba al periódico y a las graderías del Hipódromo de Techo.

Cuando concluía sus tareas periodísticas, con pronósticos bastante desafortunados en el acierto, como buen español (nació en Tamames de la

Sierra, en Salamanca, hace 77 años) convocaba a la tertulia y nos leía sus obras literarias o nos relataba sus aventuras de guerra. Republicano él hasta los huesos, al llegar la derrota pasó a Francia donde se inscribió en la resistencia para caer en los campos de refugiados y más tarde, bajo dominación nazi, en los campos de concentración de los cuales sobrevivió de milagro, pues cuando estaba próximo a ser llevado a las criminales cámaras de gas en Dachau, se firmó el armisticio. Mostraba fotos suyas de aquella horrenda época y se le veía esquelético, raquítico, cuando él era un hombre fornido, amigo del buen comer, atlético, con espíritu vital, con deseo de vivir.

Fue en una de esas tertulias cuando nos embarcó, con su verbo convincente, a Enrique Alvarado y a mí, para que en su compañía compráramos un bellísimo potro que don Genaro Payán nos ofrecía en muy buenas condiciones. Ese potro se llamó «Pasto de Oro» y su pelo era ciertamente como pasto dorado.

En las pistas, «Pasto de Oro» no se mostró muy corredor que se diga y de oro poco producía. Pero todos los domingos don Mariano lo daba como seguro ganador y sus colegas de prensa y radio, acaso por simpatía con el «chapetón» y sus dos amigos, siempre lo hacían favorito. No ganaba. Corría bien, con elegancia, pero era como si no le gustara cruzar la meta de primero. Al cabo de varios meses, «Pasto de Oro» ganó. Jamás vimos a don Mariano tan feliz. Y debemos confesar que nosotros también. Cobrado el premio, don Mariano citó a una «asamblea extraordinaria» de los tres socios para proponer que retiráramos al caballo de las pistas. La condición a que llegamos por acuerdo unánime para el retiro de «Pasto de Oro» era que se le asegurara una vejez «feliz», es decir, que no fuera a terminar por ahí como tirador de zorras.

Y así fue: don Mariano le consiguió un puesto en la Remonta de Bonza, asegurándole un magnífico «harem» de las más bellas potrancas, una alimentación superior y bienestar garantizado. La transferencia se hizo a título gratuito y no tengo el récord a la mano de los descendientes de «Pasto de Oro». Pero fue una agradable experiencia.

Y luego vino «Mona Belle», nacida en el hoy llamado «Criadero de las Mercedes». Había llegado en vientre desde Italia, cargada de pergaminos. Era verdaderamente una potranca bellísima. Una pintura digna del nombre. Y su sangre «azul» a toda prueba permitía esperar los más óptimos resultados en las pistas. Pero tampoco resultó. Su carrera o sus carreras fueron muy breves, más aún que las de «Pasto de Oro». La retiramos invicta –pero al revés– a los pocos meses porque preferimos que se la dedicara a la cría y no al duro trabajo de correr. Volvió al potrero y tampoco tengo datos actualizados de sus descendientes.

Al poco tiempo don Mariano nos dejó. Volvió a la querencia de su patria y de su sangre ya que su única hija, María Luisa, había casado en Madrid con el doctor Ramón Ramos, un prestigioso medico madrileño. Y la visión de fotografías de los nietos fue más fuerte que la duración del régimen franquista. Pero siempre dijo –y lo decía de corazón– que en Colombia, para su fortuna, había encontrado una nueva patria a la que amaba y respetaba. Y así fue.

Ha muerto un buen hombre, un magnífico ejemplar de la buena especie, de la pura sangre humana.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

En una larga época de la segunda mitad del siglo XX estuvieron de moda en el país las carreras de caballos. Aunque la afición a la hípica en Bogotá existió desde los hipódromos de la Gran Sabana y de La Magdalena, fue a partir de la construcción del Hipódromo de Techo, en terrenos aledaños al antiguo aeropuerto en la Hacienda San Isidro, cuando el mundo de los jinetes y los caballos campeones se transformó en una de las actividades de mayor acogida social en la ciudad. Esa iniciativa de Jenaro Rico, Magdalena Torres y otros socios agregó a las tardes de los domingos un pasatiempo colectivo con un complemento ideal: el juego de azar del 5 y 6 para acertar en los ganadores de las carreras y apostar en las opciones de la Triple Corona, con la Polla de Potrillos, el Derby y el Gran Premio Nacional.

En esa fiebre por los equinos, con las memorias de caballos como Triguero, Festejado, Cincomil o Chicote, y jinetes como Helman Román, Ángel Mecías Campos o Marco Fajardo, el 5 y 6 se volvió un rubro de la canasta familiar y las carreras de caballos interrumpían la transmisión de los partidos de fútbol para darles paso a narradores y comentaristas como Gonzalo Amor, Alberto Díaz Mateus y Enrique Constantino Casasbuenas. Un tiempo en que la hípica se volvió tema de todos y permitió el desarrollo de revistas especializadas como *La Gaceta Hípica*, *La Meta* y *La Fija*. Al amparo de *El Espectador* se editó la revista *Cruci-Suerte*, con la coordinación de Guillermo «el Mago» Dávila, un viejo linotipista y gestor de publicaciones que fue experto de cabecera del periódico en asuntos de caballos.

El que empezó todo en el diario resultó ser un inmigrante salmantino, «republicano hasta los huesos», que un día apareció en la redacción y se sentó frente a una máquina de escribir y mostró su pasión por las carreras de caballos de pura sangre. Ese improvisado redactor fue Mariano San Ildefonso, a quien el 1 de noviembre de 1981 Guillermo Cano dedicó su escrito «Breve recuerdo de un gran amigo y colega». Al enterarse de su fallecimiento en su natal Salamanca (España), recordó su travesía por los campos de refugiados en Francia y los campos de concentración de los nazis, hasta embarcarse a Colombia y convertirse en un habitual amigo de la redacción, junto a su señora doña Elisa y su mascota Laika, que, como relató en su texto, «siempre lo acompañaban al periódico y a las graderías del Hipódromo de Techo».

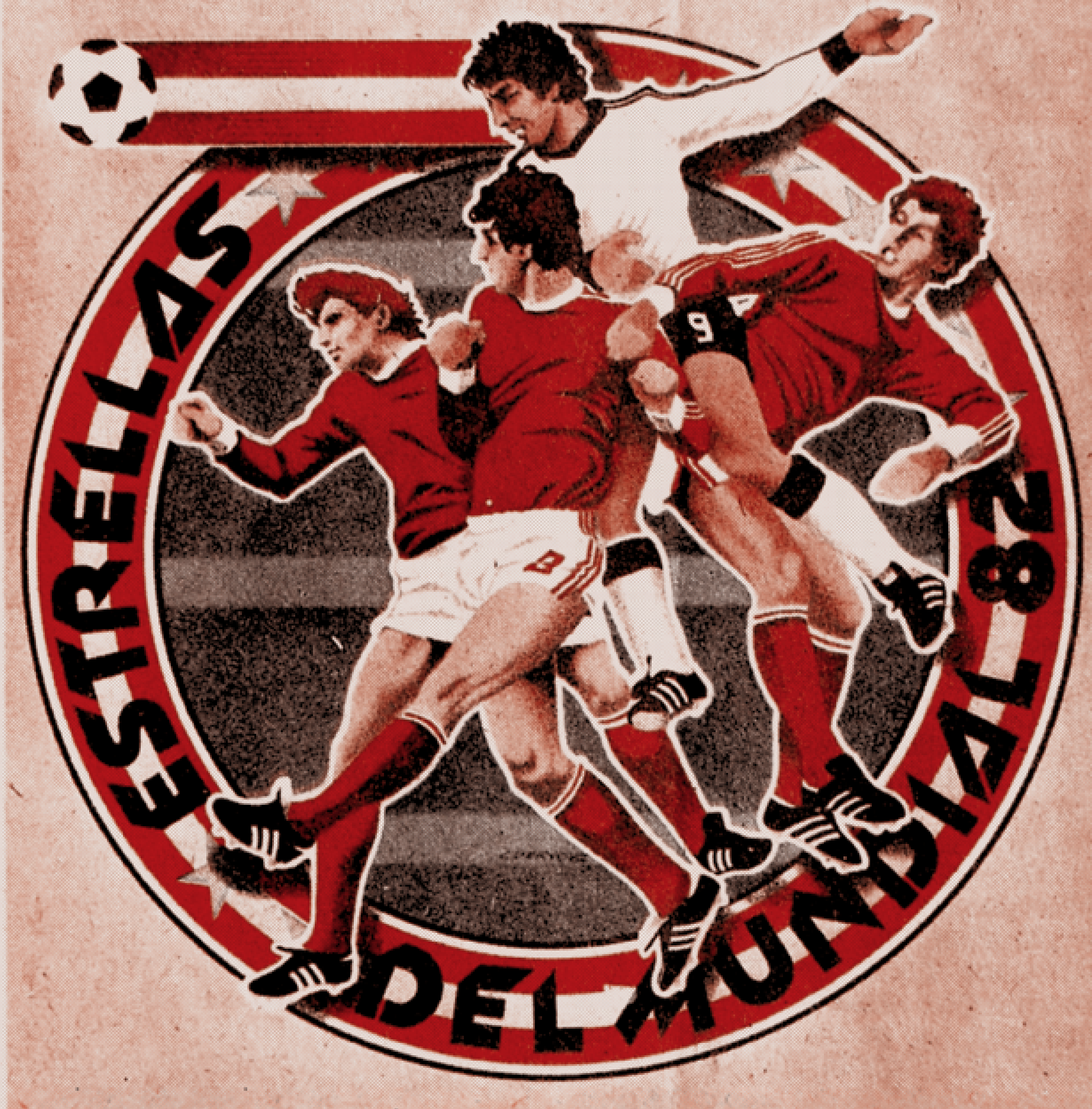
En su semblanza, Guillermo Cano aprovechó para contar la historia de sus aventuras personales en el mundo de los caballos, porque fue precisamente Mariano San Ildefonso, con su verbo de «escritor cotizado de obras teatrales en verso y en prosa, de cuentos cortos y de pequeñas novelas», quien lo embarcó en la idea de comprar «un bellísimo potro» que corría muy bien, pero al que no le gustaba cruzar la meta de primero. A pesar de que el conspicuo Mariano lo daba siempre como ganador y sus colegas de la prensa y la radio le hacían la segunda, el potro Pasto de Oro apenas ganó una carrera que se convirtió en el éxtasis de sus dueños: el director del periódico y uno de sus jefes de redacción, Enrique Alvarado. Cuando se impuso la convicción de que debía ser retirado de las pistas, fue a dar a una remonta en Bonza (Boyacá).

Después llegó Mona Belle, una yegua del criadero de Las Mercedes venida en vientre desde Italia, con todos los pergaminos, pero sin resultados en la pista de carreras. Retornó al potrero a los pocos meses y así cerró Guillermo Cano sus días como empresario de caballos. En cambio, alrededor de Mariano San Ildefonso se fortaleció un fogón de amigos y apostadores que al mismo tiempo consolidaron un momento estelar de su consejo editorial, como el publicista y empresario Lucio Duzán, clave en la plataforma mediática del Hipódromo de Techo y del negocio del 5 y 6, y Alfonso Palacio Rudas, senador, ministro, exalcalde de Bogotá, gobernador del Tolima y también propietario de dos ejemplares ganadores en las carreras de caballos: el mestizo Bacardí y su yegua Alabarda.

En especial en los años sesenta y setenta, junto a la Vuelta a Colombia en Bicicleta y el campeonato de fútbol, la hípica constituyó un punto de encuentro de los opinadores y colegas con tantas noticias y reflexiones por compartir como formularios del 5 y 6 por llenar. A la cabeza del Mago Dávila, a quien por su apariencia física Guillermo Cano acomodó un apodo de caché: «el Ernest Hemingway colombiano», y en la cofradía de los colegas hípicos, con Julio Nieto Bernal, Germán García y García, Onofre Gómez, Fernando Villa Uribe, Enrique Alvarado, Mike Forero y Luis Palomino. A pesar de tantos consejeros y amigos, nunca acertó en la Triple Corona, pero sí disfrutó con las victorias de Amoretto, Kesal o Cantacrice, que marcaron un tiempo en el que las carreras de caballos paralizaron la cotidianidad del país.

Album

de EL ESPECTADOR


ESTRELLAS DEL MUNDIAL 82
9
8

12 de julio de 1982

UNA FINAL EQUIVOCADA

ANALÍTICO

Voy a Madrid completamente desilusionado porque los dos mejores equipos de este campeonato, Francia y Brasil, están ausentes de la final.

MADRID, JULIO 11

He llegado a Madrid para asistir, sin mayor entusiasmo, más por compromiso que por interés emocional, a la final del Mundial 82.

Voy a Madrid completamente desilusionado porque los dos mejores equipos de este campeonato, Francia y Brasil, están ausentes de la final. Ambas selecciones deberían haber jugado la que con toda razón se llama hoy la «final frustrada». Primero fue Brasil, el mejor fútbol del mundo, en quedar eliminado en la segunda fase del campeonato. A Brasil le bastaba un empate para pasar a la ronda semifinal. Y como no supo o no quiso jugar a la defensiva, Italia se aprovechó para eliminar a Brasil, pasar a la semifinal, derrotar a Polonia y colocarse en la situación privilegiada de definir el título de 1982 con Alemania.

Pero el Brasil, para bien o para mal, perdió en un encuentro de excelente factura técnica y de emocionante y equilibrada definición en que lo único que lamentamos millones de aficionados fue la exclusión de los tricampeones brasileños. Y nadie puede desconocer que el triunfo italiano fue inobjetable y que es un digno aspirante a la corona.

Imagen del álbum editado por el periódico para el Mundial de 1982.
***El Espectador* / Comunican S. A.**

En cambio, lo sucedido a Francia es algo inexplicable y sumamente injusto. Francia ha debido pasar a la final. Pero fue implacablemente ajusticiada, sin el menor signo de justicia, por una selección alemana de ingratísimo recuerdo por su amangualado partido contra Austria y por la violenta acción de sus jugadores, especialmente de su arrogante arquero Schumacher. Y como si fuera poco, el árbitro encargado de impartir justicia en el campo condenó a muerte a Francia al tolerar la agresión premeditada y criminal del arquero antes mencionado contra el jugador francés Battiston, que aún permanece conmocionado en un hospital.

El árbitro se abstuvo de castigar la agresión grave y ni siquiera tuvo la entereza de amonestar al autor del atentado físico; de ahí en adelante Francia estaba condenada a morir en el campo, y fue fusilada, muerta y sepultada. El tercer puesto o el cuarto que disputaba con Polonia, ya no tenía sabor a nada ni para ellos ni para nadie.

***

Creo compartir el sentimiento de muchísimos de los lectores en el sentido de que el sistema de la definición de encuentros de tanta trascendencia e importancia como las semifinales y finales del Campeonato Mundial de Fútbol por medio de los tiros de pena máxima es ofensivo a la sensibilidad de los espectadores y degradante tanto para quien gana como para quien pierde en ese juego sencillamente de suerte y de azar, un cara y sello disfrazado, una absurda manera de premiar muchas veces al menos bueno y castigar injustamente al mejor.

Eso ocurrió con Francia el jueves pasado en Sevilla. Y su ajusticiamiento, en las tierras lorquianas, tuvo mucho sabor al drama granadino cuando el fusilero alemán, obedeciendo la orden del coronel árbitro de disparar desde doce metros contra el inerme portero francés, definió en un segundo lo que toda la selección germana no había podido decidir en ciento veinte minutos de juego reglamentario.

Se me dirá que Francia tuvo las mismas oportunidades de disparar y de matar a Alemania en la degradante farsa de los tiros *penality*. Ciertamente eso es así. Pero si Francia hubiera salido ganador por acertar más exactamente en sus disparos, apenas eso habría sido el reconocimiento a su mejor calidad de fútbol de conjunto, a su más alegre concepción del balompié, a su maravillosa sinfonía de geniales movimientos individuales, a su acompasado *ballet* que en muchos momentos semejaba el más vibrante y plástico baile flamenco con alegrías sevillanas, y un hondo, un profundo sabor a un buen vino de cosecha fina.

Pero Francia, por un maldito signo de este campeonato mundial 82, como ocurrió con Brasil, había estado condenada a no llegar a la gran final.

Hoy a lo largo y ancho del mundo que siguió el campeonato por televisión, existe, como la hay en los testigos presenciales, la certidumbre de que la final que no se jugó entre Brasil y Francia habría permitido probablemente ver al mejor fútbol del mundo, si por mejor fútbol se entiende no solo la rigidez de las tácticas, la brusquedad incluso peligrosa y violenta, la geometría sin alma, fría, a las tempestades del hielo; sino el alma, el ángel, la pasión, la intuición, la creación, el genio.

Alemania, sin duda carece de lo segundo y abunda en lo primero. E Italia tiene algo de ambas y por eso nos gustaría que resultara por tercera vez campeón del mundo, derrotando a Alemania.

Pero como en este campeonato a los románticos del fútbol con solera nos ha ido tan mal, es probable que tampoco Italia, nuestra última esperanza, logre sobrevivir a la calculadora maquinaria alemana que, derrotada por el desconocido conjunto de Argelia, se vengó de su humillante desastre inicial, arreglando resultados con sinvergüencería imperdonable con Austria, condenando a España a la eliminación mediante su mediocre empate táctico con Inglaterra, y fusilando a Francia, primero con la acción física agresora de su portero y luego mediante el tiro de gracia del disparo a boca de jarro en el juicio sumarísimo de los penaltis sin apelación posible a la justicia deportiva.

***

Si el campeonato del mundo de 1982 termina con el título para Alemania, tenemos que decir que en España no se ha hecho justicia futbolística.

Más justo sería una Italia campeona aunque en ese caso se trataría apenas de una justicia a medias, porque Francia no está en la final y tampoco está Brasil.

En Madrid, alemanes e italianos, jugadores y aficionados, estarán pendientes del resultado decisorio. Pero estamos seguros de que sobre la gramilla del Santiago Bernabéu estará pesando terriblemente la doble ausencia de Francia y de Brasil. Sobre eso no hay derecho a equivocarse. La final del Mundial 82 es una final equivocada.

Tiros libres 82

Nota del compilador

Con contadas excepciones, la gran mayoría de los aficionados del fútbol mundial coincidieron con Guillermo Cano. En la justa mundialista de 1982, los ausentes de la final fueron Brasil y Francia. El periodista le sacó tiempo al cotarro político y judicial, y en el verano de 1982 viajó a España como corresponsal de *El Espectador* en la cobertura del Mundial de fútbol. Publicó una serie de diecinueve artículos titulada «Tiros libres 82» que firmó con el seudónimo de Analítico. Desde Barcelona, Vigo, La Coruña y Madrid, contó las incidencias de un campeonato sin sorpresas en la primera fase, pero que dejó por fuera a dos de los representantes de Suramérica: Perú y Chile. La selección de Italia se coló con tres empates y, por disposición de los organizadores del torneo, el segundo filtro fue a través de cuatro triangulares.

Las selecciones de Brasil y Argentina quedaron en el grupo 3 junto a Italia y se vieron las caras el 2 de julio en el estadio de Sarrià, en Barcelona. La victoria fue para la escuadra auriverde, con anotaciones de Zico, Serginho y Junior. Guillermo Cano tituló su nota «Tarjeta roja para Argentina», con el registro de la derrota del equipo de César Luis Menotti y la expulsión de la estrella del conjunto albiceleste, Diego Armando Maradona. Tres días después, en el mismo escenario deportivo, ocurrió lo impensado y Analítico tituló: «Italia dio el gran golpe...». Con tres goles de Paolo Rossi, los *azzurri* dejaron por fuera a Brasil, al que Guillermo Cano ya había calificado como el mejor equipo del mundial. El juego terminó 3-2, y el corresponsal agregó: «el fútbol latinoamericano ha rendido sus banderas este año».

Se fue Brasil del Mundial de España en 1982, pero este equipo de virtuosos quedó en la memoria del buen fútbol. Para los entendidos, un plantel inolvidable que resultó ser el rey sin corona. Dirigido por Telê Santana, ícono del Fluminense de Río de Janeiro como jugador y técnico, y una constelación de estrellas del balompié internacional: el carisma del médico, capitán y cerebro de la selección, Sócrates; la capacidad goleadora del ídolo del Flamengo, Zico; la seguridad y el dominio del mediocampo defensivo con Toninho Cerezo, y la potencia y elegancia para llegar al gol de Falcão. Con el complemento de Waldir Peres, Leandro, Oscar, Luizinho, Júnior, Éder, Serginho, Paulo Isidoro o Dirceu, el *scratch* brasileño en 1982 quedó en la retina de todos, pero ese 5 de julio prevaleció en las salas de prensa «un triste manto de silencio».

Al margen de los registros obligatorios sobre el devenir del Mundial tras la segunda fase, las querencias de Guillermo Cano se situaron del lado de Francia, cuya selección, al mando del técnico Michel Hidalgo, mostró su contundencia a partir de la segunda fase. No solo dejó en el camino a Austria e Irlanda, sino que consagró a su principal estrella, el volante del Saint-Étienne, Michel Platini. Con él brillaron en la cancha, entre otros, Marius Trésor, Bernard Genghini, Alain Giresse, Jean Tigana, Didier Six y Dominique Rocheteau. Sin embargo, el 8 de julio, en la semifinal ante Alemania Federal, sucumbió de manera incomprensible. Después de un dramático empate 3-3 en 120 minutos reglamentarios, se fueron a penales, pero Didier Six y Maxime Bossis erraron sus cobros y el tiquete a la final fue de los teutones.

En el texto «Una final equivocada», que cerró la serie «Tiros libres 82», Guillermo Cano admitió que acudió a Madrid «completamente desilusionado», con reflexiones distintas para sus preferidos. De Brasil afirmó que, «como no supo o no quiso jugar a la defensiva», Italia se aprovechó y lo eliminó. Respecto a Francia concluyó como «algo inexplicable y sumamente injusto» su eliminación ante Alemania. En síntesis, ratificó su certidumbre de que a la final no llegaron los mejores. En defensa de los «románticos del fútbol con solera», que en su criterio les fue mal en el evento, cantó su predilección por Italia como campeón y añadió una expresión sin neutralidad: «Si el campeonato del mundo de 1982 termina con el título para Alemania, tenemos que decir que en España no se ha hecho justicia futbolística».

El 11 de julio de 1982 se jugó la final e Italia aseguró su tercera copa mundial. El primer tiempo terminó sin goles y el defensa Antonio Cabrini erró un penal ante el guardameta alemán Harald Schumacher. Pero en la segunda etapa, Paolo Rossi abrió el marcador a los 12 minutos, Marco Tardelli amplió la cuenta en el minuto 69 y Alessandro Altobelli concretó el tercero a nueve del pitazo final del juez brasileño Arnaldo Cézar Coelho. El descuento de Paul Breitner sobrevino dos minutos después. Italia volvió a la gloria del fútbol mundial tras «una final equivocada». Los diecinueve artículos que el director de *El Espectador* firmó con el seudónimo de Analítico fueron publicados en el texto *Guillermo Cano: Crónicas de fútbol*, impreso por el Premio Postobón al Periodismo Deportivo en 1988.

M-15

14 de noviembre de 1982

«AMNISTÍA Y DERECHOS HUMANOS»

A nosotros nos repugna la paz de los sepulcros.
La paz que se impone sobre la muerte violenta, sobre
la coacción y el secuestro, sobre la violación de los
derechos humanos, cométala quien la cometa.
Y por eso queremos que se ensaye la paz.

DON EMILO SARDI, DESDE LA CIUDAD DE CALI, NOS HA ENVIADO LA CARTA cuyo texto completo publicamos a continuación:

«Señor director:

»No es coincidencia que *El Espectador* publicara su editorial “Amnistía y derechos humanos” al día siguiente de que más de mil personas acompañáramos a su tumba a Harold Blum Mejía, vil y cobardemente asesinado por bandoleros, presumiblemente cobijados por la amnistía que con tanto alborozo festeja dicho editorial. Tampoco es coincidencia que el día en que

Carlos Pizarro Leongómez y otros dirigentes del M-19 colocan una ofrenda floral en la Plaza de Bolívar tras salir de prisión por el proceso de amnistía. *El Espectador* / Comunican S. A., 5 de diciembre de 1982.

se publicara este editorial otros tres hacendados vallecaucanos fueran secuestrados, y, casi simultáneamente, un humilde defensor de la ley fuera asesinado a mansalva durante el atraco perpetrado por otros facinerosos en la ciudad de Chía.

»Por muchos años he conservado mi suscripción de *El Espectador*, a pesar de que en repetidas oportunidades me he encontrado en total desacuerdo con sus puntos de vista y aun con su forma, algunas veces poco imparcial, de presentar las noticias. Lo he hecho porque he considerado un deber de conciencia escuchar y estudiar todos los puntos de vista que existan sobre cualquier tema que sea de interés para el país.

»Sin embargo, existe un límite para todo. Con la "oportuna" publicación de su editorial, *El Espectador* ha pasado este límite y he solicitado la cancelación de mi suscripción. Las ideas y el proceder de su periódico, señor director, como la moral de la inmensa mayoría de nuestros parlamentarios y políticos, me repugnan. Atentamente –*Emilio Sardí A.*».

Como *El Espectador* es un periódico que no tiene por política silenciar las disidencias por sus criterios, divulgamos la injusta carta del señor Sardi, como lo hicimos en su momento cuando un distinguido médico se consideró ofendido con las opiniones de este diario respecto de la inconveniencia para el Partido Liberal y para Colombia de la candidatura impuesta al partido y a la República de la reelección del expresidente López Michelsen; o cuando un destacado miembro de la colonia judía de Bogotá discrepó indignado por las críticas escritas o ilustradas que aquí se hicieron por las atrocidades cometidas por los israelitas con la población civil en el Líbano, críticas y observaciones que, entre otras cosas, son ahora materia de graves denuncias por parte de los propios israelíes contra el gobierno del señor Begin y de su ministro de Defensa, o cuando antier no más, un ciudadano se consideró hastiado porque en este periódico se ha exaltado la trascendencia mundial del Premio Nobel de Literatura otorgado este año al escritor colombiano Gabriel García Márquez.

Siempre hemos considerado que este periódico no tiene lectores cautivos, prisioneros, y que nuestra misión, durante más de noventa y cinco años, es la de someternos a una elección diaria, absolutamente libre y democrática, donde cada quien, a su libre albedrío, puede escoger si nos lee o deja de leernos. Obviamente, preferimos lo primero, pero sabemos que lo segundo es alternativa ineludible, porque es una constante eterna de la que es imposible que todos coincidan con todos. La verdadera libertad está en decir la verdad como cada uno la entiende, respetando la verdad de los demás. Por eso respetamos, como hemos respetado siempre, posiciones como las que asume el señor Sardi.

Pero, dentro de ese respeto, tenemos que dejar muy en claro, de manera terminante, que el exlector caleño no dice la verdad cuando afirma que «no es coincidencia» que *El Espectador* publicara su editorial «Amnistía y derechos humanos» al día siguiente de los funerales del distinguido industrial Harold Blum Mejía, vilmente asesinado luego de haber sido secuestrado. La sugerencia es temeraria y la rechazamos con la mayor energía.

¿POR QUÉ NO ENSAYAR LA PAZ?

Nuestro comentario sobre la amnistía, como tantos otros que hemos publicado clamando por soluciones políticas a la guerra desangrante entre colombianos, sigue una línea de conducta que nos ordena nuestra conciencia de hombres, de liberales y de patriotas. Nosotros hemos escogido el camino de ensayar la paz, ante el evidente fracaso estéril y doloroso de los ensayos de la guerra y de la represión.

Don Emilio Sardi posiblemente no recuerda, o si lo recuerda no lo dice, la lista interminable de secuestrados y asesinados en el Valle y en otras regiones del país en el abominable ejercicio de la larga e interminable guerra no declarada. Es evidente que los grupos subversivos han cometido toda clase de atrocidades. Pero también lo es que ni la represión, también muchas veces atroz e inhumana, pudo «matar tampoco al maldito jabalí». Inclusive, cuando estamos en los umbrales del primer ensayo serio en muchos años de acariciar la paz como terapéutica contra el desangre colombiano, persisten las incursiones terroristas o guerrilleras, criminales y abominables. Nos atreveríamos a decir que podría tratarse de los estertores de la violencia, ante la inminencia de una generosa apertura a la coexistencia pacífica entre las minorías equivocadas, sectarias y enceguecidas en sus métodos de lucha por el mejor vivir de los colombianos y la inmensa mayoría de los compatriotas que quieren la tranquilidad y el progreso por los sistemas libres y democráticos.

LA PAZ DE LOS SEPULCROS

A nosotros nos repugna la paz de los sepulcros. La paz que se impone sobre la muerte violenta, sobre la coacción y el secuestro, sobre la violación de los derechos humanos, cométala quien la cometa. Y por eso queremos que se ensaye la paz. Si fracasa en el ensayo, nada se ha perdido, porque si a la generosidad y a la mano tendida se responde con la soberbia y la agresión, sencillamente volveríamos a donde estamos y donde estábamos.

El ensayo de la paz por medio de la amnistía es un sentimiento nacional –desde el presidente de la República, pasando por el Congreso, hasta los poderosos y los humildes, y es un compromiso político de los partidos–. Pero si fracasa porque de unos sectores o de otros se le colocan torpedos y talanqueras de todo orden, aun en ese caso habría que seguir buscando hasta hallar los medios de ensayar la paz porque los ensayos de la guerra han sido desastrosos y crueles.

¡Quisiera Dios y Colombia que la paz –si no la paz absoluta, al menos poca o mucha más paz de la que nunca hemos tenido en los últimos quinquenios ni la tenemos hoy– nos llegue más pronto que nunca! Para entonces esperamos que don Emilio Sardi vuelva a leernos, ¡porque entonces se habrán desarmado no solo los cuerpos sino las almas!

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Después de cuatro años de Estatuto de Seguridad, no fue fácil que a las pocas semanas de la administración Betancur quedaran libres los presos de las distintas insurgencias. Pero desde su discurso de posesión, el presidente levantó una bandera blanca de paz y anunció que se iba a consagrar a esa tarea. Por eso, el 19 de septiembre creó una Comisión de Paz integrada por treinta y seis colombianos ilustres que, bajo la coordinación del exministro liberal, Otto Morales Benítez, puso en marcha un proceso de negociación política en paralelo con la discusión de una ley amplia de amnistía. En el caso del M-19, este momento coincidió con la realización de su VIII Conferencia Nacional, realizada en Putumayo, en la que adoptó una línea de acción en consonancia con la dinámica política.

El debate en el Congreso subió sus decibeles. El revuelo fue mayor cuando los comandantes del M-19 hicieron presencia en la Comisión Primera del Senado y el conocido animador de televisión, Fernando González Pacheco, se encargó de presentarlos. En otros escenarios públicos se mostraron los comandantes del EPL. El ELN anunció su decisión de no acogerse a la amnistía y persistir en la guerra. Este protagonismo guerrillero en el acontecer político exacerbó los ánimos militaristas, y la polarización social se hizo inevitable. La sociedad colombiana quedó dividida entre partidarios y contradictores de los procesos de negociación emprendidos por el Gobierno Betancur. El dilema es que, a la par con las conversaciones de paz y el trámite de la ley de amnistía, la guerra no dio tregua y en varias regiones del país el único lenguaje de entendimiento fueron los fusiles.

En apoyo a las políticas de paz del Gobierno Betancur, en la primera semana de noviembre de 1982, desde el editorial «La amnistía, un compromiso», *El Espectador* planteó la importancia del proceso en un momento de tanta tensión nacional. Esa publicación y la cobertura informativa de graves sucesos de orden público, incluso con un ataque del M-19 en la vecina población de Chía (Cundinamarca), provocaron la carta de un suscriptor cancelando su derecho a recibir el periódico, en desacuerdo con sus editoriales y el apoyo del diario a la ley de amnistía. El domingo 14 de noviembre de 1982, en su columna «Libreta de apuntes», Guillermo Cano reprodujo la carta enviada desde Cali por don Emilio Sardi, y a continuación su comentario editorial a partir de un interrogante necesario: «¿Por qué ensayar la paz?», con una frase imborrable: «A nosotros nos repugna la paz de los sepulcros».

Tres días después, mientras arreciaban los combates en Caquetá, el Congreso aprobó la ley de amnistía y el Gobierno la sancionó en un acto transmitido por televisión con más de quinientos invitados. *El Espectador* promovió dos editoriales de respaldo. «La paz, tarea de todos», del 20 de noviembre, y «Primer paso hacia la paz», del 25 de noviembre. Las críticas motivaron una misiva de Jaime Bateman en la que calificó al diario como «un abanderado por la lucha de la democracia». De inmediato comenzó la excarcelación masiva y el 4 de diciembre salieron libres los principales jefes del M-19, y en caravana fueron hasta la Plaza de Bolívar. «Esperamos que esta sea la última amnistía», fue el comentario del ministro de Defensa, general Fernando Landazábal, y el Ejecutivo promovió una cena por la paz a la que Guillermo Cano se excusó de asistir, argumentando un viaje pendiente a México.

> El ensayo de la paz por medio de la amnistía es un sentimiento nacional –desde el Presidente de la República, pasando por el Congreso, hasta los poderosos y los humildes y es un compromiso político de los partidos–. Pero si fracasa porque de unos sectores o de otros se le colocan torpedos y talanqueras de todo orden, aun en este caso habría que seguir buscando hasta hallar los medios de ensayar la paz porque los ensayos de la guerra han sido desastrosos y crueles.

Así escribió Guillermo Cano con criterio visionario ante la negociación política. A los pocos meses de 1983, sus palabras demostraron que esos obstáculos fueron mayores a las buenas intenciones. Las palabras del comisionado de paz, Otto Morales Benítez, en su carta de renuncia en mayo de ese año, señalaron a los verdaderos causantes del fracaso: «Los enemigos agazapados de la paz, dentro y fuera del gobierno».

2 de enero de 1983

DE UNA BRUTALIDAD INAUDITA...

Cruel y brumadora decepción la que recibimos en México con la noticia de su muerte, que era culminación infame de un delito sencillamente miserable y atroz. Jamás se callará nuestra voz de protesta y de censura por lo que se hizo con una mujer colombiana.

NOS ENCONTRAMOS EN MÉXICO, CUANDO LA PRENSA MEJICANA, NO SIEMPRE amiga y no siempre objetiva sobre Colombia y los problemas y realizaciones colombianas, daba un especial y desplegado énfasis a los pronunciamientos hechos por el presidente Belisario Betancur durante la «etapa técnica» del presidente Reagan, y cuando se concedían en los periódicos, en la radio y especialmente en la televisión espacios amplios y reiterativos sobre el escritor Gabriel García Márquez, quien se preparaba a viajar a Estocolmo a recibir el Premio Nobel de Literatura 1982 y quien presenciaba alegre y optimista las filmaciones en la capital azteca de las últimas escenas de su cuento magistral «La historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada». Esos tres hechos parecían atraer a los periodistas de los medios mejicanos de comunicación social como la miel de los naranjos florecidos a las abejas.

Y fue también cuando de pronto esa luna de miel informática y de comentarios favorables a Colombia en la prensa extranjera, tan esquiva por lo general con nuestras cosas agradables, se interrumpió abruptamente para dar paso a unas imágenes repugnantes y a unos relatos estremecedores sobre el asesinato premeditado, a mansalva y sobre seguro en la complicidad nocturna de un barrio bogotano en esas horas solitario, de doña Gloria Lara de Echeverri.

Recuerdo que nos estremecimos de dolor y de vergüenza. No solo por todo el daño que con un solo hecho se le estaba causando a Colombia, sino porque durante varios meses, en largas semanas, en días de eternas duraciones habíamos seguido, con desgarradora impotencia, el desarrollo oprobioso de un episodio de secuestro cuyas características, no por seguir ya patrones utilizados y repetidos como clisés en nuestra tierra atormentada, dejaban de causarnos repugnancia y miedo, y que, por el contrario, por profesar amistad profunda y larga con la víctima y con sus familiares más cercanos y queridos, nos indignaba hasta más allá de las fronteras de toda serenidad y de toda cordura. Como periodistas éramos receptores de todo tipo de información sobre este crimen. Como amigos teníamos abierta una línea permanente de seguimiento de los hechos con la esperanza no perdida de que doña Gloria sería rescatada sana y viva.

Cruel y brumadora decepción la que recibimos en México con la noticia de su muerte, que era culminación infame de un delito sencillamente miserable y atroz. Jamás se callará nuestra voz de protesta y de censura por lo que se hizo con una mujer colombiana, comenzando por la privación violenta de su libertad, siguiendo con el cautiverio infamante y degradador, hasta culminar con la supresión violenta de la vida.

¡Tantas «sevicias de una brutalidad inaudita» no tienen perdón de Dios ni de los hombres!

REVELACIONES: ¿OPORTUNAS Y NECESARIAS?

Clamamos, pues, y no nos tiembla la mano, justicia y castigo de los hombres a quienes secuestraron, humillaron y asesinaron a doña Gloria Lara de Echeverri. De la justicia de Dios se encargará Dios, comenzando por la peor condena a que puede ser castigado un ser humano: el remordimiento de la conciencia, que cada segundo, cada minuto, cada hora, cada día, cada noche, cada semana, cada mes, cada año, hasta morir se encargará de hacerles invivible la vida a quienes fueron autores materiales e intelectuales, por acción y por omisión, por intervención o por instigación. Aunque dicen que hay delincuentes sin conciencia, tan desalmados que pueden sobrellevar los remordimientos dizque porque no los sienten, nosotros creemos, por el contrario, que no hay nadie, inclusive los desequilibrados, que puedan eludir el castigo de los recuerdos de actos atroces cometidos. Aun prófugos de la justicia humana, serán presos vivientes y de su propia degradación monstruosa. ¡Ya no vivirán más nunca tranquilos!

Pero la sociedad humana, para su propia seguridad, necesita también que los delitos que contra su integridad se comentan tengan castigo humano, fuera del castigo divino. Y por eso clama en la Tierra porque se esclarezca, sin lugar a dudas, la verdad del secuestro, cautiverio y asesinato de doña Gloria Lara de Echeverri (que es un caso, lamentablemente, entre muchos ocurridos en nuestra patria). No hay duda al respecto. Hay una sed de justicia insaciada y es explicable que al conocerse, como se conocieron en los últimos días del año pasado, algunas revelaciones proporcionadas por los investigadores civiles y militares del caso del cual nos ocupamos, en amplios sectores de la ciudadanía se hayan recibido con satisfacción las noticias de que el delito atroz ha sido esclarecido, que sus presuntos autores materiales y sus presuntos autores intelectuales están identificados, algunos detenidos, y entre ellos varios confesos.

Pero al mismo tiempo estas buenas noticias sobre la apertura y claridad hacia una justicia y un castigo humanos para los autores del crimen múltiple, han despertado algunas inquietudes, que nosotros también compartimos, sobre si las revelaciones que se han hecho, de la manera que se hicieron y hasta con los propósitos por los que se difundieron eran oportunas y eran necesarias o si se ha incurrido en innecesarias inoportunidades que puedan afectar o dilatar el proceso hacia el final justo de las investigaciones. Voces serias y responsables e importantes han solicitado que se garantice al máximo la pureza procedimental. Entre otras cosas para quitarles piso a quienes, de obrar de otra manera, no tardarán en encontrar resquicios por donde dificultar el desenlace que espera y ansía la sociedad ofendida.

No somos expertos en los procedimientos penales, pero nos asiste el temor de que la Brigada de Institutos Militares, con sus revelaciones anticipadas al desarrollo del proceso, que incluyen confesiones, videocasetes, interrogatorios, etcétera, hayan conseguido de una parte el indudable impacto de opinión pública que lograron, pero a un mismo tiempo plantear disquisiciones y protestas de los incriminados y sus apoderados por supuestas o reales violaciones del sumario. O si el señor juez del caso, persona que nos parece seria y responsable, se dejó manipular en un reportaje muy agudo de periodistas veteranos, para deslizar conceptos que puedan ser tenidos como impedimentos por prejuicios para proseguir con la investigación.

LAS GARANTÍAS PROCESALES

En la crítica etapa en que se encuentran y se encontraban a fines de 1982 las averiguaciones y pesquisas del tremendo asesinato y el brutal secuestro, había bastado, es nuestra modesta opinión, informar a la opinión pública de la detención de los presuntos responsables, de las actuaciones de los investigadores y los jueces hasta donde es permitido hacerlo. Es decir, haberse limitado a lo estrictamente necesario para garantizarle a la ciudadanía que la investigación sobre la que mantiene todas sus expectativas y todas sus prioridades, se estaba abriendo paso hacia la verdad.

Y muy especialmente garantizar los derechos procesales, sin sacrificar ni uno de ellos, en la búsqueda por caminos tortuosos, de una verdad que puede y debe obtenerse por los más limpios caminos sin que queden dudas o temores de que, para enjuiciar y castigar a depravados delincuentes, haya que recurrir a medios inhumanos que aún de la manera más leve identifiquen nuestros sistemas investigativos, preventivos y represivos con las prácticas ignominiosas de los que violan, pisotean y atropellan síquica y físicamente los derechos de los seres humanos. Alguna diferencia –¡y qué diferencia! – tiene que existir entre quienes están del lado de la ley, dentro del respeto a los derechos de los demás, con quienes actúan sin ley y sin Dios. En esta misma edición publicamos un interesante estudio sobre las torturas, sumamente revelador en cuanto a los comportamientos humanos en estas delicadas y aterradoras cuestiones.

REFLEXIONES FINALES

Pero las revelaciones, oportunas y necesarias, o innecesarias e inoportunas, ya fueron hechas. Y no se pueden borrar. En cambio nos dejan reflexiones que hacer:

Por ejemplo, indiscutiblemente los secuestradores y asesinos de doña Gloria Lara, que reivindicaron groseramente el horrendo crimen, parecen, según los indicios, inspirados en motivaciones políticas. No hay la menor duda que lo que hicieron, antes que lograr simpatía alguna a su dudosa causa, sufrieron un irreparable descalabro político, ante el repudio casi unánime –y decimos casi que unánime porque ni siquiera parece que exista entre los mismos complotados identidad sobre el «éxito» de su operativo miserable– de opinión pública. Desprestigio y desprecio mucho mayor, desde luego, del que también sufren ahora los lideres guerrilleros del movimiento M-19, con Bateman a la cabeza, quienes perdieron muchísima credibilidad en sus soberbias, precipitadas y absurdas declaraciones post-amnistía.

Y causa general inquietud que, entre los presuntos secuestradores y asesinos de doña Gloria Lara, figure un profesor, un educador. ¿Hasta qué insondables abismos de ignominia se puede llegar por parte de quienes deben educar a los jóvenes de Colombia, si resultan ser catedráticos del crimen y peor aún catedráticos de las más abominables depravaciones?

Que nuestros lectores, que en estos días no quisieran leer asuntos como estos, nos perdonen. Pero el hecho de que haya terminado un año y comience otro, no nos releva de la obligación de seguir la pista a los acontecimientos que nos afectan tan profundamente, aun en fiestas como las que están disfrutando en la frescura de las montañas, en la tranquilidad de los valles, en el acariciante calor de las playas marinas. 1983 puede ser muy feliz en cuanto no les perdamos la ruta a los problemas que nos rodean y nos agobian.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Hacia la medianoche del 28 de noviembre de 1982, tras un cautiverio de cinco meses, apareció asesinada de un disparo en la cabeza, en una zona verde frente a la iglesia San Silvestre del barrio Bonanza, al occidente de Bogotá, la directora nacional de la Oficina de Integración y Desarrollo de la Comunidad, Gloria Lara de Echeverri. Vestía una bata negra floreada, iba descalza y llevaba unas medias masculinas de color azul. No pesaba más de treinta kilos y eran visibles los signos de tortura con huellas de esparadrapo en la boca. Junto al cadáver, una bandera de la Organización Revolucionaria del Pueblo (ORP). El bárbaro desenlace de un suceso que sacudió las entrañas de la sociedad porque mostró la degradación del secuestro con manipulación de las imágenes en los medios masivos.

Nacida en Neiva (Huila) en marzo de 1938, Gloria Lara fue hija de Oliverio Lara, alcalde de Neiva, gobernador del Huila, presidente de la Asociación Colombiana de Ganaderos, un potentado que administraba su imperio desde

Larandia (Caquetá), hasta que fue secuestrado el 27 de abril de 1965. Su cuerpo sin vida apareció cinco años después y esa tragedia marcó a la familia. Gloria Lara estudió Psicología y Civilización Francesa en París y también vivió en Italia antes de regresar a Colombia a repartir sus días entre los cursos libres de la Universidad de los Andes y la compañía de su padre. En 1961 contrajo matrimonio con Héctor Echeverri Correa, nacido en Medellín, educado en Canadá y Estados Unidos, abogado y economista de la Universidad Javeriana. Un profesional de su mismo entorno social y político.

Además de concejal de Bogotá, representante a la Cámara y senador, Héctor Echeverri llegó a ser campeón de automovilismo y motociclismo. Gloria Lara lo imitó como campeona al volante. También incursionaron en la producción de largometrajes como *Tres cuentos colombianos* y *El río de las tumbas*. Nada opacó el mal recuerdo que dejó en la familia el secuestro y asesinato de Oliverio Lara, pero la vida continuó prolífica para Gloria Lara y Héctor Echeverri. Él resultó electo representante en 1974 y ella fue nombrada por la administración López Michelsen como embajadora ante la ONU. Un discurso suyo contra el *apartheid* dejó memoria y regresó de Nueva York para oficiar como gerente de la revista *Consigna*, estudiar Ciencia Política en la Universidad de los Andes y salir electa concejal de Bogotá en 1976.

Dos años estuvo en el cabildo distrital en contacto con las comunidades que convirtió en su preferencia. Al resultar electo presidente Julio César Turbay, fue nombrada directora de la Oficina de Desarrollo e Integración de la Comunidad, inicialmente en apoyo del ministro Germán Zea Hernández y luego con Jorge Mario Eastman, resolviendo dilemas y necesidades de trabajo, salud o educación de las comunidades. Fue secuestrada el 23 de junio de 1982 cuando regresaba a su casa, y la primera prueba de supervivencia fue publicada en *El Bogotano*, en su edición del 12 de julio, con la mirada hacia el piso y al lado de un hombre encapuchado con una metralleta. El jefe de redacción, Jaime Torres, declaró que lo alertó una llamada anónima sobre cómo encontrar la fotografía junto a un motel al occidente de la ciudad.

El libro *Colombia indígena*, preparado por Gloria Lara los meses previos a su secuestro, fue presentado en medio de exhortaciones por su liberación inmediata. Sin embargo, la negociación se dilató sin esperanzas. El 20 de octubre fue divulgada una nueva fotografía de Gloria Lara con una ametralladora en la cabeza, una edición de *El Espectador* en sus manos y una carta pidiendo un arreglo directo para lograr su libertad. El 28 de octubre, *El Bogotano* abrió su edición con una nueva foto de la secuestrada y el ultimátum: «Mañana sería ejecutada Gloria Lara». Sin avances en las negociaciones, como lo advirtió el titular, se precipitó el desenlace. Antes de terminar el año 1982, un juez ya había detenido a doce personas, pero otro juez concluyó que habían sido confesiones obtenidas a través de la tortura y el expediente entró al pabellón de la impunidad.

Cuando Guillermo Cano escribió el texto «De una brutalidad inaudita», incluyó su preocupación por el destino del caso Gloria Lara. Lo cierto es que, nueve meses después, un juez superior ordenó la libertad de diecisiete personas investigadas y anuló todas las pruebas recaudadas. La Procuraduría General de la Nación protestó, el dirigente Luis Carlos Galán lamentó que los abusos en el proceso judicial enturbiaran el caso y el buen nombre del Nuevo Liberalismo por la afiliación de algunos detenidos, pero el expediente nunca volvió a enderezarse. En el curso de los siguientes meses, mientras la justicia continuó dando tumbos, los procesados fueron saliendo del país en calidad de refugiados políticos. El expediente terminó asociado a un montaje judicial, pero nunca se aclararon las responsabilidades concretas en el atroz asesinato de la dirigente comunitaria Gloria Lara.

U.S. MARSHAL
TAMPA FLORIDA

3 de julio de 1983

DEJAD A LOS NARCOTRAFICANTES...

Si la «mula» es la que transporta la droga de un lugar a otro... ¿cómo se llama el dueño de una isla donde se recibe y se despacha la droga?

... QUE VENGAN A MÍ. A MIS TIERRAS. A MIS ISLAS. DEJADLOS QUE VENGAN CON sus aviones y sus barcos y sus cargamentos de cocaína y marihuana. En mis costas encontrarán buena mar, buenos vientos, seguridad y protecciones adecuadas. A doscientas millas de mis cayos tendrán el gran mercado de la droga en los Estados Unidos.

Y fue así como un expresidiario de las cárceles norteamericanas, según su propio testimonio voluntario y libre, hizo una fortuna multimillonaria durante la gran bonanza del narcotráfico de fines de la década del setenta y que hoy, modestamente, declara que es de alrededor de ciento setenta millones de pesos, pero que quienes saben de esas cosas dicen que sube varias veces la cifra de los mil millones. Pero sea cual sea la fortuna, ya sabe la opinión pública que ella se deriva, por espontánea confesión de boca pública y hasta televisada, del comercio de la droga, porque no se le conoce, ni lo ha dicho, otro origen posible a esta aceleradísima multiplicación de los pesos y de los dólares.

El señor Carlos Lehder Rivas, ciudadano colomboalemán , escandalizó, si es que la sociedad colombiana aún no está totalmente insensibilizada, a la opinión pública al aceptar como cierto y verídico lo que hasta su ya célebre reportaje radial era solo objeto de rumores, de chismes, de consejas y de alguna que otra publicación audaz sobre los misterios de la misteriosa fortuna

Carlos Lehder es fichado por las autoridades de Estados Unidos. El narcotraficante lleva la misma camiseta con la que fue capturado en Guarne. *El Espectador* / Comunican S. A., 6 de febrero de 1987.

de un individuo que a los 22 años estaba preso en las cárceles norteamericanas, que salió de ellas algunos años después sin que se le conocieran comodidades económicas sobresalientes, y que hace seis años, cuando apenas contaba 26 años de edad, compró por un millón de dólares de ese entonces una isla en el archipiélago de las Bahamas, la convirtió en el gran trampolín del comercio de las drogas heroicas entre Colombia y sus alrededores y el gran, el enorme mercado clandestino de los Estados Unidos.

No. El señor Lehder ha dicho que él no traficaba con las drogas. Que no ha traficado con las drogas. Que no está metido en el negocio de producir, transportar, comercializar la droga. No. Sencillamente sus propiedades en las Bahamas, su isla llamada «de la cocaína», era apenas una escala generosa que él ofrecía para que las «sufridas» gentes productoras de la droga en Colombia pudieran aprovechar para el más fácil y expedito mercado transmarino y transaéreo Colombia-Estados Unidos.

El señor Lehder no podía permitir que a sus compatriotas colombianos y sus socios multinacionales en el narcotráfico se les pusieran tantas dificultades y tantos tropiezos en su negocio, donde ellos, los colombianos y sus socios, cultivaban, producían, transportaban e introducían la droga, y los norteamericanos la compraban y la consumían en su territorio. Por eso compró la isla en las Bahamas y declaró tierra de narcotraficantes sus recién adquiridas propiedades.

El señor Lehder no ha dicho qué beneficio recibía en contraprestación por los excelentes servicios que tan generosamente ofrecía a los comerciantes de la marihuana y de la cocaína. Eso, hasta ahora, por lo menos, pertenece a la reserva personal del señor Lehder quien, sin embargo, ha dicho que su fortuna quedó legalizada por la amnistía patrimonial y que su dinero es tan limpio como el de cualquier colombiano, y que su declaración de renta habla de que sus haberes son en este momento de solo ciento setenta millones de pesos...

SI LA «MULA»...

... es la que transporta la droga de un lugar a otro... ¿cómo se llama el dueño de una isla donde se recibe y se despacha la droga? No sabemos en la jerga del narcotráfico cómo denominarán sus personajes más encumbrados a quienes, como el señor Lehder, pusieron a disposición de ellos las caletas abrigadas y protegidas y las pistas de aterrizaje adecuadas, para que en ellas recalaran los barcos, aprovisionaran las naves, descendieran los aviones en «escalas técnicas», se cargaran y descargaran, según las necesidades, las mercancías de prohibida producción, exportación e importación.

Tampoco sabemos si el señor Lehder ha logrado inocularse una milagrosa vacuna que lo hace incontaminado e incontaminable del tráfico ilegal y punible de los narcóticos. Porque, luego de sus declaraciones públicas, el señor Lehder deja la impresión de una seguridad absoluta no solo en sí mismo sino de que nada ni nadie puede involucrarlo en un negocio sucio y delictivo porque lo que él hizo –quién sabe hasta qué día de qué mes de cuál año– fue aprovechar la bonanza de la droga sin que lo tocara ni manchara; solamente que lo hizo muchísimo más rico, inmensamente más rico de lo que era cuando salió de la cárcel y de cuando llegó a la mayoría de edad. De ahí el gran misterio que de alguna manera será necesario revelar y explicar, porque una sociedad como la nuestra, ya tan sumamente relajada y disminuida en su moralidad y en su solvencia y en su honestidad, no resiste más golpes de esta naturaleza, pues el mal ejemplo no solo puede cundir y cunde, sino que estamos corriendo el riesgo de que ese mal ejemplo se convierta en buen ejemplo digno de ser imitado.

LA DROGA EN LA POLÍTICA

Pero el extraordinario caso del señor Lehder y su inverosímil historia, según la cual su fortuna proviene de la bonanza del narcotráfico pero nada tiene que ver con el narcotráfico, no solo es la sublimación de la inmoralidad sino que, como también lo sabe ya toda Colombia, el formidable poder económico acumulado por el flamante propietario de la llamada «Isla de la cocaína» está en los actuales momentos puesto al servicio de la aspiración de un político parlamentario del señor Lehder, quien desea llegar al Senado de la República con las banderas del nacionalismo socialista –el nazismo redivivo– de los no extraditables traficantes de narcóticos, y de la organización de fuerzas de choque de autodefensa para suplantar lo que él considera como debilidad e ineficiencia de las autoridades legítimas del país.

Estamos, pues, frente a un abierto desafío donde la droga –cocaína o marihuana y su jugoso dividendo económico– trata de convertirse en el opio de la política colombiana. El fenómeno, por desgracia, no está localizado y localizable en la región del Quindío donde actúa ahora, como antes en la isla de las Bahamas, como jefe supremo y dueño de honra, vida y bienes de algunos de sus compatriotas deslumbrados, el señor Lehder, sino que hay manchas también localizadas y localizables en otras zonas del país que indican que la úlcera cancerosa (política, droga, dinero) va en peligroso aumento sin que los anticuerpos de una sociedad debilitada obren adecuada, pronta y eficazmente contra ella.

Mucho es el temor que nos asiste de que, a pesar de signos tan evidentes y alarmantes, la sociedad adormecida se pueda dejar deslumbrar por esta explosión de nueva ola que no solo multiplica los pecados y vicios antiquísimos de nuestra democracia, como el de la compra de los votos, el ejercicio de las presiones económicas, el chantaje de la fuerza bruta, el desvergonzado mercado de las influencias, sino que se nutre de dineros habidos en operaciones de algo más que de dudosa ortografía, dineros sucios, dineros mal habidos.

¡AÚN ES TIEMPO PARA DESPERTAR!

¿Los partidos políticos colombianos tradicionales, sus nuevas fuerzas, están tan deteriorados y se han insensibilizado a tal extremo que no pueden enfrentar ni afrontar con la debida energía y prontitud el desafío que les están planteando quienes quieren suplantarlos con los recursos y los sistemas que durante más de ciento cincuenta años de vida republicana hemos considerado como impuros, despreciables e indignos? Tímidas voces, algunas voces valerosas se escuchan y hemos escuchado. Pero no son suficientes. Colombia necesita con urgencia un absoluto deslinde, sin acomodamientos tácticos ni temores electorales ni electoreros, entre la política buena y sana y la corrompida y la corruptora.

El pueblo colombiano, a quien se va a pedir decisiones el próximo año, no puede llegar vendado ni mucho menos drogado a las elecciones sin saber quién lo está volviendo «mula» para elevar a las posiciones directivas de la República a los menos honestos y a los menos puros. Y nos asiste también la preocupación de que, una vez más, los medios de comunicación, al revelar los prontuarios y antecedentes de los nuevos ídolos de barro podrido, puedan ser sindicados de estar sirviendo de idiotas útiles precisamente a quienes tratan de desenmascarar. Lamentablemente ese es uno de los riesgos que tiene que correr la prensa, someterse a ser seriamente censurada y criticada, perdiéndose de vista la perspectiva cierta de que si no es la prensa la que abre los ojos para que los demás también los abran, nadie –o por lo menos eso parece suceder hasta ahora– se atreverá a apretar el botón de alarma, a tocar a rebato, a conmocionar a la sociedad indefensa.

Pobre país si al Capitolio llegan los pillos o los semipillos o los lobos disfrazados de ovejas. ¡Aún es tiempo para que Colombia despierte!

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

La última semana de junio de 1983, a instancias de Caracol Radio, el periodista Juan Guillermo Ríos entrevistó a Carlos Lehder Rivas. Ante la pregunta directa de si él era un mafioso, el entrevistado contestó: «[…] yo no niego que haya participado en la gran bonanza colombiana, como tampoco niego que estemos disfrutando hoy día de una amnistía tributaria que podría haber entrado dineros que llaman calientes». Lehder Rivas admitió que participó en la bonanza marimbera, pero únicamente como un apoyo logístico desde Cayo Norman, en las islas Bahamas. Manifestó que su poder económico era tan legítimo como el dinero de López Michelsen y se declaró dispuesto a participar en las elecciones al Congreso desde la defensa de los extraditables y en contra de su remisión a cárceles de Estados Unidos.

En palabras de Guillermo Cano, esa entrevista escandalizó a la sociedad colombiana y provocó su texto «Dejad a los narcotraficantes…», en el que formuló la pregunta ineludible: «¿Cómo se llama el dueño de una isla donde se recibe y se despacha la droga?». Un escrito en el que calificó como «extraordinario» el caso del señor Lehder y como «inverosímil» su historia, «según la cual su fortuna proviene de la bonanza del narcotráfico pero nada tiene que ver con el narcotráfico». En criterio del director de *El Espectador*, «la sublimación de la inmoralidad», a través del propietario de la «isla de la cocaína» con aspiraciones al Senado de la República, enarbolaba «las banderas del nacionalismo socialista –el nazismo redivivo– de los no extraditables traficantes de narcóticos», con el apoyo de «fuerzas de choque de autodefensa».

Carlos Lehder Rivas apareció en Armenia (Quindío) a comienzos de los años ochenta, compró una hacienda a las afueras de la ciudad y transformó el restaurante La Posada Alemana en un complejo hotelero con excentricidades. Entre ellas, una estatua del integrante de Los Beatles John Lennon, desnudo, con tres huecos en el pecho simbolizando las balas del asesino Mark Chapmam en Nueva York. La obra la realizó el escultor antioqueño Rodrigo Arenas Betancur, con una guitarra en la mano derecha de John Lennon y la palabra «amor» cubriendo sus genitales. En el parqueadero enjauló a dos leones como segundo atractivo a los clientes. En respuesta a quienes comenzaron a averiguar sus orígenes, reveló que era hijo de un emigrante alemán que llegó a Colombia en 1925 y se radicó en la finca El Edén (Armenia) tras contraer matrimonio con una joven de la región.

Sus padres se separaron y él viajó a Estados Unidos, donde entró al círculo de los carros robados. En 1973 fue detenido en Michigan y, cuando recobró la libertad, se dedicó a la venta y distribución de marihuana. Dos veces más estuvo en la cárcel por este delito, y después de salir de un centro penitenciario de Connecticut, reapareció como dueño de un parque de diversiones de Florida y de la isla Cayo Norman en las Bahamas, un paraíso de coral y playas arenosas que convirtió en una plataforma para el narcotráfico. A escasas doscientas millas de la costa de Florida, Cayo Norman se transformó en cabeza de playa para los aviones que movieron toneladas de droga a Estados Unidos. De vez en cuando se asomaba la Policía de Nassau, hasta que en septiembre de 1979 una gigantesca redada permitió el arresto de treinta personas. Lehder escapó y huyó a Colombia.

Además de La Posada Alemana, constituyó la empresa ganadera Cebú Quindío, y no contento con su prosperidad económica, decidió también incursionar en la política. Se inició en jornadas que llamó los «sábados patrióticos» y luego creó el Movimiento Latino Nacional para confrontar el Tratado de Extradición suscrito con Estados Unidos y promover la legalización de la marihuana. De manera complementaria, obtuvo licencia del Ministerio de Gobierno para la circulación de su periódico *Quindío Libre*, que repartió de forma gratuita en varias ciudades de Colombia. En sus discursos sacó a relucir una consigna que se volvió el axioma de los mafiosos: «Prefiero una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos». Con cierta habilidad oratoria, empezó a pasearse orondo citando fragmentos del libro *Mi lucha*, de Adolfo Hitler, y dando entrevistas como una estrella de rock.

Después del escrito de Guillermo Cano en julio de 1983, en la antesala de las denuncias del ministro Rodrigo Bonilla Lara en el Congreso de la República, Carlos Lehder Rivas entró en la clandestinidad y los jueces empezaron a consolidar los primeros sumarios en su contra por evasión de impuestos y cargos de narcotráfico. Dos veces estuvo a punto de caer en manos de las autoridades: la primera vez en los Llanos del Yarí (Caquetá) y la segunda en cercanías de Puerto Gaitán, a orillas del río Manacacías (Meta). El 4 de febrero de 1987, menos de dos meses después del asesinato de Guillermo Cano en Bogotá, Carlos Lehder fue detenido en una finca en área rural de Guarne (Antioquia) y ese mismo día fue enviado a Bogotá y extraditado a Estados Unidos en un avión de la DEA. Permaneció treinta y tres años en prisión en ese país y fue liberado en el 2020.

17 de julio de 1983

LA CREDIBILIDAD DE UN PERIÓDICO

A *El Espectador* se le quiso borrar de la faz de Colombia bajo el procedimiento innoble y bajo de poner en entredicho su credibilidad, labrada en casi cien años de trabajos esforzados por servir a Colombia y a los colombianos con criterio patriótico y con criterio liberal.

EL CIMIENTO MÁS FIRME DE UN PERIÓDICO RESPETABLE ES SU CREDIBILIDAD. Cuando un periódico pierde su credibilidad desaparece su prestigio y se destroza el respeto que la opinión pública pueda tener sobre sus opiniones y sus informaciones. Sin credibilidad la prensa está perdida.

Porque la credibilidad de la prensa lleva envuelta todos los valores fundamentales del periodismo: la ética, la moral, la responsabilidad, la veracidad, la objetividad. Esas virtudes capitales de un periódico son mandamientos estelares de la ley no escrita de la profesión periodística. Por eso cuando se pone en duda la credibilidad de un diario y sobre todo cuando tal duda se inocula de manera maliciosa e insidiosa, temeraria y calumniosa, en la corriente de la opinión pública, el periódico afectado por la infamia debe luchar con la única arma de que dispone: la de la verdad de sus afirmaciones, hasta que ella quede demostrada a plena satisfacción del lector, que es un juez inapelable.

A *El Espectador* se le quiso borrar de la faz de Colombia bajo el procedimiento innoble y bajo de poner en entredicho su credibilidad, labrada en casi cien años de trabajos esforzados por servir a Colombia y a los colombianos con criterio patriótico y con criterio liberal. Se recurrió a todas las armas, casi nunca las legítimas y casi siempre las viles, para afectar su credibilidad cuando ya fue claro, demasiado claro para nuestros detractores, que la tenaza económica que nos aplicaron, con todo el poder casi omnímodo de dinero de que disponían –dinero por lo demás ajeno y sagrado–, para tratar de obligarnos a que calláramos lo que sabíamos y, peor aún, para que dijéramos todo lo contrario de lo que debíamos decir.

Esta historia es reciente, aunque es una historia que ya va para largo, como que se inició en las más desiguales circunstancias para la lucha hace tres años y algo más. Cuando *El Espectador* comenzó a publicar las informaciones y los comentarios relacionados con la millonaria defraudación de los dineros de los ahorradores de los fondos Bolivariano y Grancolombiano, del más poderoso en ese entonces de los grupos financieros del país, el Grupo Grancolombiano, las represalias económicas no tardaron y se dieron órdenes desde los más altos mandos, pasando por los mandos medios y llegando hasta los bajos mandos, para bloquear económicamente a este periódico mientras no se plegara a callar el primer escándalo financiero de los últimos tiempos que abrió el gran boquete que hizo temblar a todo el sistema financiero colombiano.

Pero como no aceptamos el chantaje ni toleramos las presiones, los promotores del escándalo apelaron entonces a una envenenada campaña para minar la credibilidad de *El Espectador*. Utilizaron, sin taza ni medida, sin pausa ni tregua, los noticieros de televisión patrocinados con dineros generosamente repartidos, las páginas de inserciones pagadas en los grandes diarios del país y la abundante redacción de gacetillas a cargo de periodistas fletados para prefabricar preguntas y maquillar respuestas en un aparato publicitario insólito para decirles a los colombianos que *El Espectador* había perdido toda su credibilidad.

Se equivocaron también aquí quienes recurrían a estos sistemas, sin antecedentes en la historia del periodismo libre de Colombia, porque la credibilidad de *El Espectador*, antes que disminuir fue creciendo en audiencia, como en el poema eterno de Jorge Zalamea, porque un día sí y otra semana también, y al mes siguiente y en el semestre y luego en años, lo que dijimos desde un principio y seguimos diciendo con la fortaleza que la verdad y la seriedad de las afirmaciones nos proporcionaba, se fue confirmando, parte por parte, palabra por palabra, denuncia por denuncia.

MISIÓN IMPOSIBLE. MISIÓN CUMPLIDA

Se desmoronó el castillo fabricado sobre la maledicencia en contra de *El Espectador*. Si bien es cierto que se tomaron varios años para que las autoridades competentes del Estado se pronunciaran imponiendo multas a las entidades defraudadoras, y si bien es cierto que la justicia tardó también años para proceder a tomar acciones de fondo en los procesos penales que se siguieron a los responsables de las manipulaciones de los papeles bursátiles que causaron la ruina de miles de ahorradores, entre ellos gente de escasos recursos económicos a quienes se les quitó literalmente el pan de la boca, hoy la Comisión Nacional de Valores, la Superintendencia Bancaria y los jueces de la República han producido una serie de decisiones cuya trascendencia es de una magnitud indiscutible para la restauración moral del país, cuya estabilidad de honestidad y de ética se había erosionado de manera tan grave y tan profunda.

Fue, y así lo creyeron centenares de miles de nuestros compatriotas, una misión imposible que se impuso *El Espectador* para impedir que la defraudación delictuosa de los ahorradores impotentes se quedara impune. Misión imposible la de evitar que las investigaciones y los procesos se archivaran mediante las maniobras dilatorias del más costoso equipo de abogados jamás contratado en este país, que incluyó a un senador de la República, a exmagistrados de la Corte y de los Tribunales, exjueces, especialistas de renombrada fama y de altísimos honorarios, amanuenses, litigantes y tinterillos, que de todo hubo y todavía hay, apelando, recusando, reponiendo, todo a un costo incalculable que por lo demás es un costo que se carga a las cuentas corrientes de las sociedades a las que representan, sociedades que por lo menos en el papel no son propiedad de una persona sino sociedades anónimas donde los anónimos accionistas, muchos o algunos de ellos, jamás sabrán cuánto se pagó por la Operación Defensa. Misión imposible conseguir la devolución como era de justicia, de los dineros perdidos en las maniobras fraudulentas. Misión imposible la de luchar con una pluma contra todo el poder del dinero concentrado. Misión imposible la de clamar justicia sin adecuada audiencia en otros medios, aunque algunas voces aisladas y valientes hubo en la prensa, la radio y la televisión colombiana que contribuyeron ciertamente a mantener encendida la llama de la esperanza en la justicia.

Toda esa misión imposible, así considerada durante largos años, ha sido sin embargo una misión cumplida. Y de ella, contra todo lo que supusieron y a pesar de todo lo que le hicieron nuestros detractores, la credibilidad de *El Espectador* es hoy más grande, más sólida, más firme que nunca.

LA CREDIBILIDAD DE LOS PILLOS

El país tiene ahora suficientes elementos de juicio sobre el escandaloso caso de la defraudación de los fondos Bolivariano y Grancolombiano, del Grupo Grancolombiano. Y la tiene gracias a que el senador William Jaramillo Gómez realizó en la Comisión Tercera del Senado una batalla incansable y valerosa para demostrar, con demostración incontrovertible, que en ese escándalo financiero se había incurrido en irregularidades tremendas que de tolerarse y de ampararse en el silencio cómplice y en la impunidad corruptora y corrupta, la mancha de la deshonestidad cubrirá de infamia a la República.

Y gracias a que un abogado, tan valeroso o más si se quiere, el doctor Luis Xavier Sorela, en compañía del doctor Miguel Antonio Cano Morales, asumió la defensa de los intereses de las gentes desprotegidas y afectadas en su patrimonio, y los dos dedicaron su tiempo y su inteligencia, su paciencia y su entereza a luchar, con las leyes en la mano y a su lado, para que la sombra tantas veces amenazadora de la prescripción echara un manto de complicidad sobre el delito.

Y desde luego, gracias al doctor Hernán Echavarría Olózaga, que en cumplimiento de su deber, como servidor público impoluto e incorruptible, investigó oportuna y adecuadamente las telarañas del negociado para descubrir y denunciar y sancionar, en ejercicio de sus funciones, las violaciones de la ley y detener a tiempo la cadena de la felicidad elaborada con eslabones del dinero privado de los ahorradores abusivamente utilizado para el enriquecimiento de aquellos a quienes había entregado sus haberes para que se los manejaran con probidad y limpieza. Al doctor Echavarría Olózaga le impuso la renuncia todo un presidente de la República, el doctor Julio César Turbay Ayala, en un acto que la historia jamás olvidará. Y al doctor Echavarría Olózaga, como a nosotros, se le quiso llevar a la picota pública, descalificándole a él también su credibilidad que en personas de su raza, de su estirpe y de su trayectoria es, como para un periódico, patrimonio insustituible de su vida.

Pero la credibilidad del doctor Echavarría Olózaga, la de *El Espectador*, la del senador William Jaramillo y las de los doctores Sorela y Cano es hoy una credibilidad acerada en la forja de la gran prueba a que fue sometida.

Otros, pues, son los que ante la faz de los colombianos dejaron de merecer toda credibilidad. Entre otras razones, porque su aparente credibilidad era de mentirijillas y acaso más: era la credibilidad de los pillos.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Cuando Guillermo Cano escribió el editorial «La credibilidad de un periódico» en julio de 1983, *El Espectador* concluía uno de los capítulos ejemplares de su intensa historia. Fueron meses de divulgación, investigación y reportería periodística para documentar la génesis de una crisis financiera de proporciones colosales. El primero que dio la señal de alarma fue el exministro de Hacienda Hernando Agudelo Villa, quien a partir de la primera semana de junio de 1978 inició una serie en el periódico sobre la concentración del poder económico a través de zarpazos en el mercado accionario. Las revelaciones de Agudelo se dieron en el mismo momento en el que ganó la presidencia de Colombia el dirigente liberal Julio César Turbay, beneficiado en su campaña por los grupos económicos.

El tema provocó comentarios en el mundo financiero, pero no hubo premura para evaluar las conclusiones del exministro Agudelo. Dos semanas después de la posesión de Turbay, en un acto público, pidió investigar penalmente al Grupo Grancolombiano, orientado por el magnate Jaime Michelsen Uribe, y también al superintendente bancario, Francisco Morris Ordóñez, por la inactividad de las autoridades para contener el descalabro económico. La respuesta del Gobierno Turbay fue entregar a la Comisión Nacional de Valores el examen de las supuestas irregularidades denunciadas. El exministro Agudelo siempre encontró espacio en el periódico para documentar su insistencia en una cadena de malas prácticas y operaciones ficticias para acumular dinero.

El 20 de febrero de 1981, el director de la Comisión Nacional de Valores, Hernán Echavarría Olózaga, suspendió por treinta días a una comisionista de bolsa por anomalías en la Compañía Nacional de Chocolates. El congresista y columnista del diario William Jaramillo Gómez llevó el caso al Congreso, y el debate en la Comisión Tercera del Senado dio lugar al enfrentamiento de dos potentados: Jaime Michelsen Uribe y Hernán Echavarría Olózaga. «Es un competidor mío que está de funcionario público» fue el desafiante comentario de Michelsen en medio de la pelea. *El Espectador* le dio la mayor importancia a la sesión con una razón defendida en editorial: «Un mercado capitalista no puede desarrollarse y subsistir sin un mercado de valores vigoroso, sano y serio». Para no perder la pista, a la usanza de la época, Guillermo Cano constituyó una unidad investigativa para unir los hilos sueltos.

El grupo estuvo integrado por los periodistas Fabio Castillo, Luis de Castro, Héctor Giraldo, Édgar Caldas y Juan Guillermo Cano. De manera inusual, el 2 de abril de 1982, el periódico publicó en primera página la carta de un lector que preguntó por los anuncios de los cines. La respuesta fue que Cine Colombia pertenecía al Grupo Grancolombiano y este conglomerado económico había suprimido su pauta publicitaria en el diario en represalia por las revelaciones de la crisis financiera. Dos días después, a través del editorial «La tenaza publicitaria», *El Espectador* documentó el boicot y recordó el apoyo de Michelsen al saliente Gobierno de Turbay. La respuesta del Grupo Grancolombiano fue una rueda de prensa para argumentar que el retiro de sus avisos obedecía a que era un mal negocio por sus elevadas tarifas. La pelea quedó casada y *El Espectador* la tomó como un asunto aparte.

En adelante, con la guía de Guillermo Cano, la unidad investigativa empezó a reportar a diario los avances de la justicia y los organismos de fiscalización para revelar las maniobras del Grupo Grancolombiano. Pronto fue claro que los delitos se extendieron a diecisiete entidades más del sector financiero y de seguros, en una crisis económica que hizo historia y que se convirtió en una redada de banqueros señalados de falsedad, violación al régimen cambiario, suplantación de personas y prevaricato, entre otros delitos. La pesquisa se extendió a los despachos judiciales, las cámaras de comercio y las oficinas de registros públicos. Muchas de las millonarias operaciones ficticias de bolsa se hicieron utilizando el documento de identidad de una empleada de servicio doméstico llamada María Mayorga. La crisis financiera se transformó en el tema común de todos los medios de comunicación de Colombia.

La temperatura del escándalo creció mientras el liberalismo perdía las elecciones de 1982 con Belisario Betancur y, apenas el elegido tomó posesión del cargo para devolverle la reputación al sector financiero, enmendar sus errores y corregir el rumbo de los fondos de inversión, declaró la emergencia económica. A través del Decreto 2920 de 1982, puso freno a los autopréstamos y a otras maniobras financieras, y le dio herramientas a la justicia para enfrentar a los potentados. Prevaleció la decisión de Guillermo Cano de defender a los ahorradores, incluso a costa de las finanzas del diario, y aunque hubo discusiones familiares y sociales, el diario salió bien librado en su independencia y su prestigio. Por eso Guillermo Cano, en aquel julio de 1983, concluyó: «El cimiento más firme de un periódico respetable es su credibilidad». En esta desigual pelea, *El Espectador* había quedado a salvo.

…o trabajará en
… con criterio
… de los principios
…erio patriótico
FIDEL CANO

EL ESPECTADOR

…CUADERNILLOS - 2 REVISTAS | MIEMBRO DE LA SIP Y DE ANDIARIOS | SANTAFE DE BOGOTA, SABADO 22 DE ABRIL DE 1995 | AÑO CIX Nº 31.256 | ISSN 0122-2856 TARIFA ADPOSTAL Nº 3 | ■ $300.

erco de la Fiscalía a narcopolítica

el ex senador
estre Sarmiento.
aldo elude
captura. Buscan
ticulares más
rato.

alor Eduardo Mes-
tre fue captura-
do ayer para que
responda en una
investigación por
enriquecimiento
ilícito, en la que
también son sin-
dicados los her-
manos Rodrí-
a. Alberto Giraldo
dividuos.

se inició con ba-
entos recaudados
mando Especial
pecialmente en las
Julián Murcillo y
Palomari, que el
o Valdivieso orde-
r a Bogotá, para
analizados por un
cial de fiscales.

ra de Mestre se
a madrugada de
apartamento del
go de Bogotá y fue
uego a la casa-
Fiscalía, contigua
acional Modelo.

se tenía previsto
periodista Alberto
apartamento del
sales, pero cuan-
el Cuerpo Técnico
formó que había
nutos antes.

VEASE LA PAGINA 8-A

■ Eduardo Mestre

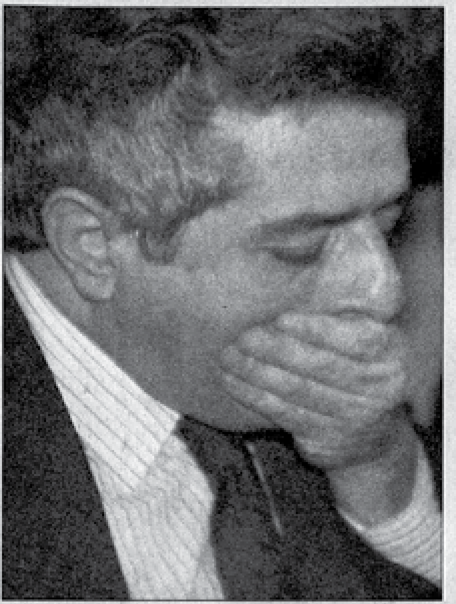
■ Alberto Giraldo

■ Alberto Santofimio

■ María Izquierdo

■ Armando Holguín

■ José Guerra



EL ESPECTADOR-Martín Rodríguez

■ El fiscal general de la Nación, Alfonso Valdivieso Sarmiento, cuando anunciaba ayer a la prensa una serie de decisiones contra numerosas personas presuntamente vinculadas al cartel de Cali.

■ David Turbay

■ Rodrigo Garavito

■ Jaime Lara

■ Ana de Pechthalt

■ Yolima Espinosa

■ Alvaro Benedetti

Valdivieso pide a la Cort
investigar a 9 congresista
por vínculos con el
narcotráfico. Averiguació
preliminar contra el
contralor Turbay. Crisis
liberal. Samper respalda
acción del fiscal.

REDACCION LOCAL
SANTAFE DE BOGOTA

▼

El fiscal Alfonso Valdivie
le pidió a la Co
te Suprema
vestigar a nue
congresistas p
supuestas tra
sacciones, dura
te la pasad
campaña polí
ca, con mie
bros de la organización d
cartel de Cali.

EL HECHO DEL DIA

En el mismo sentido d
traslado a la Unidad de Fisc
les ante la Corte Suprema
Justicia para que inicie av
riguación preliminar contra
contralor general David Tu
bay Turbay, y ordenó la ape
tura de investigación prelim
nar contra el ex tesorero de
campaña Samper President
Santiago Medina, y contra
empresario César Villegas.

Al tiempo que el presiden
Samper respaldó la acción d
fiscal, el hecho ocasionó
tremor en la clase política
en el Partido Liberal, desa
una grave crisis, que condu
a la convocatoria extraordin
ria de su Consejo Ético y
una junta de parlamentario

VEANSE LAS PAGINAS 5-A Y

ICES DE
PECTADOR

▼

dero amor (*)

en la vida sólo hay un
dero amor?

NO	NS/NR
47	3
39	2
35	2
67	4
29	10

[illegible] sobre el amor y la [illegible] la VIII Feria del Libro [illegible] Bogotá

Capturado terrorista de Oklahoma

Un segundo hombre se entregó a las autoridades pero no ha sido acusado.

AP, EFE, REUTER
OKLAHOMA CITY (ESTADOS UNIDOS)

▼

Timothy McVeigh, un ex soldado de 27 años, fue detenido ayer por el FBI en la localidad de Perry (Oklahoma), y acusado de participar en el atentado que destruyó un edificio federal en Oklahoma City, con un saldo parcial de 65 muertos y más de 150 desaparecidos.

VEASE LA PAGINA 10-A

EL ESPECTADOR-AFP-Digital

■ Agentes del FBI conducen a Timothy McVeigh hacia el helicóptero que lo llevaría hacia Oklahoma City, donde fue acusado oficialmente. McVeigh está vinculado con un grupo de extrema derecha del estado de Michigan.

No se vende café a menos de US$1,85

Brasil hizo subir el precio.

REDACCION LOCAL
SANTAFE DE BOGOTA

▼

La decisión de Brasil de acoger el plan mundial de retención de café empujó ayer la cotización del grano.

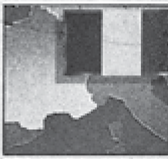
El precio del colombiano subió a US$1,8288.

La prima que deben pagar los compradores del café colombiano en el mercado internacional se encuentra ahora en 12.48 centavos de dólar por libra. El precio mínimo para el grano colombiano en mayo será de US$1,8508 por libra y en abril fue de US$1,81.

VEASE DIARIO ECONOMICO

SABADO

▼



■ Ante el proceso electo
que se desarrollará mañana e
Francia, EL ESPECTADOR p
blicará en su edición dominic
las opiniones de los cand
datos presidenciales frente
las relaciones internacional
de Latinoamérica y, en partic
lar, de Colombia con la UE
los Estados Unidos.

VEASE LA PAGINA 1

2-A EDITORIAL: Casetes, allanamientos y autos

6-A JUDICIAL: Amplían protección a sector energétic

9-A INTERNACIONAL: Escándalo por plutonio aco a la Policía de Alemania

12-A NACIONAL: Hoy, Dí de la Tierra

1-C ESTILOS: De compra

1-D VUELTA: Luis "Terremoto" Cárdenas ganó ayer en Mariquita

2-D AUTOMOVILISMO: Diego Guzmán corre en Nazareth (Pensilvania)

3-D BOXEO: Dos colombianos pelean hoy por título mundial

Las canteras, zona de calamidad

El alcalde Antanas Mockus expidió anoche un decreto ante la emergencia por derrumbes en los cerros de Usaquén. La ola invernal afecta a diez departamentos.

REDACCION LOCAL
SANTAFE DE BOGOTA

▼

La emergencia ocasionada por el invierno en las canteras de Usaquén, donde se han registrado derrumbes con saldo de varias víctimas, obligó al alcalde Antanas Mockus a decretar la zona como de calamidad pública.

Según el decreto 2005, funcionarios de la Policía Metropolitana, Bienestar Social, Acción Comunal, La Caja de Vivienda Popular, la Secretaría de Salud, la Alcaldía local y la Oficina para la Prevención de Atención de Emergencias, evaluarán la magnitud de la emergencia y auxiliarán a quienes han perdido sus hogares.

Por otra parte, al tiempo que el Gobierno anunció una partida de $5.500 millones para atender las emergencias registradas por el invierno, los torrenciales aguaceros siguen causando destrozos y dejando damnificados en diez departamentos del país.

VEANSE LA PAGINA 11-A
Y BOGOTA METROPOLITANA 1-E

PECTADOR
EJOR CINE
PAG 4-E

EL ESPECTADOR y SERVIENTREGA
Oficinas de Servicio al Cliente. Ver pág. 3-B.

TOME
EL CONTROL
Y ABRA
BIEN
LOS OJOS

4 de septiembre de 1983

LAS CINTAS DEL CONGRESO 86

En estas últimas semanas el país asiste al desafío abierto de esa clase emergente, salida de entre el laberinto de los códigos penales pisoteados y violentados, que se muestra todopoderosa y soberbia a la luz pública sin el menor reato, sin timidez alguna.

DE MANTENERSE LOS INDICADORES ACTUALES SOBRE LA INSURGENCIA EN la política colombiana de individuos con antecedentes judiciales delictivos y con presente y futuro ídem, reforzados por fortunas que harían palidecer de envidia a los cuarenta ladrones de la historia mágica de Alí Babá, no deberíamos extrañarnos si en el año crítico de 1986 las actuales mayorías honestas de Colombia, transformadas para entonces probablemente en minorías aisladas y perseguidas, estarán llorando de vergüenza lo que no pudieron o supieron defender cuando todavía era tiempo de salvar a este lindo país colombiano de su degradación moral predicha y anunciada.

Estos indicadores muestran ya el ingreso de una clase emergente sin escrúpulos a altas posiciones de representación pública y de poder político y económico, que ha llegado allí no simplemente para disfrutar inmerecidamente honores y favores que la República reserva a sus mejores hombres, sino a manera de cabeza de playa para que detrás de ella llegue la invasión

El escándalo del proceso 8.000 reveló cómo el narcotráfico se había tomado el Congreso de la República. *El Espectador* / Comunican S. A., 22 de abril de 1995.

masiva de quienes aún hoy permanecen a la expectativa o apenas inician los movimientos de desembarco en las escaramuzas políticas.

En estas últimas semanas el país asiste al desafío abierto de esa clase emergente, salida de entre el laberinto de los códigos penales pisoteados y violentados, que se muestra todopoderosa y soberbia a la luz pública sin el menor reato, sin timidez alguna; al contrario, con ofensivo orgullo de exhibirse como lo han sido y como lo son, descrestando auditorios incautos, apareciendo unas veces como mansas ovejas perseguidas y en veces como invencibles e intocables personajes a quienes no puede alcanzar la justicia ni mucho menos afectarlos el conocimiento público de sus fechorías indeleblemente marcadas en sus hojas de vida manchadas de delito. Ha sido costumbre, y por desgracia exitoso sistema, el que se responda por quienes son cuestionados como indignos de entrar a ejercer los poderes políticos o judiciales en Colombia, que todo de cuanto ellos se dice o se afirma es apenas un truco de sus enemigos para desprestigiarlos políticamente. Así han conseguido darle vuelta a la reacción popular, a tal punto que encerrados por los jueces y con pruebas abrumadoras en su contra, resultan inexplicablemente reivindicados en las urnas. Pero si Colombia permite que esto continúe siendo así, no es improbable que en 1984 estemos escuchando difundidas a todo volumen por las grandes cadenas radiales o leyendo sus transcripciones en las revistas y en la prensa sensacionalista, grabaciones magnetofónicas de las primeras sesiones del Congreso colombiano de ese año futuro, en las que se recogen apartes más sobresalientes de los más formidables debates parlamentarios de que tenga recuerdo la vida republicana de Colombia.

La siguiente es una transcripción parcial de las cintas del Congreso en agosto 7 de 1986:

Senador P.: Honorabilísimos colegas, al dirigirme a ustedes con el debido respeto que me merecen sus formidables éxitos profesionales y económicos y sus brillantes antecedentes en profesiones que nos son comunes, en estas primeras sesiones memorables de un Congreso renovado, con caras nuevas, que llegan a este gran recinto cargados de merecimientos por todos los pergaminos y títulos que los ennoblecen, me permito proponerles que, como primer acto soberano, nos comprometamos solemnemente a dos cosas, digamos por ejemplo: a terminar de una vez por todas con el cuento ese de los dineros calientes, declarando que no hay dineros sucios sino solo dineros limpios. Y en segundo lugar, a poner fin a la extradición acordada con los Estados Unidos porque tenemos que defender a todos nuestros amigos, a todos aquellos que nos acompañaron en las jornadas electorales y nos dieron su voto para garantizarles su derecho a trabajar en lo que ellos quieren trabajar y como ellos saben trabajar...

Senador E.: Muy bien dicho, dignísimo narcotraficante. Usted tiene la razón y puede contar con mi voto afirmativo para sus dos proposiciones que yo adicionaría, como tendré oportunidad de decirlo más a fondo en los próximos días, con una iniciativa que me viene dando vueltas en la cabeza desde hace varios años: la de legalizar la elaboración de cocaína pura como primer producto de exportación colombiano, indispensable para estabilizar la balanza de pagos de este país.

Ustedes saben que de no haber sido por el esfuerzo de muchos de los que aquí estamos y de otros muchos que nos seguirán en las próximas legislaturas, al país se lo hubiera llevado el diablo en su balanza de pagos porque fueron los dólares de la droga los que... (gripa, disparos, risas que hacen inaudible las palabras del senador E.).

Senador N.: Honorable gran capo de los estupefacientes. Si usted me permite, yo quisiera observarle con todo respeto que antes de ocuparnos de los trascendentales temas que su señoría y su colega de actividades nos han sugerido, iniciáramos un debate a fondo sobre las actividades de algunos jueces de la República cuyo comportamiento resultó para muchos de nosotros altamente lesivo en el pasado. Ustedes saben que me ha tocado sufrir en carne propia varias detenciones por delitos tan variados como la falsificación de documentos y de firmas, algo en tráfico de narcóticos y hasta por un caso de homicidio. Esos jueces que en el pasado ejercieron su magisterio en evidente actitud persecutoria contra lo que es hoy la mayoría de este honorable Congreso, deben ser borrados de la historia para que su ejemplo no se repita ahora que nosotros tenemos el poder.

Senador S.: Honorable homicida (perdóneme si lo llamo de esta manera, pero como usted bien lo dice es un honor y no una mancha haber sido vinculado a un proceso de homicidio y que por ello usted haya pagado injusta cárcel), usted, decía, honorable homicida, ¡es un mártir de la democracia! ¡Les propongo aprobar hoy mismo una ley por medio de la cual se expurgan todos los expedientes que una Comisión de este Honorable Congreso debe designar ahora mismo para revisar y establecer si, a pesar de las limpiezas que hemos logrado hacer algunos de los aquí presentes, aún quedan algunos procesos en los archivos de los juzgados, tribunales y Corte. De esta manera nuestras hojas de vida brillarán impolutas ante la opinión pública y nuestros enemigos tendrán que callarse. Les taparemos la boca.

(Aplausos y ruidos como de disparos de armas de repetición. La presidencia pide silencio a las barras.)

Senador L.: Eso es genial, dignísimo incendiario. Así como se quemaron los archivos del Congreso, en el pasado, ahora no se necesitará del fuego. Simplemente la Comisión de honorables colegas nos garantizará que en parte alguna de este país quede rastro de nuestra vida pasada.

Vamos a lavar nuestra hoja de vida. Como ustedes saben ya todos tenemos visa para entrar y salir de los Estados Unidos para mostrarles a nuestros malquerientes que tampoco en los Estados Unidos hay nada que nos avergüence o algo de lo cual nos puedan sindicar. Las visas nos las dan porque ya somos parlamentarios elegidos. Esa es una de las prebendas que nos da esta posición que hemos alcanzado gracias a nuestro dinero repartido entre los más pobres e ignorantes, a quienes la única contraprestación que les hemos pedido es la de su voto...

Senadora C.: Como honestísima vocera del sexo femenino que representa a la nueva clase emergente que consigue llegar clamorosamente a este debate tan constructivo y de inspiración y con objetivos tan trascendentales para el bien común que nos identifica, me parece que sería conveniente incluir en los proyectos que vamos a aprobar a la mayor brevedad algo referente a la libertad de los espacios aéreos que nos garantice la libre y segura movilización de nuestros equipos aéreos y los de nuestros amigos para racionalizar el rendimiento productivo del negocio de la exportación de las malas hierbas y sus derivados más refinados, en la seguridad de que el proteccionismo a las flotillas del narcotráfico significaría un enorme ingreso extra de divisas al país con lo cual, como bien lo anotaba el honorabilísimo gran capo de los estupefacientes, Colombia se convertiría en el paraíso de la abundancia y en el territorio privilegiado de la moneda dura.

Los aeropuertos dizque llamados clandestinos deben ser declarados de utilidad para el narcotráfico, y se debe proteger a las recuas de mulas que hoy trabajan a destajo con un código laboral que les garantice toda asistencia social para el tratamiento de las enfermedades profesionales y las proteja con un seguro de vida contra los lamentables accidentes que suele costarles la vida cuando en sus entrañas se revientan los alimentos que transportan para abastecer los mercados extranjeros.

(Desde la sala de prensa, una gritería ensordecedora apaga por completo las palabras de la ilustrísima senadora elegida por la circunscripción electoral de las mulas.)

Senador O.: Es para mí un espectáculo impresionante, honorables narcotraficantes, dignísimos falsificadores, respetabilísimos homicidas, eminentísimos incendiarios, serenísimos sustractores de cintas de extractos bancarios reveladoras y comprometedoras, comprobar cómo hemos logrado imponer para esta recién inaugurada legislatura unas mayorías en que se identifican de manera tan clara nuestros intereses con los intereses de la corrupción que queremos legitimada por este Congreso, antes repugnante escenario de la honestidad y la decencia. Porque nosotros somos humildes trabajadores que hemos hecho nuestras fortunas con el sudor de nuestra frente, acumulando millones sobre millones con esfuerzo y a riesgo de ser mal interpretados, y si estamos aquí es porque el pueblo así lo ha querido. Nuestros detractores y enemigos nos mostraron como lo que somos, traficantes de estupefacientes, incendiarios, homicidas, ladronzuelos, escamoteadores y mafiosos. Pero el pueblo se encargó de derrotarlos.

Ahora, con ese respaldo que hemos conseguido, bastando apenas un pequeñísimo porcentaje muy modesto de nuestras fortunas para pagar favores, construir casas, regalar tierras, modelar estadios, comprar conciencias, callar la justicia y corromper la democracia, debemos proceder a recibir los dividendos que esperábamos, no importa lo que de nosotros se siga diciendo. Por la instauración de la inmoralidad en la República, ¡a la carga!...

(Ovación clamorosa y descarga cerrada de pistolas ametralladoras en las barras. Una verdadera apoteosis, al decir de un comentarista radial.)

MORALEJA

Sobra decir que una grabación igual fue lograda en la Cámara de Representantes. Las cintas del Congreso de 1986 son, hoy en 1983, simple imaginación y cualquier parecido con personas vivas o muertas es, por ahora, pura coincidencia.

Pero ¡Dios de Colombia nos libre!, esto podría suceder si el pueblo colombiano no se despierta a tiempo. No es que se diga que viene el lobo. Es que el lobo ya vino. Está entre nosotros.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Cuando Guillermo Cano escribió este ejercicio de futurismo ante su insatisfacción por ver los códigos pisoteados por lobos disfrazados de ovejas que «harían palidecer de envidia a los cuarenta ladrones de la historia mágica de Alí Babá», ya había pasado mucha agua bajo el puente de Colombia en la ruta del narcotráfico. Desde que el presidente de los Estados Unidos en 1971, Richard Nixon, declaró las drogas como el enemigo público número uno, era claro que esa guerra iba a pasar por Colombia. El primer estatuto antidrogas se expidió en 1974 con énfasis en la marihuana, pero ya existían organizaciones traficando cocaína. En su libro *Los jinetes de la cocaína*, el periodista Fabio Castillo documentó el origen de las principales organizaciones en Bogotá, Medellín, Cali, el Eje Cafetero y la costa Atlántica, y el denominador común de todas fue la impunidad hasta convertirse en clanes.

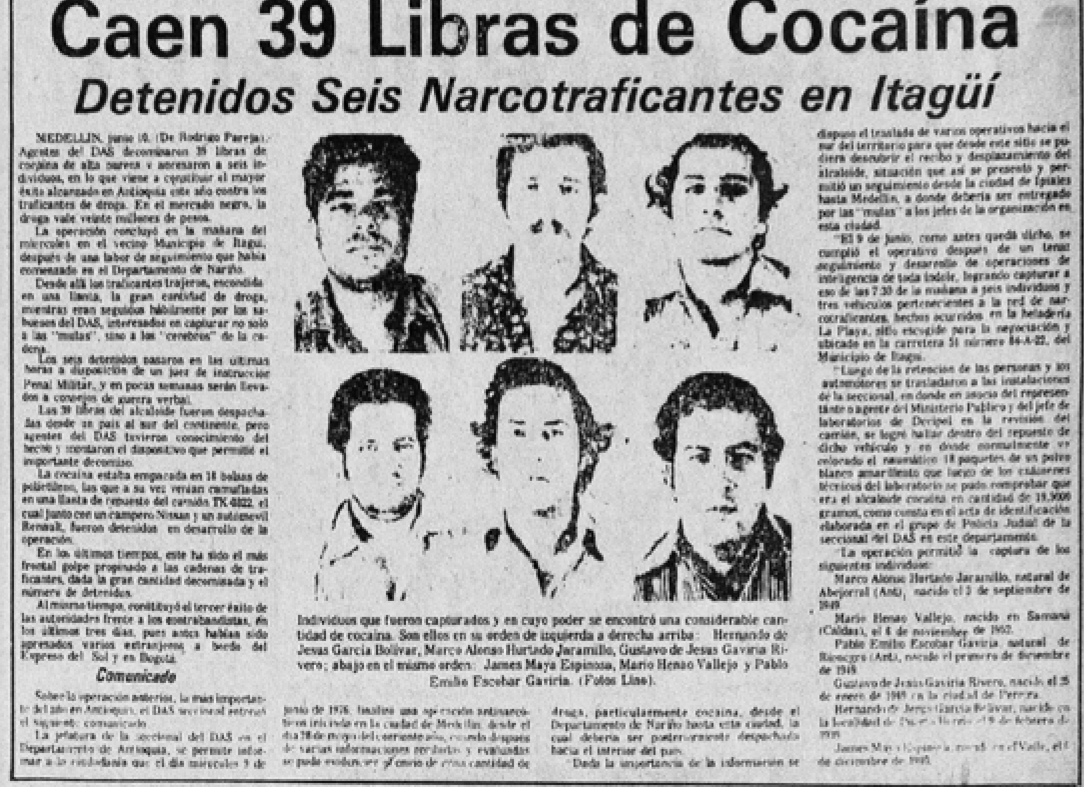
En la Colombia permisiva de esos tiempos, las historias de Verónica Rivera, Benjamín Herrera, Gonzalo Jiménez o Griselda Blanco pasaron de agache en el país, pero no ante el ojo avizor de Estados Unidos. En 1978, el embajador norteamericano Diego Ascencio comentó sin tapujos: «Los narcotraficantes colombianos son tan fuertes en términos de poder financiero que podrían tener su propio partido y pueden ya haber comprado y pagado diez miembros del cuerpo legislativo». No estaba lejos de la realidad, aunque faltaba tiempo para ser reconocida. Cuando quedó firmado el Tratado de Extradición en septiembre de 1979 y sancionada la ley aprobatoria, los primeros que saltaron a la arena para oponerse fueron los propios narcos. Los casos de mayor resonancia fueron los de Carlos Lehder Rivas y Pablo Escobar Gaviria, quien accedió al Congreso como representante a la Cámara.

Otros narcotraficantes prefirieron el camino de la corrupción y el mimetismo en las actividades legales, con fichas políticas para sacar ventaja a la hora de las leyes. Cuando Ronald Reagan fue electo presidente de Estados Unidos y lanzó de nuevo la guerra contra las drogas, con la presión del Tratado de Extradición se incentivó en Colombia la intención de cortar los nexos entre el narcotráfico y la clase política. Por eso desde las elecciones legislativas de 1982, el asunto central de la discusión fueron los dineros calientes. En las plenarias del Congreso, el propio Pablo Escobar recordó al congresista Ernesto Samper que, como jefe de debate de la candidatura reeleccionista de López, le había recibido un aporte económico. Fabio Castillo, en *Los jinetes de la cocaína*, y Alberto Giraldo, en el libro *Mi verdad*, escribieron que la campaña de Belisario Betancur también se dejó filtrar por los capitales golondrinos.

Sin embargo, no había llegado la hora de destapar la narcopolítica. Lo hizo Rodrigo Lara Bonilla a partir de agosto de 1983, cuando enfrentó en el Congreso a Pablo Escobar Gaviria. En medio de esa disputa y de la contraofensiva de los narcos y sus aliados para sacar del ruedo al ministro de Justicia, *El Espectador* reveló los antecedentes del representante a la Cámara por Antioquia. Diez días después, Guillermo Cano escribió «Las cintas del Congreso 86», con la versión ficcionada de una sesión del Congreso bajo el control de los narcos. Su primera proposición: abolir «el cuento de los dineros sucios» y dejarlos en «dineros limpios», poniendo fin a la extradición de colombianos a Estados Unidos, en defensa de los que «nos acompañaron en las jornadas electorales».

Las primeras sesiones del Congreso de ese «año futuro», en palabras de Guillermo Cano, contenidas en grabaciones magnetofónicas ampliamente divulgadas por las cadenas radiales, planteaban la sustitución del café como primer producto de exportación por la cocaína y la propuesta de un debate para evaluar las conductas de algunos jueces que lesionaron la honra de sus aliados. El cierre de las sesiones legislativas con «ovación clamorosa y descarga cerrada de pistolas y ametralladoras en las barras» constituyó un simple ejercicio de imaginación para advertir lo que podía suceder si el pueblo no despertaba a tiempo. Claramente no lo hizo. Paradójicamente, en diciembre de 1986 Guillermo Cano fue asesinado y «Las cintas del Congreso 86» no estuvieron tan distantes de la realidad.

Lo que llegó después casi se asoma al presente. La prueba fue que nunca faltaron congresistas vinculados con narcos. A finales de 1989 frustraron la reforma constitucional de Virgilio Barco cuando intentaron agregar un referendo contra la extradición. Luego cayeron en la redada del proceso 8.000 en la era de Ernesto Samper, con una veintena de congresistas y funcionarios presos en el fallido intento de cortar definitivamente los lazos entre la política y el narcotráfico. En la primera década del siglo XXI, en el escándalo de la parapolítica, con nexos de congresistas con jefes paramilitares extraditados por narcotráfico, la estadística de procesados por la justicia llegó a veintiséis senadores y dieciocho representantes, amén de un alto número de gobernadores, exgobernadores, alcaldes y funcionarios.



Caen 39 Libras de Cocaína

Detenidos Seis Narcotraficantes en Itagüí

MEDELLIN, junio 10. (De Rodrigo Pareja). Agentes del DAS decomisaron 39 libras de cocaína de alta pureza y arrestaron a seis individuos, en lo que viene a constituir el mayor éxito alcanzado en Antioquia este año contra los traficantes de droga. En el mercado negro, la droga vale veinte millones de pesos.

La operación concluyó en la mañana del miércoles en el vecino Municipio de Itagüí, después de una labor de seguimiento que había comenzado en el Departamento de Nariño.

Desde allí los traficantes trajeron, escondida en una llanta, la gran cantidad de droga, mientras eran seguidos hábilmente por los sabuesos del DAS, interesados en capturar no solo a las "mulas", sino a los "cerebros" de la cadena.

Los seis detenidos pasaron en las últimas horas a disposición de un juez de instrucción Penal Militar, y en pocas semanas serán llevados a consejos de guerra verbal.

Las 39 libras del alcaloide fueron despachadas desde un país al sur del continente, pero agentes del DAS tuvieron conocimiento del hecho y montaron el dispositivo que permitió el importante decomiso.

La cocaína estaba empacada en 18 bolsas de polietileno, las que a su vez venían camufladas en una llanta de repuesto del camión TK-0322, el cual junto con un campero Nissan y un automóvil Renault, fueron detenidos en desarrollo de la operación.

En los últimos tiempos, este ha sido el más frontal golpe propinado a las cadenas de traficantes, dada la gran cantidad decomisada y el número de detenidos.

Al mismo tiempo, constituyó el tercer éxito de las autoridades frente a los contrabandistas, en los últimos tres días, pues antes habían sido apresados varios extranjeros a bordo del Expreso del Sol y en Bogotá.

Comunicado

Sobre la operación anterior, la más importante del año en Antioquia, el DAS seccional entregó el siguiente comunicado:

La jefatura de la seccional del DAS en el Departamento de Antioquia, se permite informar a la ciudadanía que el día miércoles 9 de junio de 1976, finalizó una operación antinarcóticos iniciada en la ciudad de Medellín, desde el día 28 de mayo del corriente año, cuando después de varias informaciones recibidas y evaluadas se pudo evidenciar el envío de una cantidad de droga, particularmente cocaína, desde el Departamento de Nariño hasta esta ciudad, la cual debería ser posteriormente despachada hacia el interior del país.

"Dada la importancia de la información se dispuso el traslado de varios operativos hacia el sur del territorio para que desde este sitio se pudiera descubrir el recibo y desplazamiento del alcaloide, situación que así se presentó y permitió un seguimiento desde la ciudad de Ipiales hasta Medellín, a donde debería ser entregado por las "mulas" a los jefes de la organización en esta ciudad.

"El 9 de junio, como antes quedó dicho, se cumplió el operativo después de un tenaz seguimiento y desarrollo de operaciones de inteligencia de toda índole, logrando capturar a eso de las 7:30 de la mañana a seis individuos y tres vehículos pertenecientes a la red de narcotraficantes, hechos ocurridos en la heladería La Playa, sitio escogido para la negociación y ubicado en la carretera 51 número 84-A-22, del Municipio de Itagüí.

"Luego de la retención de las personas y los automotores se trasladaron a las instalaciones de la seccional, en donde en asocio del representante o agente del Ministerio Público y del jefe de laboratorios de Decipol en la revisión del camión, se logró hallar dentro del repuesto de dicho vehículo y en donde normalmente va colocado el neumático 18 paquetes de un polvo blanco amarillento que luego de los exámenes técnicos del laboratorio se pudo comprobar que era el alcaloide cocaína en cantidad de 19.500 gramos, como consta en el acta de identificación elaborada en el grupo de Policía Judicial de la seccional del DAS en este departamento.

"La operación permitió la captura de los siguientes individuos:

Marco Alonso Hurtado Jaramillo, natural de Abejorral (Ant), nacido el 3 de septiembre de 1949.

Mario Henao Vallejo, nacido en Samaná (Caldas), el 6 de noviembre de 1952.

Pablo Emilio Escobar Gaviria, natural de Rionegro (Ant), nacido el primero de diciembre de 1949.

Gustavo de Jesús Gaviria Rivero, nacido el 25 de enero de 1949 en la ciudad de Pereira.

Hernando de Jesús García Bolívar, nacido en la localidad de Puerto Berrío el 9 de febrero de 1930.

James Maya Espinosa, nacido en el Valle, el 6 de diciembre de 1940.

Individuos que fueron capturados y en cuyo poder se encontró una considerable cantidad de cocaína. Son ellos en su orden de izquierda a derecha arriba: Hernando de Jesús García Bolívar, Marco Alonso Hurtado Jaramillo, Gustavo de Jesús Gaviria Rivero; abajo en el mismo orden: James Maya Espinosa, Mario Henao Vallejo y Pablo Emilio Escobar Gaviria. (Fotos Lino).

Facsímil de la información publicada por este diario en junio de 1976.

En 1976 Escobar estuvo preso

(Continuación de la página 1ª-A)

Que son calumnias

Escobar Gaviria, en declaraciones para la prensa, anunció que también formularía denuncia contra la citada cadena de televisión "porque vamos a acabar de una vez por todas con las calumnias que me están haciendo, no solamente en Colombia sino también en el extranjero, pues no registro antecedentes de narcotráfico ni en los Estados Unidos ni en este país".

La captura

Pese a las anteriores afirmaciones del representante suplente, en la edición de **El Espectador** correspondiente al 11 de junio de 1976, se publicó una información en que el citado parlamentario aparece fotografiado en unión de otros cinco individuos con quienes según informe oficial de la jefatura de la seccional del DAS en Antioquia, fue capturado el 9 del mismo mes en la casa número 84-A-22 de la carrera 51 del municipio de Itagüí, en donde funcionaba por esa época la heladería La Playa.

39 libras de cocaína

Conforme al comunicado del DAS, los seis aprehendidos habían llegado procedentes del departamento de Nariño en un campero Nissan, un placas TK-0322, vehículo este último en cuya llanta de repuesto fueron encontrados 18 bolsas plásticas que contenían un total de 19.500 gramos de cocaína.

Los sindicados

El boletín del DAS señaló que los capturados fueron identificados como Pablo Emilio Escobar Gaviria, natural de Rionegro, Antioquia y nacido el 1 de diciembre de 1949; Marco Alonso Hurtado Jaramillo, oriundo de Abejorral, Antioquia y nacido el 3 de septiembre de 1949; Mario Henao Vallejo, de Samaná, Caldas y nacido el 6 de noviembre de 1952; Gustavo de Jesús Gaviria Rivero, nacido el 25 de enero de 1949 en Pereira; Hernando de Jesús García Bolívar, nacido el 9 de febrero de 1930 en Puerto Berrío y James Maya Espinosa, nacido en el Valle el 6 de diciembre de 1940.

Según la información los seis capturados fueron puestos a disposición de un juez de Instrucción Penal Militar.

Esta fotografía del actual representante suplente a la Cámara Pablo Emilio Escobar Gaviria fue publicada junto con la de otros 5 individuos en la edición de El Espectador correspondiente al 11 de junio de 1976, tres días después de que el parlamentario fuera capturado en Itagüí con una remesa de 39 libras de cocaína.

DICTE SU CLASIFICADO AL
262-77-00

6 de noviembre de 1983

¿DÓNDE ESTÁN QUE NO LOS VEN?...

Durante mucho tiempo estos personajes siniestros lograron engañar y embobar a las gentes ingenuas halagándolas con migajas y propinas, con dineros todos calientes, mientras la sociedad acobardada y en algunos casos engolosinada con los espejismos y atractivos de la vida cómoda del *jet-set* emergente, veía crecer a su alrededor el imperio de la inmoralidad.

HACE MÁS DE UNA SEMANA QUE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES, A PESAR de iniciales vacilaciones y dilaciones, levantó la presunta inmunidad parlamentaria que dizque protegía al individuo Pablo Escobar Gaviria, en mala hora elegido suplente a la Cámara Baja en papeleta con su protegido el señor Jairo Ortega. El susodicho individuo Escobar Gaviria está subjúdice por narcotráfico y es sindicado por la justicia de Colombia como presunto autor intelectual, en unión de su primísimo Gustavo Gaviria, de la muerte violenta de dos agentes de seguridad al servicio de la República.

Edición del periódico en la que se reveló el pasado narcotraficante del congresista Pablo Escobar Gaviria. *El Espectador* / Comunican S. A., 25 de agosto de 1983.

Hace también un poco más de una semana que el juez que investiga el doble y abominable homicidio impartió orden de captura, en cumplimiento del correspondiente auto de detención y ya sin las dudas constitucionales respecto de la posible inmunidad parlamentaria del sujeto antes dos veces mencionado, y es la hora de ahora que Escobar Gaviria, como su primo carnal Gustavo, sigue gozando de cabal libertad, como si las órdenes de los jueces no fueran de obligatoria obediencia por parte de las autoridades encargadas de hacer efectivas las capturas de los delincuentes convictos o de los presuntos delincuentes.

Hace mucho más de un mes, otro juez de la República dictó auto de detención y expidió la correspondiente boleta de captura contra otro individuo de las mismas calañas y las mismas mañas de los primos Escobar Gaviria, el narcotraficante Carlos Lehder, vinculado dentro y allende de nuestras fronteras al delito de comerciar con estupefacientes y de enriquecerse con esa abominable y punible profesión.

Durante mucho tiempo estos personajes siniestros lograron engañar y embobar a las gentes ingenuas halagándolas con migajas y propinas, con dineros todos calientes, mientras la sociedad, acobardada y en algunos casos engolosinada con los espejismos y atractivos de la vida cómoda del *jet-set* emergente, veía crecer a su alrededor el imperio de la inmoralidad. Desenmascarados estos grandes personajes de la mafia de narcotráfico, la justicia, tan lerda y tan temerosa en el pasado, comenzó a actuar. Pero sus arranques, de un día para otro, han quedado como paralizados. Se sabe quiénes son y por dónde andan los fugitivos de la justicia; mucha gente los ve, pero los únicos que no los ven son los encargados de ponerlos, aunque sea transitoriamente, entre las rejas de una prisión.

EN LAS PROPIAS BARBAS...

La burla a la justicia, al cumplimiento de los mandatos de los jueces de la República, se hace más ofensiva cuando ocurre en las propias barbas de las autoridades. Al señor Lehder lo recibió un notario en su despacho, con cita previa, a hora prefijada, y el sindicado, bajo auto de detención, se paseó con sus guardaespaldas por las calles de Armenia sin que nadie, ni mucho menos los detectives del DAS o los agentes del F-2 o los policías comunes y corrientes, se dieran por enterados.

El señor Pablo Escobar Gaviria, según lo dice la gente, y cuando la gente lo dice es porque así ha sido, estuvo el viernes de la semana anterior a la que acaba de pasar por sus feudos podridos de Envigado, en componendas políticas, sin que su inexistente derecho de andar ahora libremente por el territorio colombiano se viera en ningún momento perturbado por la incómoda presencia de algún agente del orden.

¿De qué raro y exótico privilegio disfrutan estos traficantes de la droga y mercaderes de la muerte para que contra ellos la justicia no logre avanzar un paso en el esclarecimiento de los delitos que se les atribuye y de los cuales parecen existir abundantes pruebas? En nuestras cárceles hay muchos delincuentes y hasta no pocos inocentes en quienes sí se han cumplido las órdenes judiciales de captura y detención. Y hasta un puñado de banqueros inescrupulosos, abusadores y estafadores están en sus celdas de las cárceles colombianas.

Es de conocimiento público, sin embargo, que en este último caso, el de los banqueros, no están todos los que son en la prisión, porque hay varios de ellos con autos de detención y órdenes de captura que lograron escapar a todas las redes de seguridad judicial del país para esconderse en el extranjero. En el Ecuador posiblemente, a donde viajan de vez en cuando sus compañeros de andanzas mejor librados, llevándoles quién sabe qué cantidades de ayudas morales y materiales para pasar bien estos voluntarios exilios, que en la realidad son fugas planificadas hábilmente para eludir el peso de la burlada ley colombiana...

CASOS DISTINTOS CON PERFILES IGUALES

Porque extrañamente ha venido sucediendo en los últimos meses el fenómeno inexplicado de que los autos de detención y las órdenes de captura expedidos por autoridades competentes contra delincuentes sindicados no se han cumplido. Ocurren esas omisiones en casos delictivos ocurridos en órbitas diferentes. Los de un caso tienen que ver con el negocio sucio y punible del tráfico de drogas y los delitos que de ese narcotráfico se desprenden. En el otro caso son los defraudadores de la buena fe de los ahorradores colombianos que se han alzado con miles de millones de pesos mediante maniobras fraudulentas y estafas que no por muy hábiles y sofisticadas dejan de ser llanamente eso, estafas, un delito tipificado en nuestros códigos y que merece condigno castigo. Son casos diferentes. Pero son iguales los resultados con que se enfrenta la justicia en ambos.

Los sindicados de haber incurrido en violaciones a las leyes penales logran evadir la justicia. Vaya, usted, amable lector, persona honesta, honrada a carta cabal, a salir del país y encontrará un cúmulo de dificultades, de obstáculos para poder hacerlo, una verdadera alambrada de garantías para que no salga si no está a paz y salvo con su país en todos los órdenes. Cometa usted una leve infracción de simple tránsito y verá cómo su tranquilidad y hasta su libertad personal se verán seriamente comprometidas.

Pero en cambio ahí tenemos a algunas de las cabezas visibles de los defraudadores bancarios fugitivos de la justicia, viviendo a pierna suelta con todas las comodidades en el extranjero sin que su salida del país, a pesar de estar cobijados por autos de detención y órdenes de captura, les haya creado el más leve inconveniente o tropiezo. Y ahí están, paseándose por las calles de las ciudades los padrinos del narcotráfico y del lavado de dólares. Nadie los molesta. Son los intocables. Y eso es una vergüenza para un país que necesita desesperadamente recobrar su fuerza moral perdida y que fue la que le dio en el pasado sus momentos de mayor grandeza.

Nadie pide que se cometa una injusticia contra nadie. Pero la parte sana que aún le queda como reserva a Colombia, lo que no se puede tolerar es que a la justicia de este país se le convierta en rey de burlas, que es lo que están haciendo los mafiosos y los defraudadores dejando a los jueces con sus investigaciones colgando de la brocha y permitiendo que se extienda por todo el país la tenebrosa sospecha de que dentro de nuestra propia autoridad, encargada de prevenir y reprimir el delito, existe una organización capaz de garantizar la libertad al delincuente mediante el expediente de hacerse los de la vista gorda, de los que nada ven estando viéndolo todo, para proteger con su actuación venal o cobarde a los poderosos criminales que tienen mano ancha para pagar el soborno o el dedo pronto para apretar el gatillo mortal...

¿Será posible que alguien, con seriedad, en el alto gobierno le diga a los colombianos, sedientos y necesitados de pronta y cumplida justicia, que castiguen el delito y al delincuente, por qué están libres, continúan libres, individuos como los primos Escobar Gaviria, los Lehder, los banqueros y los corredores de bolsa defraudadores, los caracterizados ejemplos de la inmoralidad campante?

Mientras la justicia siga cojeando y no llegue, como no está llegando en casos tan graves y delicados como los que conoce la opinión pública, este país difícilmente logrará recuperar su título ennoblecedor de potencia moral y jurídica.

Las órdenes de captura de los jueces que no se han cumplido ante el estupor nacional son una cruel caricatura de la degradación a que hemos llegado, precisamente porque hemos tolerado y seguimos tolerando el imperio de los más deshonestos y de los más inmorales, que con su dinero y sus armas homicidas todo lo corrompen y todo lo contaminan...

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

En dos meses, Pablo Escobar Gaviria pasó de ser el hombre más popular de Antioquia al fugitivo número uno de las autoridades de Colombia. Un giro de 180 grados en la vida del capo del narcotráfico con claros artífices: el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien lo señaló en el Congreso desde agostode 1983; *El Espectador*, que en su edición del 25 de agosto reveló sus antecedentes en el tráfico de estupefacientes, capturado en junio de 1976 con 39 libras de cocaína, y el juez Gustavo Zuluaga Serna, que el 23 de septiembre, con base en la información dada a conocer por el periódico, le abrió investigación penal por el extravío de ese expediente y el asesinato de los dos agentes del DAS que lo capturaron siete años atrás, los detectives Luis Fernando Vasco Urquijo y Gilberto Hernández Patiño. Únicamente faltaba que el Congreso le quitara su inmunidad parlamentaria.

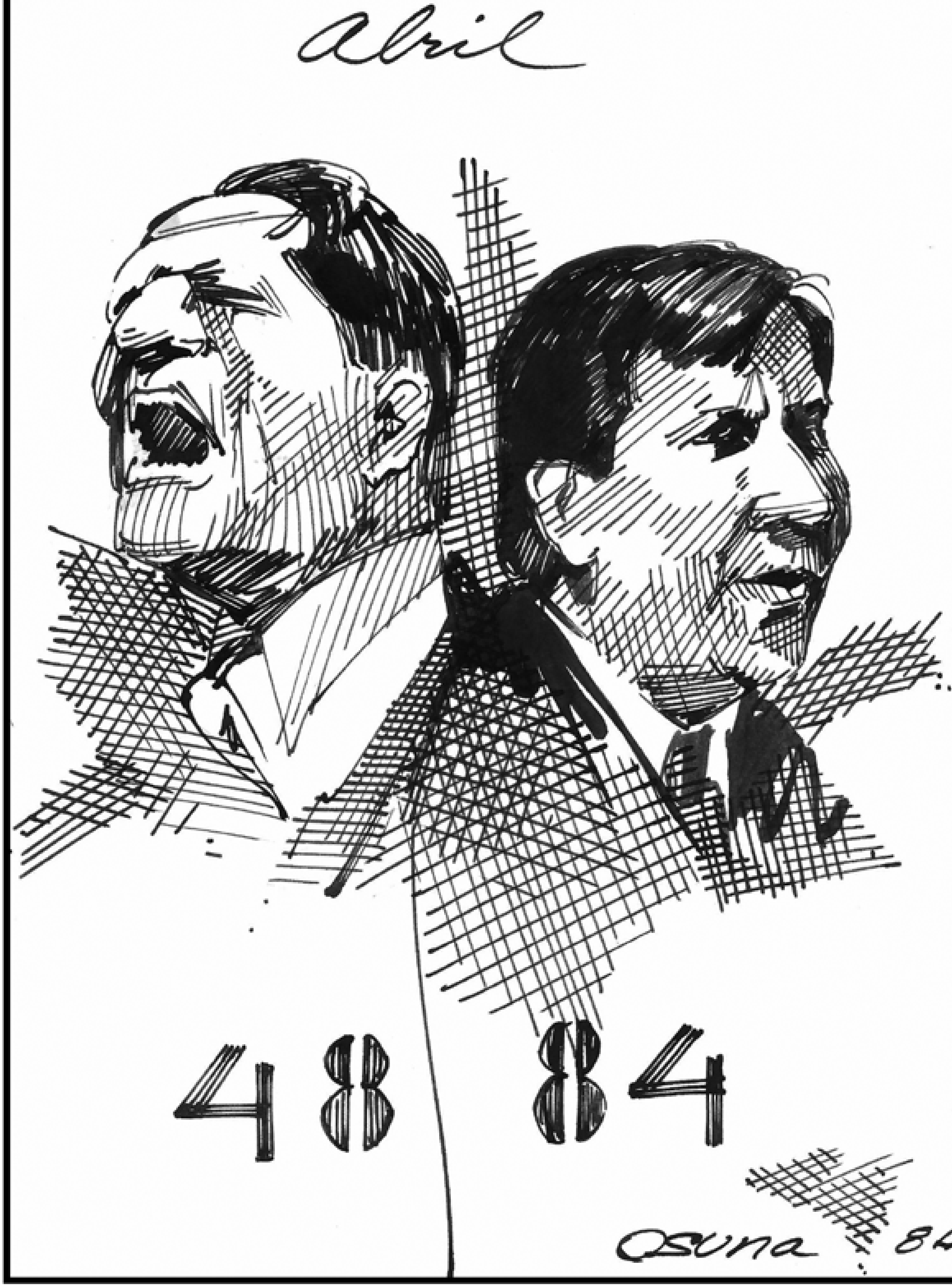
En esa disputa, *El Espectador* formó parte activa con el liderazgo de Guillermo Cano. El día de las revelaciones sobre sus antecedentes en el mundo de la cocaína, Pablo Escobar ordenó comprar todos los ejemplares en circulación en Medellín. Ese mismo 25 de agosto realizó una rueda de prensa y le dio un plazo de veinticuatro horas al ministro de Justicia Rodrigo Lara para presentar las pruebas de sus señalamientos en el Congreso, antes de denunciarlo por el delito de calumnia. Un documental de la ABC en Estados Unidos informó sobre su fortuna superior a los dos mil millones de dólares y complicó su panorama de capo. «¡Qué vergüenza!», insistió Guillermo Cano y comparó a Escobar con el mafioso norteamericano Al Capone. Entre los días 6 y 9 de septiembre, el periódico desarrolló una serie de cuatro entregas con la documentación del caso por el cual Pablo Escobar había estado preso.

El recuento de lo que ocurrió en junio de 1976 incluyó la captura de Escobar en Itagüí, junto a su primo Gustavo de Jesús Gaviria, su cuñado Mario Venado Vallejo y tres personas más, así como la pesquisa del director del DAS en Antioquia, Carlos Gustavo Monroy Arenas, con apoyo de los agentes Luis Fernando Vasco y Gilberto Hernández, quienes determinaron que Escobar y sus cómplices recibían cocaína en Tulcán (Ecuador) y la transportaban hasta Antioquia en las llantas de un vehículo. Cuando el proceso fue radicado en Pasto, se apuró la libertad de los detenidos y luego fueron asesinados los agentes del DAS. El día que terminó la serie periodística, la Embajada de Estados Unidos le quitó la visa de ingreso a Escobar y, con cálculo oportunista, el senador Alberto Santofimio le pidió públicamente que se marginara del movimiento Alternativa Popular, que le permitió llegar al Congreso.

El Espectador detalló los reportes de la Policía Antinarcóticos, a cargo del coronel Jaime Ramírez Gómez. La periodista María Jimena Duzán, a través de la columna «Lo Santofimio de López Trujillo», arremetió contra el arzobispo de Medellín, cardenal Alfonso López Trujillo, por su silencio ante la conducta de los sacerdotes Elías Lopera y Hernán Cuartas como activos colaboradores del movimiento Medellín Cívico, de Pablo Escobar. La controversia desatada a raíz de esa columna obró como el preámbulo de la decisión adoptada por el juez décimo superior de Medellín, Gustavo Zuluaga Serna, que ordenó la detención de Pablo Escobar por el asesinato de los agentes del DAS. Desde ese día y hasta su asesinato, ocurrido el 30 de octubre de 1986 cuando ejercía como magistrado del Tribunal Superior de Medellín, la mafia no dejó de intimidarlo, lo mismo que a su esposa Carmelita Valencia.

Con las condiciones de su lado, el 21 de octubre, el ministro Rodrigo Lara amplió sus denuncias en el Congreso con amplio despliegue informativo desde las páginas de *El Espectador*, y esta vez denunció la presencia de dineros del narcotráfico en seis equipos del fútbol profesional: Nacional, Medellín, Millonarios, Santa Fe, América y Pereira, con alusión a nombres conocidos por la justicia pero ignorados por la mayoría de los colombianos. Gonzalo Rodríguez Gacha, los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orjuela, Octavio Piedrahíta Tabares, Hernán Botero Moreno, activos socios en los equipos que ya disputaban las finales de 1983, y que se mantuvieron expectantes algunos días en espera de las pruebas de la justicia, sin novedades para reanudar el torneo con el poder de «los mágicos».

El 26 de octubre, con ponencia de los representantes a la Cámara, Fernando Carvajalino, Carlos Mauro Hoyos y Horacio Serpa Uribe, la Cámara de Representantes levantó la inmunidad parlamentaria a Pablo Escobar Gaviria. A partir de ese momento, la justicia quedó con las manos libres para capturarlo. Sin embargo, el capo tomó precauciones, pero permaneció en Antioquia al frente de sus actividades criminales. Lo vieron «pasar por sus feudos podridos de Envigado, en componendas políticas, sin que su inexistente derecho de andar ahora libremente por el territorio colombiano se viera en ningún momento perturbado por la incómoda presencia de algún agente del orden», escribió Guillermo Cano en su editorial del 6 de noviembre: «¿Dónde están que no los ven?...». Y no los vieron porque siguieron libres.


abril
48
84
Osuna 84

6 de mayo de 1984

PERFIL DE CORAJE

El doctor Luis Carlos Galán, en su conmovedor mensaje pocas horas después del cruel asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, dijo que la del ministro de Justicia había sido «una misión heroica». En efecto, la cumplió con heroísmo el doctor Lara Bonilla hasta donde se lo permitieron los sicarios que vendieron su alma al Diablo por dos o más millones de pesos.

HA PASADO CASI UNA SEMANA DESDE EL COBARDE ASESINATO DEL DOCTOR Rodrigo Lara Bonilla y todavía, y con nosotros la sociedad buena de Colombia, no salimos de nuestra indignación y nuestro desconcierto por las dimensiones de este crimen, donde la mano oculta de la mafia del narcotráfico aparece sin embargo con todas las características siniestras que la señala como la autora intelectual y material del delito horrendo.

Rodrigo Lara Bonilla, con apenas 38 años de edad, ya se proyectaba en el panorama colombiano como uno de sus más dibujados perfiles de coraje. Nos apropiamos del título de un libro excelente, del también asesinado

Caricatura de Héctor Osuna en homenaje al asesinado ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, en la que aparece al lado de Jorge Eliécer Gaitán. *El Espectador*, 15 de mayo de 1984.

presidente John F. Kennedy, para definir la personalidad arrolladora de este joven político que se asomaba a la vida pública con calidades que permitían esperar de su existencia prolongada mucho beneficio para Colombia, para su democracia, para la honestidad y para la moralidad de la patria. Toda en él fue carácter, que es coraje. Se enfrentó, y ahí lo dejamos solo, como ministro de Justicia, al poder ominoso de la delincuencia organizada, que no podía tolerar por más tiempo que se ejerciera sobre su siniestra organización una vigilancia y se la sindicara sin timidez ni cobardía como uno de los grandes riesgos para la normalidad institucional de la República. Y por eso, solo por eso, lo mandaron matar. La sangre derramada por Rodrigo Lara Bonilla es la prolongación del doloroso desangre a que un grupo de individuos localizados y localizables, identificados e identificables, ha sometido a Colombia con su negocio infame y con su comercio monstruoso.

Cuando Rodrigo Lara Bonilla fue llamado por el presidente Betancur a desempeñar la cartera de Justicia en su gabinete, el joven dirigente político de Huila ya venía comprometido, como miembro del Nuevo Liberalismo que lo llevó al Senado de la República, en una implacable lucha contra la inmoralidad. Ese fue su compromiso. Él sabía que una de las fuentes que nutrían la descomposición moral de la República radicaba en el narcotráfico que se había adueñado del poder económico con su inagotable capacidad financiera para comprar conciencias, a cualquier precio, haciendo de ellos la antigua cínica definición según la cual todo hombre tiene un precio, y que intentaban –y lo han estado logrando– infiltrarse en el poder político y hasta en las mismas instituciones para ponerlas al servicio de su degradante actividad. Era un compromiso muy grande que exigía carácter, en primer lugar, y, además, un enorme valor personal.

Ambas cosas las poseía este Rodrigo Lara, perfil de coraje, quien desde su llegada al Ministerio de Justicia estremeció, como un terremoto, los cimientos de la organización mafiosa que se sintió, por primera vez en mucho tiempo, realmente amenazada en su impune ejercicio del delito. Delito que, como lo estaba probando el doctor Lara Bonilla, no se circunscribía al abominable comercio de los estupefacientes sino a la corrupción de la sociedad toda, cuando no al asesinato sistemático de cualquier persona que pudiera resultar incómoda a sus proditorios propósitos. ¿Cuántas gentes han muerto abaleadas antes del doctor Lara Bonilla por las mafias colombianas y extranjeras? La cuenta es imposible de llevar.

El ministro Lara tenía, por ejemplo, el prontuario de uno de los más conocidos capos de la mafia colombiana, en la cual se acumulan más asesinatos que dedos tienen los pies y las manos de un hombre sano. Y eso lo conocían, lo sabían los mafiosos. ¿Qué duda puede, pues, caber de que no era difícil para ellos agregar un muerto más y con mayor razón cuando ese muerto era tan sumamente peligroso para ellos? ¡Dios nos tenga de su mano!

UNA MISIÓN HEROICA

El doctor Luis Carlos Galán, en su conmovedor mensaje pocas horas después del cruel asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, dijo que la del ministro de Justicia había sido «una misión heroica». En efecto, la cumplió con heroísmo el doctor Lara Bonilla hasta donde se lo permitieron los sicarios que vendieron su alma al Diablo por dos o más millones de pesos, que para los compradores de sus manos asesinas significaba apenas un minúsculo pedacito de sus fortunas incalculables y mal habidas. Y son tan afortunados los arrendadores de criminales que se economizaron una parte del botín ofrecido, al morir uno de los pistoleros y quedar herido y preso otro de sus compinches.

Esa misión heroica que se impuso Lara Bonilla contra todo riesgo ha quedado inconclusa. Y para que no se transforme en una misión imposible es deber de los colombianos, con su gobierno a la cabeza, continuarla con idéntico heroísmo e igual desprendimiento. ¿Habrá quién se le mida al compromiso que dejó sin concluir el ministro cobardemente asesinado? Tiene que haberlo. Esa es la obligación nacional de la hora, del momento, de los próximos días y de los próximos meses y hasta de los próximos años, porque la corrupción que el doctor Lara Bonilla comenzó a combatir, con tanto coraje y carácter, ha penetrado tan hondo en el alma colombiana que extirparla del todo va a ser obra de esta generación y de las futuras. O correremos el riesgo de ver desintegrada la República y desfigurado el perfil moral de Colombia que, como tanto se ha dicho, es un país pobre, pero es un país que se ha preciado, a lo largo de su historia, de ser una potencia moral.

Esa potencia moral es la que la mafia del narcotráfico está empeñada en destruir. No son las palabras las que pueden rendirle homenaje a un buen servidor de la patria. Tienen que ser los hechos, que respondan a esas palabras, los que hagan que el sacrificio de Rodrigo Lara Bonilla no sea estéril. La misión heroica tiene que proseguir con ciudadanos que se comprometan, con el mismo heroísmo del líder asesinado, a continuar la lucha implacable hasta ver en las cárceles a los capos, padrinos y similares del crimen organizado. La impunidad rampante en que estos se han movido –ejemplos tenemos de sobra de cómo la justicia con ellos no solo ha sido benigna sino inoperante y hasta cómplice y lo decimos aunque nos lluevan rayos y centellas– es la que les ha permitido y tolerado llegar hasta los extremos que hoy todo el país no contaminado contempla con conmovida indignación.

Si a los sindicados del crimen, sociedad limitada, realmente importantes se les hubiera seguido juicio penal, como era obligación de los jueces, probablemente la situación no sería tan crítica como lo es hoy, a tales extremos de que la pregunta desolada de nuestros compatriotas es: ahora ¿qué sigue?

Pues tiene que seguir la guerra declarada al narcotráfico y a todo el crimen organizado. Acaban de pasar unas elecciones en las cuales una vez más la mafia se infiltró en las listas para las corporaciones públicas e hizo correr ríos de dinero para alquilar votos y conciencias sin que reaccionaran, como lo pedía precisamente el ministro de Justicia, el valeroso denunciador de esa corrupción ya institucionalizada, ni los partidarios ni los electores, que parecen drogados, aletargados, indiferentes a la corrupción que los contamina.

Las gentes de Antioquia –donde al parecer, en las cercanías de Medellín, se fraguó y se pagó el vil asesinato–, las gentes de Armenia, las gentes del Cesar, las gentes de La Guajira, las gentes de otras tantas regiones colombianas que toleraron el avance de la mafia, no solo hacia el dominio de la sociedad por los caminos del terror y de la codicia inconfesables, sino hasta alcanzar los honores que la República tiene reservados a sus mejores y más honestos hombres, todas ellas ¿qué estarán pensando hoy ante los hechos cumplidos, pronosticados, ante la muerte anunciada de Rodrigo Lara Bonilla?

Si es que aún hay vergüenza en Colombia, todos a una deberíamos sentirnos responsables en alguna medida de la muerte del noble y valiente político huilense y hacernos hoy, ante su tumba recién abierta, el propósito indeclinable de decirle a la mafia y al crimen organizados: ¡Ni un paso más!

¿Seremos capaces?

LA EXTRADICIÓN EN EL TRASFONDO

Tenemos que ser capaces. Ese tiene que ser el compromiso de honor de la sociedad colombiana con la memoria de Rodrigo Lara Bonilla.

En el trasfondo de este abominable crimen aparece, sin duda, el Tratado de Extradición como uno de los problemas que tenemos necesidad urgente de decidir. Los capos del narcotráfico se ríen de nuestros jueces, de nuestra justicia y ninguno de ellos está en la cárcel. En las celdas hay pequeños narcotraficantes, cómplices necesarios del delito, mulas alquiladas sin significación alguna en la organización monstruosa. Solo le temen los padrinos a la justicia de los Estados Unidos. Y por eso se burlan de nuestras autoridades, ofrecen entregarse con la condición de que se les niegue su extradición. El señor Lehder así lo ha dicho, con inaudito cinismo, en abierto desafío a nuestras autoridades. “Me entrego al juez colombiano pero me garantizan que no me pondrán a disposición del juez norteamericano”. Y lo que pasa es que el señor Lehder, como otros de su calaña, está subjúdice en los Estados Unidos por delitos cometidos en los mismos Estados Unidos. Mientras aquí en Colombia han logrado por artes no santas *lavar* sus hojas de vida delictivas, a tales extremos que se sienten seguros de su libertad, bien sea porque a la justicia se la amedrenta o porque a la justicia se la corrompe y se la compra.

Esta realidad se pone de bulto más ahora que antes. El Gobierno nacional está hoy, más que nunca, obligado a una definición que nos saque de esta zozobra y este desconcierto. Aquí, con el dinero del narcotráfico, se montó una gran campaña en defensa de los extraditables para convertirlos en no extraditables. La lentitud en definir el caso Lehder –y el de otros veinte o más individuos cuya extradición se ha pedido– le ha dado, sin duda, alas a la mafia para volar todavía más alto, tan alto que se sintieron tan poderosos e invulnerables como para contratar matones que asesinaran a un ministro y quitar así de en medio un obstáculo formidablemente humano y tan poderoso como eran el carácter y el coraje del luchador valiente, el doctor Lara Bonilla.

Ayer estaba amenazado de muerte el ministro de Justicia y su asesinato era un acontecimiento anunciado. Hoy, después de cumplida la sentencia de muerte impartida por los narcotraficantes, ningún colombiano de bien puede sentirse seguro. Corresponde entonces responder al desafío con la unión que haga la fuerza y no con la insolidaridad en que se dejó, monstruosamente, a Rodrigo Lara Bonilla. Solo así prevalecerá la justicia sobre el crimen. Y el Gobierno, más que nadie, tiene esta obligación, y ha dado un primer paso positivo en este sentido al anunciar el presidente Betancur, en su inspirada oración fúnebre de Neiva, que los delincuentes solicitados por otros países serán entregados. El trasfondo de la no extradición desaparece así, por fortuna.

Lara Bonilla, todo nobleza, todo corazón y todo generosidad y desprendimiento en su batalla contra la inmoralidad, solo les pediría a sus compatriotas, nada más ni nada menos, el compromiso de que su sacrificio heroico no sea semilla caída en campo infértil.

Nosotros nos descubrimos respetuosos ante la memoria de este perfil de carácter y le decimos: ¡Presentes! ¡Estamos comprometidos con su lucha por la recuperación moral de la República en la que se ha perdido dolorosa pero heroicamente una batalla, más no la guerra!

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

A las 7:18 minutos de la noche del lunes 30 de abril de 1984, cuando se movilizaba en su vehículo oficial Mercedes Benz de color blanco por la calle 127 con carrera 41 en Bogotá, fue asesinado el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla. En la persecución de los escoltas murió el asesino Iván Darío Guizado Álvarez y fue capturado el conductor de la moto, de dieciocho años, Byron Velásquez Arenas. Las pesquisas de la justicia evidenciaron las conexiones de un grupo de sicarios con Pablo Escobar Gaviria. Una declaratoria de guerra de la mafia que no podía tener una respuesta distinta del Gobierno Betancur que el anuncio de la extradición. Ante el sacrificio de un valiente, Guillermo Cano escribió sobre la memoria de un hombre que a sus 37 años cumplió con un deber que muchos aplazaron o eludieron.

Desde las elecciones legislativas de 1982, las relaciones entre el Nuevo Liberalismo y Pablo Escobar quedaron en punta. Inicialmente, el capo tocó las puertas del oficialismo liberal y la candidatura reeleccionista de Alfonso López Michelsen, y nunca dejó de pasar la cuenta de cobro de su ayuda económica. Pero cuando el Nuevo Liberalismo lanzó su plataforma, el narcotraficante y su aliado Jairo Ortega Ramírez, exdecano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Medellín, ambos desde el movimiento Frente de Renovación Liberal, decidieron cambiar de orilla. Advertido de las andanzas de Escobar, el jefe del Nuevo Liberalismo en Antioquia, Iván Marulanda, ventiló el caso a nivel nacional y en pleno Parque de Berrío en Medellín, aunque sin nombrarlo, Luis Carlos Galán expulsó a Pablo Escobar de sus listas.

A última hora, en la recta final de la campaña legislativa, el capo logró mimetizarse en el movimiento Alternativa Popular, del senador Alberto Santofimio Botero, y salió electo representante a la Cámara por Antioquia. De inmediato empezaron los careos en el Congreso y Pablo Escobar resaltó la doble moral política de atacar «ciertas ayudas económicas» pero recibirlas sin recato. El destinatario de sus críticas fue Ernesto Samper, quien eludió los señalamientos declarando que los dineros de la campaña López Michelsen en Antioquia los coordinó el jefe de campaña en ese departamento, Santiago Londoño White. Cuando esa pelea subía sus decibeles, el Gobierno Betancur modificó su gabinete y Rodrigo Lara asumió la cartera de Justicia con el objetivo de fortalecer cuanto antes la ofensiva contra el narcotráfico.

Aunque el proyecto bandera del Gobierno Betancur fue promover un proceso de paz con las organizaciones insurgentes, a raíz de los debates el Tratado de Extradición suscrito con Estados Unidos, este se volvió el asunto de moda. Mientras Carlos Lehder Rivas pagaba páginas en los periódicos en contra, desde Washington se agilizaron los trámites de reclamo de los primeros extraditables. El ministro Lara Bonilla encaró a sus aliados en el Congreso, pero un grupo de legisladores volteó el debate y acusó a Lara de recibir un millón de pesos de un presunto narcotraficante. El funcionario aclaró que fue una transacción legítima. Pablo Escobar anunció denuncias y Guillermo Cano se pronunció a través del editorial «¡Qué vergüenza!» para advertir el contrasentido y la doble moral del debate.

El jueves 25 de agosto de 1983, *El Espectador* reveló los antecedentes de Pablo Escobar en el mundo del narcotráfico. No tenía una anotación judicial en Colombia y el periódico reprodujo una noticia de sus ediciones de 1976 en la que apareció capturado por un alijo de cocaína. Los planes del narcotraficante cambiaron sustancialmente y, pocos meses después, Escobar fue despojado de su inmunidad parlamentaria y empezó a ser perseguido por la justicia. Desde ese momento, el cartel de Medellín puso precio a sus tres implacables enemigos: el ministro Rodrigo Lara Bonilla, asesinado el 30 de abril de 1984; el comandante de la Policía Antinarcóticos, coronel Jaime Ramírez Gómez, asesinado el 17 de noviembre de 1986, y Guillermo Cano, asesinado el 17 de diciembre de 1986.

25 de mayo de 1984

DE LA BUENA FE Y DE LOS BUENOS PROPÓSITOS

> Pero ¿podremos decir, como Girondella, que «ha estallado la paz» con la vigencia del acuerdo de La Uribe? No, terminantemente. Insistimos en que, con buena fe y mejores intenciones, es el comienzo de la paz que buscamos.

MAÑANA, SI HAY BUENA FE Y HONORABLE PROPÓSITO DE CUMPLIR LA PALABRA empeñada, debe comenzar la tregua pactada entre los jefes de las Fuerzas Alzadas Revolucionarias de Colombia, FARC, y la Comisión de Paz, constituida por el gobierno del presidente Betancur para la búsqueda de una pacificación total del atormentado país colombiano. Hasta hoy hay razones para cierto escepticismo pues las guerrillas de las FARC han participado con desusada actividad, en las últimas semanas, en numerosas incursiones, muchas de ellas cruentas y salvajes, que han estremecido a un pueblo fatigado pero aún no inmune a la crueldad de los actos terroristas. En medio de ese escepticismo razonado, llegamos a la fecha pactada para la tregua. ¡Quiera Dios que se cumpla! De una cosa estamos seguros: de la buena fe, de la buena intención del Gobierno, por parte del cual no existen reservas sobre sus presupuestos y sus deseos de paz. Falta ver el comportamiento de la contraparte.

Vemos llegar la fecha del 28 de mayo con esperanza. Hemos atravesado un tan largo camino, erizado de violencia, que una rendija de paz que se abre nos llena de ilusiones que sería lamentable ver frustradas por

Manifestantes ondean banderas blancas desde los balcones, en señal de apoyo a las gestiones de paz. *El Espectador* / Comunican S. A. 29 de mayo de 1984.

incomprensiones irreflexivas o por estrategias premeditadas. El cese del fuego es apenas el primer movimiento de la paz buscada. Queda ahora el delicado proceso de la estabilización de esa paz sobre cimientos sólidos y perdurables.

No se nos escapan los riesgos que el mismo texto del acuerdo entre la Comisión de Paz y los altos mandos de las FARC significan para el futuro de la democracia colombiana. No es fácil, ni mucho menos, que la institucionalidad del país se vea puesta en peligro en el futuro curso de las negociaciones previstas. El Gobierno tiene la obligación de hacer respetar su legitimidad, que procede de unas decisiones limpias y democráticas de las mayorías nacionales. Los guerrilleros, de su lado, deben saber medir con serena inteligencia hasta dónde pueden llegar en sus aspiraciones sin que estas lesionen la legitimidad de que antes hablábamos. Ni la dignidad del Estado de Derecho.

Hace más de dos años, en estas mismas columnas, escribíamos sobre la urgencia de experimentar soluciones de fuerza para resolver el dilema atormentador de la guerra y de la paz entre los colombianos. Por fortuna, se ha abierto el camino de esas soluciones de paz en una experiencia nueva que debemos mirar con optimismo, insistiendo en que sus buenos resultados dependen de la buena fe de las partes que han negociado las soluciones políticas.

Llevamos más de treinta años de guerra que ha costado el monstruoso desangre de toda una generación y lesión enorme a la que se asoma al país en estado de zozobra. Por eso nos entusiasma la decisión de este Gobierno, inclusive contra muchas incomprensiones y no pocas críticas encendidas e iracundas, y por lo tanto bastante irreflexivas, de otear esos nuevos caminos que durante tanto tiempo estuvieron cerrados. La tregua que mañana comienza podría ser un deslumbrante amanecer de paz, que significaría progreso dentro del orden, libertad dentro del respeto, convivencia y coexistencia pacífica de las gentes, aun las que están más distanciadas ideológicamente. Ese amanecer de mañana lo esperamos con la angustiada desesperación de quienes estábamos muy cerca del desencanto y de la frustración definitivas.

¿HA ESTALLADO LA PAZ?

Pero ¿podremos decir, como Girondella, que «ha estallado la paz» con la vigencia del acuerdo de La Uribe? No, terminantemente. Insistimos en que, con buena fe y mejores intenciones, es el comienzo de la paz que buscamos. Pero queda un tan largo trecho por recorrer, minado de peligros, porque hay en el país una hipersensibilidad en estos momentos que cualquier acto sorpresivo que, premeditado o no, ponga en aprietos a las partes comprometidas en la paz, puede desatar reacciones imprevisibles.

Además, es la tregua que comienza mañana apenas un principio, pues no puede caber la menor duda de que los compromisos que se adquirieron son de gran espectro, en los cuales se va a necesitar mucha creatividad y mucho trabajo por parte del Gobierno y de los partidos tradicionales colombianos, así como de las demás fuerzas que se encuentran vinculadas directa o indirectamente al proceso de la pacificación.

A nosotros no nos cabe la menor duda de que el problema de la tenencia de la tierra en Colombia va a adquirir, en los próximos inmediatos tiempos, una prioridad muy grande y tenemos nuestras reservas e inquietudes sobre si el Liberalismo, por ejemplo, está preparado o se está preparando adecuadamente para hacer suyas banderas que durante mucho tiempo le hicieron acreedor al respeto y al reconocimiento de las grandes masas campesinas del país.

Hace pocas semanas, en una formidable serie de artículos, el doctor Hernán Echevarría Olózaga, sobre cuya ideología liberal no cabe equivocarse y cuya posición dirigente en el alto mundo de la economía y de la sociedad colombiana nadie legítimamente puede desconocerle, hizo un análisis muy importante sobre la reforma agraria y señaló, con valerosa integridad de pensamiento, los peligrosos atrasos en que se encuentra Colombia frente al problema de la tierra. Las inquietudes del doctor Echevarría las compartimos porque el estallido de la paz, que vamos a celebrar mañana, durará muy poco si las banderas de una reforma moderna y democrática de la tenencia de la tierra se dejan en manos extremistas y los partidos políticos resultan incapaces de remover las estructuras injustas y caducas que mantienen, injusta e injustificadamente, a millones de compatriotas al margen de la propiedad de la tierra y de la explotación adecuada de la misma en beneficio de las mayorías y no de unas minorías, que tercamente se niegan a permitir que extensas áreas improductivas cumplan la función especial de producir.

Tanto egoísmo es causa de una reacción que ya es imposible desconocer por parte de los desposeídos, que cada vez están más cerca de caer en los extremos de la desesperación que los lleva a la invasión de propiedades ajenas, cuando lo equitativo y lo democrático es transformar el estado colonial de los privilegios exagerados.

Que hay fórmulas para una reforma agraria dentro de la libertad y del orden, con justa indemnización, se ha podido ver en otras partes del mundo.

Aquí cometió este país un error, tan costoso como irreparable, cuando se declaró la oposición de los poderosos al gran intento serio de una reforma agraria bajo la administración Lleras Restrepo. Tuvo errores, pero ¿qué obra de humanos no los tiene? Sin embargo, bien diferente sería la situación colombiana de hoy, amenazada y más que amenazadas carcomida, por la violencia en cuyo subfondo está, sin que se pueda alegar lo contrario, el problema de la tierra como principio y causa fundamental del descontento. Si mañana estalla la paz, o estalla un principio de paz, para que ella sea perdurable hay que remover sus orígenes sociales. Los partidos tienen la palabra.

EL MANEJO INTELIGENTE DE LA PAZ

La paz, pues, depende del manejo inteligente del doloroso alumbramiento de paz que se espera para mañana. En el acuerdo de La Uribe hay muchos aspectos de una delicadeza y gravedad inocultables. Que no se convierten en nuevos motivos de cruenta lucha fratricida depende en mucha parte de que el Estado de Derecho, que la mayoría de los colombianos hemos escogido voluntariamente para regir los destinos de este martirizado país, no vaya a ceder porque si a cuanta exigencia se haga por quienes quieren desestabilizar al país.

Habrá que sentarse a conversar y a discutir con las partes que han firmado la tregua pero corresponde, indiscutiblemente, a las fuerzas democráticas adelantarse a resolver asuntos que comprometen tan seriamente nuestra conciencia de muchos demócratas. Se van a correr muchos riesgos porque es posible adivinar estrategias futuras en las organizaciones que hasta ahora se mantuvieron con las armas en acción. A esas estrategias es necesario responder de manera adecuada. Sería error imperdonable dejar tendidas en el campo las banderas que los partidos políticos han expuesto muchas veces pero que hasta ahora han sido incapaces de realizar a cabalidad. No tenemos derecho a equivocarnos nuevamente. La lectura del acuerdo de La Uribe permite adivinar cómo las fuerzas revolucionarias van a luchar, si se cumplen las promesas, de ahora en adelante, a ganarse el favor del pueblo que decididamente no lograron con treinta años de lucha subversiva. Esa es una verdad. Pero también es verdad que si quienes hemos estado de lado del derecho y de la democracia bajamos la guardia y les dejamos tomar ventaja en conquistas sociales que todos aceptamos que son inaplazables, veremos cómo se pueden desplazar hacia los extremos los favores de las mayorías.

Que estas mayorías han estado y están hoy con el Estado legítimamente constituido no cabe discusión. Y se demostrará en la jornada de paz de mañana, con la cual se celebrará el estadillo de la paz. Pero cuán débil puede resultar ese apoyo mayoritario si defraudamos de nuevo a las mayorías. La capacidad de aguante, de resistencia y de paciencia ha llegado a los últimos límites.

Si se nos apresura diríamos que estamos frente a una última oportunidad. Y nos da temor pensar que los partidos, y entre ellos el Partido Liberal, sean sorprendidos otra vez con la guardia baja. Del nuevo golpe no será posible levantarnos fácilmente. Se necesita una gran dosis de inteligencia, de carácter, de firmeza y de audacia, sobre todo de audacia, porque no están los tiempos de ahora para jugar a las escondidas, a practicar trucos y a recurrir a demagogias electoreras.

Es la hora de los hechos y de las realizaciones. Sin tenerle miedo a evolucionar, que es lo que no hemos querido hacer con el suficiente coraje y la necesaria decisión en treinta años de estancamiento estructural. Esperamos el amanecer de la paz con muchas ilusiones, ¡a pesar de que la adivinamos rodeada de tantas incógnitas graves!

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

A la medianoche del lunes 28 de mayo de 1984 entró a regir el acuerdo de cese al fuego suscrito entre la Comisión de Paz del Gobierno de Belisario Betancur y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP). Como lo registró *El Espectador*, cerca de doce mil guerrilleros de veintisiete frentes de combate acogieron la tregua aprobada en el Acuerdo de La Uribe, con un agregado fundamental: el compromiso de las FARC-EP de desautorizar las prácticas del secuestro, la extorsión y el terrorismo como «atentados contra la libertad y la dignidad humana». El acuerdo dio pie a la realización de una jornada por la paz con campanas al vuelo en los templos y multitudinarias marchas en varias ciudades de Colombia, a pesar de tratarse de una iniciativa que nació con muchos contradictores.

Las primeras reflexiones de Guillermo Cano sobre este momento histórico quedaron consignadas en su editorial «De la buena fe y de los buenos propósitos", publicado en las horas previas a la tregua. En la línea del diario y su acompañamiento a las iniciativas de paz del Gobierno Betancur, el director del periódico admitió que se trataba de un instante esperado, pero «con la angustiosa desesperación de quienes estábamos muy cerca del desencanto y la frustración definitiva». Sin desconocer varios aspectos de controversia en el Acuerdo de La Uribe, en su escrito pidió no tener miedo a evolucionar desde la paz después de treinta años de un estancamiento estructural desde la guerra. En otras palabras, insistió en darle una nueva oportunidad a la reconciliación, a pesar de que la violencia ya era la protagonista de primer orden en la ofensiva de la mafia contra la sociedad y el Gobierno.

El alto en el camino en la confrontación armada impuso al Gobierno Betancur un destino paradójico. La prisa por la paz lo llevó a concertar acuerdos de cese al fuego con los grupos insurgentes, pero en paralelo se avivaron dos guerras que permanecían mimetizadas entre las cloacas del país. En febrero de 1983, en respuesta a las inquietudes del Gobierno Betancur y las guerrillas, el procurador Carlos Jiménez Gómez reveló el misterio del grupo Muerte a Secuestradores (MAS) con la inclusión de oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas en su composición, junto a varios narcotraficantes y grupos de justicia privada. En el negacionismo típico de la época, la cara oculta del paramilitarismo. La otra guerra quedó planteada el 30 de abril de 1984, cuando el cartel de Medellín y Los Extraditables asesinaron al ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla.

La cuenta regresiva hacia el cese al fuego del 28 de mayo estuvo antecedida por el reacomodo del Ejecutivo en el ajedrez de su negociación y las infamias de la confrontación armada. Desde el editorial «Narcotráfico y guerrilla», publicado el 15 de mayo, *El Espectador* recalcó con visión realista que «nunca antes había estado el país al borde de su derrumbe». En medio de graves incidentes en Bogotá con los estudiantes de la Universidad Nacional hasta precipitar su cierre o una oleada terrorista urbana con el estallido de siete bombas el 23 de mayo, el periódico mostró las talanqueras de la paz en un país acostumbrado a la guerra. El caricaturista Héctor Osuna lo representó con un diálogo entre Belisario Betancur y el comisionado de paz, John Agudelo Ríos, y el comentario conclusivo del primero: «Es más fácil hacer la paz con el enemigo que con los enemigos de la paz».

«Estamos con la paz y con todos los sacrificios que ella representa y, por lo tanto, apoyamos el generoso pero definitivo esfuerzo del presidente Betancur», planteó *El Espectador*. Los corresponsales José Guillermo Herrera en Medellín, Lelis Movilla en Sincelejo, Alonso Heredia en Bucaramanga, Silvio González en Pereira, Óscar Gutiérrez en Ibagué y Mary Daza en Valledupar se reportaron desde las ciudades. Los columnistas Antonio Caballero y Jorge Child aportaron sus puntos de vista. En cuanto a las conversaciones con el M-19 y el EPL, inicialmente se acordó el domingo 12 de agosto como la fecha de la firma del cese al fuego, pero el 5 de agosto hubo combates en San Francisco (Cauca) y el 10 de agosto fue asesinado en Bucaramanga el médico, excongresista y jefe del M-19 Carlos Toledo Plata. La respuesta fue la toma del municipio de Yumbo (Valle), con 36 víctimas mortales.

Una semana después se recompuso la negociación y el comandante del M-19, Álvaro Fayad, dio la orden de movilizar sus fuerzas hacia Corinto (Cauca) y El Hobo (Huila) para firmar el cese al fuego. El 23 de agosto de 1984 se firmó el acuerdo. Un pacto adicional fue firmado con la Autodefensa Obrera (ADO). La firma con el M-19 se protocolizó con actos en la plaza José María Obando de Corinto y el atrio de la iglesia del parque El Campesino de El Hobo. El EPL lo hizo en Medellín. «¡Bienvenida la paz!», expresó el presidente Belisario Betancur en una alocución televisada el 26 de agosto. «Abnegación no es debilidad», escribió a su vez Guillermo Cano el 2 de septiembre para insistir en su respaldo a la paz, con la expectativa de «tener durante un tiempo –que lo queremos el más largo posible– un respiro basado en los acuerdos de tregua y de cese al fuego».

Secuestrado Pacheco por el M-19, anoche

Fernando González Pacheco

Fernando González Pacheco, conocido actor y animador de la televisión colombiana, fue secuestrado ayer en Bogotá por un comando urbano de movimiento subversivo M-19.

El golpe se produjo en un sector de centro de la capital de la República entre las seis y las seis y treinta de la tarde, y pocas horas después de consumado el secuestro los militantes de M-19 procedieron a hacer llamadas telefónicas a los diferentes medios de comunicación para informar sobre el hecho.

Las emisoras de radio, que a las diez y media de la noche transmitían el encuentro futbolero entre los equipos Millonarios y Santa Fe, suspendieron sus programas para dar a conocer al público el secuestro de Pacheco.

(Continúa en la Pág. 11-A, Col. 1ª)

18 de agosto de 1984

LA MANIPULACIÓN DE LOS PERIODISTAS

Los periodistas no podemos perder de vista el equilibrio que se necesita para saber hasta dónde es ético y responsable informar de los hechos o cuándo se nos está obligando, por la fuerza o sutilmente atraídos por síndromes de *chivas* inexistentes, a mostrar, deformados y amañados, unos hechos que causan lesión enorme a la opinión pública a la cual estamos obligados a servir.

EL SÁBADO DE LA SEMANA PASADA NO SOLO ESTALLARON BOMBAS DE MUERTE y destrucción en el municipio de Yumbo, en las cercanías de Cali, sino que hizo explosión una bomba de tiempo retardada, sobre cuya existencia ya se tenían varios indicios delicados: la manipulación de los periodistas de radio, prensa y televisión por parte de las agrupaciones subversivas.

Aunque el fenómeno ya se había advertido en el despliegue inusitado que venían recibiendo, en algunos medios de comunicación, ciertos actos guerrilleros, como fue por ejemplo el de la llamada toma del tren de turismo de la Sabana, que los subversivos realizaron con la presencia de reporteros y camarógrafos, cuyas características constituían un desafío y un peligro contra la sociedad colombiana, el hecho de que los sucesos de Yumbo hubieran alcanzado un altísimo índice de violenta mortalidad y que se supiera simultáneamente al asalto violento que un grupo de periodistas habían

Fernando González Pacheco es secuestrado por el M-19.
***El Espectador* / Comunican S. A., 23 de julio de 1981.**

sido convocados, dizque a una rueda de prensa, por los organizadores del cruento enfrentamiento entre el orden y la subversión, oprimió el botón de la bomba retardada de tiempo sobre la posición de los informadores frente a la utilización que de ellos están haciendo las guerrillas.

Queremos partir del principio de que, en lo general, los periodistas de los distintos medios de comunicación, que se han visto vinculados con episodios guerrilleros, han actuado de buena fe y que no se trata de encubridores deliberados de delitos contemplados en nuestras leyes. Quisiéramos creer, aunque no nos resulta sin embargo tan fácil como la presunción de la buena fe a que arriba nos referimos, que algunos excesos de propaganda y de elogios desmedidos a personajes siniestros de la violencia expresen cierto grado de simpatía por parte de ciertos reporteros por la guerrilla y que se aprovechen de su privilegiada situación en la radio, la televisión o la prensa para servir de altoparlantes, sin razón, de las consignas subversivas.

Pero en lo que no abrigamos la menor duda es sobre el hecho, que debe ser rechazado enérgica y terminantemente, y que es protuberante, de que la guerrilla ha estado manipulando la información y a los informantes en detrimento de la seriedad y objetividad de los medios de comunicación. Esta es una situación grave y no se puede ignorar. Si se auscultara a la opinión pública sobre este aspecto no hay duda de que reflejaría un alto índice de reprobación que encontramos sencillamente explicable y justificable. El país ha sufrido y sigue sufriendo demasiado con las demasías sangrientas de quienes han buscado el camino de la sangre, el secuestro y la muerte para imponer unas ideas. Nosotros respetamos sus ideas mientras sean respetables los medios que utilicen para buscar imponerlas en la opinión pública. Pero dejan de ser respetables en el momento mismo en que se tratan de imponer por medio de la represión. Porque represión no es solo la que ejerce un gobierno totalitario para suprimir a la oposición o a los disidentes, sino que es también represión abominable el abuso de la fuerza bruta como sistema para buscar la adhesión a unos programas o llevar al poder una ideología determinada. Y los focos subversivos ejercen la represión contra gentes inocentes, como está probado, de una manera cruel e inhumana.

Los periodistas no podemos perder de vista el equilibrio que se necesita para saber hasta dónde es ético y responsable informar de los hechos o cuándo se nos está obligando, por la fuerza o sutilmente atraídos por síndromes de *chivas* inexistentes, a mostrar, deformados y amañados, unos hechos que causan lesión enorme a la opinión pública a la cual estamos obligados a servir.

SECUESTROS, INVITACIONES, RUEDAS DE PRENSA

En el largo y doloroso periodo de la violencia, el periodista colombiano ha pasado por los más diversos riesgos y ha estado sometido a las más peligrosas presiones. En un principio estuvo de moda el secuestro de periodistas. Se los llevaban en un carro, en medio de la noche, los señores guerrilleros a lugares desconocidos, y durante largas horas de monólogo les entregaban un mensaje ideológico y casi siempre amenazante con la tácita obligación, para su liberación, de transmitirlo al país. Esta era una forma bárbara que poco a poco fue perdiendo validez porque se corrían evidentes riesgos que podrían ser a la postre perjudiciales para los propios guerrilleros.

Se optó entonces por las invitaciones amabilísimas, casi que con el ritual de las tarjetas de boda «R. S. V. P.» (responda, por favor), que tenían, sobre el secuestro forzoso, la ventaja para los invitantes de quedar bien con el periodista y para el periodista de no sentirse, aparentemente, presionado y manipulado. Lo era sin embargo y sin lugar a dudas. De cada invitación regresaban los periodistas a sus medios de información como si hubieran obtenido la *chiva* del siglo, la noticia más importante del mundo. Y los periodistas de otros medios, alarmados por quedar como desinformados, amplificaban hasta la exageración lo que el periodista invitado quería anticiparles o contarles. Fue así como durante meses se llenaron las páginas de los periódicos y las imágenes de televisión y las ondas de la radio de una propaganda política subversiva gratuita sin que se tomaran las adecuadas medidas de autocontrol y evaluación de lo que se estaba publicando. No eran hechos. Era propaganda. No nos engañemos.

Y de las invitaciones a visitar los reductos guerrilleros, donde se preparaban todo tipo de actos espectaculares –hasta un fusilamiento hicieron delante de un reportero gráfico de *El Tiempo*–, se ha venido poniendo de última moda las ruedas de prensa para anunciar la paz. Ruedas de prensa en apariencia semiclandestinas. Pero que ya no lo son. Porque todos los grupos guerrilleros tienen gente amnistiada que puede hablar con don Raimundo y todo el mundo para decir lo que piensan sobre la paz y lo que tienen programado para la paz. Sin embargo, preparan el asalto al tren turístico, que ha podido ser una masacre terrible. O para hablarles de la paz en rueda de prensa a los periodistas escogidos los que llevan a Yumbo, con varias horas de anticipación, para que asistan no a una charla pacífica sino a un acto suicida y criminal de guerra a muerte.

Y entonces estalla la bomba...

LOS RIESGOS DE LA CENSURA

Y al estallar la bomba afloran los riesgos de la censura. La indignación, que es siempre mala consejera, lleva a un comandante de Brigada a prejuzgar y sindica –sindicación gravísima– a los periodistas de haber encubierto una acción subversiva de la gravedad de la ocurrida en Yumbo. Y la ministra de Comunicaciones solicita una investigación especial para esos mismos periodistas. Y el ambiente de libertad de expresión se enrarece, lo que no deja de inquietarnos.

Los periodistas afectados se justifican diciendo que iban a cubrir una rueda de prensa y que su misión es informar. Sí. Ciertamente. Su misión es informar. Pero esa *rueda de prensa* la han podido tener en sus propias oficinas, sin necesidad de atender invitaciones, con compañías no muy santas. El informador en cierto grado queda comprometido con sus interlocutores a publicarles lo que digan. Y pierde el periodista el sentido de la objetividad. Y así se produce la manipulación, que es el peor riesgo que tiene la libertad de prensa escrita, radial o televisada. Si es el periodista el que escoge el lugar y el tema, su libertad queda mucho más ampliamente garantizada. Tenemos, pues, que abrir los ojos ante esta escalada de propaganda que nos ha llevado a los excesos de calificar a *Tirofijo* con el respetabilísimo don, que damos a nuestras gentes más respetables. Marulanda ha firmado un acuerdo de tregua y su situación ante el país sufre una modificación evidente. Es bienvenido a la paz. Pero, dicen por ahí nuestras gentes maliciosas y sabias del pueblo, no es para tanto, ¿no le parece amigo don Yamid? Como no se justifica transmitir, al estilo de una Vuelta a Colombia, la masacre de gentes inocentes. Ni glorificar y santificar ante las cámaras a quienes matan. Y, lo que es peor aún, a los que matando matan antes de nacer los esfuerzos de paz.

Difícil hora para la prensa colombiana. En otras partes del mundo ha ocurrido lo mismo. En Italia. En Alemania. En España. Todavía hoy. Los terroristas han encontrado en la manipulación de la prensa un arma tan temible como sus fusiles, sus ametralladoras y sus bombas de fragmentación. Tenemos la obligación de desarmar este otro tipo de arsenal que envenena la paz.

Pero no son solo los guerrilleros los que manipulan a los periodistas y a la prensa. Existe, todos lo sabemos, la manipulación oficial y de los grupos económicos. Las tres igualmente nocivas. La oficial mediante los halagos y peor aún mediante las presiones y hasta con las amenazas y las sanciones. Los gremios, finalmente, quieren una prensa a su servicio incondicional y abyecta. Los periodistas parecen peleles. O pilotos navegando en un mar minado por los intereses enfrentados y con brújulas amañadas que impiden fijar una ruta firme. Solo la independencia, el carácter, la objetividad y el buen criterio del periodista y de los medios pueden vencer estas tormentas terribles en el nuevo mundo amenazado por todas partes de la libre información.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

La presencia de periodistas en la toma del M-19 al municipio de Yumbo (Valle) en agosto de 1984, con treinta y seis víctimas mortales, fue el suceso que motivó a Guillermo Cano a escribir:

> Los periodistas no podemos perder de vista el equilibrio que se necesita para saber hasta dónde es ético y responsable informar de los hechos o cuándo se nos está obligando, por la fuerza o sutilmente atraídos por síndromes de *chivas* inexistentes, a mostrar, deformados y amañados, unos hechos que causan lesión enorme a la opinión pública a la cual estamos obligados a servir.

Sin embargo, cuando formuló estos reparos a las invitaciones a los periodistas «a visitar los reductos guerrilleros», ya era una práctica recurrente sin mayores reflexiones. Era parte de la eficaz estrategia comunicativa del M-19.

De hecho, así se mostró en sociedad en enero de 1974. A través de una expectativa de avisos en las páginas de los clasificados de *El Tiempo* y *El Espectador*, que resultó ser el robo de la espada del Libertador Simón Bolívar, con el que dio comienzo a su acción guerrillera. Desde entonces no faltó el componente mediático. En febrero de 1976 fue secuestrado el presidente de la Central de Trabajadores de Colombia (CTC), José Raquel Mercado, y los periódicos *El Pueblo* de Cali y *El Bogotano* fueron usados para divulgar pruebas de supervivencia. Después de la toma de la Embajada de la República Dominicana, en febrero de 1980, su táctica de comunicaciones incluyó la retención de periodistas. En agosto de 1980, Germán Santamaría y Jorge Parga, de *El Tiempo*, y Jaime Ortiz Alvear y Jorge Rincón, de Caracol, fueron forzados portavoces de la negativa al proyecto de amnistía del Gobierno de Turbay.

A partir de noviembre, el jefe máximo del M-19, Jaime Bateman, emprendió diálogos con periodistas invitados, entre quienes estuvo Consuelo Araújo Noguera de *El Espectador*. Entre el 15 y el 18 de noviembre, Bateman expuso en el periódico las razones de su accionar armado. El consejo verbal de guerra que se desarrolló en La Picota contra más de cien guerrilleros del M-19 se convirtió en noticia y el movimiento armado publicó una página en *El Espectador* con una carta de sus dirigentes firmada desde la cárcel. En enero de 1981, secuestró al asesor del Instituto Lingüístico de Verano, el norteamericano Chester Allen Bitterman, y para explicarlo «invitó a una rueda de prensa» a los periodistas Gustavo Castro, de *El Tiempo*, José María Romero, de *Colombia Press*, y Jorge Matiz de Caracol.

El 7 de marzo de 1981, el cadáver de Chester Allen Bitterman fue encontrado en una buseta de servicio público. Nunca se divulgaron los argumentos. En cambio, el M-19 insistió en acompañar sus decisiones con resonancia mediática. El 23 de julio retuvo al animador de televisión Fernando González Pacheco y a la periodista de *El Espectador* Alexandra Pineda, para plantear el levantamiento del estado de sitio, la derogatoria del Estatuto de Seguridad y una amnistía amplia. El 22 de octubre, flotando en aguas del río Orteguaza, en el Caquetá, fue localizado un avión carguero que resultó relacionado con el hundimiento del barco Karina en aguas del Pacífico a cargo de la Armada. El doble suceso reveló un sonado capítulo de tráfico de armas en el que no faltaron los periodistas retenidos.

En esta ocasión, con los comunicadores en calidad de rehenes, fueron conminados a presenciar la toma de los municipios de Peñas Blancas y Puerto Solano. Junto al periodista Álvaro Castaño, corresponsal de *El Espectador* en Florencia (Caquetá), fueron retenidos César Vallejo, Eduardo Carrillo y los fotógrafos John Jairo Alzate y Carlos Uribe. Con el ruido de las elecciones presidenciales en 1982 y la paz en el centro del debate, las entrevistas con guerrilleros aumentaron. Entre el 25 de febrero y el 2 de marzo de 1982, la periodista María Jimena Duzán viajó a la selva del Caquetá y entrevistó a los líderes del M-19. En una larga serie divulgó su perspectiva ante la guerra, en la antesala de la victoria electoral del candidato que resultó más convincente para prometer la paz: Belisario Betancur.

A instancias de la Comisión de Paz creada por Betancur al mes de su gobierno, no solo tomó curso una ley de amnistía, sino que se normalizaron las voces y los conceptos de la insurgencia en los medios. En paralelo con las negociaciones del M-19, se firmaron pactos del cese al fuego con las FARC y el EPL. Fue la primera vez que los jefes de estas guerrillas se asomaron a los lentes de los periodistas, mientras que el M-19, con más cancha en propaganda política, mantuvo sus invitaciones a ruedas de prensa. En agosto de 1984, cuando Guillermo Cano escribió sobre el tema, dejó reflexiones que nunca perdieron vigencia. «Solo la independencia, el carácter, la objetividad y el buen criterio del periodista y de los medios pueden vencer esas tormentas terribles en el nuevo mundo amenazado por todas partes de la libre información».

24 de marzo de 1985

EL CAUCA: ENTRE TODOS LOS FUEGOS

Si el colombiano mira el mapa del departamento del Cauca advertirá prontamente por qué ese territorio ha sido escogido para los más subversivos.

NO ESTÁ EL CAUCA, COMO ALGUNAS OTRAS REGIONES DEL PAÍS, ENTRE DOS fuegos, los de la subversión y el orden, sino que se encuentra en la más grave encrucijada nacional, cercada por toda clase de fuegos cruzados que desestabilizan una de las más queridas porciones de la tierra colombiana.

Confluyen las más variadas circunstancias para que del Cauca se quieran apoderar todo tipo de fuerzas contradictorias que no descartan los más despiadados sistemas para imponer sus voluntades y sus intereses. Allá hay de todo: guerrilla, narcoguerrilla, minifundio, latifundio, subversión y represión, y, como común denominador, muerte y sangre por todas partes. Abundan por estos días todo tipo de documentos y de literatura que la opinión pública conoce tanto por los medios de comunicación tradicional como por las vías de Tertuliano, que deberían constituir una suficiente información sobre la gravedad de la crisis caucana. Hasta los expresidentes de la República ha llegado el clamor de la desesperación para que ellos se hagan voceros en busca de soluciones posibles y prácticas a lo que no tememos de señalar como el caldero ardiente en que se está cociendo una mezcla explosiva que, como las erupciones de los volcanes que existen en la zona, puede cubrir a esa tierra y con ella, por extensión, a todo el territorio nacional.

Enviados de *El Espectador* y otros medios periodísticos caminan en las selváticas montañas del Cauca hasta el campamento del M-19 donde se firmó el acuerdo de Yarumales. *El Espectador* / Comunican S. A., 9 de enero de 1985.

Si el colombiano mira el mapa del departamento del Cauca advertirá prontamente por qué ese territorio ha sido escogido para los más subversivos. Hay raíces ancestrales de injusticia social de fácil explotación demagógica. Hay un problema indígena latente e insoluto por decenas de años. Existe una topografía especialmente útil al movimiento guerrillero en las montañas inescrutables. Hay una salida improtegida al océano Pacífico para el ingreso de armas y la salida del mercado de las drogas prohibidas. El terremoto de hace dos años acrecentó la miseria y atrajo lumpen de otras ciudades que ha agravado el desempleo, que es desesperación de hambre para miles de personas. Algunos terratenientes son o aparecen como completamente indiferentes y soberbios frente al problema de tierras, muy sensible en el Cauca. No hay una verdadera infraestructura que permita un impulso industrial que diversifique los medios de producción del departamento y contribuya a la creación de puestos de trabajo. Al indígena lo explota el subversivo como lo trata mal el dueño de tierras que le niega sus derechos. Los grupos políticos no han entendido la gravedad de los problemas y continúan sentados, apoltronados en sus privilegios, más dedicados a cultivar votos, coercitivamente llevados a las urnas, que a enfrentar con audacia y creatividad la acumulación de los problemas.

No quedan, de ninguna manera, enumeradas todas las circunstancias que hacen de la situación del Cauca la más crítica del país. Existe, sin embargo, en medio del cuadro clínico desastroso, una gente nueva, joven, que se está asomando a su patria chica con una decisión y un impulso de cambio y renovación que entiende los problemas, que propone soluciones inteligentes, que, aun en la desesperación que se justificaría a la luz de la realidad, se niega a someterse a la insurgencia subversiva y a permanecer en el *statu quo* de la injusticia tradicional. Dentro de la desesperanza, ahí está la esperanza...

LA NARCOGUERRILLA

Pero para que esta nueva generación tan bien intencionada pueda esperar algún éxito en su esfuerzo transformador nos parece que es necesario que el país tenga plena conciencia de que en el Cauca, ciertamente, se está fraguando la subversión con perfiles mucho más definidos que en otras partes del país.

Por eso Robles, Corinto, los campos minados, el reclutamiento de jóvenes imberbes concientizados por la guerrilla, la infiltración en los movimientos reivindicativos de los indígenas, los avances y repliegues estratégicos de los hombres alzados en armas, la tregua precaria, el cese al fuego con tiros de ametralladora. Y como otro brazo de la subversión, el floreciente negocio del narcotráfico que, con la audacia que caracteriza a las mafias, ha encontrado en su alianza con la guerrilla y en las facilidades topográficas de la geografía caucana cómo mejorar su negocio. Por el Pacífico está saliendo ahora la gran producción de cocaína sin que el país conozca los espectaculares golpes que las autoridades han podido dar en otras regiones del país a los narcotraficantes. Y es lógico aceptar que el negocio es de doble vía. Es decir que la protección que la guerrilla ofrece, además de su colaboración, al narcotráfico, este corresponda generosamente introduciendo, por los mismos caminos escondidos de la selva montañosa y de la Costa Pacífica, cargamentos de armas para alimentar la subversión.

Desactivar esta alianza monstruosa debería tener una prioridad en las operaciones de las autoridades legítimamente constituidas. Porque allí está claro que mientras el narcotráfico infiltra al campesinado con su dinero corruptor, la guerrilla arma al descontento y al concientizado en la lucha revolucionaria subversiva.

Es un coctel de alto poder explosivo que se está mezclando en grandes cantidades mientras se trabaja en otros campos por encubrir las maniobras clandestinas con posiciones abiertas al diálogo de paz, de tregua y de cese al fuego. Es que los colombianos tenemos, sí, que proseguir sin reversa en los esfuerzos de paz, pero eso no significa que cerremos los ojos a las maniobras y estrategias nuevas que la subversión ha puesto en marcha. Seríamos insensatos si, valga el ejemplo, le diéramos la espalda al problema narcoguerrillero del Cauca, porque la realidad es que existe, que antes que decrecer aumenta, con evidente riesgo para todo el país.

EL PROBLEMA INDÍGENA

Nos haríamos interminables si tratáramos de comentar en una sola columna todas las situaciones críticas que hacen desesperada la que atraviesa el Cauca. Hemos enumerado muchas de ellas. Y analizado el de la narcoguerrilla. Tratemos por hoy, finalmente, el problema indígena.

Partamos también en este caso de la premisa de que el problema existe y que ignorarlo es una estupidez. Y porque existe es por lo que al indígena lo tienen entre varios fuegos, entre todos los fuegos. Los guerrilleros los quieren a su lado. Los terratenientes los quieren como sus esclavos. Los partidos políticos los ignoran. El Gobierno actúa con indiferencia cuando no poniendo su poder en contra de los respetos que el indígena merece.

Ocurren episodios tan crueles como el asesinato del sacerdote indígena Ulcué. Hoy no se sabe todavía quiénes son sus asesinos. Se dijo que habían sido dos miembros de la Policía pagados por unos terratenientes. Lo dijo no la prensa sino la autoridad judicial legitima. Al poco tiempo se absolvió a los sindicados de toda culpa. Y los medios de comunicación, que publicaron la noticia inicial de que se había descubierto el misterio de ese asesinato infame, han tenido que rectificar. Pero esos mismos medios de comunicación, sometidos al vaivén de las decisiones judiciales, así como deben rectificar tienen que exigir que se esclarezca el delito. ¿Quién mató al sacerdote? ¿Quién mandó matar al sacerdote? ¿Los terratenientes? ¿Los guerrilleros? ¿Los policías? ¿Los comunistas? ¿Los liberales? ¿Los conservadores? Las balas salieron de unas pistolas y las pistolas no se disparan solas y no se disparan sin motivo.

¿Por qué volvemos sobre este asesinato? Porque en él se involucra la situación de los indígenas caucanos. Siendo una minoría, se la ha escogido como el trompo de poner. Para todos. Para que en ellos afilen sus uñas los explotadores de todas las tendencias. A los indígenas se los está politizando miserablemente. Cómo ha caído sobre ellos la plaga de la civilización que les destruye su identidad. No van a ser los indígenas quienes destruyan al Cauca. Pero el problema de los indígenas sí puede ser la mecha que haga estallar los explosivos que se prefabrican a su amparo, en su nombre, y como una justificación farisaica para los actos más abominables de sangre y violencia.

Volvamos los ojos al Cauca. Allí está, si no la más caliente probeta de ensayo subversivo, sí la que más cerca está de que se experimente con resultados insospechables el desencadenamiento de un terremoto que dejaría al de Popayán de la Semana Santa de 1983 como un inofensivo temblorcito de tierra.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

El departamento del Cauca continúa cruzado por todos los fuegos. Pero en marzo de 1985, cuando Guillermo Cano escribió sobre los dilemas de esta región, se desarrollaba en su geografía una crisis surgida de los desacuerdos entre el Gobierno y el M-19 para preservar el cese al fuego pactado meses antes. Después de la firma del acuerdo en Corinto (Cauca), las tropas de esta organización insurgente se situaron en la cuchilla de Yarumales, pero mientras tomaba forma el diálogo en Bogotá, se produjo un hecho que alteró el panorama. El sacerdote indígena paez, Álvaro Ulcué Chocué, líder de las comunidades y párroco de Toribío, fue asesinado el 10 de noviembre de 1984 en Santander de Quilichao. El comando Quintín Lame de composición indígena respondió con ataques armados.

El Ejército incrementó su presencia en el norte del Cauca y, además de enfrentar al Quintín Lame, puso en marcha la operación Garfio, con un cerco militar a los campamentos del M-19 en el cerro de Yarumales. Hacia la segunda semana de diciembre, la región era un territorio de guerra. En vísperas de Navidad, se concertó un alto al fuego, pero con el año nuevo de 1985 volvieron las hostilidades, mientras el comando Quintín Lame y el Frente Ricardo Franco atacaron en Santander de Quilichao. Fue una semana de confrontación sin tregua, hasta que el M-19 aceptó moverse a Los Robles, a cuatro kilómetros. Desde su nuevo asentamiento en Miranda (Cauca), el M-19 planteó al país el Congreso por la Paz y la Democracia, y entre el 7 y el 21 de febrero realizó su novena conferencia.

La convocatoria a ambos escenarios se hizo a través de avisos pagados en *El Espectador* y *El Tiempo*, y al encuentro acudieron delegados internacionales, dirigentes sociales y periodistas. La decisión de la organización alzada en armas fue incentivar su accionar político y constituir un movimiento para ser gobierno. La primera tarea fue crear campamentos urbanos de paz y democracia en los barrios populares de las ciudades. En la práctica, el cese al fuego se transformó en una quimera y en su escrito Guillermo Cano acertó cuando advirtió la situación del Cauca: «Allá hay de todo: guerrilla, narcoguerrilla, minifundio, latifundio, subversión y represión, y, como común denominador, muerte y sangre por todas partes». Un territorio idóneo para el ingreso de armas y exportar droga por el océano Pacífico.

Enmarcado en el Macizo Colombiano, génesis de las cordilleras Occidental y Central y fuente de los ríos Magdalena, Cauca, Micay y Patía, es un territorio de pueblos indígenas y comunidades negras con larga historia de convivencia con el poder blanco. Desde que el rey de España designó a Sebastián de Belalcázar como gobernador vitalicio y habilitó la fundación de Popayán en 1537, la región del Cauca tuvo un desarrollo colonial que creó una sociedad ilustrada esclavista, cuna de grandes líderes de la Independencia y la primera república. En tiempos republicanos, el Gran Cauca, desde el Chocó hasta el Caquetá, fue el soporte administrativo de la mitad del país. De Estado

Soberano del Cauca pasó a departamento, y también vio llegar la guerra de los Mil Días antes de que el siglo XX irradiara sus primeras luces.

Tiempo después, un combatiente indígena paez, el terrazguero Quintín Lame, lideró una revuelta indígena en Cauca, Huila, Tolima y Valle, que puso en ascuas la hegemonía conservadora y mostró los atrasos en el acceso a la tierra, la discriminación racial y cultural y la autonomía de los cabildos indígenas. En 1914, Quintín Lame fue capturado por primera vez. Nunca se resolvieron los problemas en el Cauca y eso explica también por qué la insurgencia eligió su territorio. Entre sus montañas y ríos crecieron las FARC y el M-19. También el paramilitarismo y el narcotráfico. Con vecindad al Pacífico, se convirtió también en una red de caminos entre la selva y la costa. Cuando Guillermo Cano evidenció que el Cauca sobrevivía entre todos los fuegos, retrató una verdad que sigue intacta.

28 de julio de 1985

EL ASESINATO DE OTRO JUEZ

¡Otro juez asesinado! ¡Y era otro juez que no se había rendido, que no se había dejado intimidar, que no había aceptado las presiones del halago ni había sucumbido ante los riesgos de la amenaza, un juez íntegro!

SE ESCRIBE MUY FÁCILMENTE, EN POQUÍSIMOS SEGUNDOS, UNA FRASE COMO la que encabeza hoy la *«Libreta de apuntes»*, ¡pero qué terrible dimensión adquiere esa frase y cuán largamente debería meditarla el pueblo colombiano después de leerla!

Otro juez asesinado. Y además un juez que llevaba sobre su responsabilidad, su honestidad y su valor todo el peso nada menos que de la investigación del crimen atroz que segó la vida del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla.

Un repaso a los últimos años, mejor sería acortar el tiempo, a los últimos meses, nos mostraría un común denominador aterrador sobre los asesinatos de jueces y magistrados. Casi la totalidad de esos crímenes tiene que ver con la mafia del narcotráfico, del contrabando o de la subversión, pero en primerísimo lugar con cuestiones relacionadas con el tráfico de los estupefacientes.

La mafia ha condenado a muerte, y la ejecuta con frialdad impresionante, a los funcionarios judiciales a quienes les corresponde investigar y castigar sus actividades delictivas. Algunos jueces, que son las excepciones, se han rendido por miedo o por ambición material a la presión previa que sobre sus personas ejercen los mafiosos. Comienzan por ofrecer dinero, y si no se acepta el soborno, se pasa a la amenaza y si a la amenaza no se le hace caso se procede a la ejecución definitiva por mano de sicarios armados de metralletas y pistolas y granadas y cuanta arma mortífera sea imaginable.

Ese es el panorama aterrador de nuestra justicia, en estos días sometida al chantaje del soborno que si no se acepta es de inmediato convertido en sentencia de muerte, en juicio sumario e inapelable. Otro juez de la República asesinado se ha convertido en una noticia casi cotidiana, ante la cual la reacción inmediata de indignación y protesta está cayendo desgraciadamente en una cierta indiferencia asimilable a la conformidad de coexistir con semejante situación intolerable y monstruosa.

Colombia puede estar ganando pequeñas batallas, obteniendo pírricas victorias en la lucha contra el narcotráfico abominable. Se descubren inmensos laboratorios para procesar la droga, se incautan grandes cantidades de coca y marihuana, se capturan *mulas* que arriesgan sus vidas transportando el estupefaciente en sus intestinos, se ha llegado hasta la extradición de algunos capos del negocio clandestino, pero en cambio el poder inmenso, económico y físico de la mafia parece estar tan consolidado en nuestro país que tiene aterrorizada a la justicia honesta, silenciada, a la sociedad sana y honorable, y contaminada la moralidad de los más diversos estamentos de la Nación, políticos, sociales y económicos.

¡Otro juez asesinado! ¡Y era otro juez que no se había rendido, que no se había dejado intimidar, que no había aceptado las presiones del halago ni había sucumbido ante los riesgos de la amenaza, un juez íntegro! A Rodrigo Lara también lo asesinaron cobardemente porque la mafia se sintió amenazada en su imperio, donde la ley es la de tomar venganza de muerte por sus propios medios y según sus propias decisiones. ¡A qué abismos tan profundos hemos caído por haberle tocado en mala suerte a Colombia que la plaga del narcotráfico, no contemplada en el Apocalipsis, escogiera nuestro territorio como su centro de operaciones delictuosas!

A LA CABEZA, COMO LAS CULEBRAS

Al ministro Lara Bonilla lo asesinaron a pesar de que contaba con escolta de preparados guardaespaldas. Al juez Tulio Manuel Castro Gil lo asesinaron dentro de un taxi, sin protección alguna, pues había sido de su decisión no aceptar acompañamiento de guardaespaldas.

Demuestra lo anterior que con protección física o sin ella la mafia es capaz de cumplir con sus asesinatos y fechorías. Significa, además, que mientras no se golpee en la cabeza, como a las serpientes venenosas, la justicia seguirá en estado de evidente inferioridad de condiciones frente al poder de los mafiosos. Hay que aplastarle al monstruo múltiples cabezas directivas para que desaparezca la amenaza de muerte que se cierne sobre la justicia. Mientras se continúe apresando a los peces pequeños, y estén libres los gordos que nadan a su antojo a la vista de todos, señalados con silencio temeroso, lo mismo en Leticia que en Medellín, en el Meta como en Pereira, en Cali como en Bogotá, en la Costa Atlántica como en las selvas de la Amazonía, permanecemos bajo el estado de sitio que les han declarado a los jueces de la República los narcotraficantes todopoderosos. Que a estas horas estarán celebrando, como lo hacen cuando *coronan* una operación multimillonaria en su tráfico con los estupefacientes corruptores y degeneradores de nuestra propia juventud y la de otros países del mundo, con licores, música, mujeres, burlándose a carcajadas de la impotencia nacional para luchar contra su poder.

Tenemos que ser conscientes de que la mafia tiene su propio servicio de información secreta infiltrado en los organismos del Estado. El siniestro Carlos Lehder Rivas ha logrado fugarse por segundos en varias ocasiones en las propias barbas de la autoridad. Alguien tuvo que darle el soplo a tiempo. Al señor Pablo Escobar Gaviria, uno de los hombres dizque más buscados de Colombia, lo han visto por los lados de Antioquia, yendo y viniendo como Pedro por su casa.

Otros extraditables de altos pergaminos delictivos –a la extradición es a lo único que verdaderamente le temen estos personajes de la gran hampa y por eso la combaten con su dinero que corre a manos sueltas para comprar conciencias– viven en lugares conocidos, se acercan a los casinos leticianos, arman juergas en las grandes capitales, se burlan, en fin, de la eficacia de nuestras autoridades represivas. Y, entre tanto, otro juez cae asesinado en las calles de Bogotá...

LA PROTECCIÓN A LOS JUECES

Pero, volviendo a la indefensión de nuestros jueces honestos, si en esta guerra declarada por los narcotraficantes, los contrabandistas y los subversivos prácticamente somos incapaces de darles la protección completa a su integridad física, debemos pensar en cómo y en qué forma se pueden dar garantías a sus familiares de que por lo menos tengan derecho a una subsistencia digna, permanente cuando, como ha sucedido tan repetidamente, esos jueces honestos al servicio de Colombia entregan sus vidas en las trágicas circunstancias en que han ocurrido sus muertes violentas.

Los sicarios de las mafias de todas las categorías han demostrado que son capaces de eludir guardaespaldas civiles o uniformados, de matar a la hora y el lugar señalados, de eludir a perseguidores de la autoridad. Las autorías intelectuales se diluyen en el misterio nebuloso de la conspiración indescifrable. Ese es también otro común denominador de este tipo de criminalidad, aunque el juez asesinado en Bogotá hubiera adelantado muchísimo en la investigación del crimen de Rodrigo Lara Bonilla. Es presumible, en un alto porcentaje, que precisamente por eso, porque la justicia estaba en marcha e iba por buen camino, sin desechos hacia el soborno o a la cobardía, por lo que se dio muerte al doctor Castro Gil, que no sobra recordar iba a posesionarse como magistrado en reconocimiento a sus calidades profesionales y morales.

Tenemos, pues, que la lucha es evidentemente muy desigual. No sobra obviamente extremar las medidas de seguridad sobre el Poder Judicial amenazado. Pero es necesario, imperioso, que la Nación asuma en los casos de estos asesinatos, que no tienen calificativos suficientemente severos para expresar el repudio que provocan en la sociedad, determinadas obligaciones para con las viudas, los hijos o los familiares de los jueces asesinados que muchas veces no son gente con holgura económica y carece de suficientes medios para afrontar la ausencia definitiva de quien brindaba con su trabajo el bienestar de sus hogares.

Un juez venal se puede enriquecer fácilmente. Para eso tienen al alcance la mano ancha de los narcotraficantes ofreciéndoles el precio de su conciencia. Pero nuestros jueces honorables, que son los que de verdad sirven a Colombia, no tienen otra fuente real de ingresos diferente a lo que el Estado les retribuye por su trabajo inapreciable. La muerte, sobre todo cuando ocurre en tan terribles circunstancias, no tiene reparación posible, es verdad. Pero como la vida sigue su marcha para quienes sobreviven con su dolor, por lo menos el alivio de una seguridad material representaría una contrapartida que la sociedad está en deuda de otorgar al buen servidor suyo. El establecimiento de un seguro de vida para los jueces, de especificaciones especiales, podría ser una de las formas de garantizar al Poder Judicial una protección a sus familiares.

¡Otro juez asesinado! Qué fácil se dice y se escribe. ¡Cuánto mar de fondo hay, sin embargo, en esas tres palabras terribles!

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

El 23 de julio de 1985, cuando se bajaba de un taxi en la avenida Caracas con calle 47, fue asesinado a tiros el juez primero superior de Bogotá Tulio Manuel Castro Gil. Natural de Siachoque (Boyacá), de 42 años y padre de cinco hijas, su muerte violenta estaba anunciada. La mafia del cartel de Medellín le puso precio a su cabeza desde octubre de 1984 cuando llamó a responder en juicio criminal al capo Pablo Escobar Gaviria, y a varios sujetos de su círculo de sicarios, por el magnicidio del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, perpetrado en Bogotá el 30 de abril de 1984. El juez Castro Gil no se dejó intimidar de sus verdugos ni cedió a los halagos y presiones de los corruptos y, ante su muerte violenta, Guillermo Cano reiteró su voluntad de defender a los jueces como una causa del periódico.

En diversos momentos de la historia colombiana, los avances de la justicia han sido frenados a través de ataques, asesinatos, cooptación y asedio contra los funcionarios judiciales, pero en los años ochenta el narcotráfico ejerció como el principal victimario. Además del ministro Lara Bonilla y del juez Castro Gil, en abril de ese mismo año 1985 fue asesinado el juez décimo del Tribunal Superior de Medellín Álvaro Medina Ochoa. El hecho también fue atribuido a los sicarios del cartel de Medellín. Por eso, ante el sacrificio de los jueces, Guillermo Cano pidió en vano «Extremar las medidas de seguridad sobre el poder judicial amenazado», para impedir nuevos ataques a colombianos indefensos, sin holgura económica y dedicados a administrar únicamente justicia.

Apenas cuatro meses después de su clamor, los más amenazados terminaron en la lista de los mártires. El miércoles 6 de noviembre de 1985, un comando guerrillero del M-19 se tomó por asalto el Palacio de Justicia. Las Fuerzas Armadas respondieron con todo el poder de sus armas y, en el fuego cruzado, sin opción de diálogo ni respuesta a sus insistentes pedidos de cese al fuego, perdieron la vida once magistrados de la Corte Suprema de Justicia. En total murieron 38 funcionarios del poder judicial, entre magistrados auxiliares, abogados, conductores y empleados al servicio de la justicia. Aunque las pesquisas no concluyeron en nexos entre el M-19 y el narcotráfico, las dudas nunca se disiparon, pues los magistrados de la Corte siempre fueron el blanco predilecto de Los Extraditables.

Ocho meses después, a una semana del relevo presidencial, a plena luz del día del 31 de julio de 1986, fue asesinado al norte de Bogotá el magistrado de la Corte Suprema de Justicia Hernando Baquero Borda, sobreviviente del holocausto del Palacio de Justicia en noviembre de 1985. Dos inocentes más perdieron la vida: un dragoneante que oficiaba de escolta del magistrado y un joven obrero que transitaba por la calle en el sector de Calatrava. «Con estos antecedentes, ¿cómo no relacionar el asalto guerrillero al Palacio de Justicia con el magnicidio de ayer?», preguntó *El Espectador* en medio de la insistencia por proteger a la justicia. Pero la vida de los jueces estaba a bajo precio y el jueves 30 de octubre agregaron a la lista al magistrado del Tribunal Superior de Medellín Gustavo Zuluaga Serna, el juez que en 1983 ordenó la captura de Pablo Escobar Gaviria por el asesinato de dos agentes del DAS.

Alguien tenía que defender a los jueces y Guillermo Cano lo hizo desde *El Espectador*. No vivió para ver que su defensa en esa medianía de los años ochenta fue arrasada. Asesinaron a la jueza sin rostro María Helena Díaz Pérez el 28 de julio de 1989, al magistrado Carlos Valencia García el 16 de agosto de 1989, al magistrado Héctor Jiménez Rodríguez el 17 de octubre de 1989 y a la magistrada Mariela Espinosa Arango el 1 de noviembre de 1989. Mártires de la justicia que cayeron después del asesinato de Guillermo Cano, en una demostración de que tenía razón cuando escribió sobre los jueces, que mientras no se le golpeara a la mafia en la cabeza, «como a las serpientes venenosas», la justicia iba a permanecer en estado de evidente inferioridad frente al poder de los mafiosos.

11 de noviembre de 1985

LA NEFANDA JORNADA NOVEMBRINA

El Palacio de Justicia había caído en poder de la subversión en el centro cívico institucional de Colombia. Jamás sabremos, desde luego, si el diálogo y la negociación, a costa de ceder y conceder con los principios tutelares de la República, habrían salvado las vidas de los magistrados. A ellos ya los habían condenado a muerte, los narcotraficantes y la guerrilla, y eso no debemos olvidarlo.

NO HUBIÉRAMOS QUERIDO ESCRIBIR JAMÁS SOBRE LAS DANTESCAS JORNAdas novembrinas que acaban de culminar en el pleno corazón de la democracia colombiana, la Plaza de Bolívar, convertida en campo de sangrienta guerra desatada cuando un grupo de siniestros individuos ocupó a sangre y fuego el Palacio de Justicia, el más alto símbolo de uno de los tres poderes en que se cimenta el Estado de Derecho de nuestra patria ofendida y lesionada en grado sumo y acaso de manera irreparable.

Pero es una obligación ineludible llamar la atención de los colombianos sobre la dimensión del desastre institucional que significa la profanación de nuestra justicia, el holocausto en el que fueron salvajemente inmolados los magistrados de la Corte Suprema, con su presidente ilustre en primer lugar de la lista de los sacrificados, y la indeterminada pero altísima suma de inermes ciudadanos, mujeres y hombres, adolescentes y ancianos, muertos en un acto terrorista demencial sin antecedentes en nuestro país y tal vez sin paralelo en el mundo.

Lo que ha ocurrido a Colombia es sencillamente incalificable. No hay palabras que describan de manera adecuada la magnitud de la gravedad de los acontecimientos vividos en la nefanda jornada novembrina. Jamás en lo que va corrido de este siglo veinte y muy probablemente en lo que tenemos de vida republicana, nuestro país ha sido golpeado con tanta violencia y tanta impiedad en lo más sensible de sus instituciones. Es cierto que hay un nueve de abril en nuestra historia. Es cierto que hemos padecido golpes de Estado y guerras fratricidas que desangraron a la República. Es cierto que durante las últimas décadas hemos estado en una guerra no por no declarada menos guerra, que ha regado de muertes nuestra tierra amada. Es cierto que sucedieron los incendios oficiales del seis de septiembre de 1952 durante los cuales ardieron las casas del expresidente Alfonso López Pumarejo y del director del liberalismo, Carlos Lleras Restrepo, los periódicos liberales de Bogotá y la Casa Nacional del Partido Liberal. Pero el seis y el siete de noviembre de 1985 pasarán a las páginas de nuestra historia y quedarán inscritos en ella, con carácter indeleble, todos y cada uno de los minutos transcurridos entre las once y treinta de la mañana del miércoles y las tres de la tarde del jueves, como expresión del más horrendo capítulo de depredación a que nuestra sociedad haya sido jamás sometida.

Solo han pasado unas horas del desenlace de la toma del Santuario de la Justicia colombiana. Ya se sienten los primeros signos de reacción nacional que expresan la indignada protesta de la opinión. Ojalá no se trate de una primaria explosión sentimental pasajera. Porque somos conscientes de que si en estos momentos no se activa el disparador que despierte de la anestesia en que había caído la sociedad colombiana, este país no tendrá destino promisorio y no habrá días mejores por venir. Nuestros compatriotas están como adormecidos, insensibles a cuanto los rodea. No reaccionan. Indiferentes a los instantes estelares que se viven, se comportan de manera increíblemente fría. El país se ha debido paralizar desde el momento mismo en que los criminales subversivos irrumpieron en el Palacio de Justicia. Sería un caso de cobardía imperdonable que ahora no se saliera multitudinariamente a la calle para demostrar la solidaridad con las instituciones y clamar, con toda la energía que los momentos exigen, por un comportamiento, de parte del Gobierno, de sus Fuerzas Armadas, de los legisladores, de los partidos políticos, de las altas, medianas y bajas autoridades, acorde con las responsabilidades que los momentos actuales exigen de ellos.

UN ENFRENTAMIENTO CON LA REALIDAD

Los hechos son irreversibles. No podemos devolverles la vida a los ilustres juristas que cayeron entre el fuego cruzado de los subversivos terroristas y de las Fuerzas Armadas que están legítimamente constituidas para defender el orden en la República. Ni se puede resucitar a las decenas de víctimas que, hechas rehenes durante la ocupación violenta del Palacio de Justicia, vivieron sus últimas horas de existencia en medio de horrores y torturas inenarrables. Pero tenemos la obligación solemne e incancelable de procurar, de ahora en adelante, que no se repitan jamás por acción o por omisión estos luctuosos y salvajes acontecimientos.

Nosotros nos preguntamos angustiados cómo fue posible que, cuando existían amenazas conocidas de manera suficiente de que los magistrados de la Corte Suprema estaban amenazados de muerte por el punible ayuntamiento de la subversión y la guerrilla, no se mantuvieran de manera indefinida y siempre activadas las medidas de máxima seguridad en el Palacio de Justicia. Los terroristas entraron como Pedro por su casa a los sótanos y ocuparon en segundos todo el edificio. La enorme cantidad de armamento que todos los asaltantes tuvieron en su poder hace presumir que la operación tuvo una preparación muy meticulosa que es increíble que no hubiera sido advertida a tiempo y abortada por los varios y costosos servicios de seguridad del Estado. Tuvo que haber cómplices dentro del mismo Palacio de Justicia. Es de presumir que antes de la irrupción violenta de los subversivos estos y sus cómplices hubieran almacenado armamentos de guerra. ¿Hasta qué extremos de indefensión se mantuvo a la Corte Suprema y al Consejo de Estado sabiendo, como se sabía, que estaban condenados a muerte por el narcotráfico y por la guerrilla? Esto tendrá que ser materia de investigación profunda para que se establezcan responsabilidades y se castiguen. Estén donde estén quienes, con estos claros antecedentes necesarios para el éxito del sangriento operativo, tuvieron algo que ver en su triunfal iniciación.

El siniestro criminal Carlos Lehder, narcotraficante confeso, ya había dicho que se uniría a la guerrilla para acabar con la Corte Suprema de Justicia.

Por su parte la guerrilla, por la voz de uno de sus sanguinarios dirigentes, había pedido a los narcotraficantes asesinar a los funcionarios de la embajada norteamericana. No estaba, pues, el país a oscuras de los propósitos monstruosos que tenían las dos manos armadas de la delincuencia subversiva. Y frente a todos estos antecedentes bajamos la guardia a tal extremo que nos sorprendieron a plena luz del día absolutamente indefensos. Las consecuencias desoladoras están a la vista. Hoy lloramos a nuestros muertos, a los que no supimos defender con la oportuna firmeza y prevención que todos estos antecedentes nos aconsejaban.

Durante varias semanas, cuando se hicieron públicas las amenazas a los magistrados de la Corte, nosotros esperábamos pronunciamientos enérgicos, terminantes, incluso exaltados, de los partidos políticos, de los precandidatos presidenciales, de las fuerzas vivas, de los gremios. Todos callaron. Solo algunas voces aisladas y tímidas se levantaron para protestar y solidarizarse con nuestros jueces supremos cuyas vidas estaban condenadas al ajusticiamiento brutal. Eso no era para tomarse a broma, ni con indiferencia, ni con silencios cobardes o interesados. Los dejamos solos... Y como en el cuento del lobo, no se hizo eco a las voces angustiadas que denunciaban que el lobo narcoguerrillero venía a acallar violentamente a la justicia. El lobo llegó y cobró con la vida de muchos magistrados y de gente inocente su venganza monstruosa.

A esa realidad hemos de enfrentarnos de ahora en adelante. Se nos ha desafiado, se nos ha herido profundamente, pero estamos obligados a enfrentar sin vacilaciones el reto temerario que se nos hace.

LA GRAN CONTROVERSIA

Pero de ahora en adelante lo más inmediato será la gran controversia nacional, que ojalá se desarrolle con serenidad reflexiva y con abierta inteligencia y que no nos ciegue ni nos hunda en los abismos apasionados de los extremos insensatos, sobre si se ha debido o no dialogar y negociar con los individuos que se tomaron el Palacio de Justicia e hicieron suyos como rehenes a los magistrados de la Corte y el Consejo de Estado.

Matemos al presidente de la Corte y arrojemos su cadáver a la Plaza de Bolívar. Esta frase lapidaria pronunciada al comenzar el operativo por la sanguinaria subversiva que participó en el asalto demuestra con meridiana claridad cuál era el estado de ánimo y de violencia implacable que guiaba al grupo insurgente y ponía de bulto y desde un principio un alto grado de instinto criminal en las decisiones que iban a tomar los guerrilleros, en el desarrollo de los acontecimientos.

No hay duda, para nosotros, de que ese estado de espíritu violento no se habría de modificar aceptando sus exigencias e imposiciones que irán *in crescendo* a medida que se sintieran más fuertes, que sus posiciones se hicieran más invulnerables y que los efectos publicitarios de sus acciones recibieran más amplificación interna y externa.

Esta vez no se trataba de la toma momentánea de un pueblo, de una pequeña zona del territorio nacional, de una agencia bancaria, de un instituto descentralizado o de una casa particular.

El Palacio de Justicia había caído en poder de la subversión en el centro cívico institucional de Colombia. Jamás sabremos, desde luego, si el diálogo y la negociación, a costa de ceder y conceder con los principios tutelares de la República, habrían salvado las vidas de los magistrados. A ellos ya los habían condenado a muerte, los narcotraficantes y la guerrilla, y eso no debemos olvidarlo. Los propósitos desalmados de los ocupantes del Palacio de Justicia no daban garantía alguna para las vidas en su poder y en cambio era evidente que estaban previamente decididos a la ejecución brutal, de uno en uno o todos en una, de sus rehenes.

Entre las exigencias conocidas, hechas por los asesinos asaltantes, estaba la de que los periódicos de circulación nacional divulgaran una proclama del grupo subversivo. *El Espectador* estaba decidido a negarse a ceder bajo la presión, la violencia y la fuerza, a someterse a esa exigencia. Esa era y es nuestra posición, la de no transigir bajo la amenaza y el chantaje, cueste lo que nos pueda constar. El Gobierno consideró, como lo hicimos nosotros, que no se podía negociar cuando las instituciones estaban ya no solo amenazadas sino pisoteadas, profanadas, heridas en lo más profundo de su dignidad. Ceder, hacer concesiones, cuando estaba en juego nada menos y nada más que la soberanía de la justicia, habría abierto el camino, la brecha, para que todo nuestro Estado de Derecho se derrumbara como un castillo de naipes.

Es cierto que se ha pagado un costo muy alto por defender las instituciones. Pero ¿qué costo muchísimo más alto no habríamos tenido que pagar en el inmediato y mediato futuro si la criminal acción de un puñado de gentes sin alma y conciencia hubiera tenido éxito total o parcial?

Esa perspectiva no pueden perderla ni el país ni la opinión nacional. Los subversivos estaban dispuestos a todo y a matar, no más que de entrada, al magistrado presidente de la Corte, a su propia muerte como tantas veces lo dijeron, pero llevándose antes las vidas de sus rehenes, si su operación no tenía el éxito que perseguían de desestabilizar y destruir los cimientos de las instituciones colombianas.

No me siento capaz de medir con exactitud si el grado de la acción militar que permitió rescatar a más de un centenar y medio de rehenes, pero que fue insuficiente para impedir el holocausto donde se inmoló a los magistrados y a las decenas de ciudadanos inermes, resultó ser exagerado o no. La perspectiva histórica apenas comienza. Está demasiado fresca. Se presta a reacciones impensadas e irreflexivas. Pero están en nuestros ojos y en nuestros oídos los hechos concretos según los cuales los subversivos tenían la consigna de matar a los magistrados, de incendiar los archivos –entre ellos los de la extradición de narcotraficantes– y de imponer a Colombia y a los colombianos, por la fuerza y la violencia, sus mesiánicas condiciones y sus oprobiosas consignas.

Nos duele en lo más hondo tanta sangre derramada. Compartimos el duelo y llevamos el luto de los familiares y de los amigos –nosotros también lo éramos– de los muertos sacrificados.

Pero nuestra conciencia nos exige pronunciarnos con la mayor claridad posible en la controversia que se inicia, que esperamos no nos desvíe hacia la esterilidad bizantina, donde la ofuscación nos impida ver, con perspectiva histórica, la realidad de que todo ha cambiado y de que la historia del país se ha roto en dos: antes de la toma del Palacio de Justicia y después de su sangrienta recuperación.

Hay que pensar en la grandeza y con grandeza, sobre los momentos que nos esperan. No es la unión mecánica de los partidos, ni la unión entre los distintos partidos para pronunciamientos verbales inocuos. Lo que la hora exige es la unidad nacional de los más capaces para que rodeen a las instituciones y las salven de su degradación definitiva.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

Tres días después de consumado el holocausto del Palacio de Justicia, con el corazón arrugado ante «el más horrendo capítulo de depredación a que nuestra sociedad haya sido jamás sometida», Guillermo Cano reaccionó con su escrito «La nefanda jornada novembrina». Desde las 11:40 de la mañana del miércoles 6 de noviembre de 1985, en que un comando del M-19 irrumpió por el sótano de la edificación con el propósito de promover un juicio público al presidente Belisario Betancur por incumplimiento del proceso de paz, transcurrieron veintiocho horas de combate con las Fuerzas Armadas a escasa distancia de la Casa de Nariño, con casi un centenar de víctimas mortales, entre ellas 38 integrantes del poder judicial. Once magistrados de la Corte Suprema de Justicia perdieron la vida. Once personas fueron dadas por desaparecidas.

Al momento de escribir, Guillermo Cano tuvo la certeza de que lo sucedido el 6 y 7 de noviembre de 1985 iba a marcar la historia. Pero su reclamo se enfocó en advertir que el país ha debido paralizarse desde que empezó la toma. Además, una pregunta sin respuesta: ¿cómo fue posible que los guerrilleros ingresaran como Pedro por su casa al Palacio, a pesar de las graves amenazas que existían contra los magistrados de la Corte Suprema de Justicia? A pesar de que desde el 18 de octubre circuló la noticia de que el M-19 se iba a tomar el Palacio de Justicia, al momento del ataque los escoltas de los magistrados y seis empleados de la empresa de vigilancia Cobasec fueron toda la defensa. «Los dejamos solos...», comentó Guillermo Cano. Tampoco fueron escuchados. Esa noche, la televisión pública transmitió un partido de fútbol entre Millonarios y Unión Magdalena.

Con las consabidas demandas de justicia y llamados a la responsabilidad al Gobierno del presidente Belisario Betancur, las Fuerzas Armadas, los partidos políticos y los legisladores, el escrito cerró con la certeza de lo que venía para el país: «La gran controversia». Un debate público sembrado de dudas y dificultades porque en ese momento, 72 horas después del cese de los combates, prevalecía el caos judicial con 65 cadáveres en estado de carbonización, producto de un voraz incendio cuyas causas no pudieron establecerse, y se produjo la inesperada inhumación de 26 cuerpos sin identificar en una fosa común del Cementerio del Sur, ordenada por un juez militar con el pretexto de que el M-19 preparaba un asalto a las dependencias de Medicina Legal. En pocas palabras, un proceso de levantamiento de cadáveres, «carente de todo criterio técnico y científico».

A la hora de la identificación de las víctimas, prevalecieron más los objetos personales que los estudios odontológicos o los antecedentes quirúrgicos. En bolsas de plástico se juntaron restos de hasta dos o tres cadáveres, sin diferenciar si eran hombres o mujeres. Muchas familias dieron cristiana sepultura a sus deudos sin una certeza de identidad. En el caos de los cortejos fúnebres, la sociedad colombiana despidió a sus mártires. Los nombres de 11 magistrados de la Corte Suprema de Justicia sacrificados quedaron escritos en la memoria: Alfonso Reyes Echandía, Manuel Gaona Cruz, Luis Horacio Montoya, Ricardo Medina Moyano, José Eduardo Gnecco, Carlos Medellín Forero, Darío Velásquez Gaviria, Alfonso Patiño Roselli, Fabio Calderón Botero, Pedro Elías Serrano y Fanny González Franco.

> No me siento capaz de medir con exactitud si el grado de la acción militar que permitió rescatar a más de un centenar de rehenes, pero que fue insuficiente para impedir el holocausto donde se inmoló a los magistrados y a decenas de ciudadanos inermes, resultó exagerado o no. La perspectiva histórica apenas comienza.

Esa observación de Guillermo Cano anticipó un debate que no quiso enfrentar la política, pero a través de los años fue el eje de la discusión judicial: el uso desmedido de la fuerza, incluso con tanques de guerra, helicópteros y armas de guerra convencional, sin opción al diálogo y a espaldas del derecho internacional humanitario. Desde el primer día, los militares argumentaron cumplir órdenes del entonces comandante supremo, el presidente Belisario Betancur.

El 24 de noviembre de 1985, desde el editorial «Lo que las tragedias se llevaron», Guillermo Cano volvió a escribir sobre el Palacio de Justicia, tratando de descifrar el estado de ánimo de los colombianos «aplanchado, que decimos los cachacos o apisingado que dicen los corronchos», tras «dos semanas de pesadillas dantescas y vigilias angustiadas». No solo por la decapitación de la justicia en su templo, sino también por la desgracia ocurrida el miércoles 13 de noviembre, cuando un deslave del volcán Arenas del Nevado de Ruiz, a través de los ríos Lagunilla y Gualí, sumergió el municipio de Armero (Tolima) en un mar de lodo, árboles, piedras, animales y todo lo que encontró a su paso. Nunca se supo cuántos murieron. La cifra global quedó en veinticinco mil hombres y mujeres. «Debemos seguir adelante», concluyó Cano con criterio resignado, emulando las palabras del presidente Betancur.

3 de agosto de 1986

UN BUEN PRESIDENTE BUENO

El presidente Betancur no logró muchas de sus metas. Se equivocó en algunas. Pero, en mi criterio personal, sale de la Casa de Nariño como un buen presidente bueno.

YO SOY UNO DE LOS MUCHOS CIUDADANOS QUE POR ESTOS DÍAS, CUANDO termina el mandato del presidente Belisario Betancur, comparten el sobrio, equilibrado y justo balance que de ese gobierno hizo, con su brillantez intelectual y su acertado diagnóstico, el expresidente Carlos Lleras Restrepo en su editorial de la semana pasada en la revista *Nueva Frontera*. Me aparto integralmente de quienes le hicieron al presidente Betancur una oposición implacable, porque afectó desde un comienzo sus intereses particulares o se consideraron traicionados desde el Gobierno en sus fijaciones mentales sobre la conducción del Estado en los procesos de paz.

Este país, sin el presidente Betancur en la Casa de Nariño, podría hoy estar, como lo ha dicho alguien con autoridad suficiente, inundado en la sangre de una guerra civil. Estaría también corrompido hasta los tuétanos si no se hubiera detenido con mano firme el proceso de la podredumbre del sistema financiero que el señor Betancur recibió en su momento crítico. Este país aún a costa de sacrificios de mártires a quienes Colombia rendirá gratitud eterna –uno de ellos el magistrado Baquero, asesinado cobarde y vilmente hace apenas tres días–, combatió con integral coraje la peste del narcotráfico que venía contaminando todos los poderes morales de la República. Lo sigue haciendo, desde luego, pero el Gobierno no les ha dado tregua a las mafias, las ha obligado a refugiarse en la clandestinidad, les ha entrabado su infame negocio, y a pesar de que las grandes cabezas no han podido ser aplastadas, esas cabezas saben que al menor descuido la autoridad les aplicará el peso de la ley, los extraditará para que sean juzgados donde su dinero no tiene tanta capacidad de sobornar conciencias, donde hay más oportunidad para evitar que asesinen a quienes los deben condenar.

Aunque la oposición sin causa señala cualquier defecto, equivocación o fallido resultado de la administración Betancur, y los magnifica hasta lo increíble, hay realidades, como la reactivación textilera, que le ha devuelto a Antioquia su lugar privilegiado en el sector industrial de la América Latina. Antioquia, que ha sido la víctima preferida de la mafia de los estupefacientes, está saliendo de esa oprobiosa dictadura y sus industrias presentan un estado de recuperación alentador y significativo. Sectores agrícolas deprimidos como los del algodón volvieron a recuperar su importancia en la producción para abastecer mercados nacionales y extranjeros. Y la paz, el gran problema de esta Colombia atormentada, es un proceso irreversible que avanza a pesar de las talanqueras que le han tendido algunos de los grupos subversivos y no pocos colombianos enceguecidos que solo desean la represión de tierra arrasada y de sangre derramada.

Nadie desconoce que la paz no se logró en los cuatro años de la administración Betancur. Pero es evidente que la perseverancia generosa en el trato político y no solo militar de un problema que llevamos en nuestras espaldas desde hace más de cuarenta años, impidió sin duda que hoy estuviéramos en una verdadera guerra civil sin retorno posible.

El expresidente Lleras ha dicho que Belisario Betancur –y es una feliz definición– fue un buen presidente. Yo agregaría que ha sido un buen presidente bueno. Su cuatrienio ha sido un modelo de respeto a la democracia, a la libertad, a la Constitución, a la ley. No creo que exista una sola persona que se atreva a levantar la mano para afirmar, con legítimo derecho, que el presidente lo ha atropellado en sus libertades ciudadanas. Le ha correspondido al doctor Betancur un cuatrienio de desastres naturales y humanos que comenzaron desde sus primeros días de mandato con el terremoto de Popayán. Más tarde el magnicidio en la persona de su ministro de Justicia. Luego el sangriento y criminal asalto al Palacio de Justicia, donde el país estuvo al borde del caos. Y posteriormente la gran tragedia de Armero, con sus veinticinco mil muertos y la tierra fértil y cultivada arrasada bajo el lodo. Y a lo largo de los cuatro años la demencial violencia del M-19, como respuesta a las propuestas de paz. Y hasta el último momento el terrorismo indiscriminado y el asesinato vil desde motocicletas, por sicarios fletados por monstruos que los dirigen desde las tenebrosas sombras de la impunidad.

Pero a pesar de todo el presidente Betancur no se ha dejado sacar de casillas. Obra con buena fe. Con bondad. Y esas son cualidades humanas que un pueblo debe reconocer y agradecer en quien lo gobierna. Y su sincera pasión por la cultura y la afirmación nacionalista de la misma le han traído injustas críticas, cuando el país debe reconocerle, y tendrá que reconocerle, que sus actos han enriquecido nuestro patrimonio artístico y han estimulado, en dimensiones imposibles de calcular ahora, la creación intelectual de nuestros compatriotas.

El presidente Betancur no logró muchas de sus metas. Se equivocó en algunas. Pero, en mi criterio personal, sale de la Casa de Nariño como un buen presidente bueno.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

A tres semanas de entregar la presidencia de Colombia, Belisario Betancur tuvo en el 16 de julio de 1986 un día de tranquilidad tardía para su gobierno. Ese día, una subcomisión de la Comisión de Acusación de la Cámara de Representantes, integrada por los congresistas Horacio Serpa Uribe, Carlos Mauro Hoyos y Darío Alberto Ordóñez, concluyó que la conducta asumida como jefe de Gobierno y comandante de las Fuerzas Armadas durante los hechos del Palacio de Justicia en noviembre de 1985 obedeció a «un acto típico de gobierno», «una decisión gubernamental asumida de buena fe, en el entendido de estar favoreciendo los altos intereses de la patria». La justicia política lo dejó a salvo de responsabilidades en el holocausto. Todo lo demás fue terrible en la despedida de su mandato.

Ese mismo 16 de julio, la otra noticia fue el asesinato del corresponsal de *El Espectador* en Leticia (Amazonas), Roberto Camacho Prada, quien levantó su voz contra los carteles del narcotráfico. En su calidad de director de la Cámara de Comercio de la ciudad, en fecha reciente había concurrido ante la Procuraduría para denunciar, con nombres propios, a quienes montaban un satélite criminal del negocio de los estupefacientes en el sur del país. «Don Roberto se había comprometido con una entereza y un valor inexpresable, de defender a Leticia, nuestra más lejana frontera sureña, de quienes la habían convertido en un nido de ratas de toda clase de corrupción», escribió Guillermo Cano el domingo 3 de agosto, en el mismo espacio de su última reflexión sobre el presidente y el Gobierno Betancur.

«Lo mataron balas asesinas y cobardes, como las que acaban de matar a un digno magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Sicarios a sueldo. Vendidas sus conciencias y sus manos a siniestros personajes sin alma ni Dios», agregó Guillermo Cano y refirió el asesinato del magistrado Hernando Baquero Borda, cometido el jueves 31 de julio en el norte de Bogotá. Dos personas más perdieron la vida en el atentado. Un dragoneante que oficiaba de escolta del magistrado y un joven obrero que transitaba por la calle. El jurista defendió la constitucionalidad del Tratado de Extradición y el día del holocausto en que perdieron la vida once de sus compañeros eludió la muerte. «¿Cómo no relacionar el asalto guerrillero al Palacio de Justicia con el magnicidio de ayer?», preguntó *El Espectador*.

Una semana después, Betancur concluyó su mandato y Guillermo Cano resaltó que sin su presencia en la Casa de Nariño, el país habría terminado «inundado en la sangre de una guerra civil». La paz no pudo lograrse, aclaró, pero admitió su perseverancia generosa por el trato político antes que la solución militar. Parafraseando un texto del expresidente Lleras Restrepo en la revista *Nueva Frontera*, concluyó: «[...] no logró muchas de sus metas. Se equivocó en algunas. En criterio personal sale de la Casa de Nariño como un buen presidente bueno». En múltiples ocasiones escribió sobre su mandato. En un momento pidió a la sociedad dejar en paz a la Comisión de Paz y en otro, desde la advertencia de «se está poniendo de moda hablar mal del presidente», recalcó el facilismo de los opositores a la paz desde la guerra.

Cuando llegó la hora del cese al fuego con las FARC en mayo de 1984, refrendó su entusiasmo ante el Acuerdo de La Uribe y pidió a la sociedad no tenerle miedo a evolucionar para ver el amanecer de la paz. Cuatro meses después, ante las dificultades, insistió en la necesidad de la concordia «para dejar de morir a destiempo y como salvajes». Después del cese al fuego con el M-19, a pesar de su camino plagado de dificultades, nunca faltaron las palabras para desactivar la guerra. Con el mismo desconcierto de la mayoría del país, constató cómo se fueron desmoronando las ilusiones y, al final de 1985, el país tuvo que presenciar el capítulo judicial más grave en la segunda mitad del siglo XX en Colombia: el holocausto del Palacio de Justicia con todos sus horrores.

«¿Qué le pasó a Belisario?», tituló su «Libreta de apuntes» del 5 de enero de 1986 al advertir que, a diferencia de los primeros días de su mandato, las alocuciones presidenciales de Betancur, tras los dolorosos sucesos del

Palacio de Justicia y la tragedia de Armero, adquirieron «un timbre fúnebre». Un interrogante que interpretó como un desafío frente a los problemas de la inminente campaña presidencial. En adelante no volvió a ocuparse del primer mandatario, cuya última carta por la paz de Colombia la jugó el 2 de marzo de 1986 con la ratificación de los acuerdos de cese al fuego con las FARC-EP, un pacto que permitió el estreno de la Unión Patriótica en la arena política. El último gesto de paz de un presidente que se negó a dialogar en el momento que más se requería: en el Palacio de Justicia.

FELIZ
AÑO

26 de diciembre de 1982

SI PUDIÉRAMOS DETENER EL TIEMPO

Nadie, que sea sincero, podrá negar que la apertura de los regalos navideños nos causa un especial deleite, un placer difícil de explicar.

A VECES UNO SE PLANTEA MENTALMENTE DESAFÍOS QUE SON VERDADEROS dilemas insolubles, como el de qué haríamos si se nos diera el poder de detener el tiempo algún instante de nuestra vida para repetirlo y disfrutarlo más largamente. Hay tantos por escoger que resulta un imposible identificarlo. Pero cada vez que llega la Nochebuena y pasa la Nochebuena, con tanta rapidez y con tan agobiante fugacidad, se nos ocurre que es la fiesta del nacimiento de Jesús la que quisiéramos poder prolongar en el tiempo de manera indefinida, para que no terminara jamás.

Pero lo grave es que no sabríamos cuál Nochebuena, entre tantas Nochebuenas vividas, sería la que quisiéramos que aún continuara tal como la vivimos y la disfrutamos.

Si aquella cuando en la irrepetible ingenuidad de la primera niñez, el Niño Dios se nos aparecía como el gran satisfacedor de nuestros más prosaicos deseos, los materiales; o si la del uso de la razón, cuando comenzábamos a entender que en esa fecha sublime se conmemoraba algo más importante que la llegada de un paquete lleno de sorpresas increíbles e insospechables y que habíamos dejado de ser niños irresponsablemente felices para comenzar a transformarnos en seres predestinados a gozar las alegrías y

Guillermo Cano celebrando las fiestas decembrinas.
Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.

padecer las tristezas de este valle de lágrimas tan hermoso en que vivimos, como lo fue el Niño que nació en el pesebre condenado a morir crucificado; o si las Navidades de adolescentes, irremediablemente uncidas a las primeras sensaciones amorosas; o las Navidades de mayores de edad todavía sin dignidades, pero con obligaciones concretas mediatas e inmediatas, plenas de riesgos intuidos; o las Navidades de casados y las que siguieron, las Navidades como padres, y más luego las Navidades como abuelos, donde los recuerdos primarios y lejanos se renuevan y se avivan en las reacciones de los pequeñuelos que, como nosotros un día, esperábamos al Niño Dios por sus regalos empacados en papeles de fantasía, y no como lo hicimos más tarde y lo hacemos ahora con la esperanza puesta en que el advenimiento del Divino Niño signifique la paz perdurable y sincera en la tierra entre todos los hombres de buena voluntad.

Todas las Nochebuenas, pues, quisiéramos repetirlas, eternizarlas. Cada una con su deslumbrante magia contagiosa y bella. Y en lo más profundo desearíamos que alrededor del pesebre creciera y creciera, aumentara y aumentara la audiencia familiar, la presencia de los amigos entrañables que se multiplican y decantan con los años, en unas Navidades en las que no hubiera ausentes seres queridos y no olvidados. Pero es ley inexorable de nuestra fugaz existencia humana que el tiempo siga su marcha, sin detenerse jamás, y que enredados en sus días y en sus horas y en sus minutos desaparezcan algunos o muchos de nosotros, de los nuestros, cada año y cada año, como compensación generosa por lo que hemos perdido irremediablemente, que broten nuevos retoños para que la maravillosa sustitución de los muertos por nuevos vivos, en que se repiten la sangre y los afectos, nos permita cargar con la soledad de la propia vida, que de otra manera resultaría insoportable...

REGALO DE REGALOS

Nadie, que sea sincero, podrá negar que la apertura de los regalos navideños nos causa un especial deleite, un placer difícil de explicar. Están unidos sentimientos varios como el de la expectativa ante la sorpresa, la emoción de lo imprevisto, la sensación del cariño y del afecto que vienen unidos a cada objeto escondido tras las envolturas y las cintas y los adornos, en escalofriante choque de sentirse apreciado y amado, objeto de desprendimientos materiales y abundante en expresiones sentimentales. Los regalos navideños, a diferencia de muchos otros, carecen de segundas intenciones, de escondidos y a veces inocultables propósitos. Son una demostración sin cálculo de amistad y de cariño.

Por eso yo abro cada regalo navideño con una especie de fruición sagrada. Su valor en pesos y centavos me importa un bledo. Me satisface sencillamente su contacto porque es transmisor de un mensaje meditado con el corazón abierto y generoso y no con la frialdad calculadora y cerebral de las segundas intenciones. A veces me hace llorar el simple nombre de quien envía el presente, no importa en qué consistía, ni lo que haya costado, ni siquiera su utilidad o su inutilidad.

Debo decir, sin embargo, que cada vez que me hago más viejo, y cada Nochebuena cae nueva nieve sobre mi cabeza, el regalo que me satisface más plenamente es el libro. Yo nací, y creo que fue una fortuna que mi primera infancia y mi adolescencia ocurrieran en los tiempos del limbo electrónico, cuando la luz eléctrica era un lujo de las más grandes ciudades y una grande ausente de las zonas rurales, cuando la televisión si al caso estaba apenas en teoría en la mente de unos genios anticipadores de los prodigios de la actual era en que vivimos, donde había y, sobre todo, donde quedaba tiempo para leer.

Y yo leía. Leía todo lo que caía en mis manos hasta libros prohibidos en tiempo de severas prohibiciones bibliográficas. Y leía en Bogotá con luz eléctrica. Pero leía también en Villeta, en la casita llamada paradójicamente Villa Luz, pero donde no había luz eléctrica, alumbrado por las lámparas de petróleo hasta la «hora de toque de queda», hora temprana, y luego a la luz de una vela hasta que la cera derretida ya no daba para más.

Me acostumbré, pues, a leer y para mí continúa siendo la lectura mi distracción predilecta. Estoy, pues, vacunado antitelevisión y otras malas artes, y por eso aprecio tanto que cada Navidad se crezca mi modesta biblioteca y pueda llevarme cada fin de semana que puedo pasar en las reforestadas tierras erosionadas de Fidelena un capital aumentado de libros. Este año ha sido particularmente favorecido y feliz en este campo, sobre todo porque el «Niño Dios» me trajo un muestrario que, por anticipado, me anuncia muchas horas de diálogo silencioso con autores colombianos y extranjeros sobre temas variados, actuales, que prometen nuevos deslumbramientos para mi avidez de lector enviciado.

«Libreta de apuntes»

valher
Colom
la N
CPB

21 de diciembre de 1986

NAVIDADES NEGRAS

En vísperas de este 24 de diciembre de 1986, han ocurrido una serie de acontecimientos que han sacudido hondamente las fibras del alma.

POR TRADICIÓN, POR CONVICCIÓN Y POR SENTIMIENTO ENCUENTRO LOS DÍAS navideños como los mejores que les sean dado disfrutar al hombre. Cuando niño estuve rodeado de tanto afecto y tanto amor que recuerdo las Navidades de la infancia como el estado perfecto de la felicidad. Cuando nacieron los hijos les transmití esa herencia inapreciable que yo había recibido de mis padres y estos de mis abuelos. Y ahora, cuando disfruto de mis cinco nietas que creen en el Niño Dios y que no han perdido todavía el prodigio de la ingenuidad que les permite vivir estos días como entre sueños alegres y maravillosos, mi espíritu se inunda de satisfacciones personales indecibles.

Por eso, desde que tiene recuerdo mi memoria, jamás me he dejado llevar en Navidades por tristezas de ausencias irremediables, ni por dificultades materiales, ni por afecciones de salud. Las he disfrutado todas, creo que hasta con exagerado egoísmo, pues me he aislado del valle de lágrimas que es el mundo de antes, y que lo es más el de ahora, para que ni dolores ajenos ni miserias extrañas perturben el paraíso de los sueños navideños.

Sin embargo, en vísperas de este 24 de diciembre de 1986, han ocurrido una serie de acontecimientos que han sacudido hondamente las fibras del

En protesta por la violencia que azotaba al país y en memoria de Guillermo Cano, periodistas de todos los medios realizaron una marcha del silencio a la que se unieron miles de personas. *El Espectador* / Comunican S. A., 20 de diciembre de 1986.

alma. La muerte violenta de una compañera de trabajo, Amparo Hurtado de Paz, de su esposo y de su hijita; la horrenda matanza al norte de Bogotá; la violencia manchando de sangre casi todos los rincones de la patria; la insania terrorista que destruye la riqueza propia de los colombianos o derrumba edificios y vidas en la Barcelona de mis entrañas; el poder de la corrupción que ha contaminado a este país, en otros tiempos potencia moral ejemplar para otros pueblos de nuestro continente y de otros mundos, todo ello se ha acumulado en este diciembre negro para que mis ojos no vean las luces de los árboles adornados, ni los volcanes, ni las rodachinas, ni el incendio fluorescente de las bengalas, ni para que mi corazón se alegre con la música de los villancicos, ni para que mi espíritu se sienta realizado al descubrir en las pupilas de las nietas el deslumbramiento ante el espectáculo del pesebre, amorosamente construido por los mayores.

Y como si fuera poco lo que he enumerado antes, me sucedió ayer que, debido a una también vieja costumbre, la de abrir personalmente toda mi correspondencia, una tarea dispendiosa y aun mortificante porque son demasiadas cartas las que leo cada día, encontré dentro un sobre común y corriente una misiva que me puso la piel de gallina, porque es un cuento desgarrador basado en un hecho que parece tener los ingredientes para considerarlo un drama de la vida real.

«Libreta de apuntes»

Nota del compilador

La Navidad fue un momento especial en la vida del fundador de *El Espectador* Fidel Cano Gutiérrez y su familia. Quedaron muchas semblanzas y memorias de Nochebuenas en Antioquia rodeados de regalos, en una cena común con los trabajadores y los amigos. «Nochebuena, noche santa, siempre alegre y hoy tan triste, otro tiempo, cuántas veces junto al árbol que fecundas, engalanas y enriqueces, venturoso tú me viste. ¡Velar solo la cosecha con que sueña la niñez!», escribió el 24 de diciembre de 1905, con la añoranza del periódico que se vio forzado a suspender un año atrás ante el carácter autoritario del Gobierno de Rafael Reyes. El silencio más largo de su historia: ocho años y dieciséis días. Sin embargo, nunca faltó ni un desayuno de Pascua ni un árbol florecido en la Navidad.

Un día de 1919 falleció el fundador, y la Navidad se transformó en un encuentro de regalos. Pero cuando Guillermo Cano llegó a la vida de Ana María Busquets y viceversa, la celebración renació con esplendor catalán. A partir de 1953, ella promovió una reunión de hogares y un almuerzo el 25 de diciembre para los regalos. Nunca faltó el pesebre con paseo para buscar el musgo, ni el árbol de Nochebuena distinto cada año. Los niños entendieron que antes del almuerzo del 25 se repartían los regalos y después llegaba el Tió de Nadal, para golpear un tronco con bastones y exigir turrones. La noche previa, con la última frase de la oración al Niño Jesús, a dos voces desentonadas Guillermo y Alfonso Cano daban la señal del festejo. «Los zagales y zagalas al niño vamos a ver, con piticos y tambores mostrándole gran placer».

La gestora del renacido tributo a la Nochebuena fue Ana María Busquets, y el 20 de diciembre de 1981 Guillermo Cano lo reconoció en el escrito «Tarjeta de Navidad número uno», con la exaltación de su pesebre de todo lo colombiano:

> Desde la cascota de palma hasta la raíz del árbol podrido; el diminuto y mediano quiche; un toquecito de musgo para no herir la ecología; un ramito de pino; el verde violento, el frío gris paramuno del chamizo, alguna violencia suave amarilla de las florecitas silvestres, todo ello como colgando de los cielos andinos.

Palabras de Navidad para «la niña catalana que llegó a Colombia recién nacida, rescatada del odio y por eso sin odio, sin huir huyendo, y escapando de la crueldad y de la fuerza bestial de la injusticia se quedó aquí con sus irrepetibles ojos de color mediterráneo».

En 1982, la reflexión de Guillermo Cano en Navidad dejó una pieza antológica. «¿Qué haríamos si se nos diera el poder de detener el tiempo de algún instante de nuestra vida para repetirlo y disfrutarlo más largamente?». Su respuesta justificada no podía ser otra:

> Hay tantos por escoger que resulta un imposible identificarlo. Pero cada vez que llega la Nochebuena y pasa la Nochebuena, con tanta rapidez y con tan agobiante fugacidad, se nos ocurre que es la fiesta del nacimiento de Jesús la que quisiéramos poder prolongar en el tiempo de manera indefinida para que no terminara jamás.

Reconoció que lo difícil era no distinguir entre tantas Nochebuenas vividas, y la de ese 1982 tuvo la gracia adicional de los «nuevos retoños» familiares, de las primeras nietas que aumentaron la audiencia de diciembre.

Nunca faltaron los escritos de Navidad en las memorias del periódico. «¡Que Dios guarde a todos en diciembre y les deje realizar siquiera una esperanza, entre sus esperanzas!», expresó Luis Tejada en 1920. «Navidad es nacimiento, retoñar de la naturaleza pura, en que el hombre vuelve a ser niño, como si sobre él hubiera pasado en vano la experiencia de los calendarios con su sabor de fragilidad y aspereza», añadió Luis Cano en 1936. «Sobrepongámonos a todo lo que nos reconoce y atrevámonos a esperar –sin demasiada esperanza– que algún día el espíritu cristiano de la Navidad salve las fronteras familiares, las del estrecho clan, para cobijar a toda la sociedad humana como lo quería el que hace 1949 años caía en el pesebre», escribió Eduardo Zalamea Borda ese año de difícil cierre.

Alberto Lleras en 1955, José Mar en 1958, Germán Pinzón en 1959, Alfonso Castillo en 1960, Lucio Duzán en 1966, Clarita Duperly, Myriam Luz y el Doctor Rayo en 1968, Inés de Montaña en 1972, Antonio Panesso en 1973, Héctor Muñoz en 1976, Jaime Pinzón en 1977, Gustavo Páez y Fernando Plata en 1979, Gonzalo Mallarino, María Teresa Herrán y Gabriel García Márquez en 1980, Consuelo Araújo en 1982, María Jimena Duzán en 1984, Jorge Child en 1985. En diciembre de 1986 Fernando Cano escribió la «Carta al Niño Dios», para interpretar a sus «dos pequeñas y santas diablitas» con una «tardía carta» para pedir que no les diera nada ese año, pero que se llevara el miedo, la codicia y la corrupción, para no volver a cambiar nunca «los sonidos de alegres voladores navideños por los disparos de certeros y asesinos» que terminaron con la vida de su abuelo.

* * *

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Cano, Guillermo, 1925-1986, autor

El periodista : / Guillermo Cano ; compilación, notas y presentación, Jorge Cardona Alzate ; asistencia de investigación, Sergio Garnica [y otros tres] ; coordinación editorial, Diego Pérez Medina ; edición de textos, Jesús Goyeneche Wilches ; diseño de colección y dirección de arte, Camila Cardeñosa Echeverri ; asistencia editorial, David Niño Moros ; diagramación, Fiorella Ferroni Polchlopek ; fotografías, Centro de Documentación El Espectador. -- Primera edición. -- Bogotá : Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes : Biblioteca Nacional de Colombia : El Espectador, 2025.

1 recurso en línea : archivo de texto: PDF. --
(El País de Guillermo Cano))

ISBN 978-628-7666-63-4

1. Cano, Guillermo, 1925-1986 - Colecciones de escritos 2. Crónicas periodísticas - Colombia - Siglo XX 3. Periodismo - Colombia - Siglo XX 4. Colombia - Política y gobierno - Siglo XX 5. Colombia - Condiciones socieconómicas - Siglo XX

CDD: 070.4409861 ed. 23 CO-BoBN- a1153207

GUILLERMO CANO ISAZA

Nació en Bogotá el 12 de agosto de 1925. Estudió en el Gimnasio Moderno y, tan pronto se graduó de bachiller, entró a trabajar en El Espectador, donde aprendió rápidamente a diagramar, a corregir pruebas, a leer al revés, a untarse de tinta. En 1952 asumió la dirección del periódico, y tuvo que enfrentarse de inmediato a la censura.

Durante las tres décadas que estuvo al frente del diario, expandió su influencia hacia todos los rincones del país, recibió reconocimientos nacionales e internacionales, descubrió incontables talentos y, ante todo, se erigió como férreo defensor de los derechos humanos, hasta el 17 de diciembre de 1986, cuando fue asesinado por sicarios al salir de las oficinas del periódico.

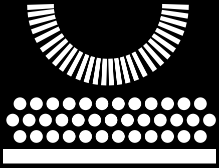
A cien años de su nacimiento, el legado de Guillermo Cano Isaza inicia con su ejemplo de vida: vivió y murió en cumplimiento de su deber periodístico, pues nunca declinó en su lucha contra las fuerzas que amedrentaban a la sociedad colombiana. Casi cuarenta años después de su muerte, su voz aún se escucha fuerte.

JORGE CARDONA ALZATE

Periodista y catedrático. Filósofo de la Univer-sidad Santo Tomás. Es autor de los libros *Días de memoria* (2009) y *Diario del conflicto* (2012) y coautor de los libros *Crónicas de secuestro* (2007), *Entre el silencio y el coraje* (2012), *Tinta indeleble: Guillermo Cano, vida y obra* (2012), *Pistas para narrar la memoria* (2016) y *Pioneras de la Libertad* (2019). Durante diez años fue integrante del Consejo Directivo de la Fundación para la Libertad de Prensa (Flip) y ejerció la edición general de *El Espectado*r entre los años 2005 y 2021.

Horas antes de morir, Guillermo Cano
escribió «Así como hay fenómenos que
compulsan al desaliento y la desesperanza,
no vacilo un instante en señalar que el
talante colombiano será capaz de avanzar
hacia una sociedad mas igualitaria, más
justa, más honesta y más próspera».

Esta colección se publicó
en agosto de 2025 como homenaje
al Centenario Guillermo Cano.
Las familias tipográficas que se utilizaron
en el libro *El periodista* son Bagatela,
Swear Display y Futura PT.



EL PAÍS DE

Guillermo Cano

1925 2025

Culturas

Biblioteca Nacional de Colombia

CENTENARIO
Guillermo Cano
1925 2025

EL ESPECTADOR